KIAN NOREN

GARRAS DE CROMO

LOS DIARIOS DE ATLAS VOL. 2



GARRAS DE CROMO

LOS DIARIOS DE ATLAS VOL. 2

KIAN NOREN

Garras de Cromo — Los Diarios de Atlas Vol.2

© Kian Noren, 2025
© Eduardo Maqueda, por la portada
© Alejandro Quijada, por la corrección

ISBN-13: 978-84-09-80324-8
Todos los derechos reservados.
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de este autor. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.



VOROS
Studios

You got to kill you
if you wanna kill me.

—Ren

VAS A NECESITAR ESTO

Esta no es tu primera vez en Atlas. Ya viste lo que X vio. Pero una cosa es sobrevivir en esta ciudad… y otra entenderla.

Para ello tengo un regalo. Un archivo que intercepté. Contiene el Mapa de Atlas, ilustrado y completo, y un glosario confidencial con los términos, códigos y argot del país.

No es solo información. Es una forma de mirar el mundo con los ojos de X. De entender los barrios, los clanes y los sistemas que le dieron forma… o lo rompieron.

Después de esto, no habrá más avisos. Atlas no espera a nadie.

Escanea el código QR o ve al enlace para reclamarlo antes de que desaparezca: kiannoren.com/mapa-atlas

GUÍA DE PERSONAJES

X Freeman: soldado exiliado de la RES y fundador de No-One.

Trix: niña amparada por las Valquirias y, según ella, hermana adoptiva de X.

Kyra: ejecutiva de las Valquirias y propietaria del brainclub Misty Dreams.

Cleo Rojas: integrante de los Santinos y antigua pareja de X. Asesinada por X al estar contagiado con Blackout.

Dalia Rojas: ejecutiva de los Santinos (Ministra de Comercio) y madre de Cleo Rojas.

Milo Greco: capodecina de los Siracusa e hijo de Bruno Greco.

Bruno Greco: capo de los Siracusa (barrio de Greco) y padre de Milo Greco.

Thomas: integrante de los Siracusa (barrio de Greco), veterano del clan.

De Angelis: integrante de los Siracusa y mano derecha de Bruno Greco.

Dante Gallo: Don de los Siracusa.

Carlo Verzino: capo de los Siracusa (barrio de Sotomonte).

Fumiko Watanabe: líder de los Inarizoku.

Yudai Sato: integrante de los Inarizoku al servicio directo de Fumiko.

Nestor Prym: integrante de la organización de El Director.

Niko: guardaespaldas de Nestor Prym.

El Director: información no disponible.

Juno: techsmith de X.

Luka Cruz: cabecilla de la red de informantes de X.

Vera Voss: presidenta de Atlas.

Elías Rivas: político y creador de ARCO.

Julius Thorne: comandante de ARCO.

Maia Duval: capitana de ARCO.

Erik Skaar: cazarrecompensas de Prometheus y conocido de X.

Noé Black: hermano de Axel Black y cliente de X.

Axel Black: cazarrecompensas desaparecido y hermano de Noé Black.

04 DE OCTUBRE, 2064

◗ 14:14

X Freeman avanzaba por las calles de Atlas con la seguridad de quien ha nacido en su asfalto, aunque apenas llevaba dos años respirando ese aire saturado de poder, dinero y crimen. Su musculatura, endurecida incluso más que en sus años como soldado de la RES, se mezclaba con un mosaico de ciberware que destellaba con crudeza bajo el sol, como si la ciudad misma lo estuviese examinando. Su paso era decidido, con la mirada fija en el coloso de hormigón que se alzaba frente a él. Siguió la línea de la fachada de una construcción hasta un logo que proclamaba que se trataba de una fábrica cárnica. Según Dalia Rojas, en su interior se escondía Nestor Prym, y X tenía más que simples preguntas para él.

Bordeó el edificio hasta localizar unas escaleras metálicas que ascendían hacia una puerta trasera. Subió despacio, revisando en su NED el plano interno del lugar. La mayor parte del complejo lo ocupaba una vasta sala refrigerada donde la carne pasaba, en cuestión de horas, de animal recién llegado a producto listo para el siguiente eslabón de la cadena de producción. La planta superior, más baja que la principal, albergaba un par de oficinas y habitaciones polivalentes. Según Dalia, Nestor estaba allí para cerrar un negocio. X asumió que lo encontraría en el despacho principal.

Iba a girar la manivela cuando la puerta se abrió desde dentro. Un chaval que apenas rozaba la veintena salió con un cigarro ya colgando de los labios. Al encontrarse frente a un desconocido de mirada afilada y cuerpo salpicado de ciberware, su reacción fue un espasmo instintivo: desenfundó una pistola de su cintura y la apuntó a menos de un metro del rostro de X. Este no se movió; lo observaba con la calma de quien ya había visto esa escena

demasiadas veces.

Al principio, X estuvo a punto de inmovilizarlo antes de que siquiera alcanzara el arma. Pero en sus ojos no vio determinación, sino el miedo más puro ante lo que estaba ocurriendo. Ese chaval se acababa de estrenar en el trabajo de seguridad.

—¡Las manos arriba! —dijo con voz temblorosa.

X no opuso resistencia y acató la orden.

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? ¿Por qué intentabas colarte dentro? Esto es propiedad privada. No puedes pasar.

Disparaba tan rápido las frases que a X casi no le daba tiempo a entenderle. Le dedicó un último vistazo en profundidad, y entonces habló.

—Si apuntas a alguien con un arma, debes estar dispuesto a usarla.

En un único movimiento fluido, X le arrebató el arma, la encañonó contra él y, cambiando su intensidad, le disparó en el pecho. El cuerpo del joven cayó con más estrépito que el disparo amortiguado, aún con la sorpresa congelada en el rostro

Ese chaval tenía suerte, cualquier otra persona no perdería el segundo y medio que le había llevado ajustar el arma para que no fuera letal.

Dejó el cuerpo al otro lado de las escaleras, oculto por si había más vigilancia. Avanzó siguiendo el mapa hasta la planta superior. A esa hora, la nave estaba desierta, la maquinaria apagada y el aire tan inmóvil que parecía haber olvidado cómo resonar.

Ya en la segunda planta, caminó hacia el despacho del propietario del negocio. Antes de llegar, se fijó en la estructura del lugar. Las paredes interiores se alzaban solo hasta unos tres metros, sin alcanzar el techo principal de la nave, lo que dejaba un tramo abierto entre los tabiques y las vigas metálicas que formaban el esqueleto del edificio. Desde allí arriba, podría observar el interior de las oficinas sin ser visto. Se enganchó en una de las columnas y trepó hasta los travesaños que se alzaban a cinco metros. Vio el interior de la oficina principal como quien observa un modelo de una casa en tres dimensiones. Había tres personas dentro, dos sentadas a ambos lados de un escritorio y una tercera de pie en la esquina.

X avanzó a gatas sobre la viga, impregnándose del polvo y el óxido acumulados durante años. Cuando estuvo justo sobre el despacho, se detuvo y afinó el oído.

—Con su propuesta y la producción estimada que nos hace —dijo el hombre de traje oscuro, acomodado en el asiento principal tras un escritorio de madera pulida—, seríamos capaces de amortizar el coste de alquiler del primer año en solo tres meses. ¿Correcto?

—Según los beneficios que saca por la venta de sus productos, así es —dijo Nestor.

X no alcanzaba a comprender del todo el contexto de la conversación. Se maldijo por haber perdido tiempo neutralizando al chaval de la entrada; seguramente, ese joven era el guardaespaldas del empresario. En cambio, el otro tipo —un mastodonte de casi dos metros, con más cromo que carne y clavado como estatua en la esquina del despacho— debía de ser la escolta personal de Nestor.

—Y bastaría con alquilar dos para producir lo mismo que ahora obtengo con ocho empleados en nómina.

—Justo eso —dijo Nestor con la tranquilidad del vendedor que sabe que su producto se vende solo.

X supuso que intentaba alquilarle algún tipo de maquinaria. No lograba ver qué conexión podía tener aquello con el trabajo que creía que desempeñaba Nestor y, mucho menos, con la persona para la que trabajaba. Al fin y al cabo, no le interesaba él, sino su jefe. Ese era el auténtico núcleo de todo lo que X había investigado en los últimos dos años.

La conversación se prolongó más de veinte minutos. Discutieron algunos puntos del contrato que no terminaban de convencer al empresario, y Nestor respondió siempre con una sonrisa dibujada en los labios. Por mucho que afinara el oído, X no consiguió extraer nada más de valor. Solo le quedó claro que aquello que pensaba alquilar tenía un coste desorbitado, pero ignoraba de qué maquinaria se trataba o cuál era su precio habitual en el mercado.

Tras cerrar el acuerdo con un apretón de manos y un ademán de cabeza, Nestor se dirigió a la puerta y se despidió, seguido del hombre que no había hablado nada en todo ese encuentro. El empresario se quedó en la oficina.

X se deslizó con cautela por el techo, siguiendo el avance de su objetivo. Ambos salieron del cubículo del despacho y tomaron el pasillo. Los pasos de Nestor eran pesados, cada pisada retumbaba en el lugar con la arrogancia de quien se sabe dueño… o, más bien, heredero: alguien que solo ha gozado de los privilegios de la riqueza, sin conocer el esfuerzo que hizo falta para forjarla.

Nestor llegó hasta las escaleras y, antes de abandonar la planta, se paró en seco. Chasqueó la lengua, como si un insecto molesto rondase por su cuello, y habló al aire.

—Ya me estoy cansando de usted, señor Freeman.

X se quedó congelado. Era imposible que le pudiese ver desde su posición, y la mole de detrás de él permanecía inalterada, casi carente de vida.

—Llevas detrás de mí ya unas semanas. Esto empieza a molestarme.

Nestor Prym alzó la mirada y la clavó en sus ojos, como si desde el principio supiera que se encontraría ahí. Sintiéndose un poco estúpido por cómo seguía tumbado en la viga de metal, X se descolgó y cayó al suelo. Quedó a unos pocos metros de los dos, aunque el hombre de metal que lo acompañaba seguía sin hablar.

—Tengo la orden explícita de no matarlo. Por algún motivo que desconozco, mi jefe se ha encaprichado de usted. Sin embargo, un accidente lo tiene cualquiera. Y usted, señor Freeman, quizás tenga uno con Niko.

Nestor dirigió una mirada a su acompañante y este, por primera vez en todo ese tiempo, reaccionó. Una sonrisa sádica le deformó el rostro. Se crujió los nudillos con calma exagerada y alzó la guardia. Nestor no añadió palabra alguna; se esfumó por las escaleras, dejando a X frente a alguien que distaba mucho del guardaespaldas que había neutralizado al entrar en aquel lugar.

X no esperó a que el grandullón hiciera su primer movimiento. Dio un paso atrás, tanteando con el pie el inicio de la escalera que descendía a la planta de producción. El suelo metálico crujió bajo su peso, y en ese instante el hombre cargó.

El primer golpe le rozó la mandíbula y, dejándose arrastrar por el impulso, X se lanzó escaleras abajo. Saltó tres escalones de golpe.

Tras él, el aire se desgarró con un puñetazo que le habría partido el cuello. Los sensores de amenaza de su NED zumbaban en su visión lateral; no daban margen de confianza.

La planta inferior lo recibió con un golpe de humedad y frío. Las cintas transportadoras inmóviles sostenían piezas de carne a medio procesar, cubiertas de grasa opaca y escarcha. El silencio solo se rompía por el goteo irregular de la sangre sobre el suelo, mientras las sierras mecánicas permanecían quietas, como animales dormidos, ajenas a que aquel espacio estaba a punto de convertirse en un campo de batalla.

El hombre no bajó las escaleras: se precipitó por ellas, cada peldaño cediendo bajo el peso de su masa reforzada. Rodó sobre la mesa de acero con un golpe seco antes de caer al otro lado. Ese instante ganado le sirvió para evaluarlo. Cromo en los antebrazos, hombros anchos, la postura de alguien que había pasado la vida rompiendo más que esquivando. Pero lo que atrapó su atención fueron las manos: de los nudillos asomaban espolones retráctiles, afilados como colmillos, que destellaban cada vez que la luz golpeaba su superficie metálica.

El puñetazo pasó de largo y fue a incrustarse en una de las carcasas suspendidas del techo. Apenas un rasguño, pero suficiente para que, en segundos, la carne empezara a ennegrecer y corroerse. El hedor a putrefacción le abrasó las fosas nasales. Si aquello llegaba a rozarle la piel… el veneno podría arrasar incluso con sus implantes. No necesitó más para comprenderlo: espolones neurotóxicos. Y carecía de cualquier defensa contra eso.

Ya no peleaba por ganar, sino por no ser alcanzado. Sus movimientos se hicieron más cortos, más medidos. Usó las cintas transportadoras para interponer obstáculos, saltando de una a otra mientras el grandullón las atravesaba como si fueran cortinas. En uno de esos saltos, X giró sobre sí mismo y descargó una patada con el empeine reforzado en la muñeca enemiga. El impacto soltó una chispa azulada y el hombre gruñó, sacudiendo la mano como si hubiera recibido una descarga —porque la había recibido—, pero ni siquiera eso frenó su avance.

En una esquina aguardaba una estructura de ganchos colgantes.

Retrocedió hasta situarse frente a ella, con la guardia baja y la respiración entrecortada, fingiendo desgaste. El grandullón mordió el anzuelo y embistió.

En el último segundo, giró sobre su eje, atrapó el brazo enemigo y lo proyectó hacia delante con todo su peso. El metal de los ganchos crujió al recibirlo; uno se clavó en la hombrera de su ciberware y lo elevó a medio metro del suelo. No era una inmovilización perfecta, pero bastaba.

No se quedó a comprobar cuánto tardaría en soltarse. Saltó sobre una cinta en marcha. Cruzó la nave, esquivó sierras y cuchillas, y alcanzó una salida lateral. La puerta de emergencia chirrió al abrirse y el aire del mediodía lo golpeó como un recordatorio: seguir vivo también era una victoria.

◗ 16:11

X recuperó el pulso tras la carrera. Por si acaso, estuvo más de diez minutos corriendo hasta que se dio por satisfecho. Esa incursión no le había servido de mucho.

X se aseguró, una vez más, de que nadie lo seguía y, con su NED, solicitó un transporte. Treinta segundos después, un coche se detuvo a su lado. No pudo evitar comparar sus primeras impresiones de aquel país con su rutina actual, dos años después. La primera vez que subió a uno de esos taxis pilotados por una pantalla, le pareció una muestra absurda y dañina de dependencia tecnológica. Actualmente, en cambio, lo veía como un acto de puro pragmatismo. Así era el capitalismo en Atlas: eficiente y práctico, raras veces se preguntaba si algo era necesario… o a quién pisaba por el camino.

Quince minutos de trayecto, perdido en recuerdos de la RES que ya sentía ajenos, lo llevaron hasta su destino. X descendió del taxi y se encontró ante la entrada de The J-Fix, el local de Juno, su techsmith de confianza. La fachada ruinosa no reflejaba en absoluto la calidad del negocio. Ignoró el timbre del mostrador y el cartel de «Prohibido pasar», y atravesó la puerta reforzada que conducía a la trastienda. Tras un pasillo largo, tan intimidante como la entrada, llegó a una sala donde los expositores rebosaban ciberware de última generación, con prestaciones tan elevadas como el precio marcado en sus etiquetas. En el centro, un asiento giroscópico parecía más el módulo de una nave espacial que la camilla de una clínica.

La fachada funcionaba como un señuelo, pensada para ahuyentar a novatos y a clientes con pocos créditos en busca de su primera mod. El ciberware oxidado y obsoleto de la entrada era como los taburetes roídos de un restaurante de cuarenta años al que solo acuden los vecinos del barrio, pese a ser el mejor de la zona.

—Ya pensaba que no ibas a volver por aquí. Nunca habías tardado más de tres semanas en hacerme una visita —dijo Juno al salir del baño.

—Eso es una muestra de la calidad de tu hardware.

X avanzó entre los altos expositores donde relucía el ciberware más

caro del mercado: el sistema CRONOS, las Garras de Cromo o el blindaje Hélix. Pasó de largo y se dejó caer en la camilla, sin necesidad de que la propietaria le diera indicaciones.

—Necesito que me eches un vistazo. Vengo de un encontronazo un tanto violento y me quiero asegurar de que todo está en su sitio.

—Ya se te ve en la cara.

Juno se puso unas gafas con varias lentes superpuestas que agrandaban sus ojos, hasta el punto de que solo se le veían las pupilas. Conectó varias pantallas del asiento giroscópico y se escuchó un suave zumbido alrededor del cuerpo de X.

—Se han descalibrado los tensores de tu rodilla derecha y las terminaciones eléctricas de la pierna izquierda. ¿Solo vienes al chequeo o necesitas algo más?

—Primero de todo, vengo a verte —dijo X con una sonrisa.

Juno puso los ojos en blanco.

—Aunque yo no sea una Valquiria, ya sabes que no tengo ningún aprecio por los hombres.

—Yo tampoco tengo ese tipo de aprecio por la mujer de la que depende mi vida. No me quiero imaginar qué le harías a mi ciberware si nuestra relación se complicara.

—No lo querrías saber —soltó con una mueca un tanto cínica.

—Cierto. Bueno, además de para verte y poner a punto mi hardware, es posible que quiera otra adición a mi cuerpo.

—¿Otra?

—Vaya espíritu de empresaria que tienes.

Juno se acomodó en el taburete que tenía detrás. Conocía de sobra a X como para intuir que la charla podía alargarse, sobre todo cuando llegaba con la adrenalina aún recorriéndole el cuerpo y en busca de un desahogo humano.

—He tenido una charla con alguien con ciberware ilegal.

—Por qué será que no me extraña…

—No estoy seguro de qué mod era, pero parecía algo así como unos espolones tóxicos.

—¿Espolones tóxicos?

—Sí, una especie de picos afilados le salían de las yemas de los dedos, capaces de aplicar veneno.

La techsmith miró a X de arriba abajo de un vistazo rápido.

—Ese implante se conoce como Mantícora, no es muy recomendable enfrentarse a alguien que lo lleve. ¿Te ha dado?

—Si lo hubiera hecho, seguramente no estaría aquí. Pero he visto su efecto sobre material orgánico.

Juno frunció el ceño.

—Una carcasa de cerdo… mejor no preguntes. El caso, ahora mismo no tengo ninguna defensa contra venenos, ni por contacto, ni por inyección, ni por inhalación. Y quiero solucionarlo antes de que sea demasiado tarde. ¿Tienes algo que me sirva?

La techsmith se puso en pie con la energía que siempre la caracterizaba e inspeccionó sus expositores. X no pudo evitar recorrer con la mirada la silueta de Juno una vez más. Hablaba en serio cuando decía que nunca se arriesgaría a que una estupidez así pusiera en peligro su relación profesional: era demasiado buena como techsmith. Aun así, el flequillo negro que le rozaba los ojos rasgados, la chaqueta corta ceñida a su cintura menuda y el leve aroma a té jazmín que la acompañaba bastaban para recordarle que Juno atraía miradas sin proponérselo.

—¿Quieres que de paso te actualice las mejoras visuales? —dijo con una media sonrisa—. Porque tus ojos parecen atascados: no dejan de mirarme el culo.

X fue a responder con algo ingenioso, cuando Juno volvió con una pieza de hardware en la mano.

—Esto es lo que necesitas. Es un ANI, un Antídoto Neuronal Instantáneo.

—Suena prometedor.

—Te defiende de lo que acaba de intentar matarte: venenos, drogas paralizantes, inhibidores del NED… Lo básico.

X asintió mientras en su NED aparecía una proyección técnica: un cartucho minúsculo conectado al sistema linfático, capaz de liberar dosis exactas en segundos.

—¿También previene inhibidores del NED?

—Sí, pero solo los inalámbricos. Si alguien instala un inhibidor físico en tu NED, esto no servirá de nada.

—Bueno, tiene su utilidad. ¿Y qué tiene de negativo?

X llevaba suficiente ciberware como para saber que toda mejora venía con sus contras. En las campañas de marketing, aparecían en letra minúscula; con Juno, era lo primero que ponía sobre la mesa.

—No muchas, no es excesivamente invasivo. Tiene una eficacia limitada a tres dosis, así que en un día movidito se te puede hacer escaso. Y tampoco reconoce nuevos venenos experimentales.

—Es aceptable. ¿Cuánto cuesta?

—Veinticinco mil créditos.

X no se lo pensó ni un segundo.

—Me lo quedo.

La misma cantidad de créditos que dos años atrás estuvo a punto de decidir entre permanecer en Atlas o ser deportado a una ejecución segura en su antiguo país, hoy la entregaba sin mayor preocupación.

—Es una operación relativamente sencilla, aunque incluye varios procedimientos. Necesito que te desnudes, ya sabes dónde está el cambiador.

X asintió y se levantó hacia una de las puertas del lateral. Dentro se quitó la chaqueta y la camiseta con un par de cortes nuevos debido a la reciente pelea. Luego se desprendió de los pantalones con cierta molestia debido a sus músculos entumecidos. Iba a salir de vuelta a la sala cuando se detuvo al ver su reflejo en el espejo. Normalmente no le habría dado importancia, pero ese día estaba nostálgico. Ya había pensado varias veces en Freeman, el hombre que creció y vivió en la República de la Europa Socialista durante más de dos décadas. También se acordó del X que no murió en su primer mes en Atlas de milagro, el que fue capaz de resolver la conspiración del Blackout con tal de quedarse en ese país.

Al mirarse al espejo, no vio ni al soldado condecorado ni al fugitivo exhausto, sino una criatura esculpida en carne y cromo. Sus ojos, ahora de un brillo rojizo artificial, ocultaban sistemas de visión mejorada capaces de atravesar la noche y enfocar a cientos de metros. Su piel oscura realzaba el destello metálico que asomaba en codos, rodillas y nudillos, refuerzos diseñados para golpear y resistir. Tensores biomecánicos recorrían sus piernas y brazos, capaces de multiplicar su fuerza y velocidad, mientras un recubrimiento blindado

en el antebrazo podía desplegarse como escudo. Bajo la piel, nanobots médicos aguardaban para cerrar heridas y reparar huesos en minutos. Entre latido y respiración, un corazón y pulmones mejorados bombeaban resistencia. Y, en silencio, sensores de amenaza ligados a su NED detectaban movimientos hostiles antes de que llegaran a tocarlo. Solo mantenía de su antigua versión un colgante, el único recuerdo que lo ataba a su padre.

Ese era el precio que debía pagar no solo para sobrevivir en aquel país, sino para avanzar hacia su verdadero objetivo. Sobre todo, era el coste inevitable para dar con la persona que tomó el control de su cuerpo y lo obligó a asesinar a sangre fría a quien amaba. La memoria le devolvió entonces la última vez que vio a Cleo, con un mar de puñaladas en el pecho. X apretó los puños y varias líneas en su torso, brazos, piernas y abdomen se encendieron con un brillo rojizo.

Salió del cambiador con el semblante frío y se tumbó de nuevo en la camilla, esa vez sintiendo el tacto helado del vinilo médico. Juno alzó la ceja al ver la expresión de X, quizás sorprendida por el cambio de actitud, pero no dijo nada al respecto.

Terminó de organizar los preparativos de la operación.

—Voy a sedarte —avisó cuando un tubo bajó hasta el rostro de X.

Juno cogió el respirador y lo apoyó con delicadeza sobre la boca y la nariz de su paciente. A los pocos segundos, X cayó inconsciente con una imagen muy nítida en su cabeza: la de Cleo Rojas durmiendo con una expresión de calma eterna.

◗ 17:47

X recobró la conciencia lentamente. Sentía el cuerpo entumecido, más que tras el encontronazo con Nestor Prym y su araña venenosa. Tenía la boca pastosa y los ojos respondían a sus órdenes con unos segundos de retraso.

—La intervención ha durado algo más de una hora.

La voz resonó como si brotara desde dentro de su propia cabeza. Solo entonces logró girar el cuello y ver cómo la figura de Juno tomaba forma.

—Todo ha ido bien. Ya tienes instalado el ANI en tu sistema. A partir de ahora cuentas con defensas contra venenos comunes, drogas paralizantes e inhibidores del NED. Debido a que esta intervención afecta al sistema linfático, las próximas doce horas estarás más débil de lo normal. Mañana desaparecerán esos efectos.

X, con algo más de energía, se incorporó en la camilla. Al bajar la vista, recordó que seguía desnudo. Se conectó a su NED y, al acceder al panel de ciberware, vio la nueva adición. Más tarde se documentaría al completo. También percibió que el límite de carga de su cuerpo había aumentado. Tenía ochenta y cinco kilos de materia orgánica y cuarenta y cinco de inorgánica.

—Con esta mod has superado el límite de peso de tu cuerpo una vez más —dijo Juno, leyendo la mente de X—. He añadido un par de mejoras al hardware de tus piernas y caderas para que mantengas la agilidad que ya tenías. A esos cambios invita la casa.

X se levantó de la camilla y soltó una risa gutural.

—¿Invitar? Seguramente ya me habré gastado más de trescientos mil créditos en este local.

—Pues podrían ser trescientos cinco mil, ¿lo prefieres?

Esbozó una sonrisa y negó con la cabeza. Pagó los veinticinco mil créditos acordados.

—Muchas gracias por todo —dijo X tras salir del cambiador—. Espero no tener que volver por aquí en un tiempo.

—Yo también te echaré de menos —respondió Juno con sorna, dejándose caer de nuevo en la silla de su escritorio.

X se dirigió a la salida, pero un carraspeo de su techsmith le detuvo. Al girarse, se topó con una mirada gélida.

—Ten cuidado, X. Con la cantidad de hardware que cargas, cada vez estás más cerca de alcanzar un punto sin retorno.

—Te lo repito, Juno, con esos comentarios lo único que vas a conseguir es perder a tus mejores clientes.

—Esto ya no es una broma. Estás jugando con tu humanidad.

X parpadeó, sorprendido por la rotundidad de aquellas palabras, y la sonrisa que había llevado hasta entonces se desvaneció. Asintió en silencio, aún procesando el peso de la advertencia, y cruzó el pasillo hasta la entrada de señuelo antes de salir a la calle.

El caos del barrio de Chinatown le dio la bienvenida. X dejó que el estruendo de cláxones, voces y motores ahogara las últimas palabras de Juno. No quería volver a escucharlas en su cabeza, así que las sepultó bajo el ruido de la ciudad, como tantas otras advertencias que había decidido ignorar. A su manera, ese bullicio lo relajaba.

Dejó atrás las callejuelas densas de Jindao, con sus letreros de neón, fachadas bajas y motos sorteando mesas en mitad de los soportales. Poco a poco, las luces se apagaron y las aceras se ensancharon entre franjas de césped y árboles. Las viviendas con escaparate dieron paso a las torres de cristal y jardines verticales de Nuevo Centro, y la ciudad, antes asfixiante, se abrió en espacios amplios y luminosos, con una calma que no dependía de neones para hacerse notar.

La oficina se encontraba en el barrio más céntrico —y caro— del país por dos motivos: gastar los pocos créditos que le quedaban cada mes tras dejarse una fortuna en el taller de Juno, y dejar claro que no pertenecía a ningún clan. Atlas funcionaba como cualquier otra sociedad: por segmentación. Desde su llegada, X había sido un caso difícil de encasillar. En apenas un mes lo atracaron unos Shiz, entabló amistad con el hijo de un capo de los Siracusa, salió ileso —y responsable— de la muerte de una Santino, colaboró con una Valquiria y asistió a una reunión privada con la líder de los Inarizoku.

Al final, la ciudad lo encajó en la única categoría posible: la de quienes no encajan en ninguna. Y, como no quería cerrarse la puerta

a ningún cliente potencial, prolongó esa etiqueta hasta que quedara claro para todos que X no se movía por amistades ni alianzas, sino por principios. Un pasatiempo peligroso en Atlas.

Desde su fundación, la empresa No-One ofrecía sus servicios a los cinco clanes, aunque la mayoría de los clientes eran meros civiles con bolsillos hondos y problemas agudos.

Al doblar una esquina, X alcanzó la entrada de su edificio. El portero —un humano, rareza en ese puesto— lo saludó con un leve gesto. Subió hasta la planta cuarenta y dos y, tras desactivar uno a uno los múltiples sistemas de seguridad, cruzó el umbral de su oficina.

Lo recibió un espacio amplio y diáfano, con ventanales que abarcaban de pared a pared. Si quería cobrar tarifas elevadas por sus servicios, debía aparentar que las valía. Sus clientes sabían bien lo que costaba un local así en aquella ubicación. Pagar diez mil créditos al mes de alquiler era, por sí solo, una credencial de profesionalidad.

X atravesó la primera puerta, que comunicaba la sala de recepción con su despacho, y luego otra más que lo condujo al baño. Apoyó las manos sobre el espejo y, al instante, el suelo de la ducha se retrajo y reveló un hueco con escaleras que descendían a un segundo nivel.

El piso inferior distaba mucho de la oficina pública. Todas las ventanas estaban tapiadas, al igual que la puerta de acceso. Oficialmente, aquel apartamento fue clausurado por un supuesto brote de esporas sintéticas, lo bastante peligroso como para disuadir a cualquiera de volver a habitarlo. En realidad, X fabricó el rumor, liberando una mínima cantidad de partículas y dejando que el resto lo hiciera la imaginación colectiva. Así consiguió que el anterior arrendatario abandonara el lugar y que él lograra alquilarlo por una fracción de su precio real. Por supuesto, oficialmente ahí no vivía X Freeman, sino una identidad inexistente.

Al poner el pie en el primer peldaño, sintió una lengua cálida rozarle los tobillos a modo de bienvenida.

—Lluna, déjame bajar, que algún día te vas a caer por las escaleras.

X estrechó a la perra entre sus brazos un par de veces y permitió que le lamiera la cara. Era la mascota de Cleo, y tras su muerte él la adoptó. Desde entonces, era su única compañía allí… al menos hasta que, unos meses atrás, otra persona decidió autoinvitarse. Al echar un vistazo al piso, comprobó que, una vez más, había dejado la ropa hecha un gurruño sobre la cama y los platos sin fregar en la mesa. Puso los ojos en blanco y recogió el lugar a toda prisa.

En apariencia, esa planta inferior era menor a la oficina, pero en los planos no era así. En cuanto firmó un contrato de alquiler de cinco años, construyó una pared de acero reforzado que separó un tercio del espacio. X dijo una frase en voz alta, y el cuadro de un pueblo entre las montañas que servía como única decoración se movió hacia un lateral con un sistema de imanes, mostrando una abertura.

Entró al último de los escondites de su propiedad y observó la pared que tenía delante. En su momento fue un muro blanco de tres metros de alto por diez de largo. Ahora era un cuadro complejo e interconectado de los últimos dos años de X. La imagen que formaba era clara, pero todavía incompleta: la identidad del asesino de Cleo Rojas. Esa persona que infectó a X con Blackout y controló su cuerpo para matar a sangre fría a la mujer que amaba. Esa era su ocupación principal. El resto de trabajos eran secundarios.

La mente de X era muy visual. Necesitaba que la información tomara forma tangible para procesarla, y aquella pared condensaba todo. Dio unos pasos hasta la imagen de Nestor Prym, la despegó y la deslizó hacia el lienzo negro que dominaba el centro. Las notas que lo acompañaban se mantuvieron agrupadas, como satélites orbitando una verdad aún incompleta.

Dos años de investigación le habían servido para encontrar un rastro casi infinito de migas. Fragmentos sueltos de información recogidos en callejones, terminales hackeadas y confesiones a media voz. Cada pista, cada conexión aparente, le abría diez puertas falsas antes de llevarlo medio paso más cerca de la verdad. Reunió testimonios de víctimas que no sabían que lo eran, vínculos comerciales disfrazados de filantropía… Y a pesar de todo, las piezas no encajaban en un rostro ni en una historia concreta. Solo en una

sombra. Pero también le sirvieron para saber quién era, o más bien, cómo se hacía llamar. Porque el nombre sí aparecía. A veces susurrado, otras pronunciado por personas influyentes. Un nombre sin identidad detrás, sin historia confirmada. Solo un apodo que, cuanto más se repetía, más pesaba.

«El Director».

Era todo lo que sabía de él. Ni un nombre real, ni un rostro, ni una dirección. Le había llevado dos años conseguir ese alias. Al menos, X tenía claro que aquella persona estaba detrás de la muerte de Cleo… y de innumerables sucesos que sacudían a Atlas.

Pero a X no solo le había costado dos años de trabajo, sino también parte de la humanidad que Juno le había advertido que estaba perdiendo. Todo el ciberware que se instalaba y los sacrificios que hacía tenían un único objetivo: poder hacer preguntas más difíciles en un país que odiaba a los curiosos. Para intentar responder a la única cuestión que le importaba: ¿quién asesinó realmente a Cleo?

X estaba a punto de dejarse caer en el sillón frente a aquella pared saturada hasta el último centímetro, cuando una notificación apareció en su NED. Arriba, lo aguardaba un nuevo cliente.

◗ 18:41

X subió a la planta superior con la mirada fija en su NED, siguiendo los movimientos del hombre que aguardaba en el vestíbulo de la oficina. Rondaba la cuarentena y vestía ese uniforme no oficial de la clase ejecutiva que saturaba las calles de Nuevo Centro. Bien podría ser un empleado extraviado, confundiendo la oficina en su primer día de trabajo.

Cuando X se sentó en su despacho, una luz le indicó al hombre que pasara. El potencial cliente se puso en pie con seguridad. En su expresión no dejaba ver los motivos que le llevaban a contratar los servicios de No-One.

X lo saludó y le mostró con un gesto que se sentara frente al escritorio. El hombre obedeció sin pronunciar una palabra y el estudio se sumió en un silencio contundente. X sabía perfectamente lo que estaba haciendo: el recién llegado, habituado a ser quien controla las reuniones, lo observaba con cautela, sopesando si había hecho bien en acudir allí.

—Sé quién es usted —dijo por fin, como si hubiese tomado una decisión.

—Ya supongo, es quien ha venido aquí. Además, no me escondo.

El hombre rompió su fachada por primera vez con una suave curvatura en los labios.

—El nombre de su empresa, No-One, indica lo contrario. —X asintió ante esa ironía—. A lo que me refería es que me consta que es un hombre capaz, la persona que acabó con los altercados del Blackout hace unos años y quien publicó el antivirus desinteresadamente.

—Se equivoca. Lo publiqué gratis, no es lo mismo que de forma desinteresada.

—También sé que destapó a un ingeniero que filtraba prototipos militares a la competencia —continuó, ignorando la aclaración de X —, y que sacó vivo a un contable de un clan sin que nadie notara su ausencia. Sé también que era un militar de la RES que desertó del país socialista para venir a la buena vida. En resumen —dijo al ver a X fruncir el ceño—, usted es la persona perfecta para resolver el

grave problema que me acucia.

X se detuvo unos segundos.

—Le ha faltado mencionar el motivo principal por el que ha venido a mí: su posición. —Esta vez fue el hombre quien calló—. Su nombre es Noé Black y es un ejecutivo en Sogun Tech. Seguramente no quiere que el grave problema que le acucia se haga público al ir a la policía. Aunque entiendo que tampoco tiene mucha fe en la efectividad del cuerpo.

—¿Me conoce?

—Antes de que entrara a mi oficina, no. Ahora sí.

—Es de mala educación usar el NED mientras se está hablando.

—He obtenido su identidad antes de dejarlo pasar. Además, es mi obligación saber a quién dejo entrar aquí.

Noé aceptó la respuesta con un asentimiento.

—Mi hermano desapareció hace diez días. Quiero contratar los servicios de No-One para que le encuentre.

—Cuénteme más.

—Su nombre es Axel Black. Es un cazador de Prometheus que, como le he dicho, lleva diez días sin dar señales de vida.

Mientras Noé hablaba, X desvió la mirada hacia el cuadro de su despacho: uno de los enigmas que su tía le regaló cuando era joven. Aquella imagen lo había acompañado durante años, como un recordatorio constante de su trabajo. La solución de aquel enigma coincidía con el propósito mismo de sus investigaciones, lo que debía descubrir con Axel Black: la verdad.

—Sintiéndolo mucho —dijo X tras unos segundos de silencio—, lo más normal es que esté muerto. Ese es el final habitual de los cazarrecompensas que no se jubilan a tiempo.

—Agradezco el tacto —replicó con la mandíbula tensa—, pero le sugiero que reserve la condescendencia para otros clientes. Mi hermano lleva dos décadas en el oficio y tiene más que suficiente cromo en el cuerpo como para saber lo que hace. De todas formas, lo que me confirma que sigue vivo es el último mensaje que me envió.

X recibió por el NED la imagen de una correspondencia privada:

Siento que esta despedida sea así, Noé. Por favor, no me busques. Aunque nunca hemos tenido la mejor de las relaciones, siempre serás importante para mí. Espero que te vaya bien en la vida. Despídete de Ela y Pia de mi parte.

—Ela y Pia son mis hijas. Y, antes de que se le ocurra decírmelo, me da igual que me dijera que no le busque. Es mi hermano, si está metido en algo muy serio, que es lo que parece, debo ayudarle.

Ese caso cumplía los tres requisitos de X: la parte interesada se podía permitir sus honorarios, la investigación no era un ataque directo a ningún clan ni al gobierno y contaba con una premisa interesante. Aceptaría.

X interrogó a Noé Black con paciencia. Pronto comprendió que no obtendría demasiado. Noé apenas podía trazar un perfil de su hermano: sin más familia cercana, con padres muertos y una vida personal prácticamente desconocida, Axel aparecía en su relato como un cazarrecompensas hábil y distante. Más allá de dos encuentros anuales por los cumpleaños de sus sobrinas, no aportó nada que llenara los huecos de su historia.

—No me ha dado mucho con lo que trabajar, pero no importa, para eso me contrata. En una semana, más o menos, tendré noticias sobre su hermano.

Noé reprimió una expresión de sorpresa con la suficiente lentitud como para que X la percibiera, aunque no dijo nada al respecto.

—¿Y en cuanto a sus honorarios…?

—Eso no será un problema. —El cliente frunció el ceño—. No me refiero a que mis servicios sean gratuitos, ni mucho menos, sino que para usted mis honorarios no serán un problema. Supongo que, dado su interés, está dispuesto a pagar la elevada cantidad que costará que encuentre a su hermano.

Noé quiso interrumpir a X ante lo que se podía considerar una falta de respeto. Este no le dejó.

—No piense que me estoy aprovechando de su situación. Yo cobro lo que vale mi trabajo. Cuando acabe la investigación, le aseguro que estará encantado de pagarme la cantidad que le solicite, ya que será correspondiente a mis resultados.

X terminó la frase poniéndose en pie y ofreciendo su mano. Tras dudar unos segundos, Noé correspondió al gesto del empresario al que acababa de contratar.

—Quedo a la espera de sus noticias, señor Freeman.

—Llámeme X, por favor.

Noé asintió y salió de la oficina de No-One. X se dejó caer unos segundos después y habló antes de que la mujer que había presenciado toda la reunión saliera de su escondite:

—A tu hija no le haría gracia que espiaras a tu antiguo yerno, ministra de Comercio del clan Santino.

◗ 19:08

—Como mi propia hija habría dicho: ya no le hace gracia nada, está muerta.

La voz de Dalia cobró fuerza conforme salió de la zona del equipo técnico, un rincón atestado de servidores y pantallas apagadas que quedaba medio oculto tras una hilera de estanterías. Había permanecido allí, encogida entre el calor de los ventiladores y el zumbido constante de los disipadores, hasta situarse a unos pasos del escritorio de X.

—Agradecería que entraras por la puerta como una persona normal y que no vulneraras la privacidad de mis clientes.

—He entrado por la puerta, pero justo antes de que tu nuevo cliente llegara y tú salieras del baño. He preferido no entorpecer tus negocios.

—Ya.

X se levantó y se acercó hasta el baño, de donde salió Lluna con energía para oler a la madre de su antigua dueña.

—No entiendo cómo podéis vivir en ese cuartucho diminuto —dijo, acariciando a la perra con una rudeza mecánica, más un gesto aprendido que una muestra de afecto.

X no corrigió su error. Dalia seguía pensando que aquel cuarto era su dormitorio, y prefería mantenerlo así.

—Alquilar un piso al que solo iría a dormir sería malgastar el dinero. Además, Lluna no se queja.

El animal, como si quisiera confirmar las palabras de su dueño, soltó un ladrido corto. Dalia se acomodó en el sofá del fondo del estudio.

—¿Cómo ha ido la visita a Nestor Prym? ¿Fructuosa?

—No tanto como quisiera. Aunque he confirmado que ese hombre está mucho más arriba en la cadena de operaciones de El Director de lo que creíamos. No es un simple intermediario que coloque recursos y servicios en nombre de su jefe; alguien así no se pasea con un escolta que lleva encima doscientos mil créditos en hardware. Sobre lo que intentaba venderle a ese empresario, ahí no

he podido sacar nada en claro.

—Y por lo que veo, además de la información, tu encuentro con Nestor también ha sumado una pieza nueva a tu colección de ciberware. ¿Qué es?

X frunció el ceño y analizó su cuerpo rápidamente, en busca de qué le había delatado. Tras unos segundos vio una pequeña mancha azul en su brazo, restos de líquido cicatrizador que usaban los techsmith.

—Sigues igual de observadora que siempre. Es una especie de antídoto multifacético.

Esa respuesta provocó que Dalia apretara los labios, como si atestiguara el comportamiento decepcionante de un hijo.

—¿Cuántas partes de ti vas a dejar que maten con tal de decir que estás vengando a Cleo?

A X no le sorprendió el ataque tan directo. Se recostó en su asiento con la mirada cabizbaja, receloso de volver a recibir un sermón.

—La herida de su muerte te arrancó del letargo y te obligó a tomarte las cosas en serio. Tal vez habría sido mejor que esa parte de ti jamás despertara. En estos años has hecho todo lo posible por acercarte al asesino de Cleo, y esas modificaciones han sido tu seguro para no morir en el intento. Pero dime, ¿de qué te servirá tanta fuerza si en el proceso dejas de ser humano? ¿Cómo crees que eso te ayudará a encontrar al culpable de su muerte?

—Dalia, tú que siempre eres la más cínica, me parece curioso que hoy tomes el papel de ingenua. —La ministra de Comercio, en vez de tensarse ante el desdén de X, soltó una risa seca—. El sistema es invulnerable si no juegas con sus armas. Mi contención por matar ya me pone en desventaja frente al resto de camorristas de este país, si siguiera siendo todo carne y huesos, me habría quedado por el camino mucho tiempo atrás. Si para llegar al asesino de Cleo debo sacrificar partes de mí mismo, que así sea.

—¿Y qué diría ese X pusilánime que llegó a Atlas hace dos años? Esa persona de la que se enamoró mi hija.

Los dientes de X rechinaron ante la presión de sus mandíbulas.

—Esa persona sigue aquí, dentro de mí. No me estoy convirtiendo en uno de vosotros; solo empleo vuestras propias armas para seguir

respirando. Nada más. Cada implante que llevo es la cicatriz de una batalla que estuve a punto de perder. El ANI me lo he puesto después de que un psicópata casi me envenene; ahora puedo neutralizar cualquier veneno común o inhibidor del NED antes de que me mate. Los sensores de amenaza llegaron tras un disparo traicionero por la espalda; me dan esas décimas de segundo que pueden decidir si sigo con vida. Y los nanobots médicos los llevo desde la noche en que me quedé tirado en un callejón, desangrándome por una puñalada.

»Cada pieza de ciberware que porto está ahí porque, sin ella, yo ya no estaría. Pero debajo de todo ese metal sigo siendo el mismo hombre que llegó a esta ciudad hace dos años. El mismo hombre del que Cleo se enamoró.

—Sigue diciéndote eso en el espejo, quizás llegue un momento en el que te lo creas de verdad.

X se aferró a los reposabrazos de su asiento. Las venas de sus antebrazos se hincharon y sus uñas se volvieron blancas de la presión que ejercía con los dedos. En el instante en el que Dalia se puso en pie, se escuchó un crujido que no pareció percibir.

—Solo asegúrate de que quede algo de carne en ese cuerpo tuyo hasta encontrar al asesino de mi hija. Una vez entregado, haz lo que quieras con tu humanidad.

Sin aguardar respuesta, Dalia abandonó el despacho de X. Segundos después, el chasquido de la puerta al cerrarse resonó en la oficina; fue entonces cuando X arrojó al suelo el fragmento de madera que había desgajado del sillón.

Lluna se acercó y le lamió la mano, todavía tensa por la rabia. X respiró hondo un par de veces, acariciando al animal hasta que el temblor de sus dedos se apaciguó. Durante unos segundos, el despacho pareció en calma: solo se oía la respiración acompasada de la perra y el zumbido lejano de los servidores.

Cuando creyó haber recuperado el control, se levantó con la intención de darse una ducha. No llegó a alcanzar la puerta del baño: un cuerpo cayó de improviso desde lo alto y lo derribó contra el suelo.

◗ 19:33

—¡Por el amor de Atlas! —dijo X en cuanto se derrumbó sobre el suelo.

—¡Hola, hermanito! —respondió Trix rodeándole con las piernas y los brazos—. Sí que has tenido invitados esta tarde.

—¿Qué pasa hoy? Esto no es una maldita casa del terror donde cualquiera se puede esconder para intentar asustarme.

X miró hacia arriba y vio el falso techo aún desplazado.

—¿A que Trix sí lo ha conseguido? Y a ella no la metas en el saco de los otros invitados, yo vivo aquí.

Como si fuera un dron de carga enganchado a su espalda, X caminó hacia el baño y descendió al piso inferior con Trix.

—No me recuerdes que tengo que compartir este espacio minúsculo con un perro y una niña. ¿Sabes algo de tu problema? Ya han pasado más de seis meses.

Lluna, al sentirse aludida y ver a Trix sobre X, se acercó a ellos con enérgicos brincos y ladridos secos.

—¡Trix no es una niña! —dijo bajándose por fin del cuerpo de X.

—Pues lo pareces. ¿Cuántas veces te he dicho que no dejes tu ropa en mitad del estudio? ¿Y lo de que no te metas en el falso techo?

—Si no utilizaras un tercio del piso para tus juegos de detectives, Trix tendría su propia habitación y no habría ningún problema.

X la fulminó con la mirada. Trix, al principio, pareció encogerse, pero enseguida adoptó esa mezcla de vulnerabilidad y ternura que tenía el don de desactivar incluso su furia más feroz.

Cansado, X cogió una toalla limpia, subió las escaleras y bloqueó el acceso del baño.

—¿Ahora quién es el inmaduro? ¿Te parece esta una forma de acabar una conversación?

Como respuesta, X se desnudó y encendió la ducha. El agua fría se llevó los restos de la intervención con la techsmith, también parte del estrés que últimamente le atenazaba.

Mientras el chorro helado le recorría el cuerpo, X se palpó la nuca,

la base del cráneo y el costado. Sentía el metal bajo la piel como raíces invasoras. Ya no distinguía del todo qué era nervio y qué era cromo. No le quedaban muchas partes puramente suyas. Ese era el precio: empujarse al límite, actualizarse, resistir. Todo con un objetivo que seguía sangrando por dentro. Encontrar al asesino de Cleo. No lo hacía por venganza, o al menos eso quería creer. Lo hacía por redención, por cerrar la grieta que se abrió cuando no pudo evitarlo. Si para lograrlo debía desmontarse pieza a pieza, que así fuera.

En ese mundo, uno era humano hasta que dejaba de doler la pérdida. Y a él aún le dolía. Cada implante anestesiaba un trozo más de sí mismo, pero la herida seguía intacta. Lo que más le aterraba no era volverse máquina: era dejar de importarle. Mientras le importara —mientras sintiera rabia, frío, impotencia— seguiría sabiendo quién era. Un ser humano fracturado. Pero humano.

Más relajado y limpio, X abrió el acceso al piso inferior. El plato de la ducha se movió con los residuos de agua y descubrió las escaleras en las que Trix seguía sentada.

—Ya tienes mejor cara. Me apunto lo de la ducha fría para la próxima vez que estés de mal humor.

—Ni que fuera tu mascota.

—Oh, tienes una nueva mod. Déjame adivinar de qué se trata.

Trix se movía de una parte del estudio a la otra con la misma velocidad con la que cambiaba de tema de conversación.

—Ya lo sabes. Has escuchado la conversación con Dalia.

—Jo, contigo no se puede jugar a nada.

—Anda, date la vuelta, que me tengo que cambiar.

Trix sonrió con una expresión un poco perturbadora, en especial porque estaba haciendo el pino sobre la pared.

—¿Es que te da vergüenza que te vea el pene?

—Trix…

—O la colita, el pirulí, el gusanito, el pompón, el florete…

X soltó un suspiro que demostraba que no era la primera vez que tenían una interacción así y decidió ser él quien se diese la vuelta.

—Además, eres mi hermanito mayor. La mente de Trix no diferencia entre tu pie o tu rabanito. ¿Esa palabra te gusta más? En

fin —continuó, como si estuviese hablando consigo misma—, que todo lo que veo de ti es carne. Aunque cada vez tengas más cromo que carne.

—Necesito tu ayuda.

Trix se quedó inmóvil durante unos segundos y luego volvió al plano vertical sobre sus pies, justo en el momento en el que su cara empezaba a volverse morada.

—¿Ayuda? ¿Has dicho ayuda? —dijo acercándose a X con la energía de un golden retriever.

—Ya has escuchado la conversación con el nuevo cliente. Necesito saber más sobre ese Axel Black y su trabajo en Prometheus, la red de cazarrecompensas autogestionada…

—¡Sé lo que es Prometheus! Todo el mundo lo sabe. Tú eres quien hace solo dos años no era más que un europeo que todavía intentaba beber sopa con tenedor.

Durante el tiempo que X había ejercido de hermano mayor para Trix, había cultivado la milagrosa habilidad de ignorar sus pullas… aunque ella se empeñaba en ponérselo cada vez más difícil.

—Necesito que consultes con tu red de informantes sobre su identidad y registro de trabajos, a ver si encuentran algo sobre su paradero actual, si sigue con vida o la última vez que se supo algo de él.

Trix se dejó caer sobre su cama, que se arrinconaba entre el último escalón y la estrecha encimera de la cocina.

—Mmm, pero mis servicios no te saldrán gratis.

—¿Qué quieres esta vez? —dijo X, sentándose en la cama para quedarse a la misma altura.

En su voz ya hasta sonó cierto divertimento.

—¡Un abrazo!

X sonrió y, como si un analgésico invisible hubiese recorrido su cuerpo, todos sus músculos se destensaron al instante.

—¿Eso te he enseñado yo? ¿A venderte tan barata?

—Solo lo hago contigo, pero tienes razón, eso es muy poco… que sean mil.

X se incorporó con el rostro ensombrecido y avanzó hacia Trix, que durante unos instantes quedó inmóvil, presa de la confusión. En un

gesto rápido, casi brusco, la envolvió por completo y la alzó del suelo. Pero en cuanto sus brazos la rodearon, la agresividad fingida se disolvió, dando paso a un calor genuino.

—Los que hagan falta.

Sin decir nada, ya que ambos sabían que lo necesitaban, se quedaron así, disfrutando de una calidez que era difícil conseguir en una ciudad tan fría.

Cuando se separaron, unos minutos después, X cogió su chaqueta de la cama y se enfundó en ella.

—¿Sales a algún sitio esta noche? Yo quería ver una peli.

—Lo siento, tendrá que ser otro día, he quedado para cenar con un viejo amigo.

Trix asintió con pesar, pero no llegó a usar su arma de cara de gatito mojado. X supuso que prefería guardarla para ocasiones importantes, por si acaso su efectividad se reducía con cada uso.

—Está bien. Trix quedará con Luka para preguntar sobre lo que necesitas.

X se detuvo en las escaleras, dejando que esa frase de Trix resonara en su cabeza.

—Volveré en unas horas. Y ten cuidado, hay algo en este caso que no me gusta.

◗ 20:32

Pasear por las calles de Greco siempre le despertaba a X una nostalgia extraña. No entendía del todo por qué. No fue el primer lugar que conoció en Atlas, ni tampoco había vivido nunca allí. Quizás era porque, tras su llegada al país, en esas calles vio encenderse la primera chispa. Hasta entonces, el paisaje no había sido más que tinieblas.

Giró en la esquina y divisó el cartel del San Giusto al final de la calle. Por culpa de Milo, era uno de sus restaurantes favoritos de la ciudad, pero solo se permitía visitarlo con su amigo. En las ocasiones en las que había estado en territorio Siracusa por otros motivos, siempre buscaba alternativas.

Al llegar a la puerta, X se encontró a un hombre custodiándola. Le llevó unos segundos reconocer quién era. No le había visto en dos años.

—Lupo, cuánto tiempo.

—Y tanto, X.

Su voz rota acompañaba a su actitud. No parecía quedar mucho del chaval kamikaze que conoció en la celda de una comisaría tras atacar a un drifter de otro clan.

—Milo te espera dentro —añadió como si ese restaurante fuera una sala protegida de un gabinete gubernamental.

En el interior, el ambiente animado desmentía la frialdad de la presencia improvisada de Lupo. Como de costumbre, no solo había drifters en el restaurante, también personas con negocios mundanos —y legales—, al igual que varias familias con niños. Incluso lo notó más lleno de lo usual. Quizás era porque quedaban pocos meses antes de que el dueño se jubilase.

Al dirigir la vista hacia su esquina habitual, vio a Milo absorto, mirando hacia el exterior. También él había dejado atrás parte de la jovialidad que solía definirlo. Estaba claro que, en esos dos últimos años, el tiempo había hecho lo suyo con todos.

—¡X! —dijo en cuanto le vio, y se lanzó a abrazarlo con una fuerza que X devolvió.

Después de los manotazos en los hombros correspondientes y un par de carcajadas infundadas, se sentaron con pesadez.

—¿A qué se debe la seguridad? Eso es nuevo —dijo X.

—Desde hace unas semanas.

Habían pasado unos meses desde la última vez que se vieron.

—Ahora mismo los clanes están tranquilos —dijo X—. O bueno, todo lo tranquilo que puede estar un grupo de pirómanos encerrados en una fábrica de fuegos artificiales.

Un camarero los interrumpió. Milo pidió lo habitual y X indicó lo mismo con un asentimiento de cabeza.

—Sí, entre clanes puede que sí, pero no entre Siracusas.

Las últimas palabras apenas las musitó, pero X no habría necesitado escucharlas, con su expresión sombría fue suficiente.

—Supongo que la limpieza de traidores que hizo tu padre cuando lo del Blackout está cada vez más cerca de ejecutarse.

Milo asintió, cabizbajo.

—Nunca he visto las cosas tan mal dentro del clan. Ahora no debemos llevar precaución al salir de nuestro territorio, sino al movernos por nuestras propias calles. Es irónico pensar que hoy en día estaría más seguro andando por donde los Santinos que en el barrio en el que he crecido toda mi vida.

X contrarrestó la carga emocional y las palabras de Milo aferrándose a lo que sabía. Era consciente de que ese momento llegaría tarde o temprano; cualquiera dentro de los Siracusa lo sabía, y quizá también algunos fuera. Sin embargo, hasta entonces no había visto señales de que la tensión hubiese escalado con tanta rapidez. Estaba claro que, cuando el humo empieza a escapar por las ventanas, el fuego lleva tiempo devorando la casa.

—Cuando mi padre se ha enterado de que cenaría contigo, me ha pedido que te diga que te pases mañana por el Duomo para verle.

A X le resultó llamativo que Bruno Greco, capo de la facción más poderosa de los Siracusa, quisiera verlo con tanta premura. Pero aún le intrigó más el matiz en la voz de Milo, un leve resquemor cuyo origen no logró descifrar.

—Me acercaré.

El mismo camarero les volvió a interrumpir, esta vez con dos platos

humeantes de pasta. Quien decía que no era bueno comer carbohidratos por la noche era porque su cocinero no era Carlo.

—¿Qué tal con Martina Lavolpe? —preguntó X con tono impertinente.

—¿Cuándo dejarás de llamarla por su nombre completo como si fueses un profesor pasando lista?

—Cuando deje de sonar a realeza.

—Nació a cinco calles de aquí. Si visitaras el vertedero en el que creció se te quitaría rápidamente esa idea de la cabeza.

—Por eso no lo quiero visitar.

Rieron brevemente.

—Bien, supongo —dijo Milo con un suspiro.

—¿Supones?

—Últimamente, con lo que está pasando en el clan, no he tenido mi atención puesta en ella, por así decirlo. Al parecer, eso no es bueno en una relación.

—Ah, ¿sí? No me digas.

—Martina me dice que cómo vamos a poder resolver nuestros problemas si ni siquiera sé cuáles son los problemas que tenemos.

—Vaya, suena a mujer inteligente.

—Mira quién fue hablar, quien a sus veintisiete años no ha tenido una relación en su vida.

X estuvo a punto de desmentir el ataque, aunque dudaba que dos semanas saliendo con alguien pudieran contarse como una relación. Entonces recordó que Milo seguía sin saber nada de lo suyo con Cleo. En su momento, el tema nunca llegó a surgir y, cuando las aguas se calmaron tras el incidente del Blackout y su muerte, ya habían pasado varias semanas y X no encontró la forma de mencionarlo. Dos años después, aún no sabía cómo hacerlo.

—¿Cuánto lleváis?

—Algo más de un año.

—¿Y cuándo piensas presentármela?

—Ni que fueras mi padre. Además… me da miedo.

X detuvo el tenedor cargado de pasta a un palmo de su boca abierta, dándole espacio a su cerebro para procesar esa frase.

—¿Miedo?

—Seguro que en cuanto la veas, usas alguno de tus truquitos para descubrir que en un pasado grabó brainfucks subidos de tono para las Valquirias o, peor aún, que su abuela era una Santino. Prefiero vivir en la ignorancia.

X estalló en una carcajada a la que rápidamente se unió su amigo.

—No te preocupes, sé guardar un secreto. Me esperaría a la noche de bodas para contártelo.

Milo volvió a reír, dejando asomar una parte de sí que cada vez mostraba menos. Encerrado en una disciplina autoimpuesta, en los últimos años se había convertido en el hijo modélico que su padre siempre había querido: explotaba por fin todo su potencial dentro del clan y consolidaba su papel de capodecina, y no solo por herencia de sangre, sino por sus resultados.

Aun así, tras tanto esfuerzo por enterrar al Milo que su padre veía como un pusilánime, X lo veía resurgir a veces, aferrado a los últimos restos de pureza.

—Además, ya busqué información sobre ella el mismo día en el que me dijiste su nombre —añadió X—. Nunca me hizo falta conocerla en persona.

El rostro de Milo palideció.

—Y… —Tragó saliva—. ¿Qué encontraste?

—Ya te lo he dicho, te lo contaré el día de tu boda.

X completó su respuesta con un guiño forzado. No mentía, hizo una búsqueda superficial sobre esa mujer, seguramente la misma que habría hecho Bruno Greco. No encontró un pasado donde grabase brainfucks sexuales o una pariente Santino, pero sus abuelos maternos eran los dos europeos, y no de los capitalistas. Claro que, siendo X de la RES, dudaba que a Milo le importase mucho.

Lupo entró en el restaurante con brío.

—Perdona que interrumpa, Milo, pero hay problemas fuera.

Los tres salieron a la calle. La noche ya se había cerrado por completo y, al otro lado, cuatro hombres conversaban con el compañero de Lupo que X había identificado al llegar.

—¿Quiénes os creéis que sois para decirnos dónde podemos o no cenar? —dijo uno de los cuatro.

Tenía una cicatriz que le atravesaba el ojo derecho, pero parecía extraña, como si fuera maquillaje permanente en vez de una secuela real.

El compañero de Lupo se calló al ver a Milo.

—¿Qué hacéis aquí?

—¿Cómo que qué hacemos aquí? ¿Acaso esa pregunta es necesaria para quien pasea por su casa?

—Vuestra casa está a cinco kilómetros en esa dirección —dijo Milo, señalando al oeste—, en lo alto de las colinas, donde la contaminación y el ruido de Greco ya no molesta.

El hombre de la cicatriz miró a los otros tres drifters. A pesar de que los cuatro fueran Siracusa, tenían una apariencia diferente, más de empresarios de Nuevo Centro que de maleantes. A fin de cuentas, muchas veces eran lo mismo.

—Venimos a ver a tu padre —dijo, suavizando el tono y relajando el cuerpo—. Pero antes de ir al Duomo a recoger las ganancias del mes pasado y centralizarlas en las arcas del clan, queríamos pasar a comer. Todo el mundo sabe que el restaurante de Carlo es el mejor de Greco, y queremos aprovecharlo antes de que desaparezca para siempre.

—El mejor de Atlas —puntualizó Milo, como si ese fuese el tema principal de la discusión—. Y por mucho que seáis Siracusa, no sois bienvenidos aquí. No después de lo que dijo vuestro jefe a mi padre en la última reunión.

La media sonrisa del hombre de la cicatriz desapareció, mientras que los tres que tenía detrás estiraron los hombros como prevención de lo que se podía avecinar.

—¿Nuestro jefe? Estás hablando de Dante Gallo, del Don de nuestro clan. Quizás es cierto que el humo de estas calles se os ha metido en el cerebro y no os deja pensar con claridad.

—Es el humo de estas calles la razón por la que el clan sigue existiendo.

La voz de Milo seguía pausada, inalterada ante el tono más elevado de los cuatro enviados de Altomonte.

—Por favor, ¿cuándo vais a dejar de usar ese argumento manido? Sí, el ochenta por ciento de los ingresos del clan se origina en Greco,

pero solo porque el puerto está aquí. ¿Quién te crees que gestiona la mayoría de acuerdos comerciales? Está claro que ningún empresario de respeto se sentaría motu proprio con alguien que lleva un cuchillo de cazador en la cintura como si estuviese en mitad de la selva.

Ante un insulto directo a su padre que en otras ocasiones habría hecho estallar a Milo, esta vez se mantuvo imperturbable. No se pudo decir lo mismo de Lupo, quien no aguantó la necesidad de agarrar el arma que llevaba en la espalda y encañonarla contra el rostro del hombre de la cicatriz.

X vislumbró una media sonrisa en su expresión, justo antes de que el enviado respondiera sacando sus armas. Incluso uno de sus tres hombres apuntó a X al pecho.

Eran cuatro hombres contra Milo, X, Lupo y su compañero, aunque solo los dos últimos sacaron sus armas. X simplemente se apoyó en la pared, intrigado por ver cómo avanzaba la disputa, mientras Milo se sujetaba el brazo derecho con calma contenida. Con un solo movimiento podía activar la mod mortal que escondía en su antebrazo.

—Aquí está ocurriendo lo mismo que en las reuniones de ejecutivos del clan —dijo el hombre de la cicatriz—. Habéis creado un problema donde no existía. Nosotros solo queríamos cenar en un restaurante donde los integrantes del clan somos bienvenidos. Ahora, míranos, todos a un paso de que nos volemos los putos sesos.

La falta de reacción de Milo ante la amenaza pareció no satisfacerlo, porque desvió el arma unos centímetros y apretó el gatillo. El disparo pasó a un dedo de su oreja y se incrustó en el muro que tenía detrás. Los demás drifters se tensaron al instante. El capodecina respondió entonces, pero no con palabras, sino con su cuerpo: un fino hilo de sangre se deslizó desde su oreja.

Tras el disparo, varios gritos de alarma estallaron y algunos viandantes huyeron, sorprendidos de ver problemas en una zona tranquila para los Siracusa.

X se apartó del muro, dispuesto a intervenir para evitar un conflicto innecesario, pero entonces vio acercarse un vehículo blindado que avanzaba a toda velocidad desde el inicio de la calle. Antes de que

tuviera tiempo de preocuparse por que los arrollara, las ruedas chirriaron contra el asfalto y, de su interior, descendió un escuadrón de diez personas armadas.

Los siete drifters miraron a los agentes como quien ve pasar a un gato callejero.

—Este es un problema entre integrantes Siracusa —dijo el hombre de la cicatriz con un tono sorprendentemente respetuoso—. En ningún momento ha estado en peligro un civil, ni lo va a estar. Podéis seguir con vuestra ronda.

El que parecía liderar al escuadrón no se inmutó ante la advertencia del drifter. X se fijó en sus uniformes, nunca los había visto. No eran los habituales de la policía, del ejército ni de las fuerzas especiales del gobierno. El logo del pecho tampoco lo reconocía.

—Parece que no confío tanto en vuestras dotes de tiro como vosotros —dijo el hombre que lideraba el grupo, seguido de cerca por una mujer de rostro imperturbable y paso firme—. Bastaría un movimiento en falso para que uno de vuestros disparos alcanzara a los comensales inocentes del restaurante… o a cualquier peatón o vehículo que pase por la calle. Y no queremos eso, ¿verdad?

La mandíbula del drifter de la cicatriz se tensó ante el tono paternalista del agente.

—Mira, cachorro, iros de aquí antes de que te mande a patrullar con un respirador portátil el resto de tu vida.

—Oh, ya veo, al parecer hay un malentendido —dijo guardando su arma y descansando las manos en su cinto—. No somos policías, y mucho menos cachorros. Mi nombre es Julius Thorne, y soy el líder de ARCO.

—¿ARCO? —preguntó X, rompiendo el silencio por primera vez en toda esa contienda.

Julius se quedó inmóvil unos segundos al identificar a quien había intervenido. Al retomar la palabra, volvió a centrar su atención en los drifters.

—Agencia para la Regulación de Clanes Organizados. Somos una división del gobierno, paralela al ejército, cuyo único propósito es controlar el impacto que tienen los clanes en los ciudadanos y en el

país de Atlas.

X escaneó el rostro de Julius Thorne: alto, de complexión sólida, con una barba pelirroja que le enmarcaba la cara y una mirada de acero que no parpadeaba. Obtuvo un informe detallado que confirmaba su nombre y la naturaleza de esa organización, por mucho que fuese la primera vez que escuchaba hablar de ella. Al examinar a la mujer, quien debía de ser la segunda al mando, obtuvo un resultado más escueto, pero igual de interesante. Su nombre era Maia Duval. X también se aseguró de fichar al resto de los integrantes.

—Está claro que alguien se quiere ganar los créditos del bonus anual —dijo uno de los drifters de Altomonte—. Jefe, ¿cómo les mostramos que hay líneas que no se cruzan?

Por iniciativa propia, el chaval terminó la frase apuntando a Julius Thorne en lugar de a X. Antes de que lo hiciera, X ya sabía que era mala idea. Solo necesitó escuchar un sonido agudo para confirmarlo.

El drifter se desplomó sobre el suelo con un agujero en el pecho del que no dejaba de brotar sangre. Uno de sus compañeros lo sostuvo antes de que su cabeza golpeara el pavimento. El de la cicatriz y el otro drifter redirigieron sus armas ante la nueva amenaza, mientras que Milo y sus hombres se quedaron inmóviles, sin entender qué acababan de ver.

La escena se congeló unos segundos, como una fotografía de tensión a punto de estallar en múltiples direcciones, casi todas con un desenlace de sangre innecesaria.

Julius hizo un gesto con su mano. La mujer que había disparado bajó su arma caliente con rapidez.

—La bala le ha atravesado el pectoral mayor y parte del deltoides, muy cerca de la subclavia. Si no obtiene asistencia médica en los próximos veinte minutos, la hemorragia lo matará. Podéis seguir de pie mirando, o llevarlo al hospital y que viva para contarlo.

Los tres drifters se miraron entre sí. No tardaron mucho en tomar una decisión, la sensata. Antes de subirse al vehículo, el hombre de la cicatriz lanzó una última mirada a los agentes de ARCO y retuvo en la memoria cada detalle de sus rostros. El hombre se quitó el visor que cubría la mitad de su rostro para facilitarle su trabajo. El

drifter escupió en el momento en el que aceleraban a toda prisa.

Sin decir nada más, los agentes guardaron sus armas e hicieron un análisis final del panorama. Julius mantuvo su mirada en X varios segundos, pero no llegó a decir nada. Con un gesto de la mano, regresaron al furgón armado y desaparecieron del lugar.

Al final solo quedaron Milo, sus dos hombres, X y los curiosos que habían presenciado y grabado lo ocurrido. Una escena que no sucedía en Atlas desde la última guerra de clanes: alguien de la ley disparando a bocajarro a un drifter en su propio territorio. Un augurio de los tiempos convulsos que se avecinaban.

05 DE OCTUBRE, 2064

◗ 08:58

X percibía la eficiencia renovada del ciberware en sus piernas con cada zancada. Al golpear el suelo, la planta transmitía la fuerza al conjunto de tensores artificiales de las rodillas, que absorbían sin esfuerzo los ciento treinta kilos de peso. Un instante después, esa misma tensión se liberaba en un impulso inverso, proyectándolo hacia delante como si cada paso fuera el inicio de una carrera.

Lluna corría a su lado, siguiendo el ritmo como podía, con zancadas irregulares. Si la hubiera dejado en casa, aquella mañana habría corrido cuarenta kilómetros, pero con compañía recortaría la distancia a la mitad. Para sostener todas las mods que cargaba, su cuerpo debía mantenerse en una forma física impecable. Había perdido algo de carne desde que empezó a implantarse hardware, pero la que conservaba estaba trabajada hasta la última fibra.

La avenida donde se alzaba su oficina terminaba frente al océano. X siguió caminando hasta conectar con el paseo marítimo que bordeaba la costa. Nuevo Centro fue el barrio que más le sorprendió al llegar a Atlas. No por sus habitantes —pijos estirados con caras amargadas—, sino por un diseño urbano que desentonaba con el caos del resto de la ciudad: rascacielos cubiertos de jardines verticales, aceras anchas separadas por franjas de césped y un parque aéreo que unía las azoteas en un manto verde. De noche, la bahía absorbía las luces y ofrecía una calma que parecía ajena a Atlas. Un decorado limpio… demasiado limpio para un lugar sostenido por la misma corrupción que los clanes.

Se decía que era el único distrito de Atlas sin clan, pero eso era una farsa. El territorio pertenecía al gobierno: desde la presidenta, Vera Voss, hasta la cadena interminable de funcionarios que

mantenían en marcha una maquinaria tan corrupta como los clanes a los que fingían despreciar. No eran más que otra pieza del engranaje, y ni siquiera la más poderosa. Su permanencia dependía de los clanes: estos toleraban su existencia a cambio de favores. Por eso a X le sorprendía la aparición de ese nuevo organismo: ARCO. Rompía con la dinámica que el gobierno había mantenido durante años con los clanes. Por más que indagaba, no lograba descubrir nada más allá de lo que el propio Julius Thorne había mencionado.

X chasqueó los dedos y señaló a Lluna. La perra automáticamente cesó la carrera y se detuvo en seco. Ya había terminado el calentamiento, tocaba aumentar el ritmo. Aceleró hasta alcanzar los dos minutos por kilómetro. En su NED observaba el rendimiento en vivo de las diferentes mods que le permitían llevar ese ritmo a ciento treinta pulsaciones por minuto. Mientras se preocupaba de mantener la respiración constante, aprovechó para avanzar en el caso de su nueva clienta.

Abrió Prometheus. Cada vez que veía aquel listado interminable de encargos, no podía evitar recordar la primera vez que oyó hablar de la aplicación: le sonó a broma. Un sistema de recompensas que nadie controlaba, gobernado por un fantasma que había desaparecido tras ponerlo en marcha. Y, aun así, funcionaba. En la pantalla se mezclaban trabajos absurdos —diez créditos por cazar al mirón de una vecina— con auténticas locuras que prometían sumas millonarias por la cabeza de un alto ejecutivo. Esa disparidad era justo lo que hacía tan adictivo al sistema. Y tan peligroso.

A efectos prácticos, era un listado de misiones abiertas a quien quisiera aceptarlas. Varias eran legales —incluso la policía usaba el sistema para agilizar su trabajo—, pero la mayoría tenían tanta legalidad como un implante sin licencia colocado en un callejón de Cuatro Torres. Asumir las consecuencias era cosa del usuario. Si eras un civil y aceptabas un encargo contra un clan, más te valía estar listo para encajar su respuesta. Lo mismo si eras un drifter con la insensata idea de reclamar una recompensa que involucraba a otro drifter. Que el nombre apareciera en Prometheus no lo convertía en un objetivo libre: seguía siendo un ataque entre clanes.

Ese era el problema principal de Prometheus: se apoyaba en el

sentido común, sin pedir más credenciales que la lógica. Y en ese país, la ambición era experta en eclipsar cualquier atisbo de sensatez. A excepción de las recompensas más inocentes, la mayoría de los trabajos los realizaban mercenarios especializados, cazarrecompensas cuyo único oficio era ese. Bastantes vivían de ello, algunos lo hacían muy bien, llegando incluso a ser celebridades.

Axel Black, el hermano del nuevo cliente, se acercaba a ese estatus. El hombre no mintió al decir que era un cazador experimentado. Llevaba veinte años en el negocio y había ejecutado más de mil recompensas, algunas con sumas muy altas de dinero, esas que te permiten tomarte un año o dos de vacaciones de lujo. Aunque, a juzgar por el registro público de su perfil, no había estado ni un mes inactivo. Las tres semanas que habían pasado desde que aceptó su último encargo eran uno de los lapsos más largos sin actividad.

X examinó con más detalle el último trabajo, el que tenía más posibilidades de ser la razón de su desaparición. Cuando alcanzas cierto nivel en Prometheus, muchos contratistas dejan de publicar ofertas abiertas y contactan directamente con el cazador que quieren. Ese fue uno de esos casos. Sin embargo, el trabajo en sí resultaba sospechosamente sencillo. Siguió durante tres días a un técnico de Sogun Tech sospechoso de vender planos a una empresa rival. Confirmó que las reuniones eran inofensivas —cenas con su exmujer, sin rastro de filtraciones ni tratos ilegales—, entregó el informe y cobró. Un trabajo rutinario, muy por debajo de su experiencia. El contratista era una empresa, Omnidata Logistics.

Al ver que no sacaría más información de Prometheus, fue a su siguiente fuente. Accedió a HermesID y, como siempre, le recorrió un escozor en la espalda. Nunca había podido sacudirse esa sensación. En su llegada a Atlas, X no se explicaba cómo algunas personas eran capaces de saber tanto sobre él con solo mirarle. La respuesta era HermesID, una base de datos que agrupaba a todos los ciudadanos del país que tuviesen una mínima relevancia: drifters, asociados a los clanes, empresarios, políticos, funcionarios, diplomáticos… El programa valía una pasta cada mes, pero merecía la pena hasta el último crédito. La información además se

actualizaba en vivo, cualquier ciudadano podía subir datos verificables, como la compañía con la que había visto a alguien o su última localización conocida.

A X le molestaba utilizar ese programa, pues la persona que estaba detrás era la misma que le habló a contraluz antes de drogarle y usarle para matar a Cleo: El Director.

Al introducir el nombre de Axel Black, aparecieron tres coincidencias. Seleccionó al cazador y revisó su perfil. El detalle más relevante era la etiqueta que lo vinculaba a los Shiz. No parecía una afiliación formal, pero era para el único clan para el que había ejecutado recompensas, y en más de una ocasión se le había visto en compañía de drifters de la organización.

Tras obtener tan poca información útil, buscó el nombre de Omnidata Logistics. Apenas había datos: una descripción breve y genérica de sus servicios de consultoría, el año de fundación, un número de empleados sospechosamente bajo y algún detalle irrelevante más. Pero al llegar a la lista del consejo de administración, la mirada se le encendió. Nestor Prym figuraba entre sus miembros. Eso significaba que había una alta probabilidad de que él hubiera contratado a Axel para su último trabajo y que, a raíz de este, hubiese desaparecido. Eso eran grandes noticias: le estaban pagando por investigar a El Director.

Llevaba diecinueve kilómetros y apenas le quedaban unos minutos para completar el entrenamiento, pero X se vio obligado a detenerse. La desaparición de Axel Black no tenía por qué estar ligada a su último encargo, aunque era la hipótesis más probable, sobre todo si Nestor Prym —un hombre cercano a El Director— estaba implicado.

Ese hecho lo cambiaba todo. Ya no estaba resolviendo una simple desaparición por la que le pagarían una elevada cantidad de créditos. No. Ahora estaba haciendo algo mucho más importante. Si lograba resolver el caso, seguramente podría descubrir quién se escondía detrás de la máscara de El Director, y con ello cobrar la justicia que merecía por la muerte de Cleo Rojas.

◗ 10:51

La actividad en el Duomo, la base de los Siracusa en el barrio de Greco, representaba a la perfección la tensión de la noche anterior en San Giusto y la aparición estelar de ARCO. Aunque X fuese alguien de relativa confianza para el clan, le registraron entero antes de entrar y, al ver la cantidad de ciberware que llevaba, le asignaron a un guardaespaldas que le acompañaría hasta el despacho de Bruno.

—¡Hombre, X! —le llamó alguien al cruzar la sala principal que conducía a unas escaleras.

X se giró en busca de la voz y se encontró con el rostro afable del veterano del clan acercándose a él.

—Thomas, ¿ya vienes a por otro intento?

Aquel hombre seguía convencido de que «X» era un alias, una máscara para ocultar su verdadera identidad. Se negaba a creer que en la RES solo se usaran apellidos y que hubiera adoptado esa letra al llegar a Atlas como un gesto de rebeldía tan inútil como terco.

—Por supuesto, nunca voy a perder la oportunidad.

Se detuvo a unos pasos y puso cara de concentración.

—Tu verdadero nombre es… Hans.

X bajó la mirada, fingiendo decepción.

—Me temo que no.

Thomas se maldijo y le envió un crédito por el NED.

—Llevas ciento doce créditos perdidos. Cuando quieras, lo dejamos.

—¡Nunca! Sé que algún día acertaré.

Ya ni se molestaba en decirle que era imposible que acertara. Él no sería quien le quitara la felicidad al hombre.

Sin decir una palabra por la extraña escena —todos en ese edificio sabían de las excentricidades de Thomas—, el guardaespaldas siguió a X hasta que un hombre de dos metros de alto y un tamaño similar de ancho los interceptó.

—¿Qué haces con él?

Ambos se detuvieron ante la voz gutural de la mano derecha de

Bruno Greco. X fue a responder, cuando su guardaespaldas contestó nervioso.

—Acompa… acompañándole al despacho del capo Greco. Me habían dicho que…

—¡Para los desconocidos! X Freeman es un muy buen amigo de la organización —bramó en un ladrido seco.

Con un gesto se deshizo del chaval, que casi tiritaba del terror. En cuanto se quedaron a solas, De Angelis le dedicó una cándida sonrisa a X, sin rastro de la hostilidad anterior.

—Perdón por las formas, pero hasta que los nuevos no llevan cinco años por aquí, no les permito que vean mi lado tierno.

X sonrió, hasta la palabra «tierno» parecía un oxímoron saliendo de los labios de un hombre con esa apariencia. Siguió el paso de De Angelis mientras conversaban; llevaban algo más de un mes sin verse.

—¿Cinco años? Y yo que pensaba que tu récord de paciencia era aguantar conmigo en la pista de bolos.

—No me lo recuerdes —dijo, negando con la cabeza, pero con una chispa divertida en la mirada—. Aún tengo pesadillas con esa última tirada tuya.

—Pesadillas porque perdiste.

—Pesadillas porque un tipo que tira como tú me ganó la apuesta —replicó, con media carcajada que resonó en el pasillo.

Mientras avanzaban, varios miembros del clan saludaron a De Angelis con un gesto o una palabra. Él respondía a todos por su nombre, como si llevara un archivo infalible de rostros y vidas en la memoria. X lo siguió, pensando que esa memoria y ese trato eran parte de lo que lo hacía único.

—¿Qué tal este mes? —preguntó X.

—Lo de siempre —dijo con un tono que tenía medido para las respuestas automáticas.

—Entonces nada nuevo.

—Nada que se pueda contar por el pasillo. Lo interesante lo dejamos para la próxima partida.

X sonrió. Para él, De Angelis no era solo la mano derecha de Bruno Greco. En una ciudad donde la mayoría de las relaciones se medían

en favores y amenazas, él era de los pocos con los que podía compartir una partida de bolos o una cerveza sin sentir que había una deuda pendiente. Era un aliado, sí, pero sobre todo alguien que, contra todo pronóstico, había conseguido ganarse su respeto.

Lo dejó en la puerta del despacho de Bruno Greco y, antes de irse, se aseguraron de fijar una nueva partida para dos semanas más tarde, la próxima vez que De Angelis tuviera una noche libre. X lo vio marcharse por el pasillo, saludando a todo el que se cruzaba como si fuera el dueño del edificio.

—Gracias por acercarte a verme, X.

—Un placer.

Bruno se aproximó a la vitrina que tenía a su lado y se preparó un whisky seco. No le ofreció nada a X, seguramente debido a las negativas que había tenido en situaciones similares.

—Sé la hora que es, pero para mí todavía es cuatro de octubre, aún no me he ido a dormir.

X no dijo nada. Siguió observando al hombre que tenía delante. Bruno apartó el cuchillo del cinto hacia un lado y se sentó en el sillón.

—¿Sabes por qué me gusta hablar contigo?

A pesar de que siempre empezaba las conversaciones con preguntas directas e inesperadas, esa pregunta pilló desprevenido a X.

—Nunca me lo había planteado —mintió.

Ya lo había pensado, tenía una idea del motivo. Al parecer, estaba a punto de comprobar si tenía razón.

—Yo no soy el típico líder megalómano que no quiere que le contradigan para que no se rompa su frágil ego. No me gustan las palabras bonitas, me gustan las palabras ciertas, y dentro de mi organización recompenso que la gente que tiene una opinión contradictoria a la mía la comparta, siempre y cuando esté fundamentada. Sin embargo, no dejo de ser el capo de la facción de Greco, y aunque tenga este enfoque abierto, no soy conocido por mi amabilidad. Mi figura infunde miedo y respeto, he trabajado muchos años para que sea así. Pero a ti parece no importarte.

Le dio un sorbo corto a la bebida y se recostó en su asiento.

—Hasta donde sé, no solo te pasa conmigo. Siempre dices lo que piensas, da igual que hables con el panadero, con alguien cercano o con la mismísima Fumiko Watanabe de los Inarizoku. Puede que compartas el respeto que me tienen en este clan, pero está claro que no compartes su miedo. Quizá porque eres extranjero y no creciste oyendo los nombres Siracusa y Greco todos los días, o quizá porque simplemente eres así. Por eso te quiero aquí: para saber cuándo alguien cree que estoy haciendo las cosas mal.

—Me parece una razón válida. Siempre puedes contar con que te daré mi opinión honesta.

Bruno asintió y sus músculos se relajaron, como si acabase de finalizar una introducción incómoda que se quería quitar de encima.

—No estaba en mis planes hablar de esto cuando le pedí a Milo que vinieras —dijo con una voz más distendida—, pero ¿me puedes contar qué cojones pasó ayer con esa nueva organización? ¿Realmente instigaron y dispararon a un Siracusa?

Aunque Milo y sus dos hombres ya le habrían contado multitud de veces lo ocurrido, X le narró su punto de vista. Resultó ser idéntico a lo que había escuchado.

—¿Sabías algo de ARCO?

—No, me enteré ayer, al igual que el resto.

—Bueno, eso al menos es un consuelo. Si ni siquiera tú conocías la existencia de un grupo así dentro del gobierno, me dejas más tranquilo. Entiendo que habrás hecho los deberes esta noche, ¿qué sabes?

—Poca cosa. Como nos dijo su líder, es una organización creada por el gobierno para controlar los efectos de los clanes en los ciudadanos. Por la poca información que he encontrado, su idea inicial es mero control de daños, pero no me extrañaría que rápidamente se convirtiese en un escuadrón de aniquilación de drifters. Ya sea como medida preventiva de una tercera guerra de clanes, o por una operación de exterminio.

—¿Verías al gobierno capaz de hacer algo así?

—Está claro que el gobierno actual, no. Pero la persona que está detrás de ARCO, Elías Rivas, sí. Nunca se ha cortado en expresar su verdadera opinión sobre vosotros.

—Cuando estaba en la Asamblea Legislativa de Atlas no dejó de impulsar proyectos de ley que restringían nuestra autonomía, aunque sus propuestas casi siempre fueron bloqueadas. Tiene un odio visceral hacia los clanes, como si un drifter hubiese atropellado a su perro de pequeño.

X se calló la parte de que empatizaba con ese hombre. Como extranjero, le era bastante fácil entender por qué alguien estaría en contra del funcionamiento de clanes de Atlas.

—¿Y sobre el líder del cuerpo? Ese tal Julius Thorne. ¿Sabes algo?

—Poco de interés. El típico perfil que esperas de alguien en su posición… aunque llevado al extremo. Historial militar impecable, Cruz de Hierro Atlántica, varias medallas al valor en la guerra de Europa y una hoja de servicio sin una sola mancha. En el cuerpo policial de Atlas lo conocían por no aceptar ni un café gratis y por recordar cada operativo como si fuera un mapa tatuado en la memoria. Es el tipo de hombre que nunca se vende y que, si decide que eres su objetivo, no parará hasta verte fuera del tablero.

—A quién me recordará… —X se encogió de hombros ante esa alusión—. No está mal para una noche de búsqueda.

Bruno dejó el vaso sobre la mesa y vació sus pulmones con rabia.

—En Atlas hay reglas, y nadie puede saltárselas porque sí, aunque esta vez su ataque nos haya favorecido. Dudo que siempre tengan la costumbre de inclinar la balanza hacia nuestro lado.

Cerró la última frase con una mirada sombría, como si X no fuera más que el testigo de un diálogo que sucedía dentro de él. Luego se levantó y caminó hasta la ventana que daba al río.

—Me gustaría que buscaras más información al respecto. Obviamente, pagaría por tus servicios.

—Dalo por hecho. Es algo sobre lo que ya tenía interés.

—Vaya, ¿he hablado de más?

X se rio.

—No, pagarías por la información igual, tanto si la consigo expresamente para ti como si ya la tengo. Y hablando sobre el favor que te hicieron los de ARCO, ¿sabes algo sobre el herido?

—¿El muchacho de Dante? Se está recuperando en el hospital. Esta mañana se han pasado sus tres amigos por aquí.

—Cierto, dijeron que venían a por la recaudación mensual del clan. Para centralizarla.

X pronunció la última palabra en un tono más grave, dejando que ganara fuerza sobre el resto de la frase.

—¿Centralizar los ingresos? Más bien, requisar créditos que no son suyos. De las tres facciones, Altomonte es la que más gasta, luego nosotros y, por último, Sotomonte. Sin embargo, nosotros somos quienes más generamos con diferencia.

»Por si te lo estabas preguntando, cuando esta mañana el enviado de Dante ha solicitado una audiencia conmigo, se le ha prohibido el acceso al Duomo al igual que ayer en el restaurante de Carlo.

—¿Has hecho un bloqueo económico a Dante?

—No solo a él, también a Carlo Verzino.

—Una declaración muy fuerte de intenciones, y además fuerzas a que el capo de Sotomonte elija un lado del conflicto.

Bruno ratificó la conclusión de X y volvió a su asiento.

—Supongo que esta es la parte en la que quieres conocer mi opinión honesta, ¿no es así?

—Por favor.

—Pienso que este es el momento clave al que uno regresa más adelante con cierto arrepentimiento y un nudo en el estómago. Ese instante en el que dice: «Ojalá ahí hubiese tomado otra decisión». Teniendo en cuenta cómo están las cosas, ahora mismo estás al límite de cruzar un punto de no retorno, todavía estás a tiempo de evitar que esto vaya a más. Sabes perfectamente lo que te espera delante: el eco de los disparos rebotando contra las fachadas de Greco, el asfalto bebiéndose la sangre que no tendrás tiempo de secar antes de que caiga más. Verás a tus hombres desplomarse uno tras otro, con los ojos fijos en un cielo que ya no les dice nada. Y no serán solo soldados, Bruno. Serán los vecinos de estas calles, tu mano derecha, De Angelis, en quien confiarías tu vida… o incluso tu propio hijo. Los verás colgar de un puente o desvanecerse sin dejar rastro, y llevarás en la nuca el peso de saber que fue por ti. Santa Lucia entera respirará polvo de escombros y miedo, y lo peor es que sabes exactamente por qué vas a hacerlo.

»Mi opinión honesta es que hay muy pocas guerras que hayan

merecido la pena ser luchadas, y esta no será una de ellas.

Como Bruno había dicho, en ningún momento se mostró atacado al escuchar una opinión tan contradictoria con sus intenciones, más bien pareció entretenido.

—¿Conoces el origen de este país?

—¿De Atlas? —dijo X, extrañado por el aparente cambio de tema—. Sí, aunque supongo que lo que me enseñaron a mí en el colegio es distinto de lo que se cuenta aquí.

—Es cierto que cada quien ha edulcorado la historia a su manera, pero los hechos no cambian. En la segunda mitad del siglo pasado, tras el final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos y la Unión Soviética se enfrentaron en una larga Guerra Fría que se prolongó durante décadas. Al final, fue el comunismo quien se impuso, y el símbolo más icónico del capitalismo, los antiguos Estados Unidos, se fragmentaron en decenas de territorios autónomos, cada uno con su propio modelo de gobierno.

»En medio de aquel colapso, seis figuras emergieron. No eran políticos ni revolucionarios: eran empresarios, arquitectos de imperios construidos con sudor, visión y sangre. Massimo Greco, Hikaru Tokinaga, Sigrid Sondal, Catalina Fierro, Qian Jindao y Rupert Dankworth. Impulsados por el miedo a perderlo todo y un rechazo visceral a las ideas que destruían el mundo que conocían, tomaron una decisión: construir un refugio. Un lugar donde sus principios pudieran mantenerse intactos sin que la vieja Europa les dictara cómo vivir, cómo pensar o en qué creer.

»Así nació, en 1982, el Estado Libre de Novaterra. Un país sin pasado, pero con un futuro diseñado a su medida.

—¿Novaterra? —repitió X con la voz más aguda de lo habitual, hipnotizado por la cadencia con la que hablaba Bruno.

—Sí. Ese fue el primer nombre de esta ciudad-Estado.

X creía conocer la historia de Atlas. O al menos eso pensaba hasta ese instante. La versión que le habían enseñado se detenía en otros episodios, en otros nombres. Jamás le dijeron que, antes de llamarse Atlas, esa nación tuvo otra identidad.

—Supongo que la siguiente parte sí la conocerás —dijo Bruno.

X asintió, pero no bajó la guardia. Seguía escuchando con la misma

atención que si acabara de empezar el relato.

—El frente comunista no permitiría que los grandes del mundo a los que acababan de vencer se reagruparan, esperando en silencio a recuperar fuerzas y lanzar una nueva ofensiva. Así que hicieron todo lo posible por impedir la fundación de Novaterra. Pero el país nació igual. Y lo hizo convertido en una fortaleza.

»Rodeado de montañas y con un poder naval creciente, Novaterra no era fácil de asediar: una ofensiva directa habría durado meses, quizás años. Así que el enemigo optó por algo más efectivo, más lento y corrosivo: la división interna. Los seis fundadores se habían unido por necesidad, no por afinidad. Eran personas acostumbradas a mandar, no a compartir el poder. Cada uno había gobernado su propio imperio: uno había dirigido la mayor red de seguridad privada del continente, otro había presidido un conglomerado farmacéutico con más empleados que algunos países, una tercera había gobernado durante dos décadas una república minera autónoma. Ahora, debían sentarse en la misma mesa. Y eso, en muy poco tiempo, casi los destruyó. Meses después de su fundación, Novaterra ya parecía al borde del colapso. Hasta que apareció él. Atlas.

X seguía atrapado por la historia. Bruno la narraba con tanta pasión que ni una orquesta en mitad del despacho habría logrado robarle un segundo de atención. Cada palabra que pronunciaba pesaba más que cualquier libro de historia. Y para X, formado en la propaganda de la RES, verificar qué parte era cierta y cuál había sido distorsionada resultaba casi tan fascinante como la historia en sí.

—Atlas —dijo Bruno con voz serena—. Un hombre que surgió de la nada y logró lo que parecía imposible: aplacar las diferencias entre los seis fundadores. No lo hizo con promesas vacías ni con discursos huecos. Lo hizo recordándoles que el verdadero enemigo estaba fuera, no en esa mesa compartida. Unidos bajo una causa común, no solo resistieron: se fortalecieron como nunca antes. El frente comunista los creía acabados. Pero, en cuestión de semanas, se toparon con una nación que, aunque diminuta en tamaño, representaba una amenaza comparable a lo que había sido Estados Unidos. Entonces se acabaron las sutilezas. El enemigo lanzó toda su

fuerza militar contra Novaterra.

»No te aburriré con detalles tácticos. Podría pasarme horas hablando de maniobras y cifras, pero eso ya lo sabrás. Todos lo saben. Lo que importa es esto: nadie ganó. No entonces. La guerra se estancó en meses de desgaste brutal… hasta que Atlas hizo lo impensable. Lideró un ataque directo al corazón del enemigo, a la mismísima capital comunista. Murió en ese asalto. Pero su muerte cambió la historia. Porque, al caer, provocó lo que nadie había logrado: que la Unión Soviética se sentara a negociar. Firmaron un tratado de paz con los fundadores y la guerra, por fin, terminó.

X no dijo nada. El despacho estaba en silencio, pero cada palabra de Bruno retumbaba como si hubiera sido dicha al oído.

—Desde entonces, Atlas dejó de ser solo un héroe. Aquí es Dios, con la diferencia de que sabemos que existió. Hay estatuas en su honor, el país adoptó su nombre y está prohibido llamar «Atlas» a un recién nacido. Hacerlo implicaría que pretende estar a su altura. Y eso, simplemente, es imposible.

»Gracias a su sacrificio, los seis fundadores enterraron definitivamente sus diferencias. Repartieron el territorio y dieron forma al país que conoces hoy. Massimo Greco tomó Santa Lucia y fundó el clan Siracusa. Hikaru Tokinaga se estableció en Kinshima, donde surgieron los Inarizoku. Sigrid Sondal reclamó Valhal y dio vida a las Valquirias. Catalina Fierro tomó Poblado y creó los Santinos. Rupert Dankworth se quedó con el barrio que hoy lleva su apellido, y parte del actual Poblado, formando el clan Dankworth, que desapareció durante la Segunda Guerra de Clanes. Y por último, Qian Jindao se asentó en los barrios que hoy conocemos como Puerto Bahía y Chinatown, fundando el clan de los Shiz. Juntos, instauraron el sistema de gobierno que, con todos sus defectos, sigue vigente hasta hoy.

A X le impresionaba el modo en que Bruno contaba la historia. Algo le quedaba claro: aquel país no se había construido con ideales, sino con heridas. No eran los principios los que lo habían sostenido, sino el miedo, el orgullo y la voluntad de no arrodillarse.

—Por eso los clanes tienen tanto peso —dijo Bruno, con una firmeza que no buscaba aprobación—. Porque fueron esos seis,

junto a Atlas, quienes fundaron este país. Mi abuelo fue uno de ellos. Massimo Greco. Muchos hablan de Dante Gallo como su sucesor, su pupilo… pero yo fui su nieto. Crecí a su lado, respiré sus silencios, aprendí de sus manos. Fue él, junto a mi padre, quien me enseñó qué significa ser un Siracusa. Qué debemos hacer para proteger a los nuestros. Cómo se lidera una organización nacida del sacrificio.

»Cuando murió, yo aún no había cumplido los veinte. Dante Gallo ya controlaba Altomonte por entonces. Sotomonte, como siempre, era una nota a pie de página. Y yo… por mucho que hubiese sido la sombra de mi abuelo, era demasiado joven para asumir el mando. Así que Dante se convirtió en Don. No por mérito, sino por descarte. La peor razón para poner a alguien al frente de cualquier organización.

»Y si el clan de los Siracusa ha sobrevivido estas últimas décadas, no ha sido gracias a sus decisiones, sino a las mías. Porque el verdadero poder del clan no está en Altomonte. El corazón late aquí, en el barrio de Greco. Lo demás son solo líneas dibujadas en un mapa, decorado sin sustancia.

X se quedó pensativo ante el discurso de Bruno. Entendía su planteamiento y las justificaciones que se daba para querer llevar a cabo esa insurgencia, pero le parecían insuficientes, en especial sabiendo lo que una guerra interna en el clan podría suponer en cuanto a vidas sacrificadas y dinero perdido.

Redujo aquella reflexión a un párrafo breve y directo, cargado de la persuasión de quien juega su última carta para cambiar una opinión que sabía casi inamovible. Sin embargo, antes de que pudiera dar su respuesta, Bruno se le adelantó con una media sonrisa desconcertante.

—Y toda esta explicación que te he dado no importa una mierda. — X se quedó todavía más perplejo—. Al igual que el argumento de que Greco genera el ochenta por ciento de los ingresos del clan, o el de que el fundador del clan fue un Greco. X, sé que no has venido aquí solo a darme tu opinión, también lo has hecho para ver si volvías con alguna información nueva. No sé si lo harás, pero déjame enseñarte algo.

»La lógica, los datos y los números siempre vienen después; su único propósito es reafirmarnos en lo que ya pensamos. Los humanos primero decidimos que queremos algo, y luego nos inventamos los porqués. Pero esas razones son ilusorias. Mentiras. No importan. Lo queremos y punto.

»Y yo quiero acabar con Dante Gallo y convertirme en el Don del clan que fundó mi abuelo.

◗ 12:40

Conducir en Atlas con coche era una experiencia totalmente diferente en función del barrio. En Nuevo Centro, uno podía sentirse como un magnate de negocios: avenidas amplias con verdor exuberante, rascacielos imponentes cerraban el horizonte. En Greco, era como ser un turista perdido que, aun sin mapa, siempre encontraba el camino. En Barriada, el segundo barrio de las Valquirias, conducir se parecía más a pilotar por venas oxidadas. Cada giro podía llevar a la salida o a un muro de chatarra.

Había tardado muy poco en arrepentirse de usar el coche para ir hasta ese lugar. En general, en Atlas era innecesario; con el metro te podías mover sin problema, y coger taxis se contemplaba en los honorarios de No-One. Pero tener un coche con maletero daba una libertad que a veces era imprescindible.

Aparcó en un parking escondido entre dos casas amontonadas e hizo los últimos diez minutos hasta su destino a pie.

El mercado era un laberinto de callejones empinados, con puestos apretados unos sobre otros y toldos de colores que proyectaban sombras irregulares sobre el asfalto agrietado. Entre el griterío de los vendedores y el zumbido de motocicletas que rozaban a la gente, flotaba un aire cargado de especias, pescado seco y humo dulce. Cada esquina ofrecía un destello distinto: niños corriendo, un altavoz escupiendo cumbia, un anciano regateando como si discutiera de política.

Paseó hasta uno de los puestos del fondo, donde vio sentado en un taburete a un hombre con una fisonomía similar a la de X.

—Erik, le jodes el negocio al del restaurante, ocupando dos sitios en un lugar tan abarrotado.

Erik Skaar, un cazador con cierto renombre, absorbió sus últimos fideos y se giró con una mirada afilada. En cuanto reconoció a X, sus hombros se relajaron y las líneas rojas de sus brazos se desactivaron.

—Mira quién fue a hablar, el que tiene complejo de catálogo de ciberware.

X respondió con una carcajada, pidió un plato de *lo mein* y se sentó al lado del mercenario, dejando un hueco vacío entre los dos para no estar el uno encima del otro.

—¿Cómo me has encontrado?

—He buscado en la net «¿en qué zoo exponen a los gorilas con ciberware?», y me ha salido justo esta dirección.

Esta vez se le escapó una risa incluso al propietario del puesto que cortaba cebollino delante de los dos.

—No te hago nada porque este es mi puesto de fideos favorito en Valhal —dijo Skaar con la mirada encendida.

—Perdona —respondió el dueño, todavía con la sonrisa en la cara.

—¿Qué necesitas, X?

—Axel Black.

Ese nombre fue suficiente para que Erik lo mirara de reojo con cierta reticencia.

—¿Qué negocios tienes con alguien como él?

—Ya veo que lo conoces.

—Por supuesto que lo conozco, cualquier persona que aspire a ser alguien en Prometheus sabe quién es.

—Me han contratado para investigar su desaparición.

A Erik se le escapó una tos seca, acompañada por medio fideo.

—¿Desaparición?

Antes de que X dijera nada, el mercenario miró hacia el vacío.

—Tres semanas desde que aceptó su último encargo. Sí, está claro que algo ocurre. ¿Quién te contrata?

En ese momento a X le entró una notificación en su NED. Leyó las dos líneas por encima y como respuesta envió su ubicación.

—No necesitas esa información. Lo único importante es que Axel le mandó un mensaje hace once días donde se despedía de esa persona, y no era una despedida temporal.

—Pues así, de primeras, como verás, no sé nada.

—¿Quién crees que le querría desaparecido o muerto? ¿El afectado de alguna recompensa antigua?

—No creo —dijo tajante—. El país entero sabe que nosotros solo somos intermediarios. Nunca es personal. Mientras una recompensa está abierta, el contratista permanece en el anonimato. Una vez

ejecutado y pagado, su nombre sale a la luz.

—¿Siempre es así?

Aunque X sabía esa característica del sistema, quería asegurarse de que no hubiese excepciones.

—Siempre. Es lo único que mantiene vivo el sistema. Si alguien guarda rencor, lo paga contra quien puso el dinero, no contra quien apretó el gatillo.

X escuchaba con interés. Aunque conocía Prometheus, nunca lo había usado. Esa funcionalidad le pareció fascinante.

—Sin embargo, puede que, si alguien tuviese mucho rencor, no solo le sirviese vengarse del contratista, también del ejecutor —dijo X.

Erik se terminó su plato.

—Cierto. En ese caso, ya sabes lo que debes hacer —respondió poniéndose en pie.

—Sí, muchas gracias, ya estamos en paz por la información que te conseguí hace unos meses.

—Vaya, y yo que pensaba que ya se te había olvidado.

—No, pero si descubres algo interesante sobre Axel, seré yo quien esté en deuda.

—Lo tendré en cuenta, X, nos vemos. —Erik desapareció tras unos instantes entre la gente.

Ese hombre siempre iba con prisa.

X siguió comiendo mientras en el NED desarrollaba un programa simple que recabara a los contratistas de Axel Black y comprobara si había noticias recientes de la muerte o desaparición de alguno.

Le interrumpió un nuevo mensaje de Luka, la persona que antes le había hablado.

Te espero en esta localización dentro de cuatro minutos.

X testeó rápidamente el programa y, tras arreglar un par de errores y ver que ya iba bien, lo ejecutó con el historial completo de Axel Black. Pagó la comida y se levantó, aún con unos pocos fideos sin tocar.

Estaba a cincuenta metros de la ubicación. Salió del mercado por un lateral y se introdujo en un callejón que se hacía cada vez más

estrecho. De no ser porque confiaba en la persona a la que iba a ver, habría supuesto que le querían robar.

La ubicación señalada en el mapa lo condujo a un callejón sin salida.

—Llegas dos minutos tarde.

X miró a sus pies, de donde había surgido la voz. Junto a su posición, una tapa de alcantarilla se despegó del suelo y reveló a un niño de unos doce años.

—Yo también me alegro de verte, Luka.

El chico asomó medio cuerpo desde el subsuelo y se sentó en el pavimento. Sorprendentemente, su ropa estaba mucho más limpia de lo que cabría esperar en alguien que acababa de salir de una alcantarilla.

—Tengo información para ti.

X sonrió. Luka siempre hablaba como si fuese una máquina ejecutando instrucciones. Ese niño era el subteniente de la red de informantes de Trix, o por lo menos así era como ella la llamaba. Un grupo de niños huérfanos, rescatados de los rincones más oscuros del país, que veían en Trix a la única persona que de verdad se preocupaba por ellos. Quienes en otras circunstancias siempre acababan como carnaza para los soldados rasos de los clanes, ahora eran informantes de X. O, más bien, de Trix. Él les pagaba por información que solo ellos podían conseguir gracias a su apariencia y numerosidad, y a cambio les ofrecía una compensación justa. La única condición era que nunca podían ponerse en peligro excesivo para obtener información. El adjetivo «excesivo» era necesario ya que, de por sí, un niño sin padres siempre estaba en peligro en esa ciudad.

—¿Qué tienes?

—No tengo nada.

—¿Perdona? ¿No has dicho que tenías información para mí?

—Sí, la información que tengo es que no tengo nada.

X frunció el ceño, pero confiando en las aptitudes de Luka, dejó que se explicara.

—Esto nunca nos había pasado. No hay ni un solo rastro de su paradero desde que aceptó su último encargo de Prometheus. Es

como si se hubiese desvanecido. Hemos preguntado en todos los lugares habituales, incluso revisado cadáveres sin identificar, y no hay ninguna coincidencia. Es como si se hubiera vuelto legacy.

—¿Legacy?

—Sí, es como si se lo hubiera tragado una de esas sectas donde te venden volverte legacy como la salvación. Esos lugares de los que nunca nadie vuelve.

El razonamiento tenía sentido. Si no lograban dar con la más mínima pista sobre su paradero, solo cabían dos opciones: o alguien lo había hecho desaparecer, o había terminado en manos de alguna de esas sectas. Entre esa conversación y la de Eric, ya tenía dos hilos de los que tirar.

—Está bien, le diré a Trix que reparta cien créditos entre los que habéis trabajado.

Al niño se le iluminó el rostro y se quedó sentado, a la espera de una nueva instrucción.

—Por cierto, ¿dónde está Trix? ¿Por qué no es ella quien me está dando esta información?

Luka se encogió de hombros, como si X le acabase de preguntar por qué la Luna no se cae sobre la Tierra.

—Si no te ha dicho a ti qué está haciendo, ¿tú crees que me lo va a contar a mí?

X suspiró, pero al chaval no le faltaba razón. Se despidió de él y se dirigió de vuelta al coche. Por el camino, consultó en su mapa la ubicación en tiempo real de Trix. Estaba en Puerto Sur, territorio de los Santinos. Un lugar extraño para ella.

X frunció el ceño. Algo no cuadraba.

◗ 14:47

Todos los domingos a las tres de la tarde, la secta Forma Zero ofrecía una sesión introductoria para los no iniciados. Lógicamente, ellos no se consideraban una secta. El resto del país, sí.

Había varias organizaciones que defendían el convertirse en legacy como un siguiente paso evolutivo. Forma Zero era la más prominente de ellas.

X recordó al primer legacy que conoció, Clarice, la mujer que Fumiko usó como enlace con el equipo que originó el Blackout. Desde fuera era una persona normal y corriente, pero la realidad era otra. Era una legacy. Un ser humano que había superado el umbral crítico de modificaciones cibernéticas. Debió implantarse tanto ciberware que su NED, originalmente solo una interfaz neuronal, terminó tomando el control completo de su cuerpo. Su conciencia biológica se sustituyó, quedó eclipsada. El resultado era un cuerpo operativo, funcional… pero sin voluntad, sin yo. Sin una conciencia que lo dirigiese, se convertía en un cuerpo vacío a la espera de órdenes.

En los dos años que llevaba en Atlas solo se había encontrado con otro legacy además de Clarice, por lo menos que X supiera, ya que era muy complicado reconocer quién lo era durante la ejecución de directrices.

Mientras X discurría por la ciudad de camino a esa sesión introductoria, revisó las notas que había reunido sobre la secta. Forma Zero defendía que la humanidad era un estadio intermedio, algo imperfecto y transitorio. La verdadera evolución no es espiritual ni emocional, sino estructural. Aquellos que se vuelven legacy no están muertos ni anulados, sino transformados en Forma Zero: cero ego, cero deseo, cero error. Creían que el yo era ruido; la carne, límite; y la conciencia, una disonancia que debe ser corregida.

El problema surgía cuando esas ideas no se quedaban escritas en un libro de curiosidades, sino que una organización las llevaba como bandera, tratando de «iluminar» a los más vulnerables. Quizás Axel Black fue una de sus víctimas.

X aparcó en la zona alta del barrio de Dankworth y caminó hasta llegar a un edificio que no tenía cartel ni marca. Solo una puerta de acero pulido, con una superficie tan lisa que parecía derretirse bajo la luz mortecina del distrito. X se detuvo frente a ella. No había timbre, ni lector ocular, ni señal de bienvenida. Durante unos segundos, pensó que se había equivocado de dirección, hasta que la puerta se abrió sin emitir sonido alguno. Un pasillo lo invitaba a entrar.

El corredor era largo y estrecho, de paredes blancas inmaculadas que le recordaban a una clínica sin pacientes. Cada cierto tramo, paneles de luz empotrados arrojaban un resplandor tan artificial que hacía que sus propios pasos parecieran intrusos. No había adornos, cámaras visibles, ni letreros. Solo un eco sordo que a X le resultaba más cercano a un recuerdo apagado que a un sonido real.

Al fondo, la estructura se abría a una sala abovedada, una especie de iglesia sin símbolos. El techo de hormigón se alzaba en líneas rectas, solemne como una catedral invertida, pero a X le transmitía la frialdad de una prisión. Bancos de superficie metálica se alineaban en filas impecables, como soldados a la espera de órdenes. Ninguna estatua, ningún altar. Solo una tarima cuadrada, iluminada desde arriba con la misma luz mortecina que recordaba a la mesa de una morgue.

Había más personas, no muchas, una docena, tal vez menos. No hablaban entre sí. Estaban sentadas, cabizbajas, como niños castigados. Algunas con ropa limpia, pero arrugada, otras con atuendos de oficina aún manchados de sudor seco. Una mujer con ojos vidriosos acariciaba su propio brazo como si intentara recordar que era de carne. Un hombre mayor repetía un gesto compulsivo con los dedos, tocando su pulgar contra cada yema, una y otra vez. Otro se mantenía erguido, demasiado recto, con una sonrisa congelada que no encajaba con el vacío en su mirada.

Eran cuerpos aún humanos. Pero ya estaban cediendo. X lo percibió en la rigidez de sus gestos, en la forma en que se aferraban a los restos de sí mismos como náufragos al borde de hundirse. Y entonces, justo cuando el silencio de la sala se volvió insoportable, una figura emergió.

No lo escucharon entrar. No lo vieron acercarse. Simplemente, el hombre ya estaba allí. Subió a la tarima sin premura, como si el tiempo funcionara distinto para él. Vestía de blanco absoluto: tela sintética sin costuras, botones o pliegues. Su rostro era sereno, su piel de un tono ambiguo, entre mediterráneo y deslavado. Pero lo que más inquietaba era su voz: suave, sin esfuerzo, perfectamente modulada para que cada palabra cayera en la sala como una piedra en el agua.

—Gracias por estar aquí. Sé que muchos habéis recorrido un camino largo para llegar a este punto. Otros quizás aún no sepáis por qué habéis venido. No importa. Estáis donde debéis estar.

La cadencia de su voz tenía algo de narcótico. Como si en cada frase hubiese una pausa precisa, calculada para disolver resistencias. No apelaba a la fe, ni a ningún dios. Hablaba como quien explica una ecuación.

—La mayoría de vosotros ha intentado ser feliz. Ser fuerte. Suficiente. Y lo ha hecho de mil formas: terapia, religión, fármacos, sexo, guerra, trabajo. —Se detuvo unos segundos, en los que posó su mirada en cada uno de los asistentes—. ¿Funcionó?

Hubo un silencio compacto. Dos personas, sin mirarse entre sí, negaron con la cabeza.

—No. Porque todos esos caminos tienen un punto en común: parten del yo. Y el yo… es el error de diseño. El yo es ruido.

En la sala, la reacción era casi imperceptible, pero real. Alguien bajó la cabeza. Una mujer de rostro afilado, al borde del llanto, empezó a asentir con movimientos diminutos. Una pareja en la última fila se levantó en silencio y abandonó la sala sin que nadie lo impidiera ni lo notara.

—Nos enseñaron que ser humano es una virtud. Pero ¿qué humanidad queda en el dolor repetido, en una conciencia que no aprende y solo sufre?

El sermón no era un discurso político ni un desahogo emocional. Era cirugía retórica. Precisa e implacable.

—Forma Zero no convierte. Libera. No os pedimos que creáis. Os pedimos algo más difícil. Que entreguéis vuestra voz, que abracéis el silencio. Y el silencio hará el resto.

X lo entendía. No era el mensaje lo que inquietaba, sino su efecto: gente rota que no encontraba esperanza, sino algo más profundo. Alivio. Y el alivio, pensó, podía ser más peligroso que cualquier fe.

—¿Qué es lo que queda cuando uno deja de tener nombre, historia, emociones? Lo perfecto. Lo puro. Lo eficiente. Lo real. El yo es una máscara gastada. La carne, un grillete. Vuestra conciencia biológica, un residuo obsoleto.

X sintió un escalofrío.

—Ser nadie es el primer paso para ser perfecto. Veréis por qué muy pronto. Hagamos un ejercicio.

Antes de que el hombre de blanco pudiera continuar, X se incorporó sin hacer ruido. No miró a nadie, pero tampoco se dirigió hacia la salida como había hecho la pareja. Caminó hacia una puerta abierta que había en el lateral.

Al cruzar el umbral, el aire cambió. Era más frío. Un corredor mal iluminado se extendía ante él, flanqueado por compuertas y terminales apagadas. Anduvo sin prisa, con los pasos amortiguados por el suelo de polímero. Cada pocos metros se detenía a escuchar. Nada. Solo resonaba el eco del sermón que seguía en la sala principal.

Durante varios minutos recorrió aquella zona oculta. Además de unos aseos, solo se encontró con puertas que, por lo que vio en las cristaleras, daban a cápsulas médicas vacías, terminales de procesamiento de datos o un archivo cerrado con seguridad biométrica. Todo estaba demasiado limpio, demasiado en orden. Como si ya se hubieran llevado todo lo importante… o como si el lugar hubiera sido una fachada desde el principio.

Si Axel Black hubiese llegado a ese lugar, le cuadraba que no hubiese dejado rastro. Si ese sitio emanaba algo, era impunidad. Pero no halló nada. Cuando intentó acceder a la sala del archivo, se encontró con una seguridad férrea más propia de los servidores de una multinacional que de una organización espiritual.

Entonces vio una abertura en el techo de la que colgaban unas escaleras. Tiró de ellas, rompiendo por primera vez el silencio de ese lugar. Al ascender, tuvo la sensación de subir una decena de metros. Cuando el agujero dio a una sala amplia, llena de andamios, supo

dónde estaba: en la parte superior de la bóveda donde la charla continuaba. Se asomó y vio los bancos metálicos abajo, frente al pequeño escenario donde el hombre de blanco, ahora acompañado por varios participantes más, seguía hablando.

Iba a girarse, cuando lo sintió: una presión helada en el hueco entre la mandíbula y la carótida. Una hoja estática.

No hubo pasos. No hubo aviso. Solo acero en su garganta.

◗ 15:33

X se echó hacia atrás y alzó la mano al mismo tiempo; la hoja chocó contra su antebrazo cromado. Cuando lanzó una patada lateral, solo golpeó aire. Se giró y vio al atacante a unos metros de él. La reconoció de inmediato. Una mujer con dos katanas arqueaba el cuello con lentitud, calibrando el viento antes de un salto. Al reconocer a su oponente, mostró la sonrisa del depredador que huele sangre.

No hubo aviso. Solo movimiento.

Ella atacó primero, cruzando la distancia como una línea de código ejecutada sin margen de error. X bloqueó de nuevo con el antebrazo reforzado, y el filo de una de las katanas se deslizó con un chillido metálico. La otra venía en camino. Cayó en vertical como un relámpago, pero X giró sobre su eje y la esquivó por milímetros.

Los sensores internos mostraban en su NED rutas de impacto, pero Kyra no seguía lógica alguna. Cada uno de sus ataques era una mezcla perfecta de cálculo e incertidumbre. X trató de ganar espacio, lanzando una ráfaga de golpes cortos a sus puntos ciegos, pero ella danzaba entre ellos como si el mundo se moviera más lento para ella.

Una patada al muslo la desestabilizó apenas. Suficiente para que X activara una descarga eléctrica con la pierna que seguía en contacto con su cuerpo. La onda la empujó contra el muro, donde se formó una abolladura. Kyra cayó de rodillas y alzó la vista con una sonrisa torcida, más animal que humana.

—¿Queda algo del X ingenuo y estúpido que llegó a Atlas? ¿O ya solo eres cromo?

X no respondió.

Debajo de ellos, el sermón seguía ante un público que cada vez parecía más convencido de lo que escuchaban. Todos ajenos a la pelea que tenía lugar sobre sus cabezas. X analizó la postura de Kyra, una tensión contenida, contrayendo solo los músculos necesarios.

Entonces X se giró, dándole la espalda a su contrincante, y se

acuclilló sobre la abertura hasta la sala inferior. No bajó la guardia; cada músculo seguía listo para responder a la mínima vibración de metal. El silencio se tensó como un hilo a punto de romperse.

—Fue a hablar la mujer de metro sesenta delgada que debe de pesar unos noventa kilos por el hardware que lleva.

Solo entonces Kyra aceptó el tiempo muerto y enfundó sus armas.

—Pero yo sé lo que estoy haciendo. Por mucho que ahora parezcas uno de nosotros, no lo eres, nunca lo serás —dijo mientras se acercaba al lado de X—. No sabes con lo que estás jugando. A este paso acabarás como los que están abajo.

X siguió el dedo de Kyra. En la sala apenas iluminada, una decena de figuras asentía en silencio. Cuerpos transformados hasta lo irreconocible: espinas dorsales metálicas bajo piel translúcida, ojos que brillaban en frecuencias imposibles y una mujer al fondo riendo en espasmos secos sin motivo.

—¿Qué hace una Valquiria aquí?

—Últimamente el crimen organizado es muy aburrido. Necesitaba un poco de filosofía barata y mutilación cognitiva para variar.

X la miró con suspicacia. Hacía año y medio que no la veía, desde la última vez que visitó el Misty Dreams, el brainclub que dirigía. Cuando se encontró con ella, entonces ya parecía haber superado que X le hubiera robado el antivirus del Blackout y lo hubiera publicado gratis. Pero ahora se mostraba diferente, como si escondiera algo detrás de ese sarcasmo.

No llegó a responder y los dos se quedaron en silencio escuchando el final de la sesión introductoria de esa secta.

Desde su posición entre las vigas del techo abovedado, X observaba el santuario en silencio. La nave principal, iluminada por columnas de luz azulada, parecía más un quirófano ceremonial que un lugar de culto. Abajo, las figuras encorvadas de los asistentes se alineaban como piezas de un mismo organismo, respirando al unísono.

—Todo error puede corregirse —dijo el orador, su voz proyectada con una nitidez imposible.

Los últimos minutos de la sesión habían abandonado toda retórica. El tono era el de quien ha diagnosticado una enfermedad y ofrece

una única cura.

—Vuestras mentes están fragmentadas. Sufrís porque cada uno de vosotros sigue creyendo que es único. Os enseñaron a valoraros, a proteger vuestra esencia. Pero ¿qué valor tiene un fragmento que se resiste a ser parte del todo?

Los asistentes no se movían. Algunos estaban con los ojos cerrados, otros temblaban. Uno se había desplomado sobre sus rodillas y murmuraba palabras incomprensibles. X vio cómo el orador avanzaba por el pasillo central, deslizándose más que caminando, y extendía una mano que rozaba el ciberware de los que se sentaban en los extremos.

El orador volvió al centro y, esta vez, alzó ambas manos.

—Habéis dado el primer paso. Muy pronto podréis disfrutar del silencio absoluto. Las puertas de este lugar siempre estarán abiertas para vosotros. En el momento en el que necesitéis paz, solo tendréis que pedirla.

Las luces se atenuaron. Algunos cayeron al suelo, derrumbados, como si por fin les hubieran permitido dejar de resistir.

Desde lo alto, Kyra se echó hacia atrás con un gesto de hastío. Parecía afectada personalmente, como si las palabras del orador fueran un ataque directo a ella.

—¿Y tú qué haces aquí?

X no se movió. Pensaba en las últimas palabras del orador de esa secta. Quizás la palabra «secta» se quedaba corta.

—Investigo el caso de un nuevo cliente.

Kyra asintió con un breve movimiento de cabeza y se puso en pie.

—Así que tu empresa sigue a flote… Nunca habría apostado por ello. Tampoco por que tú siguieras con vida.

—Supongo que en Atlas subestimar al forastero es deporte nacional. Me alegra mantenerte decepcionada.

La Valquiria soltó una risa entre dientes y se dirigió a uno de los pasadizos. Al llegar al umbral de la salida, se detuvo. X vislumbró en la tensión de sus puños que Kyra se debatía entre decir algo más o no. Tras unos segundos, optó por no callarse.

—¿Trix está bien? —dijo con una preocupación que parecía impropia en ella.

X frunció el ceño, extrañado de que, de entre todas las personas de Atlas, fuera ella quien lo preguntara.

—¿Ahora te preocupas por Trix? Haber pensado en eso antes de echarla del Misty Dreams.

—¿Echarla?

El tono de confusión sincera chocó a X.

—Sí, tú fuiste quien la echó hace seis meses de tu protección cuando Trix no quiso mancharse las manos de sangre con la mierda de tu clan.

Una carcajada seca retumbó en las paredes metálicas del edificio.

—No me extraña que Trix te mintiera, pero sí que te hayas dejado manipular por ella con tanta facilidad.

X se desinfló en un suspiro y se acercó a Kyra.

—Habla.

Por la expresión que puso, a Kyra no le gustó la orden, pero seguramente prevalecía la satisfacción de que Trix lo hubiera engañado.

—Fue ella quien se escapó del Misty Dreams. Tú y yo coincidimos en pocas cosas, pero ambos sabemos que no es normal que una adolescente de catorce años hable de sí misma en tercera persona. Con diez era tierno, con doce, inquietante. Ahora es sencillamente alarmante. No sé qué infancia tuvo para cargar con eso, ni necesito saberlo. Lo que sé es que necesita ayuda profesional, no puede seguir arrastrando toda esa mierda.

—¿Le sugeriste que buscara ayuda? —dijo X, con una mezcla de sorpresa y aprobación.

Kyra alzó la mirada, con cierta molestia por la interrupción, pero luego asintió.

—La primera vez que lo dejé caer, se puso igual de agresiva que un perro al que le pisan la cola. La segunda vez la senté para hablar en serio. No llegó a decir nada, se levantó y se fue. La tercera vez fue la última que lo intenté, al día siguiente había cogido todas sus cosas y se había largado sin decir nada.

—¿Y hasta ahora no te habías preocupado por ella?

—Ahórrate la condescendencia, X —le cortó con ímpetu—. Ese mismo día recorrí todo Atlas en su búsqueda y, cuando me viniste a

la mente, me acerqué por tu oficina. Tras una hora de espera, os vi a los dos salir a cenar a un puesto callejero. Supuse que necesitaba tiempo, así que se lo di. Tras unas semanas sin respuesta, le hablé. Su silencio me indicó que no había esperado suficiente. Todavía sigo esperando, aunque todas las semanas me acerco por Nuevo Centro para asegurarme de que está bien.

X se extrañó al sentirse conmovido por las palabras de Kyra, en vez del habitual rechazo y desprecio que se profesaban mutuamente. Pero cuando pensó en Trix y en cómo le había manipulado esos meses, bajó la mirada como quien descubre de pronto una cicatriz abierta que creía cerrada. Por fuera parecía entero, como siempre. Pero por dentro, algo se desajustaba con un crujido seco. No era la traición lo que más le dolía. En Atlas, eso era rutina. Era ella. Era que hubiese sido justo Trix quien lo había hecho.

—Gracias por contármelo —dijo X con sequedad.

Se conectó a su NED y confirmó que la señal de Trix seguía en Puerto Sur, territorio de los Santinos. Tenía que verla cuanto antes y mantener con ella una conversación seria.

◗ 16:44

El localizador indicaba que Trix estaba a ciento cincuenta metros de X, en una de las naves industriales, junto a Puerto Sur. Era del mismo tipo que usaban los Santinos —y también los Siracusa— para almacenar la droga y el resto del contrabando que distribuían en sus territorios.

X desconocía qué hacía Trix en ese sitio, pero no le gustaba ni un ápice. Comprobó que tenía todo el ciberware activo y se dirigió a la ubicación que le marcaba en el mapa.

Puerto Sur era un engranaje colosal pensado para mercancías, no para personas. Calles anchas para camiones, hileras interminables de naves metálicas, aire salado mezclado con aceite industrial y un zumbido grave de grúas al fondo. Bajo el sol, las sombras de los contenedores se alargaban como muros.

Entre aquel paisaje deshumanizado, X localizó el almacén donde la señal de Trix parpadeaba. Al lado de la puerta principal había unas escaleras metálicas que llevaban a un acceso secundario. X subió minimizando el ruido que sus botas hacían al pisar el metal de los escalones.

La puerta estaba bloqueada con un panel electrónico. La última falange de su dedo corazón izquierdo se abrió y mostró un conector del que tiró hasta unirlo con el panel. Unos segundos después, la puerta se desbloqueó con un pitido.

En el interior, el calor húmedo se sustituyó por un olor de metal oxidado. Los mismos contenedores que se apilaban en el exterior se amontonaban dentro, con la diferencia de que la mayoría estaban abiertos.

Con un vistazo rápido, por fin la localizó, aunque no estaba sola. Trix se agazapaba contra la pared metálica de un contenedor, fusil en mano, y tras ella la imitaban una docena de niños. Amplió la visión con el NED y solo reconoció a Luka, con quien se había cruzado esa misma mañana. Todos compartían rasgos similares —algo raro en Atlas— y vestían harapos roídos, apenas unos hilos que les cubrían la piel.

X siguió la dirección en la que Trix miraba, hasta que llegó a un hombre armado. Rápidamente le identificó como un drifter. Parecía aburrido, ajeno a que dentro de muy poco tendría diversión asegurada. X conectó la visión infrarroja de su ojo modificado. Además del grupo de niños y el Santino, había una tercera masa de calor que caminaba por la parte exterior de la nave. Era un solo individuo, pero iba directo hacia los refugiados.

Musitando una maldición, X sacó el fusil que llevaba a la espalda. Desplegó la culata y, al empuñar el arma, una ventana emergente apareció en su NED indicando el punto exacto al que apuntaba. Siguió la silueta del segundo drifter, aún oculto tras varios contenedores.

X llamó a Trix. Después de mantenerse a la espera, esta le colgó sin ningún miramiento. Soltó un resoplido al ver que Trix ni siquiera había reaccionado. Probó con Luka. El niño sí que se sorprendió de la llamada, y rápidamente tocó el hombro de su compañera. Después de unos cuchicheos, X dejó de escuchar el pitido constante en su NED.

—*¿Qué quieres?* —sonó la voz de Trix—*. Ahora no es…*

—*Prepara el arma. Cuando te diga, dispara al Santino que tienes delante.*

Trix se quedó callada al otro lado de la línea. X vio cómo movía la cabeza en busca de su localización, hasta que desistió al no encontrarla. Mientras tanto, el segundo drifter estaba a punto de alcanzar la retaguardia de los niños, que se apretaban unos contra otros, con los labios temblorosos y los ojos clavados en Trix como su única posible salvadora.

—*Tres, dos…* —Trix devolvió la cabeza al frente, echando el pecho un poco hacia delante para tener visión al otro lado de la esquina del contenedor—*. Uno… Ahora.*

Dos disparos de energía resonaron al unísono en el interior del almacén. Ambos drifters se desplomaron al instante.

—*¿Dónde estás?*

X se puso de pie y, activando los tensores de sus piernas, saltó la barandilla y cayó los siete metros que lo separaban del suelo. El eco de su caída provocó que Trix se diera la vuelta de inmediato y le

disparara en el pecho. X neutralizó la carga con su antebrazo reforzado. El metal vibró con violencia, absorbiendo la onda hasta dejarle el brazo entumecido.

—Ah, estás ahí… Perdona, creía que había otro más —dijo con una sonrisa amplia y los ojos entornados.

—¿Qué se supone que estás haciendo en territorio Santino? —Trix sencillamente se encogió de hombros—. ¿Y quiénes son estos niños? —dijo X con un tono más calmado, ya que su voz inicial había aterrorizado al grupo.

—La razón por la que estoy aquí. Trix se ha convertido en cazadora.

X clavó sus ojos en Trix, como si llevase una mod que le permitiese influir en las emociones de otros.

—¿Cazadora? ¿Por qué necesitas dinero? ¿Qué haces con los créditos que te doy?

—Ya estamos otra vez pensando solo en créditos. ¿Y tú dices que creciste en un país comunista? No todo se hace por dinero.

—En este país sí —dijo parándose a medio metro de Trix, incrédulo de que realmente le estuviese replicando.

—Exacto, por eso me he hecho cazarrecompensas. En Prometheus todos van a por las recompensas altas, las que merecen la pena. Pero hay cientos de encargos puestos por gente corriente, que reúne lo poco que tiene con la esperanza de que alguien los escuche. Y aun así, no es suficiente para que un solo mercenario se digne a ayudarlos.

X observó con más detenimiento los rostros de los once niños que estaban detrás de Luka y Trix. Tendrían entre seis y diecisiete años. Los más mayores rodeaban con sus brazos a los pequeños. Por sus expresiones, varios no entendían lo que estaban diciendo. X reconocía las facciones: eran compatriotas, por lo menos antes de que él dejase de tener un país. Debían de ser del noreste de la RES.

—Son hijos de deportados —aclaró Trix—. Deportaron a sus padres por la misma razón por la que casi te echaron a ti. Sus padres prefirieron dejarlos aquí antes que enviarlos de vuelta para ser juzgados por traición. Confiaron en la persona equivocada —añadió, señalando al drifter inconsciente.

Los niños lo miraban como si fuera un juez.

—La recompensa la puso él. —indicó Trix, señalando al mayor.

—Hasta una muerte casi segura, ¿no? —dijo X, con los sentimientos encontrados ante la explicación de Trix—. Ya que haces las cosas, podrías…

Su propio movimiento le interrumpió. En un instante, se desplazó unos metros hacia la izquierda, giró el cuerpo y alzó el arma hacia la esquina del almacén. Cuando vio a una chica de la edad de Trix sonriéndole, apartó el dedo unos escasos milímetros del gatillo.

—Teníamos todo controlado.

La chica vestía una gabardina con capucha que le cubría hasta los tobillos, dejando al descubierto solo su cara y una mano armada. Era un camuflaje térmico, por eso no aparecía en el sensor. Ya no sabía si estar enfadado con Trix u orgulloso.

—Vámonos antes de que vengan más personas.

—No van a venir más personas. Eran solo ellos dos —dijo Trix.

Él ya sabía eso, pero prefería ponerse a seguro, en especial con el lastre táctico que eran once niños. Al pasar al lado del drifter confirmó que, aunque presentara la apariencia de un Santino, no portaba el emblema propio del clan. Esa actividad no era una operación comandada por sus superiores; seguramente habían tomado la iniciativa al verse con la oportunidad. Debían de trabajar con algún empresario asociado al clan que se aprovechaba de la ambición y la ingenuidad de esos dos drifters. En Atlas, no solo los clanes sacaban beneficio de todo.

Rehicieron el camino por el que X había entrado. Las quince personas avanzaban en un silencio roto solo por el compás irregular de sus pasos, mientras en la cabeza de X reinaba todo menos calma. A la ira por los meses de manipulación de Trix se añadía el descubrimiento de que ahora trabajaba en Prometheus, y ni siquiera había tenido la decencia de consultárselo.

Cruzaron el orificio que había en el muro del puerto y avanzaron por una calle con movimiento de vehículos. Los once niños que huían del terror mostraron cierto alivio. Entonces X, con el rostro tenso y los puños crispados, se detuvo en seco y se plantó frente a Trix.

—Trix —dijo, y su voz tembló—, ya lo sé todo. Kyra nunca te echó del Misty Dreams porque no te quisieras manchar las manos, te escapaste porque no querías su ayuda.

—¿Qué? ¿A qué viene eso ahora?

X apretó la mandíbula, reprimiendo la rabia. Ni siquiera se molestaba en negarlo o excusarse.

—¿Cómo que a qué viene ahora? ¡Me has mentido! Estos meses has estado jugando conmigo. Me dijiste que Kyra te había echado, pero era falso.

La ira lo empujaba, pero debajo solo había preocupación: veía cómo Trix se escapaba de su alcance, incapaz de evitar los errores del pasado.

—Trix, Kyra tiene razón —dijo, alzando la voz lo bastante como para que unos hombres al otro lado de la acera los miraran con extrañeza, como si aquella excursión escolar no llamara ya lo suficiente la atención—. No es normal que alguien de catorce años hable de sí misma en tercera persona. Trix, queremos ayudarte —añadió X, con una calma fingida, como quien recita una frase aprendida—. Sea lo que sea lo que te llevó a escudarte de esta manera…

Se detuvo un segundo, buscando el tono correcto. No lo encontró. Las palabras salían, pero no sentía su peso. Era como hablar a través de una pared de cristal.

—… estamos aquí para lo que haga falta.

Trix no respondió. Ahí, de brazos cruzados y el semblante frío, no había rastro de la niña tierna con la que normalmente se encontraba. X sintió un atisbo de incomodidad, pero lo aplastó rápido. No era momento para titubeos.

—Debes enfrentar tus problemas —dijo, y notó que su voz se volvía más cortante, menos humana—. Y está claro que salvar a niños capturados, poner tu vida y la de ellos en peligro, no es la forma de hacerlo.

Ella dio un paso atrás con la mandíbula apretada. X lo percibió, pero no respondió. Algo en su interior estaba desajustado, como si el canal entre sentir y actuar se hubiera atascado. «¿Por qué lo he dicho así?», pensó, confuso. Su voz, sus palabras… sonaban a juicio,

no a preocupación.

Intentó buscar rabia, tristeza, algo que justificara ese tono. No encontró nada. Solo un hueco. Un murmullo apagado donde antes hervía algo. No había rastro de los sentimientos intensos que había tenido hasta ese momento.

Trix aguantó el primer golpe de las palabras de X como quien recibe un disparo que ya intuía. Su respiración se mantuvo firme, pero sus ojos se oscurecieron. Apretó los puños. Durante unos segundos, el silencio fue más denso que el humo que salía del puerto.

—¿Escudarme? —dijo, sin levantar la voz—. ¿Tú crees que esto va de esconderse?

Lo miró de frente, sin parpadear. Ya no era esa niña que recogía piezas de chatarra para sobrevivir. Tampoco la fugitiva que hablaba de sí misma como si no le perteneciera su propio cuerpo. Esa Trix seguía ahí, sí, pero ahora había algo más: decisión.

—Trix no necesita que la salven, X. Y tampoco necesita tu permiso para ser quien es.

Las palabras no eran gritos. Eran disparos medidos, fríos y certeros.

—¿Tú de verdad piensas que estoy haciendo esto para evitar mis problemas? ¿Que rescatar niños es una forma de mirar hacia otro lado?

Avanzó un paso.

—¿Te parece un juego? —dijo Trix, sin moverse.

X parpadeó. No esperaba que su voz sonara así: grave, firme, sin el menor temblor.

—No lo hago por mí.

Eso fue todo. Una frase seca, inexplicable. Como una puerta cerrada con llave.

X siguió su mirada, estaba fija en los niños. Uno de ellos sollozaba sin hacer ruido, encogido entre los brazos de quien sería su hermana. Trix no dijo nada. Solo los observó. Y, durante un segundo, pareció no tener catorce años. Parecía más adulta que él.

—Tú quieres protegerme, ¿no? —dijo Trix, y esta vez lo miró de frente, sin rodeos—. Pero para proteger a alguien primero tienes que

verlo. Y tú no ves nada. No ves lo que intento hacer, ni lo que está en juego. Solo ves peligro, error, pasado. Así que, la próxima vez que quieras ayudarme, no empieces por atacarme.

Esa fue su última frase. Sin gritos, sin lágrimas. Solo distancia.

X se quedó inmóvil, con las palabras aún suspendidas en el aire, como un disparo que no dio en el blanco. No supo qué responder. Ni siquiera supo si debía hacerlo.

La figura de Trix se alejaba entre los niños, fundiéndose con ellos como si siempre hubiera pertenecido a ese futuro al que él ya no llegaba.

Quiso llamarla. No para disculparse, sino para explicarle algo que tampoco tenía claro. No movió los labios. No podía.

Tampoco se movió cuando el grupo dobló la esquina del puerto y desapareció. Solo bajó la mirada, repitiendo mentalmente una frase que le dolía como si le inyectaran hielo en las venas: «La próxima vez que quieras ayudarme, no empieces por atacarme».

◗ 22:15

Alzó la vista de la libreta y se topó con esa panorámica de Atlas que ya le resultaba familiar. Aquella imagen que al principio le pareció una caricatura grotesca de la realidad, ahora era solo otro rincón más del país. Aunque ese lugar, precisamente ese, nunca sería uno más. Ahí fue donde todo comenzó.

X se recostó en el bordillo que daba a una caída de varios pisos hasta la calle. Estaba en la azotea del decadente hotel de Chinatown donde pasó su primer mes en la ciudad. Solía acudir allí cuando necesitaba desconectar, pensar… escapar por un rato de aquella jaula de neón. Esa noche lo necesitaba más que nunca: no lograba apartar de su mente el rostro de Trix ni la última frase que le soltó. Pero el truco no parecía funcionar. Guardó la libreta y la pluma que le regaló su madre en la caja estanca oculta en el muro y, acto seguido, hizo una llamada.

—¿A estas horas no tendrías que estar ya en la cama, abrazado a tu osito de peluche?—dijo Milo.

Por el ruido de fondo, conducía la moto.

—¿Dónde te encuentras?

—Barriada —respondió tras unos segundos, quizá sorprendido por la franqueza de X.

—¿Estás libre? ¿Te apetece que vayamos a Dead Zone?

Milo contestó, primero con un gruñido de confusión, y luego con un grito de asentimiento.

—Ven a por mí. Te paso mi localización.

Veinte minutos después, X discurría entre las calles nocturnas de Atlas en la parte trasera de la moto del drifter. La suave llovizna a esas horas terminaba de refrescarle la cara. Las luces de neón se mezclaban con la penumbra, pintando charcos de colores que vibraban con cada paso de los peatones y el rugido de los motor. En la distancia, los rascacielos se alzaban como agujas iluminadas.

El bar estaba oculto en un túnel que atravesaba el Dankworth, el río que separaba Valhal de Jindao y Poblado. Técnicamente aquello no pertenecía a ningún distrito. Un limbo geográfico que lo hacía

perfecto para quienes buscaban un terreno neutral.

Al llegar, Milo aparcó la moto en uno de los pocos huecos que quedaban libres. Entraron en Dead Zone, abarrotado como siempre. Ese lugar era un milagro en medio de la ciudad: una idea revolucionaria nacida cuarenta años atrás y que, contra todo pronóstico, seguía funcionando. Un refugio neutral donde drifters de todos los clanes, mercenarios y cazarrecompensas se mezclaban sin prestar atención a la procedencia del resto. Su fundador, Nathan «Iron» Kane, compartía con X una peligrosa afición: ver a las personas por quienes eran, no por las lealtades que defendían. Cansado de tener que desplazarse a territorios ajenos para reunirse con sus amigos, decidió poner fin al problema y abrir un local donde cualquiera fuese bienvenido… siempre que dejara sus rencillas y su sed de sangre en la puerta.

Según X había escuchado, los primeros años había peleas día sí y día también. Nathan se tuvo que llenar de ciberware para intermediar, hasta que se ganó el apodo de «Iron» Kane, como todos lo conocían. En ese momento declaró que quien iba ahí solo podía pelear una vez, ya que en el momento en el que lo hiciera nunca más podría entrar. Todas las disputas se acabaron.

Milo y X se sentaron en la única cabina libre y pidieron dos mooncrest: ginebra seca, licor de flor de saúco, un golpe de limón y clara batida que coronaba el vaso con una espuma blanca como niebla baja. Al principio hablaron del tema favorito del Siracusa, su moto. Acababa de recibir una pieza importada que llevaba años buscando, y al día siguiente iría al taller para instalarla. En ningún momento le dijo a X qué pieza era o para qué servía, pero con la ilusión con la que Milo hablaba, tampoco necesitaba saberlo.

Cuando pidieron la tercera copa, Milo dejó caer la sonrisa y su gesto se tensó.

—¿Te has enterado?

—¿De que tu cerebro ya tiene certificado de defunción?

Milo soltó un rebufo.

—El bloqueo económico de mi padre. Ya ha tenido sus consecuencias. Carlo Verzino se ha posicionado, pero no del lado que esperábamos. Esta tarde se le vio entrando en la casa de Dante

Gallo en Altomonte.

X reflexionó. Si realmente Carlo había elegido el bando del Don, eran noticias bastante malas para Bruno. Su elección desequilibraba bastante la balanza. De todas formas, y conociendo a Bruno, dudaba que esa elección estuviese realmente tomada.

—¿Y ha dicho algo Dante?

—Sí —dijo bajando la mirada, dándole un sorbo a su mooncrest—. Ha hecho un comunicado a todos los ejecutivos del clan. Dice que la acción de Bruno es una gran ofensa a la organización Siracusa, que su abuelo estaría decepcionado. Sin embargo, debido a todo lo que ha hecho por el clan, aún está a tiempo de retroceder. Obviamente perdería su posición como capo y se tendría que exiliar, pero mantendría su vida y podría jubilarse en cualquier parte del mundo, lejos de la violencia de Atlas.

Milo dio un nuevo sorbo, como si cada palabra fuese un grano de sal que dejara su garganta seca.

—Adivina qué ha dicho mi padre.

—Debilidad —sentenció X—. Verá su contestación como una seña de debilidad. Ante un ataque tan flagrante de Bruno hacia el Don del clan, su respuesta debería ser mucho más radical. Seguramente tu padre use esto como confirmación final de que a Dante Gallo su puesto se le queda grande.

Milo soltó una leve carcajada.

—Lo dices como si hubieses estado ahí. Está claro que conoces muy bien a mi padre.

El final de la frase lo pronunció con cierto deje de antipatía, pero X no lo percibió, estaba sumergido en sus pensamientos. Nunca había estado con Dante más allá de la reunión de los Siracusa que atendió cuando los incidentes del Blackout, pero tenía claro que ese hombre sería de todo menos ingenuo. Al ascender dentro de Atlas, uno pierde la inocencia a la vez que la humanidad. Esa respuesta tan aparentemente magnánima debía de tener un porqué. Lo único que se le ocurría a X era que estuviese comprando tiempo. Pero ¿para qué? ¿Qué esperaba obtener o qué ocurriría que mereciese la pena dejar a Bruno actuar a sus anchas unos días más?

—No tengo ni idea de cómo va a acabar esto —dijo Milo, dejando

la tercera copa de la noche vacía sobre la mesa—. Lo que sí que te puedo decir es que yo ya estoy hasta las mismísimas gónadas de las mierdas del clan.

Milo tenía la extraña costumbre de obsesionarse con una palabra por temporadas. La elegida de las últimas semanas era «gónadas».

—Pues déjalo —contestó X con una media sonrisa que fingía ligereza, aunque, en el fondo, lo decía completamente en serio.

—Por el amor de Atlas, Freeman… Siempre con soluciones sencillas para problemas imposibles.

—Suele funcionar.

Milo se encorvó hacia la mesa, los codos sobre el metal, las manos alrededor del vaso como si no estuviera vacío.

—Me estoy cansando de jugar un papel que nunca quise. Los últimos años me he esforzado como nunca lo he hecho. Nadie me reconoce. Dejé mis problemas de apuestas de lado, mis juergas… hasta me he echado novia. Todos en el clan lo han notado, ahora ya no me miran con cara de dirigirse «al hijo de», ahora me miran porque soy Milo Greco, capodecina de los Siracusa.

Se deslizó por el respaldo del asiento hasta que su cabeza se apoyó sobre la pared.

—Todos lo han percibido, menos mi padre… Cada día siento más que interpreto un papel, como si fuese un actor de tercera haciendo de mi padre, y que él solo me ve como si fuera una copia barata de algo que nunca alcanzaré.

X asintió, pero fue un gesto vacío. Un asentimiento sin músculo emocional. Se oyó a sí mismo decir:

—Entonces cambia el guion.

Y en cuanto lo dijo, algo en su pecho se tensó. ¿Por qué lo había soltado así, sin pensar? No era su intención. Solo quería escucharle, dejar que fuera el propio Milo quien se diera cuenta de lo que ya sabía. Pero las palabras salieron solas. Frías.

Milo lo miró, ladeando la cabeza como si intentase leer algo detrás de sus ojos.

—A veces siento que no soy más que la sombra de algo que nunca tendrá forma. Que intento convertirme en lo que mi hermano estaba predestinado a ser.

—¿Hermano? —dijo X, seco, sin estar seguro de haber oído bien.

Milo habló con la vista fija en su vaso vacío.

—Sí —murmuró—. Tuve un hermano ocho años mayor… pero murió cuando yo tenía seis. —Se aclaró la garganta antes de seguir—. Fue un accidente.

Se dejó caer contra el respaldo y soltó el aire por la nariz.

—Aun siendo un crío, ya prometía ser el heredero de lo que construyó mi bisabuelo, Massimo Greco.

El silencio se estiró unos segundos. Cuando Milo alzó la vista, no miraba a X ni a ningún punto concreto; parecía estar observando un recuerdo.

—Yo intenté seguir sus pasos, llenar el vacío que dejó en mi padre. Pero nunca he llegado a sentirme en casa dentro del clan. —Apretó la mandíbula y volvió a girar el vaso, con un gesto nervioso—. Y ahora que Carlo se jubila, ni el restaurante me queda.

Golpeó la mesa con el dedo índice, apenas un toque seco.

—Lo único bueno de ser un Siracusa se va por el desagüe. Y yo con él.

X lo observó. Ese desapego emocional que había sentido por unos segundos desapareció y volvió a ser él. Pero cuando iba a decir algo, vio que Milo volvía a alzar sus defensas. Alzó la mano y pidió una cuarta copa, X le dijo que no quería más por el momento.

—¿Por qué me cuentas esto ahora? —dijo cuando la camarera sirvió el mooncrest—. Tú mismo has dicho que llevas los últimos dos años así. ¿Por qué has tardado tanto tiempo en abrirte?

Lo que era una curiosidad honesta por parte de X, sonó más a un ataque.

—¿Exactamente cuándo lo podría haber hecho, X? Eh, dime. Porque esta es la primera vez que quedamos desde a saber cuándo sin una agenda detrás. Después de lo del Blackout, dejamos de ser amigos. Actuabas como cualquier otro puto habitante de este país, por interés. Supongo que hasta a ti Atlas te ha corrompido.

X sintió un agujero en el estómago que le devoró por dentro y dejó tras de sí una culpabilidad pegajosa que no sabía cómo quitarse de encima.

Tenía razón. Al mirar atrás, no solo había cambiado su aspecto,

también su forma de actuar era distinta. Cada vez se parecía más a la representación demonizada que en la RES se tenía de los ciudadanos de ese país ultracapitalista. Le daba asco la persona en la que se estaba convirtiendo, pero lo peor era que no se arrepentía, por lo menos no todavía. Estaba haciendo lo necesario. Ni más ni menos.

—No es Atlas quien me ha corrompido —dijo al fin—. He sido yo mismo, y lo he hecho adrede.

Milo lo miró con el ceño fruncido. La voz de X era gélida, como si hablase otro a través de su cuerpo:

—Fue la única forma viable que encontré para sobrevivir aquí. Al menos, siempre he controlado qué parte de mí se degradaba. Quizá sea ingenuo, pero creo que, si soy yo quien se corrompe a sí mismo, tendré más posibilidades de volver a ser quien era cuando todo termine.

—¿Qué tiene que acabar? X, ¿qué ocurrió que hizo que necesitaras llegar a estos extremos? —dijo Milo, señalando las partes cromadas de su cuerpo.

—¿Te acuerdas de Cleo Rojas?

El Siracusa ladeó la cabeza sin entender a qué venía esa pregunta tan súbita, pero tras unos segundos asintió.

—Pues antes de que muriera estuvimos saliendo.

La expresión de Milo pasó por una progresión de emociones digna de estudio. X no sabía cómo reaccionaría. Si se enfadaría porque hubiese estado con una Santino o porque hubiese tardado dos años en contárselo. Sin embargo, reaccionó con lo más esperado posible, siendo Milo Greco.

—Y dime, ¿cómo follan las Santinos?

Milo soltó una tos seca a raíz del codazo directo que se llevó en la boca del estómago. Cuando se recuperó, la sonrisa seguía en su rostro.

—Conocía el riesgo, pero siempre he querido saberlo.

Entonces se puso serio y le pidió que se lo contara todo. X obedeció. Resumió aquellas semanas en las que, sin entender cómo, acabó enamorado de Cleo Rojas. Después le relató la noche en que lo drogaron en su hotel y despertó frente a un hombre enmascarado

que lo infectó con Blackout. Contó cómo, tres horas más tarde, volvió en sí con las manos manchadas de sangre tras haber matado a la mujer que amaba. Aunque habían pasado dos años, todavía era incapaz de revivir esa noche sin sentir arcadas. Cerró con un resumen de los últimos dos años: más allá de No-One, su principal objetivo había sido ponerle un rostro a quien lo había contagiado. Milo conocía a El Director, como cualquiera con suficiente estatus en Atlas. Pero su identidad real seguía siendo un misterio, y X no era el único que había intentado descubrirla… aunque probablemente sí el que más en serio se lo había tomado.

Cuando X terminó de hablar, sintió cierto alivio. Era la primera vez que soltaba todo de una. Entre eso y el cuarto mooncrest que se había pedido para refrescar la garganta después de hablar tanto, notaba que flotaba.

—Los dos sabemos que tenemos mierda hasta el cuello —respondió Milo tras escuchar a X—. A mí… —Se frotó la frente con los dedos—. A mí me matarán en cuanto estas putas trifulcas del clan escalen a un conflicto armado. —Soltó una risa breve, sin humor—. Será un golpe directo contra mi padre, ya lo sabes. Y tú… tú te convertirás en legacy en unas semanas, cuando descubras que en esta ciudad nadie vive lo suficiente para cumplir sus sueños.

El tono jovial, casi fiestero, de Milo chocaba con el contenido de su mensaje, lo que resultó en una imagen tan absurda que a X no le quedó otra que reír. El Siracusa se puso en pie y terminó su breve discurso nihilista.

—Sabiendo que ambos moriremos dentro de poco y teniendo en cuenta que nada en esta vida importa, disfrutemos de esta noche.

La sonrisa torcida final de Milo fue un atisbo de lo que les esperaba. X soltó una carcajada y se puso en pie, dispuesto, al menos por una noche, a olvidarse de cualquier cosa que no fuese el mismo instante que estaba viviendo.

08 DE OCTUBRE, 2064

◗ 11:27

Pasaron cuatro días desde que Noé contrató a X para encontrar a Axel Black, su hermano perdido. Seguía sin hallar una pista interesante que lo guiara.

Dos días antes se levantó a media mañana con una resaca que no recordaba en su vida. A sus veintisiete años, ya había transcurrido bastante desde las borracheras con sus compañeros del ejército de la RES. Cuando sus neuronas volvieron a responderle, investigó la vertiente que le sugirió Eric Skaar: indagar en los antiguos contratistas del cazarrecompensas. Si su desaparición estaba relacionada con un antiguo objetivo rencoroso, esa persona no solo querría venganza con Axel, sino también con quien le pagó.

En los últimos meses, tres de los cientos de contratistas que tuvo habían muerto. Uno quedó descartado de inmediato: falleció en el hospital tras nueve meses luchando contra una extraña enfermedad que contrajo durante un viaje por el sur de África. El lunes por la tarde y el martes los dedicó a investigar a los otros dos.

La primera fue Naoko Tsukino, ejecutiva de rango medio en Okami Solutions, una subsidiaria de los Inarizoku centrada en vigilancia predictiva. Contrató a Axel para recuperar unos datos comprometidos filtrados por un exingeniero que había huido a Valhal. El encargo se ejecutó sin contratiempos y el material nunca salió a la luz. Años después, hacía apenas dos semanas, Naoko apareció muerta en un presunto suicidio. Las investigaciones internas lo atribuyeron a un colapso psicológico tras descubrir que la empresa había estado usando su sistema para espiar a altos cargos del propio clan. Todo apuntaba a que no había sido la autora, sino una cabeza de turco. Nada que ver con Axel.

El segundo era un contramaestre apodado «El Mono Ciego», asentado en los márgenes de Poblado, donde arreglaba cargamentos para los Santinos y escondía armas entre exportaciones legales. Solo recurrió a Axel una vez, hacía ya un año: necesitaba silenciar a un chivato que amenazaba con reventar una de sus rutas. El encargo fue limpio, sin ruido. Tres semanas atrás, sin embargo, el cuerpo del Mono apareció flotando en un canal, con señales evidentes de ejecución. Todo apuntaba a los Santinos, seguramente porque se había negado a pagar los «impuestos» necesarios. El caso de Axel era demasiado menor para tener relación.

En esos días de quien tampoco supo fue de Trix. No volvió por la oficina-apartamento de X, ni respondía a sus mensajes. Incluso había desactivado el seguimiento de su localización. Le preocupaba que estuviese bien, aunque sabía que tenía más posibilidades de sobrevivir en Atlas que él; pero, sobre todo, le inquietaba que no volviera a acercarse nunca más. Que el daño provocado por aquellas palabras ya no tuviera remedio. Cuando recordaba su conversación, ni siquiera se reconocía. Ya no sabía si había sido él mismo quien actuó así, o si fueron esos apagones emocionales que a veces lo dominaban, como le ocurrió al hablar con Milo… o el día anterior, en mitad de la investigación.

X aparcó su coche en una de las calles empinadas de Dankworth y caminó hasta el edificio de Forma Zero. Ese era el único hilo de la investigación que tenía. La explicación más plausible para la desaparición de Axel era que se hubiese convertido en un legacy, y esa secta era la principal implicada en casos similares.

La tarde anterior llamó para intentar acordar una reunión con alguien de la organización. Para su sorpresa, aceptaron. Lógicamente, no explicó sus verdaderos motivos para la charla, solo dejó caer que quería ser parte de Forma Zero.

Al llegar al edificio, cruzó la misma doble puerta alta, aunque esta vez el interior estaba completamente vacío, lo que le daba un aire aún más tétrico. El fusil reposaba pegado a su espalda, mimetizado con su chaqueta gracias al polímero inteligente que lo recubría. El material imitaba con precisión la textura y el color de la prenda, hasta el punto de que no quedaba ningún rastro metálico a simple

vista. En una comisaría no habría servido de nada —allí los detectores delatarían al arma en segundos—; en un lugar como aquel, bastaba.

Un minuto después, una mujer se acercó y le pidió que lo acompañara. Parecía corriente, salvo por las manos metálicas, una modificación que X solo había visto en empleados de centros de belleza. Sin embargo, estaba convencido de que era legacy. No por su comportamiento —podían programarla para actuar como una persona viva—, sino por el simple hecho de hallarse en aquel lugar.

La mujer la llevó por algunos de los pasillos por los que X se escabulló días atrás y se detuvo delante de una puerta cerrada.

—Adelante —dijo con un inesperado tono dulce.

El interior del despacho mantenía el mismo estilo de la iglesia. Una especie de brutalismo caracterizado por planchas de metal sin remaches y mobiliario mínimo.

—Buenos días, señor Price —dijo un hombre invitándole a que se sentara en una silla de apariencia incómoda.

Al pronunciar el nombre falso que X le había dado, el hombre no hizo ninguna mueca de extrañeza al verle. X suspiró tranquilo, ese hombre no le habría escaneado para comprobar su verdadera identidad.

—Tengo entendido que le gustaría saber más sobre nuestra organización.

X asintió, y el hombre empezó a darle una versión resumida y menos teatral de la sesión para no iniciados que ya presenció. Aunque las palabras en sí no parecían gran cosa, al analizarlas quedaba claro qué era lo que esa organización vendía: presentaban convertirse en legacy como la solución definitiva a cualquier problema. Y lo peor era que su lógica resultaba impecable; al fin y al cabo, un muerto no tiene problemas. Si uno se dejaba arrastrar por la cadencia de sus frases y sus promesas, sin detenerse a pensar en lo que realmente significaban, no era difícil acabar contaminado por su ideología.

—Ahora me gustaría saber un poco más sobre usted —dijo el hombre, recolocándose en su asiento metálico.

X percibió que en su ojo derecho se activaba una mod, algún tipo

de sensor.

—Viendo su cuerpo, tiene un alto nivel de ciberware instalado. Debe de estar cerca del umbral crítico de modificación cibernética. Le felicito, no le faltará mucho para convertirse en legacy.

X no supo cómo reaccionar ante ese comentario tan brusco. No solo era la confirmación de que, efectivamente, con cada mod nueva estaba jugando con fuego. También era su voz. Parecía que le hubiese dicho sonriente y sin ironía: «Tiene cáncer terminal, le quedan dos semanas de vida. Enhorabuena».

—Entiendo que ya habrá experimentado las primeras fases del protocolo de deterioro cognitivo, ¿no es así?

—¿Protocolo de deterioro cognitivo?

—Sí, los síntomas finales que una persona experimenta antes de convertirse en legacy para siempre. Es la muestra de que el NED poco a poco va sustituyendo a la conciencia humana.

Era la primera vez que X escuchaba ese concepto.

—¿Cuáles son las fases?

—La primera es desincronización emocional. En momentos puntuales, las respuestas afectivas se debilitan. Digamos que el NED comienza a silenciar lo que considera «ruido emocional», reacciones innecesarias a su parecer.

X cerró los ojos durante unos segundos. «Así que es eso», se dijo a sí mismo. Que tuviese un nombre no justificaba lo seco que había sido con Trix o Milo, pero al menos sabía el porqué.

—Veo que sí que ha comenzado el protocolo de deterioro cognitivo —dijo el hombre, manteniendo su tono de extraño orgullo—. ¿Sabría decirme cuándo fue la última vez?

—Ayer.

—¿Y cuándo empezó?

—El domingo.

—¿Cuándo se instaló la última mod?

—El sábado… —alargó la respuesta, viendo la conexión con claridad.

—Ese ciberware desencadenó el inicio del protocolo. Si mantiene el mismo uso de ciberware, el proceso hasta convertirse en legacy será más o menos constante. Pero puede acortarlo si aumenta la

intensidad de su uso. De igual forma, detendría el deterioro cognitivo si reduce la cantidad de hardware que lleva encima. Pero, lógicamente, no queremos eso.

La sonrisa que pretendía ser cálida se tornó en un gesto tétrico.

—¿Y cuáles son el resto de fases del protocolo?

—Desfase de memoria, erosión del vector de decisión y ruptura del eje de identidad. Tampoco es necesario ponerse muy técnico, lo importante es que sepa que nosotros le ayudaremos a que esta transición sea mucho más rápida y cómoda, sin necesidad de que sufra el proceso un tanto incómodo, y a veces peligroso para la gente que nos rodea, que suponen estas fases.

La cabeza de X ya no admitía una sola carga más. Entonces cayó en la cuenta de que no estaba ahí para preocuparse por sí mismo.

—Si le soy sincero… Disculpe, me acabo de dar cuenta de que no conozco su nombre.

—Lógicamente, no tengo uno.

—¿A qué se refiere?

Por un momento, X pensó que esa persona podría ser de la RES.

—Quizás ha pensado que es hipócrita de mi parte vender la transformación de convertirse en legacy como la iluminación última, cuando yo sigo siendo una conciencia encerrada en este cuerpo humano. No le faltaría la razón. Aunque a mí me gustaría llevar a cabo la transición, cuando conocí la inmensa labor que realiza esta organización, decidí postergar mis deseos unos años y aportar mi granito de arena.

»La mayor parte de los integrantes que hacen funcionar Forma Zero son legacy, pero hay ciertas figuras que son imposibles de reemplazar. Mi posición es una de esas. Soy un Transmisor, encargado de seleccionar candidatos, guiar los rituales de transición y dictar los protocolos. Pero aunque todavía no me he convertido en legacy, sí que he comenzado el proceso de dejar atrás mi identidad. Para su comodidad, puede llamarme Transmisor 17, pues soy el decimoséptimo transmisor de la organización.

X oscilaba entre la fascinación del funcionamiento de esa organización y el terror de que algo así existiera.

—Como le estaba diciendo… Transmisor 17, mi interés por su

organización es sincero. Quiero entregarme al silencio, acabar con el dolor —dijo X, utilizando la misma frase que el hombre usó días atrás—. Me parece muy interesante lo que me comenta, pero, teniendo en cuenta que es una decisión de suma importancia que no se debe tomar a la ligera, me gustaría dejar unos días para reflexionar al respecto.

—Por supuesto, señor Price —dijo con la mirada afable de un comercial que sería capaz de vender a su madre por una comisión suficientemente alta—. Sin duda, debe tomarse ese tiempo. Además, tenemos aquí todo el material que podría necesitar para adoptar una decisión, incluido el testimonio de personas que decidieron dar el paso, y también de quienes concluyeron que no era su momento.

—Perfecto —dijo X, ya harto de tanto sermón—. El caso es que esta reunión no era solo para conocer más sobre Forma Zero y decidir si es el paso que quiero dar, sino también para preguntarle por un amigo.

Inmediatamente, el rostro del Transmisor 17 se endureció en una expresión forzada de profesionalidad. Estaba claro que ese hombre todavía no estaba en la fase de desincronización emocional.

—Fue él quien me habló de su organización. Es un buen amigo del que llevo varias semanas sin saber nada. Me gustaría ponerme en contacto con él en caso de que todavía no sea legacy. Sin duda, su opinión sobre Forma Zero será de suma importancia para mi decisión final. Su nombre es Axel Black.

El Transmisor 17 retomó su falsa calma, una postura zen que transmitía más rigidez que serenidad.

—Entiendo su solicitud, pero como entenderá, es una información que no puedo compartir. Nos tomamos muy en serio la privacidad de nuestros integrantes, incluso de la gente que no forma parte de Forma Zero, pero muestra interés, como usted.

X le devolvió esa sonrisa de complacencia impostada.

—Como ya le he dicho, fue él mismo quien me habló de Forma Zero, así que sé que él formaba parte de su asociación y estaba en el proceso de convertirse en legacy. Solo que nunca me llegó a decir cuándo completaría su transición. Solo quiero…

—Lo siento, señor Price —le interrumpió sin miramientos,

poniéndose en pie—. Pero insisto, no conozco a ningún Axel Black. Ahora, si no le importa, tengo otros asuntos que tratar. Ha sido un placer charlar con usted. Cuando se sienta preparado para comenzar su transición, le estaremos esperando.

X, un tanto a regañadientes, se puso en pie y aceptó su mano. Cuando salió del despacho, la puerta se cerró tras de sí con un clic hermético. El pasillo lo recibió con un silencio metálico, el aire olía a polvo frío y a óxido. Por un instante tuvo la impresión de estar atrapado dentro de una máquina más que de un edificio. La sensación de encierro se le pegó al pecho mientras avanzaba hacia la salida.

Todavía no sabía a ciencia cierta si Forma Zero estaba relacionada con la desaparición de Axel Black, lo que sí que tenía claro era que esa organización escondía mucha mierda.

En Atlas, todo se movía por una de tres fuerzas: poder, lealtad o supervivencia. Aquella organización no era la excepción. Para desentrañar sus verdaderas motivaciones, tendría que escarbar más hondo y recurrir a métodos que no admitieran error.

◗ 12:16

X salió de la sede de Forma Zero con la cabeza humeante. Cada vez le quedaban menos dudas: aquella organización estaba implicada en la desaparición de Axel Black. La expresión del Transmisor 17 al oír su nombre le sugería que no era la primera vez que lo escuchaba. Sin embargo, lo que más lo había sacudido no era esa sospecha, sino la radiografía que aquel hombre había hecho de él. Si no se sorprendió al saber que X estaba interesado en esa organización, era porque encajaba a la perfección en el molde de quienes acudían allí: alguien que rozaba peligrosamente la línea entre ser un ciudadano más y convertirse en un legacy.

A pesar de caminar varias manzanas sumergido en sus pensamientos, se percató desde el inicio de que alguien lo seguía. Cansado de tener más de una sombra, se introdujo en la siguiente callejuela sin cambiar el ritmo. Caminó hasta colocarse en el centro del callejón, y entonces se detuvo.

—Si quieres que te firme un autógrafo, solo tienes que pedírmelo… Kyra.

X se giró ciento ochenta grados y la Valquiria salió de detrás de un contenedor.

—No dejas de sorprenderme, europeo. Hay pocas personas en este país que sean capaces de saber que los sigo. Está claro que te has adaptado muy bien a Atlas, no conozco a nadie más de tu tierra que se haya zambullido tan de lleno en el capitalismo repugnante de aquí.

X respondió al sarcasmo mostrando las palmas en forma de pregunta muda.

—Y desde luego, no con tanto ciberware. Ahora que te veo a la luz del día y de frente, me sorprende lo que llevas puesto. —Su ojo derecho tomó un destello rojizo—. Y de la mejor calidad… Ya veo que no te va mal el negocio. Pareces uno de nosotros.

—¿Uno de vosotros? —X escupió la risa como si le hubieran contado un chiste viejo—. No me lleno de ciberware por renunciar a mis principios. Lo hago para cumplirlos.

Kyra dio unos pasos, sin dejarse intimidar por el tono agresivo de X.

—¿Piensas que nosotros no tenemos principios? Pensar eso porque no coincidan con los tuyos es muy hipócrita.

—El problema no es que no tengáis, es que tenéis demasiados. Y utilizáis unos u otros a conveniencia.

Kyra soltó una risa honesta que a X lo desconcertó. Luego relajó los brazos y apoyó la espalda contra el muro.

—¿Qué has sacado en claro de tu entrevista con el de la secta?

A X le extrañó esa pregunta. No porque supiera qué había hecho en la secta, sino porque fuera así de directa. Quizás era porque necesitaba algo de él, pero en su voz ya no quedaba rastro del cinismo que solía envolver cada una de sus palabras.

—Ve a hablar con ellos. Con tus habilidades de dialéctica, seguro que te dicen más que a mí.

—No seas estúpido, sabrían quién soy en cuanto cruzase la puerta. Además, ¿para qué repetir el trabajo que otro ya ha hecho?

—¿Igual que cuando yo publiqué el antivirus del Blackout que vosotras desarrollasteis, para que nadie más pudiera aprovecharse?

«Ahí estaba, la Kyra de siempre», pensó X, al verla contenerse para no soltar lo que de verdad le pasaba por la cabeza. Se mordía la lengua, pero sus ojos, afilados como cuchillas, la delataban sin remedio.

—Exacto, igual que eso.

—Primero dime tú qué intereses tienes con Forma Zero. ¿Por qué los investigas?

Kyra se pasó la lengua por el labio superior, en un movimiento lento que X no supo cómo interpretar.

—Supongo que ya habrás conocido a los de ARCO.

—¿ARCO? ¿Qué tiene que ver con todo esto?

—Ese maldito grupo de soldaditos motivados no solo está incordiando a tus amigos los Siracusa. Ya han hecho preguntas en el Misty Dreams, y sé que no tardarán en llegar al resto de nuestros negocios… los que son menos «para todos los públicos».

El hecho de que Kyra definiese el Misty Dreams, un lugar donde podías «revivir» un homicidio en masa, para «todos los públicos», ya

le decía suficiente sobre el resto de negocios de las Valquirias. Nunca se había metido de lleno en investigarlas, pero tras dos años en el país, uno se enteraba de mucho.

Aunque se presentaban como un clan, X siempre las había visto más como un enjambre caótico. Trece líderes con el mismo poder, unidas por favores y rencillas personales en lugar de reglas escritas. Pero en su terreno nadie les tosía. Controlaban la mayoría de clubes nocturnos y prostíbulos de Atlas, y no era difícil entender por qué: sus locales eran seguros, discretos y, sobre todo, inspiraban confianza a las mujeres que trabajaban allí. Su rechazo frontal a las drogas las mantenía lejos de las guerras más sangrientas, y la calidad de sus locales atraía incluso a clientes de los Santinos o los Siracusa.

—¿Me vas a decir qué tiene que ver ARCO con Forma Zero? —insistió X.

—En Atlas es muy complicado que exista un funcionario que no esté comprado por algún clan. Todos sabemos que quienes han puesto a Vera Voss en el asiento de la presidencia han sido los verdaderos cinco líderes del país. ¿Por qué un policía o un militar daría su vida para ir contra los clanes? ¿Para ir contra el sistema?

X se estaba cansando del soliloquio de la drifter, pero entonces comenzó a ver a dónde iba a parar.

—Si alguien quisiera de verdad formar un regimiento capaz de acabar con los clanes, o al menos contener el daño que provocan, necesitaría un grupo de personas en las que pudiera confiar a ciegas.

—O si eso es imposible de conseguir en Atlas, se haría con individuos que sean incapaces de desobedecer —dijo X, sin poder evitar culminar con la conclusión.

—Sí… —respondió Kyra, molesta—. Mi suposición es que, por lo menos algunos de los integrantes de ARCO, son mercenarios legacy que han adquirido ilegalmente. Quizás de una asociación como Forma Zero.

Si eso era cierto, se trataba de una información muy valiosa, a la vez que peligrosa.

—¿Qué más sabes sobre ARCO?

Kyra soltó una risa seca.

—No tan rápido, Freeman. Ahora es tu turno: ¿qué es lo que te ha dicho el de la secta?

X chasqueó la lengua, consciente de que esa mujer no daría nada gratis. Estiró su cuello, como si necesitara una aptitud física óptima para responder a su pregunta. Se disponía a hacerle un resumen de la conversación con el Transmisor 17 cuando su NED lo avisó de que le acababan de disparar.

◗ 12:32

Las décimas de segundo de ventaja que le dio el NED bastaron para lanzarse al suelo justo antes de que una descarga de energía le alcanzara el pecho. Al ver la marca que dejó en la pared, entendió que, como mínimo, lo habría dejado inconsciente… si no algo peor.

Antes de que llegara un nuevo aviso, X desenfundó el rifle de su espalda. Al empuñarlo, seleccionó en su NED el proyectil de tercer tipo. Justo cuando tres figuras irrumpieron en el callejón —dos con armas de fuego y la tercera blandiendo una katana—, apretó el gatillo. La granada electromagnética salió disparada y estalló un instante antes de que uno de ellos abriera fuego.

Los tres asaltantes se protegieron con el brazo, sin ninguna utilidad. En su cara, X vio la confusión de que hubiese reaccionado tan rápido, pero también de que siguieran de una pieza. La mujer y el hombre armado apretaron sus gatillos, pero no ocurrió nada. La granada había anulado todos sus dispositivos electrónicos.

Ostensiblemente molestos por la jugada de su atacante, tiraron las armas al suelo y se acercaron con los puños en alto. Entonces se percataron de la quinta persona del callejón.

Kyra no se había movido ni un ápice. Lo único que había cambiado era su expresión, que ahora mostraba una sonrisa de disfrute propia de quien ve un partido en directo.

—Eh… —dijo la mujer que segundos atrás tenía un fusil en las manos—. ¿No se suponía que era solo el hombre ese?

—¿Qué hace una Valquiria con él? —preguntó el hombre que empuñaba la katana con dos manos.

Si pretendían murmurar entre ellos, no lo consiguieron. Kyra, sintiéndose aludida, se posicionó entre X y los tres asaltantes desconocidos. Estos se tensaron de inmediato.

—Viendo que solo queréis al europeo, no os preocupéis por mí, haced como que no estoy.

Seguidamente, cogió un poco de carrerilla y saltó para agarrarse a las escaleras auxiliares del edificio, donde se sentó como una simple espectadora.

Los atacantes se cruzaron en una mirada de desconcierto, pero pronto se encogieron de hombros, dispuestos a retomar lo que habían ido a hacer. El de la katana ya se lanzaba contra X.

—Malditos flipados con espada… —dijo X para sí mismo al bloquear el ataque con su antebrazo cromado.

—Es un arte muy noble —respondió Kyra desde las aparentes gradas.

—Sí, del siglo XVI.

Acompañó su respuesta con una patada lateral al costado del espadachín. Igual que con Kyra unos días atrás, la combinó con una descarga eléctrica que potenció el impacto.

Antes de que pudiera volver a su posición de ataque, ya tenía a los otros dos agresores encima.

—Oh, vaya, tu nombre está en Prometheus. ¡Qué suerte! —dijo Kyra de repente.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

X miró momentáneamente a la Valquiria, instante en el que un gancho le impactó en la mandíbula y lo lanzó varios metros hacia atrás. Se masajeó la piel. Afortunadamente, el puño era de carne, no de metal.

—Aunque te han puesto una recompensa de mierda. Alguien paga diez mil créditos por ti. Ya solo tu ciberware vale al menos veinte veces eso.

X no podía permitirse observar a Kyra más de un par de segundos para averiguar si hablaba en serio; ya tenía de nuevo a dos de los asaltantes encima. Aun así, era la única explicación que se le ocurría para que tres desconocidos lo atacaran de repente sin hacer una sola pregunta.

Agarró el brazo de la mujer y aprovechó su inercia para desestabilizarla, pero cuando se dispuso a dar el golpe de gracia en la cabeza, sintió una punzada aguda en su costado. Fue incapaz de aguantarse un grito de dolor. Lanzó a la mujer y se dio la vuelta para ver cómo de entre los nudillos del puño cerrado del hombre salía un punzón de diez centímetros ensangrentado.

En el NED de X apareció la zona afectada, que no involucraba ningún órgano, y un análisis instantáneo que informaba que sus

nanobots internos taponaban la herida y controlarían los daños.

El hombre lanzó un nuevo ataque con el punzón que a X no le costó esquivar. Al ya luchar solo contra uno, aprovechó para comprobar lo que había dicho Kyra.

X Freeman.

Fundador de No-One.

Afiliación: Múltiples.

Recompensa: 10.000 créditos.

Detalles: Se le necesita con vida y en buen estado. Una vez capturado, ponerse en contacto para los detalles de la entrega.

Contratista: Anónimo.

Última localización conocida: Winslow Street, Dankworth (hace 19 minutos).

En cierto modo, era una buena noticia. No confirmaba que Forma Zero estuviera detrás de la desaparición de Axel Black, pero sí dejaba claro que ocultaban algo turbio. Y X ya había hecho demasiadas preguntas.

No era necesario señalar a la secta como los responsables del encargo. La recompensa había aparecido minutos después de que saliera de entrevistarse con uno de los encargados, y ellos mismos habían puesto la dirección de su sede como última localización conocida. Se estaba acercando, pero ahora tendría que aguantar con cazadores aficionados siguiéndole continuamente, ya que los pros no se movían por nada inferior a las seis cifras.

En uno de los lances del cazador, X atrapó el punzón con la mano y lo giró con fuerza hasta doblarlo hacia dentro. El hombre soltó un grito de furia. Unos segundos después, de su otro puño brotó una hilera de pinchos metálicos y, sujetándose el brazo como si fuera un cañón portátil, lo apuntó directo a X.

Antes de que pudiera reaccionar, el puño salió disparado hacia él. X logró esquivarlo, aunque algo lento: uno de los pinchos le rasgó la mejilla al pasar. Al incorporarse, vio cómo el puño regresaba al

hombre, conectado al resto del brazo por una cadena retráctil. Se había convertido en una especie de maza de púas medieval. X soltó un suspiro de incredulidad. Siempre eran los más novatos los que tenían las mods más estúpidas.

Por un momento le había preocupado que al estar en Prometheus alguien atacara su oficina, pero si iban a ser imbéciles como esos, las defensas que tenía instaladas serían más que suficientes para disuadirles. Lo que estaba claro es que necesitaba encontrar a alguien que se encargase temporalmente de Lluna.

El hombre de la katana logró incorporarse justo cuando la mujer se levantaba y se sacudía el polvo. Los tres se alinearon frente a él, una versión sórdida y barata de un grupo de superhéroes. X ya estaba harto de aquel entrenamiento improvisado, tenía de sobra con el recuerdo que le había dejado el del punzón.

—Quietos todos —dijo como si estuviesen jugando en el patio del colegio. Sorprendentemente, los tres se detuvieron antes de atacarle —. Entiendo que no sois un grupo formado dentro de Prometheus, ¿no?

Los cazadores se miraron entre sí. Posiblemente confusos porque su presa de repente se hubiese vuelto habladora.

—Es decir, que cada uno tiene su cuenta de Prometheus.

Asintieron con cierta desconfianza.

—Entonces, ¿quién de vosotros va a canjear la recompensa cuando me capturéis?

Se miraron, incómodos.

—Solo uno puede cobrar. Y cuando eso pase, ¿confiaríais en que repartirá…? ¿O saldrá corriendo con los créditos?

Como si realmente hubiesen respondido a la pregunta en su cabeza, los tres se encararon, formando un cuadrado con X en el último de los vértices.

—Que no os coma la cabeza —interrumpió Kyra—. Varias cuentas de Prometheus se pueden asociar para una recompensa en específico, de esa forma el bote se reparte entre todas las partes por igual.

Los tres atacantes se giraron furiosos hacia X, cuando su arma ya estaba calibrada. Con el fusil en la espalda apuntando al suelo,

activó el gatillo tres veces desde el NED. Los disparos salieron hacia el suelo, pero en vez de hundirse en el pavimento, giraron por debajo de las piernas de X, ascendieron en un movimiento curvo e impactaron en cada una de las tres cabezas. Al unísono, los cazadores cayeron inconscientes al suelo.

—Gracias por tu aporte —dijo X, cada vez más harto de que esa mujer volviera a cruzarse en su camino.

—El placer ha sido mío —respondió ella con un salto.

—La próxima vez que quieras quedarte de espectadora, que sea en un museo; al menos allí la gente paga por ver piezas inútiles.

—Y tú encajarías de maravilla en una exposición de arte moderno: caro, pretencioso y sin sentido.

X la miró en silencio, demasiado cansado para responder. De cerca, sus rasgos eran más afilados de lo esperado, con un brillo acerado en los ojos que lo desafiaba a cada parpadeo. El cabello castaño le caía en ondas suaves, pero sin domesticar, como si se negara a ceder a cualquier intento de orden. Su piel, pálida y moteada por un rastro de pecas, no suavizaba en absoluto la sensación de peligrosidad que desprendía. Era el tipo de persona que parecía hecha para convivir con un filo de acero: peligrosa, precisa… y, en un sentido que irritaba y atraía a partes iguales, hipnótica.

—Estabas a punto de contarme qué te ha dicho el de Forma Zero.

X iba a contestarle con otro corte cuando reparó en una figura apostada en la entrada del callejón, observándolos con un interés nada disimulado.

—Mierda —musitó.

Sería un informante. Se conectó a Prometheus y vio que su localización se acababa de actualizar a su posición exacta.

—Tendrá que ser otro día, no quiero pelearme con más novatos.

Antes de que la Valquiria pudiese decir algo, echó a correr, maldiciendo a ese detestable país y, ya de paso, a Kyra.

09 DE OCTUBRE, 2064

◗ 14:01

A X no le hacía ni pizca de gracia vivir con la sensación constante de que lo seguían. Y menos aún cuando no era una sensación, sino un hecho. Su recompensa ascendía a 12.523 créditos; en Prometheus, cualquiera podía añadir fondos a la caza de un objetivo, y al parecer X tenía enemigos dispuestos a pagar por darse el gusto de una pequeña venganza.

Su recompensa estaba en ese rango que atraía a los novatos: por debajo de los cincuenta mil créditos. Un encargo con esa cifra implicaba —en general, aunque no siempre— un riesgo moderado, suficiente para tentar a los principiantes del oficio. Y principiantes había muchos; trabajar para Prometheus acortaba la esperanza de vida incluso más que ser drifter.

Solo los profesionales se atrevían con recompensas de más de cien mil créditos. Gente como Erik Skaar. El espacio curioso era entre los cincuenta y los cien, recompensas demasiado intimidatorias para los novatos y muchas veces insuficientes para los experimentados. A veces, esos objetivos quedaban inactivos, algo que X deseaba secretamente. Incluso pensó en añadir dinero, aunque le parecía demasiado cínico.

Lo que tenía claro era que necesitaba una mod ofensiva. Debido a su política vigente de no matar —lo seguía viendo innecesario—, la mayoría de su ciberware era defensivo. No quería matar a ningún cazarrecompensas, pero tener hardware ofensivo le facilitaría lidiar con ellos y, en muchas ocasiones, disuadirlos de que le atacaran.

Por segunda vez en una misma semana, se encontraba en la puerta de The J-Fix. Cruzó la fachada señuelo y accedió a la sala operatoria real.

—Me preguntaba cuánto tardarías en venir por aquí —dijo Juno mientras terminaba de limpiar unas herramientas en la bandeja de la silla giroscópica.

—Supongo que ya habrás visto mi recompensa.

—Sí, te estás haciendo famoso. Si tu recompensa deja de ser para niños, quizás hasta empiece a anunciar que soy tu techsmith. —Miraba a X con lo que parecía ser un bisturí mecánico en la mano.

—Teniendo en cuenta tus precios, yo me esperaría a que al menos subiera a medio millón. Si no, la clientela que vendrá no se podrá comprar los revestimientos para pezones que tienes.

—¿Medio millón? Sí que apuntas tú alto. ¿Es que pretendes matar a algún ministro?

—Tampoco es tanto, ¿no? Ha habido recompensas mucho mayores, y ya sabes que se me da bien incordiar a la gente con poder.

Juno dejó la última herramienta sobre la bandeja y fue hacia su escritorio.

—Sí, por eso he ganado tanto dinero contigo. Aunque, créeme, dudo que superes el récord histórico ni el odio que despertó aquella persona. Fueron 5.550.550 créditos.

X se encogió de hombros y caminó hacia el cambiador.

—No tan rápido, el anterior cliente no se ha ido. Yo no me metería ahí dentro a no ser que quieras ser el conejillo de Indias de su nuevo ciberware.

X asintió y recorrió los expositores que rodeaban el stand de operaciones.

—Como supondrás, necesito instalarme algo potente. Será temporal, pero es la única forma en la que podré resistir en Prometheus hasta que termine este trabajo y todo se resuelva.

—¿Por fin te has dado cuenta de que la mejor defensa es que el enemigo no vuelva a levantarse? ¿Qué tienes en mente?

X se detuvo delante del expositor central. Una vitrina del suelo al techo, como el resto, pero que, a diferencia de las otras, solo exhibía una única pieza. Dos manos huecas, estilizadas en un metal pulido que parecía absorber y devolver la luz al mismo tiempo. Los dedos, alargados y afilados como cuchillas, se curvaban con una elegancia que no restaba un ápice de amenaza. En el interior de las palmas se

intuían conductos y microarticulaciones, canales diseñados para un propósito que iba más allá de la simple fuerza bruta. Eran garras en sentido literal y simbólico: un manifiesto de poder y precisión, la promesa de que quien las llevara podría moldear el curso de cualquier enfrentamiento… a cambio de un precio que no se veía en el reflejo cromado.

—¿Qué opinas de las Garras de Cromo?

La respuesta de Juno fue una carcajada que resonó por toda la sala, hasta que X se giró y la techsmith vio que hablaba en serio.

—Ni de puta coña.

—¿En serio te niegas a ponerme tu pieza más cara? No me explico cómo tu negocio sigue a flote.

En el rostro de Juno no había ni un ápice de la sorna anterior.

—Me niego a matarte, X.

—¿A matarme? ¿Qué clase de empresa crearía una mod que mata a sus clientes?

—La empresa que sabe que siempre habrá descerebrados dispuestos a implantarse cualquier cosa con tal de sentir poder, sin importarles lo que le haga a su cuerpo. Esa mod es brutal, no hay nada igual en el mercado ahora mismo, pero esa potencia no sale de la nada. Tiene un coste de carga cognitivo enorme. Y cuanto más la usas, más te devora.

X se giró de nuevo y contempló aquella obra maestra de la tecnología. Había escuchado lo que hacía, y hasta que no vio una demo publicada por el fabricante, no creyó que fuera posible. Era perfecta para él, ofrecía un ataque defensivo que le haría inmune a cualquier cazador de Prometheus, incluso a los más experimentados.

—Deja de hablarme en clave, Juno. Exactamente cuáles son las consecuencias.

—Las mismas de siempre, convertirse en legacy. —X sintió un escalofrío al oír esa palabra, en los últimos días la había escuchado demasiadas veces, no le gustaba lo que eso significaba—. La carga cognitiva que requiere es tan superior que a un humano con un nivel de modificación medio y un uso moderado lo volvería legacy en menos de un año.

»Y tú ya estás en las puertas del abismo. Teniendo en cuenta todo

lo que llevas encima, me extrañaría que llegases a un mes con esa mod en tus manos.

X le echó un vistazo más y soltó un suspiro de asentimiento.

—Decidido, me lo quedo.

Juno puso los ojos en blanco y se levantó con cierta ira en el rostro. El silencio se estiró unos segundos, pesado como una condena. X trató de mantener la mirada fija en las garras, convencido de su decisión, aunque una parte de sí mismo se preguntaba si acababa de firmar su sentencia.

En ese instante, la puerta del cambiador se abrió y salió una mujer joven. Al principio no la reconoció. Su pelo, normalmente azul y rosa en dos coletas desaliñadas, ahora era del negro más puro, ordenado en dos trenzas que le caían por los hombros. Eso le otorgaba un par de años más de apariencia, el resto lo hacía su ropa. Por un momento, pensó que veía a Cleo. Llevaba una ropa técnica negra llena de texturas geométricas y líneas rojas que rompían la monotonía, la misma que había visto en muchos mercenarios. El textil ajustado mostraba unas piernas y brazos musculados y fibrosos, y en el torso exhibía sutilmente el pecho que ya comenzaba a tener, en el cual X no había reparado hasta entonces. Lo único que seguía igual eran esos ojos verdes chispeantes.

—Hombre, X, ¿qué haces por aquí? —dijo Trix, con su habitual calidez.

Antes de que supiera cómo reaccionar, quien de un día para otro se había convertido en una mujer, se acercó a X y lo abrazó, como si su última conversación nunca hubiese sucedido.

X no sabía cómo reaccionar del estupor. Trix siguió hablando como si nada.

—¡Trix se ha instalado un implante! Pero no piensa decirte cuál — Sacó la lengua y le guiñó un ojo.

Ni siquiera pudo enfadarse al saber que se había implantado ciberware con apenas catorce años. Habría sido hipócrita por su parte, sobre todo porque su mente seguía cortocircuitada.

—Tiene garantía de cinco años —añadió Juno, que por su mirada se veía que disfrutaba de la escena como si presenciara un reality show.

—Lo he tenido que pagar con mis ahorros, pero Juno me ha hecho un descuento, es muy maja. Podía haber usado los créditos de la última recompensa, pero como fueron los vecinos quienes los reunieron, y apenas era nada, preferí devolvérselos. Ellos los necesitan más que Trix.

Por fin, X fue capaz de retomar el control de su cuerpo. Se pasó la mano por el rostro, de repente tenía calor, y soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Por qué ya… ya no estás enfadada conmigo?

—Tenías razón, Trix debía enfrentar sus problemas, y eso estoy haciendo.

—¿Dónde… dónde estás viviendo?

Trix soltó una risa un tanto musical.

—Tú mismo me enseñaste que nadie debe saber dónde vives.

Con esa frase que a X le dolió en lo más profundo, Trix se dirigió hacia la salida, no sin antes detenerse y soltar un último comentario que arrancó una carcajada en Juno.

—Ah, y no te preocupes por ti, que aunque ahora sea una cazadora, no te entregaré. Yo solo hago encargos humanitarios.

La sala se quedó en un silencio absoluto, así lo percibió X, ya que Juno seguía riéndose por lo acontecido. Tras unos segundos, la techsmith se levantó y fue a los expositores. Al regresar, dejó las Garras de Cromo sobre la mesa y se apoyó delante del escritorio, a unos palmos de X. Volvía a estar seria.

—Es tu vida, y si yo no tengo poder de decisión sobre una niña de catorce años, menos sobre un europeo con pelos en los huevos. Pero aun así, antes de instalártelas debo diagnosticar tu fase en el protocolo de deterioro cognitivo. ¿Estás familiarizado con lo que es?

X alejó de su mente el episodio con Trix.

—Más o menos.

—Por si acaso, te haré un resumen breve. Cada implante consume carga cognitiva, un recurso mental limitado. No importa cuántos créditos tengas, si tu cerebro no lo soporta, se colapsa. Eso es lo que llaman volverse legacy, y ocurre cuando usas el cien por cien de la carga disponible.

—¿Y de qué depende?

—Tipo y complejidad del implante, intensidad del uso que se le dé, grado de integración con el NED, compatibilidad neuronal… Muchos valores, por eso es una métrica un tanto escurridiza. También depende mucho de la persona. Hay quienes tienen una tolerancia innata mayor al resto, pueden soportar grandes cantidades de ciberware sin colapsar. A su vez, es algo que se entrena y se puede incrementar con el tiempo.

»Convertirse en legacy no pasa de la noche a la mañana, ni sigue un camino recto. Pero cuando el uso de carga cognitiva supera el cincuenta por ciento, comienza el protocolo de deterioro cognitivo. Son cuatro fases. La primera…

—Estoy en esa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Juno, que parecía un tanto sorprendida por la rotundidad de X en un tema del que hasta entonces no parecía muy informado.

—Ayer alguien me habló al respecto. Ya he tenido alguna desincronización emocional de esas.

—Enhorabuena, ya es una certeza de que estás cerca —dijo con sarcasmo—. Estás entre el cincuenta y el sesenta y cinco por ciento de carga cognitiva. ¿Conoces el resto de fases?

—No del todo, preferiría que me lo explicaras.

—La segunda es el desfase de memoria. Los blancazos ya no son solo emocionales, también cognitivos. No significa que pierdas la conciencia aleatoriamente, sino que algo recién ocurrido desaparece de tu mente instantes después de ocurrir.

—¿A qué te refieres?

—Si estás hablando con alguien, desaparece de tu mente la última frase que ha dicho, aunque la hayas escuchado. O quizás se te olvida el último movimiento que has hecho. Esto ocurre cuando superas el sesenta y cinco por ciento. Cuando llegas al setenta y cinco, ocurre la erosión del vector de decisión. Si cuando alguien se vuelve legacy es un receptor vacío a la espera de recibir órdenes, esto es un atisbo de lo que te depara. Pierdes la iniciativa y el control de tu cuerpo durante unos segundos o minutos. Tomas decisiones que no recuerdas.

—¿Como el Blackout? —dijo X tragando saliva.

—Más o menos. Pero aquí no hay nadie que te controle. Es como si tus instintos más primarios tomaran control de tu cuerpo durante un breve periodo de tiempo, y luego no te acordaras de nada. Aquí ya deja de ser peligroso solo para el individuo y empieza a serlo también para la gente de alrededor. Algunos han llegado a matar a seres queridos a causa de esto, sin siquiera recordar por qué.

Varias imágenes se sucedieron en la cabeza de X. El rostro de Cleo, la silueta de El Director antes de infectarle de Blackout, sus manos manchadas de sangre, el apartamento en construcción donde se despertó, ese maldito olor metálico…

—¿Y la última fase? —dijo X con resignación.

—La ruptura del eje de identidad tiene lugar al superar el noventa y cinco por ciento. Empiezas a perder el concepto del yo en momentos puntuales. Te hablas como si fueras otro, tienes una especie de experiencia extracorpórea. Es cuando se manifiesta que algo de tu cuerpo se está yendo.

»Las cifras que te he dado son orientativas. Y también ten en cuenta que son puntuales. Muchas veces, alguien que está cerca de convertirse en legacy solo se percibe de manera esporádica. Está todo bien hasta que, de repente, tiene un blancazo de memoria, o empieza a hablar consigo mismo, o coge su arma y dispara a quien tiene delante como si alguien se lo hubiera ordenado. Normalmente estos aumentos de carga cognitiva suceden tras una utilización intensiva de alguna mod.

X ya sabía por qué ningún techsmith explicaba eso antes de que un cliente se instalara su primer implante, porque entonces nunca se lo instalaría. Pero una vez que uno experimentaba las ventajas del ciberware, la percepción del peligro cambiaba. X lo asumía como lo que era: una necesidad temporal.

—Y dices que no has tenido ningún desfase de memoria, ¿no?

X negó.

—Aún hay cierto margen. De todas formas, junto a las Garras de Cromo, también te instalaré un monitor que mide tu nivel de carga. Es algo orientativo, pero al menos te notificará cuando tengas alguna sobrecarga puntual.

Juno se desinfló en un suspiro hondo, como si acabase de subir a

pie veinte plantas.

—Todavía estás a tiempo, X, ¿estás seguro de que quieres instalártelas?

Aunque en la expresión de X no había rastro de la seguridad anterior, por dentro su decisión seguía firme. Era posible que El Director estuviese relacionado con lo que había detrás de Forma Zero y Axel Black. Si encontraba de qué iba todo eso, no solo se encargaría de la gente que le había puesto recompensa en Prometheus, también llegaría a la persona que le infectó de Blackout y mató a Cleo.

Juno insistía en que se lo replantease porque pensaba que había una elección, pero X dejó de tener alternativas en el momento en el que se convirtió en un asesino. No estaba en una cruzada por justicia. Estaba en una misión de redención. No solo buscaba al asesino de Cleo, sino aquel que lo convirtió en su asesino. Juró hacer cualquier cosa para encontrarlo, y eso era lo que iba a hacer. Solo necesitaba un implante más. El último.

—Instálamelo.

La techsmith se encogió de hombros, pero no insistió. Sencillamente le señaló la puerta del cambiador y le dijo que se pondría con los preparativos.

X fue a la pequeña sala y se desnudó. Se miró las manos con cierta nostalgia. Durante unos días, quizás unas semanas, esa vista cambiaría bastante. Pero solo sería algo temporal.

Salió del cambiador y se tumbó en la silla giroscópica que ya estaba en posición horizontal. Juno estuvo varios minutos más comprobando herramientas y sensores. Era la primera vez que la veía tan seria.

—Procedo a sedarte —dijo por fin—. Será una operación larga. Y, por si acaso no vuelves a abrir los ojos, ha sido un placer conocerte, X Freeman.

X no pudo responder, los párpados comenzaron a pesarle tanto que fue incapaz de mantener los ojos abiertos. Sin darse cuenta, cayó inconsciente.

◗ 23:11

El puerto de Greco era el más pequeño de los cuatro del país, usado casi en exclusiva por los Siracusa y algún que otro comerciante importante de Santa Lucia. Al ser fluvial, contaba únicamente con tres dársenas. Esa noche, sin embargo, rebosaba de actividad, muy lejos del tráfico discreto al que estaba acostumbrado.

X se rascó la nariz y se extrañó una vez más al encontrarse con un trozo metálico en vez de con la punta del dedo. La operación había durado siete horas, todavía se notaba un tanto letárgico. Aunque cuando bajaba la vista y se fijaba en sus manos, toda la somnolencia desaparecía. Era la primera vez que le chocaba tanto ver un implante propio. Sus manos realmente seguían ahí; si ponía las palmas hacia arriba, seguía todo igual. La modificación se adhería por encima, como si hubieran seccionado transversalmente su piel. Los ángulos rectos del implante le otorgaban una agresividad casi elegante, y los tensores artificiales de sus dedos se extendían un palmo hacia el interior de la muñeca.

Sabiendo que le llevaría unos días acostumbrarse a la nueva visión, sacudió la cabeza y terminó de subir la escalera de mano. Antes de que pudiese asomarse por el final, el cañón de un arma con la punta iluminada le dio la bienvenida.

—¿Nunca te han dicho que tengas cuidado con a quién apuntas?

El hombre que empuñaba el arma palideció al identificar quién hablaba.

—Disculpa, X, solo estaba alerta.

X se incorporó en ese saliente de hormigón que daba al reducido puerto.

—Lupo, déjanos a solas. Baja y asegúrate de que todo fluye correctamente.

El drifter asintió ante la orden de su jefe y, tras una inclinación de cabeza más hacia X, desapareció por las escaleras.

—Ya parece que eres tú quien ha vivido aquí toda la vida —dijo Milo con un ademan hacia el metal que adornaba las manos de X.

Resultaba impresionante cómo su personalidad se transformaba al

asumir ese papel de drifter implacable y ambicioso que, según sus propias palabras, era justo lo que su padre siempre había querido ver en él.

—¿Cómo te sientes? —dijo X, ignorando su comentario mientras se apoyaba en la barandilla.

Milo separó la vista de los trabajadores y la fijó en X.

—¿Sobre qué?

—Hoy es el aniversario de la muerte de tu madre.

Milo chasqueó la lengua y cerró los ojos.

—¿Ahora te has convertido en mi terapeuta? No sé para qué te dije nada el otro día. ¿De veras has venido aquí para eso?

—No, estoy aquí por si aparece ARCO. Tu padre me ha contratado para que obtenga información sobre ellos. Pero prefiero aderezar la espera con una conversación interesante.

Milo alzó las cejas. X no supo identificar si estaba molesto por la pregunta sobre su madre o por el hecho de que Bruno le hubiese contratado. Lo averiguó cuando respondió: a pesar del tono burlón, sabía que ocultaba contrariedad.

—¿Ahora también nos sacas dinero a los Siracusa?

—Siempre lo he hecho, ¿recuerdas? Tu padre fue la primera persona que me pagó en Atlas.

El drifter soltó un suspiro, como si recordara unos tiempos más simples en los que no debía controlar cómo se descargaban dos contenedores llenos de armamento de grado militar.

Milo se acomodó sobre la barandilla y se quedó callado, X lo imitó. Estuvieron así durante más de diez minutos, atentos al movimiento de personas medio centenar de metros más abajo de ellos. Hasta que Milo rompió el silencio.

—Nunca te llegué a contar qué ocurrió, ¿no?

X negó con la cabeza. Realmente conocía un resumen de lo ocurrido, pero prefería escuchar la versión completa de su parte.

—Su muerte fue un accidente, aunque al principio pensamos que fue un ataque de los Shiz. Cuando ocurrió había tensión entre Bruno y Meilin Jindao, la jefa del clan. —Tomó una bocanada de aire y se mordió el labio con pesar—. Nos creemos el centro del mundo… incluso cuando alguien muere.

X escuchaba mientras los operarios terminaban de vaciar el segundo contenedor. La veintena de operarios, seguramente todos integrantes de los Siracusa, formaban una fila humana en la que sacaban maletas tácticas rígidas y se las pasaban hasta meterlas en la parte trasera de un camión. El primero ya había salido del puerto cuando lo terminaron de llenar.

—Murió una noche cualquiera. Sin aviso, sin ruido, sin que nadie pudiera hacer nada. Estaba acostada al lado de mi padre cuando empezó a quejarse de un dolor de cabeza tan fuerte que no podía ni hablar. Luego vinieron las náuseas, los vómitos, la rigidez en el cuello. Intentó levantarse, pero fue incapaz. Lo único que consiguió decir es que sentía que algo le explotaba por dentro… y a los pocos minutos, se desvaneció.

»Al principio pensamos en alguna clase de veneno retardado como la xiróxina o el vexanex. A los Shiz les encantan esas cosas. Para ellos, todo vale, esos cabrones no tienen ningún sentido del honor o la decencia. Nos preparamos para una guerra, como hacemos ahora, pero hacia el exterior, más unidos que nunca. Habían asesinado a la mujer del capo de nuestro clan, a mi madre, y no nos importaba empezar un ciclo de venganzas que acabase con más destrucción.

»Pero cuando llegaron los resultados de la autopsia, días después, apenas unas horas antes de que lanzáramos el primer ataque, el médico concluyó que la causa había sido un aneurisma cerebral. Una malformación congénita que nunca le habían diagnosticado: displasia fibromuscular. Una puta lotería genética. Si hubiera vivido en otro barrio, si le hubieran hecho un escáner a tiempo, quizá habrían podido operarla. Pero no. Se le rompió una arteria en la cabeza mientras dormía con el hombre que amaba. Eso fue todo.

Milo terminó la explicación activando el implante de su antebrazo y descubriendo el lanzador balístico compacto que tenía integrado. Se aseguraba de estar listo para, esta vez sí, una guerra.

—¿Y qué ocurrió con los Shiz?

—Curiosamente, la muerte de mi madre ayudó a calmar las cosas. Al enterarse de la causa real de su fallecimiento, mi padre se disculpó ante Meilin, y eso permitió entablar una vía diplomática con la que desescalaron el conflicto.

X rio para sus adentros. De una forma retorcida, su madre salvó muchas vidas, quizá incluso la de su propio hijo o marido.

—Cuando hace unos años el clan volvió a sentenciar el Stato Moderato por el Blackout, me contaste que la última vez que lo cambiasteis fue por ella, pero me dijiste que murió agujereada por cuatro balas.

Para sorpresa de X, Milo soltó una carcajada que flotó unos segundos de más en la noche de Atlas.

—¿Te dije eso? Supongo que era una forma de hablar. —respondió Milo entre risas, como si acabara de escuchar una anécdota exagerada, no una mentira que él mismo había contado—. Mi padre siempre ha dicho que murió así. Siempre hay una razón detrás de cada disparo, pero un aneurisma cerebral le parecía una condena absurdamente injusta.

«La mente de Bruno Greco era cuando menos insondable», pensó X. Devolvió la atención al puerto y se acomodó de nuevo en el silencio. El barco ya se había marchado y los drifters cargaban las últimas cajas en el camión. Quizás esa noche fuese tranquila. Una parte de él agradecía el respiro, otra lo detestaba: la calma lo obligaba a pensar demasiado en Cleo. Además, quería probar su nuevo implante.

Sacudió la cabeza, centrándose en los movimientos de la carga, en el sonido metálico de los cierres y las voces graves que resonaban desde abajo. Era mejor fijarse en lo inmediato que dejarse arrastrar por recuerdos.

Fue entonces cuando percibió un movimiento extraño en la periferia del puerto. Miró de nuevo la zona iluminada y contó el mismo número de drifters, no faltaba nadie. Activó la visión infrarroja y vio diez manchas que rodeaban a los operarios debajo de ellos. X se giró hacia Milo con rapidez, pero ya no hacía falta dar el aviso. Los diez asaltantes salieron a la luz al unísono, con rifles en alto. Los que movían las últimas cajas se quedaron quietos, el resto sacó sus armas y devolvió la amenaza de disparar. Todo pareció congelarse en ese instante, pero X no tenía pensado quedarse a observar qué ocurría.

Estiró los brazos y, al cerrar los puños, el nuevo recubrimiento

metálico ganó un matiz morado que rompió la oscuridad en la que se encontraban. Iba a sobrepasar la barandilla para saltar desde esa altura, a cincuenta metros del suelo, cuando Milo le agarró del hombro.

—*Que nadie ataque* —sonó su voz en el NED de X.

Milo estaba usando una difusión por cercanía. Los que estaban abajo escuchaban su mensaje, incluido el operativo que les acababa de sorprender.

—*Repito, que nadie bajo mis órdenes ataque. Soltad las armas, dejadlas fuera de alcance y arrodillaos con las manos en alto. No hemos hecho nada malo, por lo menos nada que no llevemos haciendo los últimos ochenta años.*

Varias cabezas alzaron la vista en busca de Milo, como si quisieran comprobar que hablaba en serio, pero nadie se opuso a la orden. Uno por uno, lanzaron las armas unos metros hacia delante y cayeron de rodillas. El equipo de asalto no tardó en actuar: se desplegó entre ellos con precisión entrenada hasta inmovilizar y esposar a todos los drifters.

—*… detenidos por su presunta implicación en el tráfico y descarga de material militar no autorizado.* —Escuchó X que decían los de ARCO a través del amplificador de sonido que llevaba instalado.

—¿Qué haces? —preguntó X al ver que Milo se dirigía a las escaleras.

—Bajar, no pienso dejar a mis hombres solos.

—No seas imbécil. —Milo le atravesó con la mirada, pero esperó a que continuara hablando—. Vete, le tienes que contar a tu padre lo ocurrido. Y si hay que esperar a que te saque del calabozo, estaríais perdiendo un tiempo que no tenéis.

El Siracusa bajó la mirada, vacilante. La torre en la que se encontraban tenía acceso por una escalera circular que descendía hasta la escalera de mano donde estaba Milo, pero también se unía, mediante una pasarela, a un edificio alto situado fuera del puerto.

No dijo nada más, solo echó a andar y se perdió en la oscuridad de la noche. X se sentó en el borde de la plataforma con las piernas colgando en el vacío, como un niño que se ha escapado de casa. Después de unos minutos en los que los hombres de ARCO

arrestaron a los que estaban abajo, escuchó que un par de personas subían por las escaleras metálicas.

—Arriba las manos —dijo una voz tras de sí.

Era la segunda vez que le apuntaban con un arma esa noche.

X, con la parsimonia de quien se levanta de una siesta en la playa, se puso en pie y se sacudió el polvo de las piernas.

—Ni soy integrante de los Siracusa ni estoy involucrado en cualesquiera que sean las actividades que se realicen ahí abajo. Acabo de llegar.

El soldado no titubeó ni un ápice. Un segundo hombre apareció por las escaleras y posó su mano en el hombro de su subordinado.

—Descanse.

Aunque en su mirada el soldado mostró confusión, acató la orden con ímpetu.

—¿Qué hace aquí, señor Freeman? ¿Y por qué esta es la segunda vez que está presente en revueltas de los Siracusa?

—Mis profesores siempre me decían que escogía muy malas compañías. Me advertían que, si seguía por ese camino, acabaría como mis amistades. Nunca supieron que era yo quien les revolucionaba a ellos.

Julius Thorne, el líder de ARCO, estudió a X con la determinación de quien calibra un arma antes de entrar en un callejón sin cámaras.

—Sin embargo —añadió X, en un tono mucho más distendido—. No es el caso de hoy. Lo que le he dicho a su hombre es cierto. Soy un simple civil que daba un paseo y ha llegado aquí en un momento desafortunado.

—¿Paseando por el puerto de Greco?

—Por supuesto. A esta proximidad del río y con esta elevación, se respira un aire de una calidad excepcional. Muy complicada de igualar entre la contaminación de esta ciudad.

Julius no entró en el juego mental de X, sencillamente señaló sus manos.

—No conozco a un «simple civil» que lleve algo así encima. Solo por tener ese implante ya le podría detener.

—Supongo que hay «civiles» y civiles. Todo depende de la definición que más le convenga al que pregunta.

—Puede que tenga razón —dijo a regañadientes—. Tampoco importa, ya me alegraré cuando se convierta en legacy.

Añadió un suave cabeceo en señal de despedida y se dirigió hacia la pasarela.

—¿Cómo Dante Gallo ha conseguido meterle en su bolsillo, comandante Thorne? Pensaba que no se le podía comprar.

—Yo no le he insultado, señor Freeman, agradecería que me tratara igual. —Mantuvo su voz distante, aunque se notaba que el comentario le había afectado—. Yo no estoy con ningún drifter, estoy con el pueblo. Solo tiene que ver las noticias para darse cuenta de ello.

X se conectó a su NED. No tardó en ver en las noticias una retransmisión en directo de un operativo que había terminado veinte minutos atrás. Era una redada muy similar en el territorio de Altomonte. Un grupo de quince soldados de ARCO, liderados por la capitana Maia Duval, habían incautado un almacén de los Siracusa lleno de armamento.

X no entendía nada. Realmente… parecía que esa organización quería hacer el bien. En Atlas. Solo llevaba dos años allí, pero se le hacía inconcebible que algo así existiera. Debía de haber un motivo oculto que justificase sus acciones dentro de la lógica de Atlas.

Acortó la distancia que le separaba de Julius, lo que provocó que el otro soldado elevara su arma, pero sin llegar a apuntarle. El comandante le indicó que no se preocupara. A un palmo de su rostro, X preguntó por la incógnita que le carcomía por dentro.

—Dígame la verdad. ¿Cuál es su verdadero objetivo con todo esto? Usted, mejor que nadie, que nació y creció en Poblado, que fue a la guerra de Europa y pasó años en la policía, sabe que acabar con los clanes es imposible. Erradicar los clanes es erradicar Atlas. Es como arrancar un árbol podrido cuya raíz atraviesa cada calle: no puedes quitarlo sin llevarte por delante toda la ciudad.

—Entonces habrá que arrancarlo entero —respondió Julius, con una calma que pesaba más que cualquier grito—. Y cuando no quede más que tierra abierta y cicatrices en el suelo, la labraremos de nuevo. Construiremos un país desde la raíz, uno en el que nunca vuelva a crecer nada que se alimente de podredumbre.

10 DE OCTUBRE, 2064

◗ 10:18

Esa mañana de viernes, X llegó a la sede de ARCO. Ya que la noche anterior habían ahondado en su relación, no quería que ahora se enfriase esa conexión.

El edificio se alzaba en el límite oriental de Nuevo Centro, como si alguien lo hubiera dejado allí por accidente. Desentonaba con el lujo ordenado del distrito: bajo la bandera de Atlas, sus paredes mezclaban piedra gris y adornos caprichosos, como si dos arquitectos con gustos opuestos hubieran trabajado sin hablarse. Esa contradicción era el escondite perfecto para ARCO. Desde fuera, nada proclamaba que allí trabajara una agencia federal: ni escudos, ni cámaras a la vista, ni placas brillantes. Solo un letrero discreto y dos puertas automáticas que chirriaban al abrirse.

El interior era aún más modesto. Ni rastro del mármol pulido ni los ventanales panorámicos que lucía la comisaría de la policía municipal. Ahí el suelo era de baldosa barata, las paredes de hormigón pintado y las luces parpadeaban lo justo para incomodar sin justificar su reemplazo.

Si algo dejaba claro aquel lugar era que el presupuesto no se destinaba a la estética. Cada escritorio tenía al menos dos pantallas activas, cada agente parecía ocupado de verdad, y el aire olía a café recalentado y concentración.

Después de pasar varios controles de seguridad, retenerle su fusil inteligente y confirmar que realmente tenía una cita para estar ahí, X recorrió el pasillo principal con pasos seguros, seguido de un agente que lo supervisaba. Aunque el entorno no impresionaba, sí imponía una extraña forma de autoridad: la de quienes trabajan sin perder el tiempo en parecer importantes.

El agente lo dejó en una sala de espera minúscula, donde le instó a que no se moviera. Al examinar su alrededor con más atención, concluyó que aquel organismo había preferido ahorrar en reformas para invertir en equipo y recursos. Una vez más, seguía sin entender por qué la presidencia de Vera Voss había creado esa división o, por lo menos, permitido su creación.

X daba por hecho que tendría una espera de al menos una hora, iba preparado con varias lecturas para entretenerse. Era la típica táctica para imponer jerarquía: hacerle perder el tiempo al otro. Pero también le pillaron desprevenido. A los tres minutos el mismo agente lo llevó hasta un despacho con la puerta entreabierta.

—Buenos días, señor Freeman —dijo una voz femenina desde el interior—. Siéntese.

Cuando quiso girarse, el agente ya se había marchado. X se acomodó en la silla, simple y rudimentaria, como todo el mobiliario que lo rodeaba.

—Soy la capitana Maia Duval. Nos conocimos en el incidente del restaurante de los Siracusa. Entiendo que esperaba encontrarse con el comandante Thorne. Siento decepcionarle, pero está fuera.

X fingió contrariedad, aunque sabía perfectamente que Julius no estaría. Había elegido esa hora precisamente por eso. Maia Duval parecía mucho más asequible que el hombre que, en la guerra de Europa, había salvado a una brigada entera en plena ofensiva y salido de allí con la mirada de alguien que ya no conoce el miedo.

—De todas formas, ya de por sí me sorprende que Greg, nuestro administrativo, haya accedido a citarle conmigo. En especial cuando está en Prometheus.

—Prometheus no es el gobierno, capitana Duval, ahí cualquiera puede poner un nombre, eso no significa que se lo merezca.

—Sea como fuera, dígame, ¿qué quiere? Desconozco el porqué de este paripé. Lo que sea que quiera comunicar, podría haberlo hecho anoche con el comandante.

No dejaba de sorprenderle la rotundidad y efectividad con la que hablaba la agente. Era una anomalía en el sistema burocrático de Atlas, al igual que el resto de ese edificio. Su despacho también lo era. No era especialmente feo, sino que había sido desprovisto, de

forma deliberada, de cualquier detalle innecesario. Ni una planta, ni una foto personal, ni siquiera una taza con un mensaje irónico. Solo un escritorio impecable, una lámpara articulada y un cuadro blanco detrás de ella, tan inofensivo que parecía un error de renderización de un videojuego.

X no necesitó más de dos segundos para entender que esa habitación no era para recibir visitas. Era un espacio diseñado para la tarea, no para la conversación. Y eso, curiosamente, decía mucho de su dueña.

Maia Duval, segunda al mando de ARCO, llevaba el cabello recogido en un moño tenso, uniforme impecable y voz firme. Hablaba con frases breves, sin parpadeos de más. X no lograba calcular su edad, y dudaba que fuera fácil hacerlo. Su rostro parecía hecho para no dejar huella. No por falta de belleza, sino por elección: su apariencia anulaba toda feminidad. Y en ese entorno sobrio y masculino, no solo encajaba, imponía. Sin embargo, sus ojos delataban otra cosa: una intensidad marcada por un cansancio que no era físico, sino el agotamiento de alguien que nunca se permitió fallar. Una mujer que imponía respeto sin alzar la voz y que, si alguna vez lloraba, lo hacía en privado y con el cronómetro activado.

X tuvo una especie de *déjà vu* al reconocer algo familiar en su forma de estar en el mundo. Esa rigidez que a veces confundían con frialdad. Esa voluntad de acero que a él, en el fondo, le resultaba inquietantemente parecida a la suya.

—Soy solo un habitante interesado en poder ayudar. Aunque no sea un ciudadano de Atlas, sí que pago impuestos aquí, y quería comprobar en qué se gastan.

—Pues, como ya podrá ver, no en escritorios de nogal.

X miró la tabla de madera aglomerada desconchada que servía de mesa y rio entre dientes.

—Voy a serte sincero, capitana Duval, y también paso de hablar de usted. —La agente se echó hacia delante con cierto interés por ese cambio de actitud—. Tu jefe, este edificio, el propósito de ARCO, tú misma… me confundís. Vosotros no formáis parte del ecosistema de Atlas… al igual que yo. Venía aquí con la idea de hablar con

cualquier otro funcionario del gobierno, esperando encontrarme el mismo trato de vuelta. Pero veo que tenéis muy poco en común con el resto del país, y eso me gusta. Porque aunque me haya adaptado a Atlas, sigue habiendo muchas cosas que me repugnan. Por una vez, ser yo será un placer.

Maia Duval respondió con una simple sonrisa que rompió la sobriedad del pequeño despacho.

—Te escucho, X.

—Me he acercado a vosotros porque tenemos intereses comunes: detener el conflicto civil de los Siracusa.

La capitana levantó una ceja.

—Dudo que eso sea cierto. Nosotros queremos que no haya conflicto; tú, que lo gane tu amigo Milo Greco y su padre.

—Yo he cometido el error de prejuzgarte primero, te recomiendo que no hagas lo mismo conmigo. No tengo ningún interés en que Bruno y Dante se metan en una guerra que ocasionará cientos o miles de muertos, en especial ahora, que ya tengo muchas otras cosas encima. Preferiría que todo se quedase como está. Lógicamente, una vez el enfrentamiento es inevitable, sí que he elegido un bando. Si Bruno gana, mi posición resultante en este país será mucho mejor que si ocurre al revés.

Maia negó con la cabeza, otra vez con los labios curvados.

—Está claro que no esperaba tener esta conversación tan directa contigo. Está bien, intentaré no prejuzgarte de nuevo. Pero dime, ¿por qué estás tan seguro de que el choque es inevitable?

—Hace dos años, Bruno hizo una limpieza entre sus directivos para deshacerse de dos futuros traidores, ejecutivos afines a Dante. Como sabrá, el ochenta por ciento de los ingresos de los Siracusa se generan en territorio Greco. El domingo pasado, hace cinco días, Bruno desconectó el flujo de la tesorería de su barrio del control central que administra Dante Gallo. Lo hizo para forzar a Carlo Verzino a tomar partido y obligar al Don a reaccionar. El capo de Sotomonte se alió con Dante, y este respondió con un último gesto de clemencia: ofrecer a Bruno la oportunidad de recular y exiliarse.

»Bruno no piensa echarse para atrás. Los dos contenedores de armas que recibió ayer lo demuestran, y vosotros solo incautasteis

uno de ellos. Y el almacén que asaltasteis de Dante, uno de muchos, estoy seguro, es la prueba de que él está a la espera de que Bruno haga el primer ataque. Bruno tiene un objetivo claro: hacerse con el puesto que su abuelo quería que heredase, y se llevará por delante a quien haga falta. Dante, por su parte, solo saldrá de su palacio de Altomonte dentro de una caja.

X se detuvo unos segundos para tomar aire, y entonces concluyó con una contundencia absoluta.

—Como te he dicho, el conflicto ya es inevitable.

Maia lo miraba con los ojos muy abiertos, seguramente dilucidando si acababa de escuchar un resumen verídico del estado actual del conflicto o una mentira elaborada y bien narrada.

—¿Por qué me cuentas todo esto? —dijo al cabo de unos segundos.

—Porque tenemos el mismo objetivo. Control de daños. Y porque quiero que confíes en mí.

La capitana negaba con la cabeza, como si fuese incapaz de creer la conversación que estaba teniendo.

—¿Qué ganas tú con todo esto? —dijo con dejadez—. ¿Por qué me das esta información sin una negociación previa? ¿Por qué publicaste gratis el antivirus del Blackout? Cuando seguramente podrías haber ganado millones de créditos vendiéndolo a los líderes de los clanes.

X se puso en pie y la silla emitió un quejido que resonó en las paredes vacías de la sala. Con una media sonrisa en su rostro, dijo:

—Llevo en la sangre el querer dar las cosas gratis. Soy de la RES, ¿recuerdas?

Maia se rio por la nariz y le dedicó un asentimiento de cabeza, como si fuesen dos caballeros a punto de enzarzarse en un duelo medieval.

—En los pocos años que llevas aquí ya has demostrado que perteneces a Atlas mucho más de lo que te gusta admitir.

X le devolvió el gesto y salió del despacho.

Sin duda, era la conversación más interesante que había tenido en mucho tiempo. Conectar con Maia había sido tan fácil que hasta le resultaba incómodo. Probablemente era la persona con la que más rápido había hecho clic desde que llegó a Atlas. Y, mientras la oía

hablar de ARCO con esa mezcla de convicción y pragmatismo, no pudo evitar pensarlo: si en un lugar como ese todavía quedaba gente que luchaba por algo más que poder o dinero, quizá valiera la pena intentar ayudarles. Ignorar a los clanes, a los drifters, a los fantasmas del pasado… y simplemente apostar por algo mejor.

Claro, que no lo haría. O no en ese momento. Pero la idea seguía ahí, persistente. Como una posibilidad que no sabía si quería desechar.

Entonces, la vibración en su NED lo devolvió a la realidad. Era un mensaje de Kyra:

Mañana la secta tiene fiesta de graduación. Vamos juntos.

11 DE OCTUBRE, 2064

◗ 19:42

Kyra esperaba a X apoyada contra el muro, con la calma de quien sabe exactamente qué lugar ocupa en cualquier escenario. A pesar de que llevaba dos katanas cruzadas en la espalda, no se percibían; el negro mate de las fundas se confundía con la tela de su chaqueta, como si formaran parte de ella. X también reparó en el modo en que Kyra sostenía la mirada: fija, sin parpadear más de lo necesario, evaluándolo con la misma frialdad con la que uno mide la distancia antes de un corte limpio. Había en sus gestos una ausencia de movimientos superfluos.

—Si quieres una foto, dilo. Así te ahorras parecer un idiota.

—No, gracias. Me basta con mi memoria para recordarme de qué alejarme.

Para su sorpresa, Kyra sencillamente sonrió, lo que causó que X se incomodara sin saber por qué.

—Todavía no tengo claro a qué te refieres con «fiesta de graduación».

—El europeo… tan espabilado para algunas cosas, y tan lento para otras —dijo emprendiendo la marcha hacia la base de Forma Zero—. Ellos lo llaman «sesión de ascensión», aunque en realidad no es más que un suicidio colectivo forzado.

X tembló ante la última frase, en especial por el deje amargo con que la pronunció, como si no hablara de un hecho, sino de una herida propia.

Caminaron por las cuestas de Dankworth hasta que, una manzana antes de llegar a la iglesia de estilo brutalista, Kyra se metió en un edificio.

—¿A dónde vas?

—¿Nunca desaparece tu manía de preguntar continuamente?

—Me pagan para eso.

Kyra puso los ojos en blanco y accedió a las escaleras. Subieron las diez plantas del edificio sin decir una palabra, hasta llegar a una azotea.

—¿Acaso pretendías entrar por la puerta?

—Es por donde he entrado las otras dos veces —dijo X con un encogimiento de hombros.

La Valquiria negó con la cabeza y, tras coger carrerilla, saltó los cinco metros de vacío que la separaban de la iglesia que tenían enfrente. X repitió la hazaña segundos después, pero aterrizó con torpeza y terminó peligrosamente cerca del borde que daba a una caída de treinta metros.

Rodearon la cúpula y, tras cruzar una puerta de bisagras oxidadas, alcanzaron la parte superior de la bóveda donde, seis días atrás, se enfrentaron en su reencuentro. Al oír una voz grave ascender desde el fondo, aminoraron el paso y avanzaron en silencio.

—… fijado que no tenemos líderes, solo directrices. Hace ocho años, el fundador de esta organización fue el primer Zero, la primera persona en convertirse voluntariamente en legacy. Fue él quien creó un algoritmo para que, una vez dejase atrás su conciencia, su cuerpo siguiese funcionando. Ese algoritmo es el que ahora se extiende en aquellos que se elevan dentro de Forma Zero. Yo no soy más que un mero transmisor, alguien que está aquí para ayudaros en vuestra transición.

Hablaba el Transmisor 17, aunque la máscara blanca y sin rasgos —con dos rendijas por ojos y una hendidura en forma de cero iluminada en azul— dificultaba reconocerle. Pero su voz era inconfundible. Estaba en el centro de un círculo formado por seis individuos. Cuatro de ellos parecían sacados de una asociación de mercenarios de Prometheus: cuerpos mitad metal, mitad carne, con brazos de cromo y espinas recorridas por cables. A X le inquietaba reconocer en ellos un reflejo de sí mismo. Los otros dos, una mujer y un hombre, apenas llevaban implantes menores; eran casi normales, y eso resultaba aún más perturbador.

Los seis estaban sentados en sillas reclinables. El entorno

conservaba ese gris desprovisto de emociones, en perfecta sintonía con la máscara del Transmisor 17.

—Antes de comenzar con la transición, debéis hacer un paso previo: renunciar voluntariamente a vuestro nombre.

El Transmisor 17 se inclinó hacia el primero de la fila: un hombre joven, con la tensión contenida en los nudillos. Sacó de un bolsillo interior una pequeña tarjeta metálica, tan fina como una lámina de bisturí, y la colocó sobre el regazo del aspirante. La superficie estaba en blanco, a la espera de ser marcada. Con un gesto lento, casi ceremonial, el Transmisor 17 le entregó un punzón.

—Escribe aquí lo que has sido hasta hoy —ordenó, su voz amortiguada por el eco frío de la máscara.

El hombre talló su nombre letra a letra, cada trazo produciendo un chirrido seco. Cuando terminó, el Transmisor 17 retiró la tarjeta, la sostuvo un instante frente al círculo y luego la dejó caer dentro de un cuenco con un líquido oscuro que burbujeaba de forma antinatural. El metal se disolvió en silencio.

—Ahora estás un paso más cerca de alcanzar la libertad del yo —dictó, sin énfasis, como quien actualiza un dato en un sistema. Y el joven asintió, aceptando que el ruido de su nombre ya no existía.

Uno a uno, las cinco personas restantes repitieron el rito. Kyra tenía razón: estaban presenciando un suicidio colectivo bajo coerción. Por mucho que sus cuerpos fueran a seguir con vida, ya nadie los habitaría. Sin conciencia, sin alma, sin humanidad… no había vida. X miró a Kyra por primera vez desde que entraron. Se sorprendió al ver que tenía los ojos rojos. Una vena surcaba su mentón, y los pómulos se le marcaban afilados a causa de la fuerza que realizaba. Una semana atrás no habría creído que esa mujer pudiera mostrar tantas emociones.

—¿Estás… estás bien? —dijo X, dudando si era buena idea interrumpir lo que fuera que estaba sintiendo.

—Sí… Lo siento —respondió, pasándose la mano por los ojos.

X esperaba una contestación borde, o quizás un comentario irónico. Desde luego, no una disculpa.

—Sé que no me incumbe, y me puedes mandar a la mierda si quieres. Pero… ¿acaso has perdido a alguien por volverse legacy?

La dureza en la expresión de Kyra se resquebrajaba a cada momento, y eso revelaba algo que X no esperaba: una persona de carne y hueso.

—Eso creo. Lo peor es que todavía no estoy segura.

Kyra hablaba tan bajo que X tuvo que acercarse hasta quedar a unos palmos de ella.

—¿Cómo alguien haría algo así voluntariamente? —continuó—. Es como encerrar a un grupo de drogadictos en lugar de enviarlos a rehabilitación, y someterlos a un maldito ritual en el que todos acabarán con una sobredosis voluntaria.

La vena de su frente se extendió al lateral de la cabeza. Cuando se giró hacia X, este asintió enfáticamente.

— . . . . . —dijo Kyra con todavía más ímpetu.

X asintió hasta que se paralizó. ¿Qué había ocurrido? Había escuchado a la perfección sus palabras, y solo habían pasado unos segundos. ¿Por qué no las podía recordar? En ese momento, el panel de ciberware de su NED le mostró un aviso:

Desfase de memoria identificado.

Se ha alcanzado la segunda fase del protocolo de deterioro cognitivo.

Carga cognitiva aproximada: ≈66 %.

Antes de que pudiera pensar en las consecuencias de ese hecho, sintió la mirada de Kyra. Sin saber qué hacer, asintió con convicción. Fue suficiente para darla por satisfecha.

—Convertirse en legacy suele llevar meses —continuó el Transmisor 17 cuando los seis participantes abandonaron sus nombres—, semanas o, en algunos casos extremos, días. Es un proceso lento, en el que el alma se va separando del cuerpo. Vosotros no tendréis que esperar. Con una carga cognitiva lo bastante potente como para forzar la transición de forma casi inmediata, este implante os liberará en cuestión de minutos.

Las seis personas asintieron complacidas, parecían satisfechas de que el sufrimiento se fuese a acabar más pronto que tarde.

El Transmisor 17 hizo un gesto con la mano y seis personas,

ataviadas con unos uniformes similares al del hombre, entraron en el círculo. Sin duda alguna, eran legacy. Las órdenes que debían de llevar eran pragmáticas, sin necesidad de fingir emociones que no sentían. Con aspecto de auxiliares médicos, activaron unos cierres alrededor de las muñecas y los tobillos de quienes estaban a punto de volverse legacy. Después conectaron unos cables a sus NED y se quedaron estáticas, seguramente configurando el programa que separaría la conciencia de su cuerpo.

—El ruido está a punto de cesar. Lo que habéis cargado desde vuestro primer aliento dejará de pesar. El yo, la culpa, el hambre, el miedo… todo se disolverá. No habrá más error. No habrá más espera. A partir de este instante, no sois nombres, ni historias, ni carne. Sois Forma. Sois Zero. Respirad por última vez como humanos. Al espirar, el yo se irá con el aire. Lo que quede… será perfecto.

Sin una confirmación final de los pacientes, o ni siquiera unas últimas palabras, los ojos de las seis personas cobraron un color rojo perturbador y sus cuerpos comenzaron a convulsionar.

Había demasiadas incógnitas alrededor de esa organización. Y presenciar aquella «fiesta de graduación», como la había llamado Kyra, solo añadía más. ¿Quién era realmente su fundador? ¿Dónde estaba su cuerpo legacy? ¿Qué era en verdad ese algoritmo que mantenía los cuerpos activos? ¿Y qué ocurría con ellos cuando dejaban de tener conciencia? A fin de cuentas, todo aquello era manipulación de manual contra individuos en su momento de mayor debilidad. No necesitaban a alguien que les ofreciese el suicidio envuelto en una pastilla de libertad del sufrimiento y la desesperación. Necesitaban ayuda. Ayuda de verdad. Ya fuese de un profesional médico, de familia o amigos, o del mismo gobierno. Era en esos momentos cuando a X se le olvidaba dónde se encontraba.

Sin advertirlo, X permaneció así durante varios minutos. Mientras, Kyra no apartó la vista de lo que sucedía bajo ellos. Las seis figuras seguían convulsionando, ahora con una violencia mayor. Sus rostros seguían vacíos, como cadáveres sacudidos por descargas eléctricas. Movimientos mecánicos, mera reacción a un estímulo ajeno.

Hasta que, sin previo aviso, las sacudidas cesaron. Los seis se

quedaron inmóviles al unísono. No existía ninguna razón para pensar que seguían vivos; a esa distancia no se distinguían de un cadáver.

—Felicidades, por fin os habéis liberado de la cárcel del cuerpo —anunció el Transmisor 17 con una cadencia solemne—. Ahora vuestra conciencia es finalmente libre, integrada en la Forma, sin peso ni ruido. Y vuestros cuerpos, todavía anclados a esta realidad, tendrán una nueva utilidad: servirán como vehículos para llevar la iluminación que acabáis de recibir a quienes aún permanecen atrapados en el yo. Legacy —añadió entonces, y su voz perdió toda musicalidad, reducida a un filo seco—, esta es vuestra primera orden.

El Transmisor 17, se quitó la máscara que cubría su rostro con movimientos calculados y, alzando la mirada hacia el techo de la bóveda, añadió:

—Acabad con la vida de las dos personas que han presenciado esta ceremonia sin invitación alguna.

◗ 20:36

Quienes ya eran seis soldados legacy, se pusieron de pie a la vez, con la mirada todavía perdida, y salieron corriendo a una velocidad vertiginosa. El metal crujió bajo sus botas y lanzó un eco que sonó como un redoble de guerra.

X y Kyra se giraron para escapar por la puerta oxidada por la que habían entrado, cuando vieron que ahí les esperaban dos legacy más. Los refuerzos. Las siluetas eran idénticas a las demás: traje negro, ojos ausentes, postura recta, con el cuerpo colgado de un hilo invisible. Pero algo en su presencia resultaba más afilado, como si ese hilo se tensara con rabia.

Kyra desenvainó las katanas y, en un suspiro, se deslizó hasta quedar frente a uno de los dos. Pero vaciló; la estocada que en cualquier otro momento habría ejecutado sin pensarlo se quedó en puro amago. El soldado cargó el brazo y su codo cromado emitió un destello azulado antes de impactar contra ella. El golpe la proyectó con tal fuerza contra la cúpula que hizo estallar los cristales por los que habían observado la ceremonia y la lanzó hacia la planta principal.

—¡Kyra! —dijo X.

Trató de salir a por ella, pero tuvo que saltar hacia un lateral para esquivar un ataque mortal del segundo legacy. Su brazo cortó el aire donde un instante antes estaba su cabeza. X rodó por el suelo oxidado, sintiendo cómo los sensores de amenaza disparaban alertas en su visión lateral. Se impulsó con las piernas tensadas, alcanzando el umbral roto de la cúpula, y saltó hacia abajo.

El impacto con la planta inferior se amortiguó gracias a los tensores de sus articulaciones. No hubo tiempo de apreciar la caída limpia: tres de los recién convertidos ya corrían hacia él, sin la más mínima vacilación, como si fueran proyectiles humanos. Kyra estaba a su izquierda, en pie, girando las katanas en círculos lentos. Las hojas no brillaban, pero su respiración corta y su mirada fija anunciaban que lo harían pronto.

—Sin matar —le recordó X, esquivando por un pelo un rodillazo

ascendente que habría pulverizado su mandíbula.

—Relájate —respondió ella, lanzando una estocada seca que rozó el costado de su atacante. No cortó carne, pero sí lo suficiente para que el traje se deshilachara y el impacto lo hiciera retroceder.

Los otros dos llegaron a la vez. X dudó por unos segundos en utilizar las Garras de Cromo, pero ese no era el mejor lugar para estrenarlas. Interceptó un puñetazo con el antebrazo recubierto de metal, abriendo el protector para ampliar el bloqueo. Sintió el crujido del cromo ajeno contra el suyo. Aprovechó la cercanía para descargar en la espinilla del rival una patada eléctrica. El chispazo hizo que el cuerpo del legacy se contrajera y cayera de rodillas, pero ni siquiera así perdió esa mirada hueca.

Kyra se deslizó hacia un lado con una velocidad que casi confundía a la vista. El manotazo del legacy pasó rozando su pelo, y antes de que X pudiera parpadear, la katana ya estaba junto al casco del soldado. Un destello rojo recorrió el filo, y con un golpe ascendente, lo desarmó sin herirlo. El arma cromada cayó al suelo con un sonido seco que se perdió entre el eco de pasos y respiraciones.

—Por aquí —dijo X, señalando un pasillo estrecho que se abría entre columnas metálicas desnudas.

Echaron a correr por la estructura laberíntica del edificio. Más pasos metálicos resonaban detrás. En una bifurcación, tres figuras idénticas bloqueaban la salida. Al girar, encontraron dos más cerrando el paso.

—Genial —murmuró X.

Kyra bajó las katanas, parecía reconocer que no podrían contenerlos mucho más sin hacer daños irreversibles. X buscó con la vista algo… cualquier hueco. Lo encontró: una rejilla de ventilación deformada en la pared lateral. La señaló sin decir nada y retrocedió unos pasos, atrayendo a los legacy hacia el otro extremo del pasillo. Cuando el grupo giró la esquina, X corrió hacia la pared, arrancó la rejilla de un tirón y se deslizó dentro. Kyra lo siguió sin discutir. El conducto olía a metal viejo y polvo húmedo; cerró la rejilla justo antes de que las sombras regresaran. Permanecieron inmóviles, respirando despacio, escuchando cómo los pasos se aceleraban para luego dispersarse.

El silencio que siguió no era de alivio, sino de tensión contenida. El eco lejano de los legacy aún parecía vibrar en el metal, como un recuerdo reciente. Solo entonces dejaron escapar el aire con cuidado, como si temieran que hasta su respiración pudiera delatarlos.

En la penumbra, Kyra apoyó la frente contra el metal frío.

—La próxima vez que digas «sin matar», tú te encargas de todos —susurró.

X no respondió. La respiración de ambos iba apresurada, pero no tardaron en acompasarla y reducirla. A su lado, escuchaban el eco de los pasos de los soldados que los buscaban.

—¿Cómo es posible que utilices el implante CRONOS sin sus efectos secundarios? —preguntó X por el NED para tratar de calmar un poco la situación.

Kyra soltó una risa muda ante la pregunta de X.

—Tú no te lo pudiste instalar.

A X le irritó que ni siquiera lo preguntara, aunque tuviese razón. El implante liberaba descargas de adrenalina que ralentizaban la percepción durante unos segundos, lo justo para que Kyra se moviese como si se teletransportara. Juno lo había desestimado por sus efectos secundarios: jaquecas, sangrado y desvanecimientos. ¿De qué servía moverse a esa velocidad si después caías inconsciente?

—Si Aegis Cybernetics sacó el implante al mercado, es porque funciona. Lo que no tuvieron en cuenta es que solo lo probaron con una única persona. Esa persona tenía una predisposición tal que hacía que nunca presenciara los efectos secundarios.

X miró a Kyra con suspicacia.

—¿Me estás diciendo que tú eras esa persona?

Kyra resopló.

—Tienes un cerebro del tamaño de un planeta… y está igual de inexplorado. No, te estoy diciendo que yo tengo la misma predisposición genética que ese individuo para esta mod. Después se comprobó que solo un 0,01 % lo tenemos.

X soltó un bufido.

—Eso sí que es un mod exclusivo.

Kyra asintió con altivez.

Se quedaron en silencio durante un rato más. Cuando ya habían pasado veinte minutos y el trajín no disminuía, X decidió dejar de darle vueltas a lo que tenía en la cabeza y directamente hablarlo con ella.

—¿Cuántos años tenía Trix cuando la conociste?

Kyra le dedicó una mirada de soslayo que demostraba que sabía a dónde quería ir a parar.

—Creo que siete u ocho.

—¿Y cómo llegaste a ella?

—Ella llegó a mí. La pillé robando en el Misty Dreams —dijo con un matiz de nostalgia en sus ojos.

—Y como recompensa, ¿le diste un trabajo y una casa?

—Te has saltado unos cuantos pasos, pero algo así.

X siguió dándole vueltas a aquello que no había podido soltar desde su conversación con Trix.

—¿Conoces su pasado? ¿Qué le ocurrió de niña?

—No lo sé, pero te puedo asegurar que es un tema que no debes tocar. Es mejor ignorar el pasado obviamente traumático que tuvo para evitar que afecte el resto de su vida.

—¿De qué hablas? Solo quiero ayudarla, como tú. Pero para poder solucionar su problema, primero debo comprender cuál es.

Kyra negó con la cabeza y esbozó una mueca de desprecio que devolvió a X la imagen nítida de la mujer que conoció dos años atrás.

—Los hombres siempre igual. Trix no necesita que le soluciones sus problemas. No se puede. Sea lo que sea que sucedió, está en el pasado, ya no hay solución. Lo único que necesita es que la aceptes. Créeme, yo lo he aprendido por las malas.

Aunque la última frase le llegó algo más relajada a través del NED, el resto rebosaba inquina.

—¿Eso es lo que te ocurrió a ti? ¿Tuviste una infancia tan de mierda que te volvió una resentida contra todos los humanos, en especial los hombres?

X estaba seguro de que, de haber estado de pie en un lugar normal, Kyra habría reposado el filo de una de las katanas en su

cuello. Pero en esa caja de metal minúscula, sencillamente se acercó a él con un desprecio insondable en la mirada.

—No hables de mí como si me conocieras.

El eco de su voz rebotó en el NED de X, áspero, como si también quisiera apartar el silencio.

—¿Realmente te crees tan indescifrable? —dijo X con una calma que descolocó a Kyra—. *Lo único que haces es hablar poco y apartar a quien se te acerca. ¿Eso te parece complicado?*

Ella no respondió. El cuerpo se le tensó. En la penumbra parecía aún más rígida, como una sombra recortada contra la oscuridad.

—Te escondes detrás de esa fachada de independencia, como si cargar con todo sola fuera una virtud en vez de una condena. Te repites que no necesitas a nadie, que lo haces por tu misión, por mantenerte lúcida. Pero lo haces por miedo. No quieres que nadie te importe. Porque en el fondo piensas que si algún día ocurre, bajarás la guardia. Y si bajas la guardia, te van a hacer daño. O peor: vas a perder el control. Y tú no sabes vivir sin control, Kyra.

Ella cerró los ojos, solo un instante. X lo vio.

—Así que te blindas. Has hecho de tu soledad un escudo y de tu agresividad una marca de identidad. A la única persona a la que has dejado entrar en tu vida es a una niña que te recuerda demasiado a ti. Porque si alguien te atrae, lo reprimes. Si alguien te respeta, lo mantienes lejos. Y si alguien te ve, como te estoy viendo yo ahora, lo quieres fuera. Porque si permites que alguien cruce esa línea, no sabes en qué te convertirías. Y ese vacío te aterra.

Kyra seguía sin moverse. Pero había girado el rostro, como si mirar a otra dirección pudiera protegerla de lo que oía.

—No te conozco por lo que dices. Te conozco por lo que callas. Por cómo esquivas, cómo te burlas, cómo endureces la voz. Crees que nadie se ha dado cuenta, pero te estás protegiendo de algo que aún no ha ocurrido. Y ese es tu verdadero miedo. Que algún día ocurra.

Guardó silencio. Kyra no se había movido. Solo tenía las manos apretadas sobre las rodillas, con una actitud de indefensión que X nunca había visto en ella. Como si se hubiese quedado desnuda sobre ese metal frío. La mandíbula apretada y los ojos perdidos en un punto fijo del muro.

Hasta que se mordió el labio con suavidad y le lanzó una mirada que X no supo descifrar. Aquella inseguridad fugaz se desvaneció enseguida, pero, por un instante, no había en ella ninguna defensa. Era como si, por primera vez, X viese a Kyra de verdad, sin espejos ni artificios.

—Me cuesta creer que seas el mismo hombre pusilánime que derroté sin utilizar ningún implante hace dos años —dijo Kyra en un susurro.

—Y yo tengo dificultades para creer que, detrás de la psicópata calculadora, haya una persona de verdad.

La distancia entre ellos ya era mínima. La mirada de Kyra descendió a sus labios por apenas un segundo, suficiente para que todo se volviera más denso, más eléctrico. X no se movió. No necesitaba hacerlo. Ella ya se había acercado. Podía sentir el calor de su aliento, el temblor leve de una respiración contenida. Sus pupilas vibraban entre el desafío y el miedo, y sus dedos se crispaban sobre las rodillas, como si quisieran aferrarse a algo sólido en mitad del vértigo. Estaban a un suspiro de tocarse.

Pero no ocurrió.

Kyra parpadeó, como si se sacudiera algo de encima, y retrocedió bruscamente. Su respiración, antes contenida, salió de golpe, como un chasquido de negación.

—Esto no es una buena idea. —Su tono fue más duro de lo necesario, casi hostil, como si intentara empujar el momento hacia el rincón más lejano de la memoria.

X dio un paso atrás, sin apartar la vista de ella.

—No me he movido. Has sido tú quien…

—Da igual. No lo confundas. No hay nada que confundir —dijo, ya con los brazos cruzados, como si necesitara contenerse.

X la observó un segundo más. Iba a responder, no sabía exactamente el qué, pero al final no lo hizo. Entonces se percató de que hacía tiempo que habían dejado de escuchar ruido a su alrededor. Señaló la salida del conducto y Kyra asintió, incluso parecía aliviada. Se asomaron con cautela; el pasillo estaba vacío, iluminado por esa luz blanca molesta. Se movieron rápido, bajando tramos de escaleras y cruzando salas desiertas hasta encontrar una

puerta lateral. Al empujarla, el aire frío de la calle les golpeó la cara. Apenas dieron dos pasos cuando una voz seca los llamó por detrás, pero ya corrían, perdiéndose entre callejones y neones, hasta que la silueta de la catedral de Forma Zero quedó atrás, al igual que ese extraño momento que habían vivido.

12 DE OCTUBRE, 2064

◗ 18:52

En la cabeza de X los pensamientos se atropellaban sin tregua. Una multitud de preocupaciones se disputaban el primer puesto para ver cuál le provocaría antes un infarto: la búsqueda de Axel Black, dar con El Director, evitar convertirse en legacy, esquivar a decenas de cazadores de Prometheus, la guerra interna de los Siracusa a punto de estallar, los de ARCO, su relación con Trix… y ahora, descifrar qué demonios había pasado el día anterior con Kyra, como si estuviera de vuelta en el instituto. Para colmo, ni siquiera podía pasar por su casa a descansar o cambiarse de ropa: no pensaba arriesgarse a que unos novatos le saquearan la oficina. Su recompensa ya ascendía a 23.420 créditos, y cada paso que daba exigía más cuidado que el anterior.

Aunque, teniendo en cuenta su localización, incluso sin estar en Prometheus tendría que andarse con cuidado. Se encontraba en Cuatro Torres, uno de los barrios de los Santinos, y era más que probable que más de uno allí hubiera aportado a su recompensa con la misma despreocupación con la que se donan un par de créditos a una causa supuestamente benéfica al pasar por caja en el supermercado.

Vio de lejos la entrada de El Templo, la base de Dalia Rojas, y rodeó el edificio hasta llegar al callejón trasero donde la había citado. Al ver una sombra que sobresalía detrás de un contenedor, X supo que no estaba solo, pero también tuvo claro que esa no era la persona con la que había quedado.

Su cuerpo se tensó y se puso en posición de ataque, sus manos destellando un brillo morado. Antes de que viera quién se escondía ahí, alguien le asaltó por detrás y se le enganchó en la espalda.

—¿Quién eres? —le susurró el hombre, poniéndole un cuchillo en el cuello.

X alzó las manos en gesto pacífico, pero deslizó el empeine hasta la pierna del adversario y le soltó una descarga eléctrica que le hizo soltar el cuchillo. Antes de que tocara el suelo, X lo atrapó al vuelo y lo posicionó contra su cuello, invirtiendo la situación.

—Eres un Santino —dijo al verle de cara. Pensaba que era un cazarrecompensas.

—Pues claro. ¿Dónde te crees que estás?

X lanzó el cuchillo y lo clavó en la pared opuesta, en un panel lleno de carteles publicitarios superpuestos.

—¿Te envía Dalia?

Aquella pregunta bastó para que el Santino lo comprendiera. Su rostro se contrajo en una mueca de repugnancia. Si ya de por sí detestaban a cualquiera que se atreviera a caminar por Santa Lucia, a X le reservaban un odio todavía mayor: lo culpaban de la muerte de una de sus integrantes más queridas, Cleo. Y, en el fondo, no les faltaba razón.

—Sí, me envía la ministra de Comercio —escupió—. ¿A qué se debe esa cara?

X chasqueó la lengua; había olvidado que aún tenía el camuflaje activado. Llevaba tres días enteros así, era la única razón por la que podía caminar por la calle sin que lo atacaran cada cinco minutos.

Se llevó la mano al rostro y activó el prisma disipado en su piel. Un zumbido leve precedió al repliegue de la nanotecnología que le recubría la cara: la segunda piel metálica se deshizo en partículas hasta revelar su verdadero rostro, más oscuro, con la mandíbula angulosa y una cicatriz en la mejilla.

—¿Qué información tiene Dalia para mí? —preguntó, guardándose el prisma en el bolsillo de la chaqueta.

El drifter ladeó la cabeza con desdén, estaba claro que no le gustaba que se tomase tantas confianzas con su jefa, en especial cuando X era el culpable de la muerte de su hija.

—Nestor Prym. Hemos conseguido el soplo de que va a reunirse con alguien.

X reprimió una sonrisa. Tenía una segunda oportunidad con aquel

hombre, y esa vez no permitiría que se escapara. A pesar de las muchas cosas de las que preocuparse, no podía dejar pasar una ocasión así.

—Según nuestras fuentes, será en el territorio de tus amigos: Santa Lucia. Y no te haces una idea de con quién.

El drifter resopló con desprecio. A X le llegó una notificación al NED. Cuando la leyó, no creyó que fuera cierto. Si esa información no viniera de Dalia Rojas, habría jurado que era falsa. Pero no, Nestor Prym iba a Santa Lucia a hablar con él. No le gustaba nada lo que eso podía significar.

El hombre de los Santinos se separó de la pared y se encaró a X. Cuando parecía que iba a chocarse contra él, le esquivó. Cogió el cuchillo que seguía clavado en el corcho y, sin una palabra más, desapareció del callejón.

X le dio varias vueltas a la información. La reunión sería al día siguiente, en territorio Siracusa. El lugar estaría lleno de civiles. Demasiadas vidas inocentes podían quedar atrapadas si todo terminaba mal.

Sin pensárselo, llamó a uno de sus contactos.

—¿Ya hasta tenemos confianza como para que me llames por el NED? —dijo Maia desde el otro lado.

—Mañana quiero a tu equipo en Santa Lucia.

—¿Perdona? ¿Somos tu guardia personal?

—Cuando escuches lo que ocurrirá, no lo verás así.

Y X tenía razón, cuando la puso al día, no se disculpó, pero sí le aseguró que estaría allí.

—¿Por qué me compartes esta información? —preguntó al final.

—¿Otra vez con lo mismo? Ya te lo dije el otro día, porque me conviene.

Maia suspiró desde el otro lado, seguramente pensando si acaso X se la iba a jugar de algún modo. Independientemente de los pensamientos que surgieran en su cabeza, zanjó la conversación.

—Está bien. Gracias por la información.

X iba a activar el camuflaje cuando sintió una nueva persona saltando a su espalda. Se dio la vuelta, con los puños en posición defensiva, pero al ver a una mujer con los brazos abiertos cayendo

hacia él como una ardilla voladora, no supo cómo reaccionar y acabó en el suelo, con Trix encima.

—¡Hoooola, X! ¿Con quién hablabas?

—¿Qué haces aquí? —respondió, todavía aturdido.

—He visto al drifter. ¿Qué haces con los Santinos? Pensaba que te odiaban.

X resopló aliviado: había temido que hablase de Maia.

—No todos. Ese sí. Es una especie de informante.

—Ohhhh, nueva misión… ¡Trix se apunta!

X estudió su rostro. Era como si nada hubiera pasado entre ellos, como si la discusión de días atrás se hubiera borrado de su memoria. Tal vez fingía ligereza, o tal vez esa era su forma de esquivar los problemas. Sacudió la cabeza, agotado por la confusión que siempre le provocaba.

Normalmente le habría dicho que no, pero si esa era la única forma de estar con Trix y averiguar qué era lo que le pasaba, que así fuera. Estaba claro que no necesitaría protección, quizás hasta fuese de ayuda. Y teniendo en cuenta que irían a territorio Siracusa, aún debía invitar a una persona más.

13 DE OCTUBRE, 2064

◗ 11:04

Milo aparcó la moto en el único hueco que quedaba en el paseo del río. Estaba todo abarrotado. Miró a su alrededor, en busca de una cara familiar. X salió del callejón en el que esperaba junto a Trix y se quitó el camuflaje por unos segundos.

—Esa es una decisión inteligente —dijo Milo al reconocer el nuevo rostro. Se estrecharon la mano y lo siguió de nuevo al callejón—. ¿Qué se siente al ser más guapo con camuflaje facial?

X lo miró de reojo, pero el hecho de que lo hiciera con la nueva cara le debió de hacer más gracia todavía.

Al llegar al callejón, Trix estudió a Milo de arriba abajo.

—No me dijiste que vendrías con compañía. ¿Quién es tu amiga, X?

—Se llama Trix, tiene catorce años… y tú tienes novia, así que relájate —respondió X molesto, no solo por el tono de su comentario, sino porque Trix ya no aparentase ser una niña.

—Ya veo que cada vez maduran antes.

—Y Trix ya ve que los Siracusa cada vez son más imbéciles.

Sin esperar contestación, se giró y echó a andar. Milo soltó una carcajada. X no había caído en lo peligroso que podía ser juntar a esos dos.

Siguieron el paseo del río. El barrio de Sotomonte los recibió con una mezcla desordenada y vibrante de texturas, colores y olores. No era la parte más moderna de Santa Lucia, pero sí la que más latía. Las calles, estrechas y desniveladas, se desparramaban como hilos torcidos entre edificios de tres y cuatro pisos. Las fachadas desconchadas mostraban los estratos del tiempo: grafitis sobre pintura antigua, carteles caducados. Telarañas de cables se cruzaban sobre sus cabezas.

A cada paso, la ciudad les devolvía una postal de lo cotidiano. Una mujer barría el escalón de su portal mientras charlaba con otra desde el balcón, sus voces se mezclaban con el murmullo de una radio antigua que recitaba noticias con acento pueblerino. Un niño en camiseta de tirantes perseguía una pelota desinflada entre dos coches aparcados, y su madre, desde una ventana abierta, le gritaba que no se alejara. Más allá, un grupo de adolescentes gritaban entre risas y empujones.

Ese barrio no se acercaba al lujo y la amplitud de Altomonte, pero tampoco estaba infectado de la inseguridad y el caos de Greco. A pesar del deterioro y del ruido, había algo cálido en Sotomonte. Como si, en medio de la locura de Atlas, aquel barrio se negara a olvidar que una ciudad también podía ser hogar.

Trix caminaba con la mirada encendida, absorbiendo cada detalle con curiosidad. Milo, en cambio, avanzaba con naturalidad, saludando con gestos breves a algunos rostros conocidos. Y X, siempre atento, registraba todo en silencio, como si cada escena fuera una pista sobre lo que les esperaba.

—A todo esto, ¿a dónde estamos yendo? ¿Por qué me has traído a Sotomonte? —dijo Milo.

—Tu sentido de la curiosidad es mínimo. Ayer ni siquiera me preguntaste para qué venías.

—Prefiero dejarme sorprender por ti.

Trix miró a ambos y puso los ojos en blanco.

—Sois la pareja ideal… para una campaña de anticoncepción.

—Me encanta esta chavala —dijo Milo con una carcajada.

Para sorpresa de X, Trix se giró y le dedicó una sonrisa inesperadamente dulce. Parecía que había cogido confianzas muy pronto.

—Vamos al Día Benéfico por la Reconstrucción —dijo X, ignorando la inquina de ambos.

—¿Por la Reconstrucción? ¿El evento benéfico por la muerte de un centenar de personas por el colapso de un edificio?

—Ese mismo.

—¿Y qué pretendes encontrar ahí?

—Lo organizáis vosotros…

—Carlo Verzino. Pero bueno, sí, los Siracusa. ¿Pero qué tiene que ver?

—Dante Gallo también estará. —Los ojos de Milo se encendieron de inmediato y desapareció la jovialidad que mostraba hasta entonces—. Y según mis fuentes, se va a reunir con alguien a quien busco.

Caminaron por el río hasta que los edificios que se apelotonaban contra el paseo fueron dejando hueco. Una carpa color vino marcaba la entrada al evento, y a partir de ahí, todo era movimiento.

Avanzaron con la mirada aguda, deslizándose entre familias y vendedores. La música en vivo lo cubría todo. A los lados, los puestos humeaban como chimeneas de carne frita. Vapores de especias se mezclaban con grasa. El aire olía también a productos de limpieza y a cables quemados. En el escenario, una banda de metales imponía su ruido. Unos niños bailaban sin ritmo, perdidos en la coreografía. Las aceras eran pasillos estrechos, repletos de vecinos y curiosos. Entre ellos, drifters con gafas ocultaban su atención.

X alzó el mentón, intentando localizar el escenario donde se daría el discurso de presentación. Ahí hablaría Dante. El bullicio lo tapaba todo. Tuvieron que rodear un puesto de frutas donde una mujer ofrecía mangos gratis a los niños, y otro donde un holograma enseñaba reparaciones básicas de una moto eléctrica.

—¿Eso es un taller de hostelería? —dijo Trix, señalando una carpa donde unos chavales aprendían a servir platos sin volcar el contenido.

—Y allí, una clínica —añadió X, al ver una fila de pacientes esperando su turno frente a un módulo blanco con el logotipo improvisado de los Siracusa. Médicos con batas sin logo, algunos con implantes a la vista, atendían a ritmo ágil.

Pasaron junto a un banco ocupado por cinco ancianos que bebían de termos y comentaban el evento con tono resignado. Uno de los drifters más corpulentos del lugar, con tatuajes visibles hasta en los párpados, se acercó a ellos. X se tensó, pero lo que ocurrió fue lo contrario a lo esperado: el hombre saludó con respeto, ayudó a uno a incorporarse y cargó sus bolsas con una gentileza inesperada. Los

viejos no sonrieron; aun así, uno le palmeó el brazo con afecto.

—Menudo teatro —murmuró X—. Sonrisas cándidas, chequeos médicos gratuitos, reparto de alimentos…

Milo se encogió de hombros, sin darle importancia.

—La comunidad necesita cosas. Nosotros las damos.

Ese «nosotros» resonó en X más como un acertijo que como una respuesta. Porque los «nosotros» que organizaban aquello no eran conocidos por su altruismo. Aquel clan dominaba media ciudad con el tráfico de drogas, la extorsión y los contratos de muerte. Y, sin embargo, ahí estaban: sirviendo sopa caliente, orientando a jubilados y enseñando a adolescentes a reparar sus motocicletas en talleres portátiles.

Al pasar junto a Milo, varios drifters le dirigieron miradas envenenadas que mutaron en sonrisas forzadas al recordar con quién trataban. Milo los ignoró, ese no era el lugar para corregir un mal gesto.

Más adelante, un anciano discutía con un vendedor por el precio de un pastel. El tipo detrás del mostrador —otro Siracusa, con implantes visibles en los nudillos— negó con la cabeza, le entregó dos porciones y dijo: «Hoy no se paga. Guarde los créditos, abuelo».

X parpadeó. Le costaba procesarlo. No porque dudara de que todo eso estuviera ocurriendo, sino porque nada encajaba. ¿Qué ganaban con eso? ¿Era solo propaganda, un disfraz de limpieza para blanquear su imagen, o de verdad creían que aquello compensaba sus crímenes?

—Menuda hipocresía —dijo X.

Ese comportamiento por parte de los Siracusa lo entendía, lo que no le encajaba era la respuesta de los habitantes. Vecinos que seguramente habían perdido algún familiar o amigo en el fuego cruzado, propietarios de pequeños negocios que pagaban a los drifters por su «protección», madres que habían perdido a hijos por sobredosis de droga vendida por las mismas personas que ahora les servían sandwiches con una sonrisa.

—¿Qué parte? —dijo Milo, sin mirarle.

—Que los drifters se comporten como trabajadores sociales.

Milo soltó una risa breve, seca.

—¿Acaso sería mejor si este evento no se hiciera?

La rotundidad de Milo, que pocas veces hablaba con esa convicción, le sorprendió.

—Todo el mundo tiene más de una cara. Si solo fuéramos el mal absoluto, habríamos dejado de existir mucho tiempo atrás. Puede que sea hipócrita, pero esta es nuestra ciudad y esta gente nuestros vecinos.

X negó con la cabeza, poco convencido por su respuesta. Siguieron caminando hasta que el escenario principal apareció al fondo. Las luces ya estaban encendidas y los últimos preparativos se afinaban. Un grupo de hombres revisaba el sistema de sonido mientras los niños se subían a los bordes para ver mejor.

X se detuvo en seco. A pocos metros distinguió a Maia, mezclada entre la gente como si perteneciera a ese lugar. Cuando sus miradas se encontraron, ella no dio señal alguna de reconocerlo. Al volverse, Milo ya había seguido el rastro de sus ojos, y una arruga nueva se marcó en su frente.

—Parece que no soy el único que sospecha de la caridad de tu clan —dijo X con deje irónico.

El discurso estaba a punto de comenzar, y la fiesta se deslizaba poco a poco hacia algo más cercano a una ceremonia. Esa era la única oportunidad que tendría. X se inclinó hacia Trix, que observaba las pantallas con los brazos cruzados y gesto ausente.

—He hablado con Kyra —murmuró, buscando sus palabras.

Trix ni siquiera giró la cabeza.

—¿Y te ha convencido de enviarme a un internado lleno de niñas tristes con dientes perfectos?

—No. Es solo que… —X tragó saliva—. Estuve pensando en… cómo estás, en lo que necesitas.

—Genial, me vas a regalar un terapeuta.

—No, Trix, no es eso. Yo solo…

Un zumbido grave recorrió el aire como un acorde de inicio. Las pantallas que bordeaban el escenario parpadearon al unísono, alineando su brillo con la luz matinal que resplandecía sobre los muros de Sotomonte.

X se irguió, tragándose las palabras que no había sabido decir. Ni

siquiera era capaz de mantener una conversación honesta con una cría de catorce años sin que todo se torciera. Resopló por la nariz, frustrado, y desvió la vista hacia el escenario.

Un hombre de estatura media, piel aceitunada y traje sin arrugas subió con paso firme. Sus zapatos brillaban como recién salidos de la fábrica, y su voz surgió clara y amplificada por la red auditiva de la zona —insertada discretamente en postes, drones y canalizaciones —, que proyectaba su voz sobre la multitud.

—Vecinas y vecinos de Sotomonte, gracias por estar aquí. Soy Carlo Verzino, y os doy la bienvenida en nombre del Consejo Social de Santa Lucia y de la familia Siracusa.

Un aplauso contenido, más por costumbre que por entusiasmo, recorrió la plaza. Algunos se animaron con silbidos festivos, otros apenas levantaron la mirada.

—Hoy no venimos a recordar la tragedia, sino a hablar del futuro. Hace cinco meses perdimos un edificio y con él demasiadas vidas. No podemos reparar esa ausencia, pero sí levantar algo nuevo a partir de ella.

Las pantallas mostraron imágenes de las viviendas recién reconstruidas. Algunos las señalaban con orgullo contenido; otros bajaban la mirada en silencio.

—La familia Siracusa ha cubierto cada gasto y quiere dar más: formación, salud, asistencia legal. No como caridad, sino como prueba de que nuestra fuerza también puede proteger.

X, de pie junto a Milo y Trix, observaba en silencio. Su mirada viajaba entre la imagen proyectada de Carlo y la interfaz de su NED, donde buscaba referencias al derrumbe. Accedió a archivos locales filtrados y notas de vecinos en foros comunitarios. El edificio colapsado pertenecía a Maretto Infraestructuras, una constructora subsidiaria de una firma más grande: Sirius Partners, vinculada abiertamente a los Siracusa.

Los materiales utilizados en la obra se compraron por debajo del precio de mercado. X cruzó los informes técnicos y encontró lo que buscaba: un ingeniero denunció, semanas antes del colapso, la sustitución de elementos estructurales por versiones más baratas y con fecha de caducidad cercana. El nombre del denunciante aparecía

tachado. «Desaparecido», decía la última actualización.

La causa del derrumbe no fue un accidente. Fue una decisión. Una más en la cadena de coste y beneficio. Los Siracusa no estaban ahí para expiar culpas, sino para silenciar sospechas con fiestas y comida caliente.

—Este evento no es una excepción. Es una promesa. Mientras nosotros estemos aquí, Sotomonte tendrá voz, tendrá recursos y tendrá futuro —remataba Carlo, con el tono de un político que se sabe intocable.

X cerró la pestaña con un parpadeo. Su expresión no cambió. Solo ajustó la postura y murmuró sin mirar a Milo:

—Mejoran edificios que ellos mismos derrumbaron. Y todos aplauden.

Milo no respondió. Su mirada seguía fija en el escenario, pero el gesto de su mandíbula lo delataba. Él también lo sabía.

La multitud rompió en aplausos, ahora sí, con más fuerza. No tanto por gratitud, sino porque el espectáculo había funcionado. Porque, por un instante, Atlas parecía un sitio donde la justicia y el poder podían ir de la mano. X no lo creía. Pero sabía que, en una ciudad como aquella, lo importante no era creer, sino aprender a moverse entre quienes sí lo hacían.

El aplauso todavía vibraba en el aire cuando Carlo dio un paso atrás. Alzó una mano con teatralidad contenida y la música de fondo descendió a un murmullo apenas audible.

—Y ahora —anunció con solemnidad—, tengo el honor de presentar a alguien muy especial. Un hombre que representa el futuro de nuestra comunidad. Nuestro invitado del día: Dante Gallo.

Un murmullo cruzó la plaza, mezcla de curiosidad y respeto. Algunos aplaudieron. Otros guardaron silencio. X no tardó en percibir la tensión. No en la multitud, sino a su lado. Milo había dejado de fingir interés y su cuerpo, normalmente suelto, se volvió rígido. Mandíbula apretada, mirada fija. Un músculo en su cuello palpitaba como un tambor de guerra.

Sobre el escenario, Dante apareció envuelto en aplausos. El traje, impecable, sin una sola mota de polvo; el cabello, engominado hacia atrás, como si el viento de Atlas no se atreviera a tocarlo. Las

mejillas abultadas y los botones de la chaqueta tensos recordaban que su presencia no pasaba inadvertida. Y, como en otras ocasiones, el silencio que se apoderó del público al verlo fue casi tan poderoso como su voz. Caminaba como quien no necesitaba el suelo, cada paso un recordatorio de que allí mandaba él. En el meñique derecho brillaba un anillo abultado; y, en un gesto casual, dejó entrever la palma izquierda, marcada por una cicatriz que la atravesaba de lado a lado.

X lo observó con atención. Aquel hombre no tenía ni el aura siniestra de un matón ni la gestualidad de un político. Era otra cosa. Algo más pulido. Más peligroso.

Dante se detuvo bajo la marquesina de luz que caía desde las pantallas superiores y proyectaba su silueta sobre el escenario. Alzó la vista. No usó ningún dispositivo visible, pero su voz se alzó con claridad, transportada por la red sonora como un susurro ampliado por mil gargantas invisibles.

—Queridos ciudadanos de Sotomonte —empezó con una cadencia lenta, bien ensayada—, hoy nos reunimos no solo para celebrar la recuperación de nuestro barrio, sino para honrar la fortaleza y la unidad que nos define.

X sintió cómo Milo contenía la respiración a su lado.

—La tragedia que vivimos nos enseñó que, en los momentos más oscuros, la luz de la comunidad brilla con más fuerza.

El público asintió. Algunos cerraban los ojos, como si las palabras fueran un bálsamo.

—Hoy, reafirmamos nuestro compromiso con el bienestar de todos, recordando a aquellos que perdimos y construyendo un futuro más sólido para nuestros descendientes. Gracias por su resiliencia, su fe en nosotros —concluía Dante—, y por ser el corazón de este barrio. ¡Viva Sotomonte!

El estallido de aplausos fue inmediato. Algunos se pusieron en pie. Varios niños comenzaron a agitar banderas improvisadas. Desde un balcón, alguien gritó su nombre. Pero X solo miraba a Milo, que no había aplaudido ni una sola vez. Lo que tenía en los ojos no era indiferencia. Era rabia. Años de rabia acumulados bajo una sonrisa torcida.

Cuando Dante terminó su discurso, saludó con una inclinación leve y abandonó el escenario por un lateral, sin prisa ni teatralidad. Apenas unos pocos se fijaron en su salida discreta hacia uno de los edificios adyacentes, de fachada restaurada y ventanas espejadas.

Carlo retomó brevemente la atención para anunciar que Dante se reuniría con representantes de la comunidad, «una conversación privada para continuar construyendo el futuro del barrio». La gente aplaudió sin cuestionar. La música subió de volumen y, en pocos segundos, las pantallas volvieron a mostrar escenas de vecinos sonrientes recibiendo cajas de ayuda.

Pero X ya no estaba mirando las pantallas. Ni Milo ni Trix tampoco.

—Vamos —dijo X, con un tono seco que no dejaba lugar a réplica.

Los tres se deslizaron entre la multitud, esquivando a padres con globos y adolescentes con refrescos, cruzando una calle lateral hasta situarse a pocos metros del edificio donde Dante había entrado. Desde fuera, parecía un restaurante.

Esperaron en una esquina, protegidos por un toldo roto. Entre los asistentes más selectos que se deslizaban hacia la entrada privada, emergió una figura reconocible: Nestor Prym.

Caminaba con una presencia que bastaba para despejar la acera. Su abrigo largo oscilaba como una sombra al moverse, y el brillo metálico en sus muñecas no dejaba lugar a dudas sobre su nivel de hardware. Sus ojos, cubiertos por lentes adaptativas, no miraban a nadie.

X apretó los puños. Fuera, la multitud seguía aplaudiendo. Dentro, el Don de los Siracusa se reunía a puerta cerrada. Y X estaba decidido a averiguar para qué.

◗ 11:54

X, Trix y Milo se escabulleron entre la muchedumbre, con la mirada fija en el edificio al que habían entrado Nestor Prym y Dante Gallo. Pasaron por delante de la puerta desde la acera opuesta y llegaron hasta una callejuela que daba un respiro a los edificios agolpados entre sí. Se detuvieron un instante frente a la entrada, y luego siguieron de largo. Un hombre en mitad del callejón protegía una puerta.

—Es Stefano Vinci, uno de los numerale de Dante —dijo Milo cuando se situaron a unos metros.

—¿Numerale? —dijo Trix.

—Hombres de acción del clan con historial de lealtad y violencia.

—¿Puedo neutralizarle?

Su voz salió tan dulce que Milo se quedó bloqueado, confuso por la contradicción.

—Por eso de que sea un Siracusa y esas cosas.

Milo se encogió de hombros, sin saber qué decir. Trix sonrió, trepó la fachada con sorprendente naturalidad y se adentró en la callejuela desde lo alto, sin llamar la atención.

X y Milo se turnaban para asomarse con cuidado y ver qué hacía Trix. Caminó entre los balcones hasta posicionarse encima de Stefano, quien seguía con la mirada perdida, sin inmutarse lo más mínimo. Trix se descolgó de la barandilla y se quedó suspendida de los brazos. Sus pies se quedaron a un escaso metro de la cabeza del numerale. Entonces, se soltó y se aferró a la espalda del hombre como si de dos piezas imantadas se tratase. Stefano se revolvió, sorprendido por ese ataque, pero Trix se movió con mayor velocidad. Colocó su mano en la boca y nariz del drifter, cuyos movimientos se volvieron más lentos, como si estuviese sumergido en agua. Al final cayó de rodillas y se desplomó inconsciente en el suelo.

Milo y X corrieron hacia el lugar de lo ocurrido.

—No te preocupes, Milo, no está muerto. Solo dormirá una hora —dijo con una sonrisa radiante.

—¿Qué… qué le has hecho?

Trix levantó la mano. En la muñeca, la piel se abrió un instante y mostró un orificio mínimo antes de cerrarse de nuevo.

—Solo dormirá una hora —dijo sonriente.

«Así que eso le había instalado Juno», pensó X con cierta resignación. Puso los ojos en blanco y le indicó a Milo que dirigiera la incursión.

Trix siguió al Siracusa y X cerró el grupo. Al cruzar la puerta se encontraron con la cocina de un restaurante. Al asomarse al comedor principal, estaba vacío. En la puerta principal del local, otro hombre vigilaba en la calle. Escucharon voces en la planta de arriba.

—He comido aquí, el segundo piso está preparado para los Siracusa.

X asintió y siguió los pasos silenciosos de Milo. A pesar de que llevaba sus habituales botas horteras, que solo quedaban bien con su moto, era capaz de no hacer ruido al andar. Al subir se encontraron con un pasillo con varias puertas. Todas estaban cerradas menos la última.

Las voces ganaban cada vez más potencia. X reconoció la de Nestor Prym.

Antes de alcanzar la última puerta, Milo abrió la anterior y se aseguró con cautela de que no hubiese nadie dentro. Los tres entraron y volvieron a cerrarla tras de sí. Era un pequeño comedor privado con una mesa redonda que sentaba a ocho personas. A pesar de que la pared no parecía muy gruesa, en ese lugar escuchaban mucho menos que desde fuera. Mientras Milo y X se miraban tratando de decidir qué hacer, Trix sacó un pequeño dispositivo de su chaqueta. Era una lámina translúcida que X reconoció rápidamente. La pegó en la pared y a los pocos segundos Trix miró a ambos. Tras aceptar una notificación en su NED, X empezó a escuchar la conversación del lado contrario.

—*… pasar a la negociación en sí* —dijo Nestor con su inconfundible voz de vendedor ambulante.

—*¿Qué es lo que me ofrece su jefe?* —dijo Dante Gallo.

—*Una victoria clara en caso de que la tensión actual de su organización escale.*

—*¿Cómo?*

—Con superioridad militar.

—¿De qué cantidad estamos hablando?

—Cien.

Una de las muchas fuentes de ingresos de El Director era el tráfico de armas. Pero si la negociación que X presenció días atrás también giraba en torno a eso… ¿Qué tipo de armas buscaba un empresario del sector cárnico?

—Esto es inadmisible —dijo Milo por el canal privado que tenía con X*—. Debemos atacar antes de que Dante se arme hasta los dientes.*

X devolvió la atención a la conversación, con la certeza de que faltaba muy poco para que esa tensión les estallara a todos en la cara.

—¿Qué fiabilidad tienen?

—Absoluta. Por nuestra parte garantizamos un control total.

Dante pareció quedarse pensativo durante un largo rato. A X le habría gustado poder ver si ese silencio incomodaba a Nestor, pero teniendo en cuenta que debía de haber efectuado muchas negociaciones así, lo dudaba.

—¿Cuánto sería el coste total?

— . . . . . —dijo Nestor.

— . . . . . —contestó Dante.

X miró confundido a Milo y Trix para comprobar si el dispositivo de escucha había fallado. Rápidamente entendió que ese no era el problema. Chasqueó la lengua molesto, debía darse prisa en acabar con toda esa investigación antes de que tanto implante acabase con él.

Desfase de memoria identificado.

Se ha alcanzado la segunda fase del protocolo de deterioro cognitivo.

Carga cognitiva aproximada: ≈72 %.

X ignoró la notificación del NED y continuó con la escucha.

—Mañana por la mañana tendría el cargamento en cualquier localización que usted decida.

El tiempo se detuvo unos segundos más, hasta que se escuchó una

silla arrastrarse por el suelo de baldosas. Al instante le acompañó una réplica igual y el choque de dos manos.

—*Será un placer hacer negocios con ustedes.*

—*Igualmente, señor Gallo.*

Del otro lado se escuchó un pequeño revuelo de movimientos, hasta que los pasos aparecieron por debajo de la puerta de la habitación en la que se encontraban y pasaron de largo. Trix y X se acercaron a la entrada con cuidado y, al pasar unos segundos, abrieron una rendija para mirar por ella. Vieron a Dante desaparecer por las escaleras, seguido de dos hombres más. No había rastro de Nestor. Abrieron más la puerta: el pasillo estaba vacío.

Milo parecía reflexivo ante lo que acababa de escuchar. Tendría noticias que darle a su padre, pero ese no era el momento de pensar en ello.

—*Milo y Trix, seguid vosotros a Dante, por si tiene que hacer algún negocio más por aquí.*

Ambos se miraron dubitativos, pero no llegaron a cuestionar su orden. Cuando X se quedó solo, se dirigió a la sala contigua. En su interior estaba Nestor de espaldas, con la mirada perdida en la ventana. Hablaba por su NED, era posible que con El Director.

X entró al comedor privado, bastante más grande que en el que habían estado, y esperó a que Nestor advirtiese su presencia.

—Necesito hablar contigo.

◗ 12:21

—Yo no tengo nada que decir —dijo Nestor sin mirarle a los ojos.

Se dio la vuelta y se dirigió hacia la salida. X rápidamente le cortó el paso.

—Quiero hablar con El Director.

Nestor torció el gesto y soltó una breve carcajada.

—¿Acaso no recuerdas lo que sucedió la última vez que hablaste con él?

En la mente de X apareció la imagen de aquel hombre sentado a contraluz, la voz distorsionada y los guantes de cuero cubriéndole las manos. Vio, como si lo tuviese ahí mismo, cómo sacaba un BF de uno de sus bolsillos y le infectaba de Blackout.

—Quiero hablar con El Director.

No tenía más palabras que añadir, ni argumentos ni tácticas de persuasión. Era como si el control que ese hombre tenía en Atlas llegase a dominar incluso los pensamientos de X.

Nestor dio un paso para evitar a X y este le volvió a cortar la salida. Con una expresión cansada, suspiró.

—Niko, te dejo de vuelta a este incordio para que te entretengas un rato.

Como una bestia que sale de una mazmorra en la que lleva semanas sin comer, la mole de carne y metal que hacía las veces de guardaespaldas de Nestor salió de la puerta opuesta de la sala. X tuvo que pegar un salto hacia el lateral para que Niko no aplastara su cráneo con su embestida. Para cuando se incorporó, Nestor se había marchado.

X retrocedió un paso y dejó que Niko llenara el aire con su respiración pesada y metálica. Lo observó venir: el mismo brazo derecho recubierto de placas opacas, los espolones retráctiles que asomaban como colmillos desde los nudillos, y esa sonrisa que no pertenecía a un rostro humano, sino a una máquina con instinto de presa.

—Vas a morir lento, europeo —gruñó Niko, adelantando la pierna como si clavara una estaca en el suelo.

A X le sorprendió que ese hombre pudiese hablar. Sus dedos se flexionaron apenas, sintiendo la presión uniforme de las nuevas piezas en sus antebrazos. Las Garras de Cromo parecían despertar, ajustándose a la tensión de sus músculos: placas pulidas recubrían sus antebrazos y manos, con aristas afiladas que atrapaban la luz en destellos violáceos. Había llegado la hora de probar ese implante desorbitadamente caro.

X bajó el centro de gravedad, los dedos curvados dentro de la carcasa cromada que le cubría los antebrazos hasta la punta de los dedos. Las Garras de Cromo no eran garras en el sentido literal, aunque sus bordes, pulidos como bisturís, parecían diseñados para abrir el acero. Bajo la cubierta, un entramado de microactuadores y bobinas modulaba su masa inercial en tiempo real, respondiendo a cada orden de su NED como si fueran músculos propios.

«La inercia es una cadena —le había dicho Juno mientras ajustaba el calibrado final—. Tus garras son el gancho que la sujeta. Si aprendes a tensarla, puedes robarle toda la fuerza a un impacto hasta que se sienta como una pluma acariciándote la piel. Y si aprendes a soltarla, puedes devolverla de una, concentrada, como si estrellaras un mazo de acero contra un cristal fino».

Niko embistió primero. El brazo derecho, grueso como un poste y rematado por tensores retráctiles, buscó el cuello de X con un zarpazo lateral. Antes, habría confiado en su velocidad para esquivar. Esta vez, simplemente bloqueó el golpe con el dorso de su mano y su nuevo implante absorbió toda la inercia. Desde fuera, el cuerpo de Niko se detuvo en seco, sin el más mínimo desliz, como si hubiese chocado contra un muro invisible.

El matón frunció el ceño, confundido. X giró sobre un pie y soltó en el movimiento la energía que se acababa de apropiar. Era como si un resorte comprimido liberara toda su fuerza en un solo instante: el codo, reforzado en cromo, impactó en la mandíbula de Niko con un golpe que sonó más a accidente de tráfico que a combate. El gigante retrocedió, tambaleante, con un hilo de saliva y sangre escapando por la comisura.

—¿Qué…? —balbuceó.

Juno le había advertido que no era magia: la fuerza extra venía de

su propia masa, comprimida y liberada en el momento justo. Las Garras de Cromo eran el núcleo visible de un sistema más complejo: un Campo de Inercia Adaptativa capaz de manipular la masa inercial del cuerpo en tiempo real. Bajo la cubierta cromada, microprocesadores y sensores ajustaban al instante la energía de cada movimiento. «Fuerza es masa por aceleración», le había recordado Juno; si alterabas la aceleración a voluntad, reescribías las reglas. En la práctica, era como decidir que un puñetazo pesara lo mismo que un bloque de hormigón… o que no pesara nada. Tanto para los movimientos del propio sujeto como para los objetos que chocaban contra el implante. Ese era el poder de las Garras de Cromo.

Niko lanzó un barrido bajo con la pierna, un ataque pensado para arrancarle los pies del suelo. X bajó las manos y dejó que las Garras de Cromo interceptaran la tibia metálica. Los implantes no eran solo un arma, también una advertencia. Ese resplandor morado, casi hipnótico, se había convertido en su sello: intimidaba tanto como el filo mismo, un recordatorio de que esas garras podían limitarse a desviar un golpe o liberar la fuerza suficiente para partir acero. Al contacto, el metal absorbió de inmediato la fuerza del impacto, apagando su violencia como si alguien hubiera cerrado una válvula. La patada, que habría destrozado un bloque de hormigón, se redujo a un empujón torpe.

Antes de que Niko pudiera entender qué había pasado, X devolvió la energía acumulada. Giró la muñeca y descargó toda la inercia almacenada en un ataque ascendente con la palma, directo al abdomen del matón. La liberación fue instantánea: un impacto seco que hizo vibrar el blindaje torácico del gigante y le robó el aire en un gruñido ahogado.

El matón, dolorido y jadeante, rugió y arremetió con ambos brazos, intentando atrapar a X en una pinza de cuchillas. X no se apartó: alzó las Garras de Cromo y bloqueó el choque de frente. El implante robó la inercia del ataque y dejó los brazos de Niko sin fuerza, como si hubiera colisionado contra agua.

X no perdió ni un latido. Devolvió la energía acumulada en un solo movimiento: un giro de muñeca y un golpe seco de palma contra el

lateral del cráneo. La energía liberada estalló en un sonido sordo; el gigante se desplomó de rodillas, con los ojos vidriosos.

Lo empujó al suelo y, antes de que pudiera reaccionar, le soltó una descarga eléctrica desde el empeine. El cuerpo de Niko se arqueó y quedó tendido, inconsciente.

X se irguió, notando en los antebrazos el temblor sordo que dejaba el implante tras su uso: un zumbido que se metía en los nervios y le recordaba que manipular la inercia no salía gratis.

—¿Quién demonios es esa persona? —dijo Maia bajo el umbral de la puerta, con pistola en mano.

Al ver que solo estaban X y ese individuo inconsciente, bajó el arma y se acercó con precaución. Puso la atención en los puños que desprendían esa luz violácea.

—Tu nuevo detenido.

Maia frunció el ceño, parecía cuestionar si X hablaba en serio o no.

—Puede que no sea un drifter, pero está más lleno de mierda que muchos de los integrantes de clanes que tanto vigiláis. En especial por quién es su empleador. El Director.

La capitana de ARCO tensó los hombros y ladeó la cabeza apenas un instante, como quien contiene una respuesta que amenaza con escaparse. Estaba claro que sabía a quién pertenecía ese apodo y, por su reacción, no parecía tenerle en muy alta estima. A ese paso, los de ARCO se iban a convertir en sus mejores amigos.

—Y si contáis con cualquier información sobre él, te agradecería que me la compartieras.

Maia permanecía inmóvil, sin pronunciar palabra. X decidió dar por cerrada la conversación y se encaminó hacia el exterior, donde el festejo continuaba, ajeno a las negociaciones y disputas que habían ocurrido allí dentro.

—Así no funciona la ley, X —dijo con un tono grave que resonó en las paredes—. No puedes traerme a quien acabas de moler a golpes y esperar que te cuente algo sobre él o de la persona para la que trabaja.

X se giró con medio cuerpo ya fuera. La claridad que entraba por la ventana proyectaba una sombra desde sus pies hasta el cuerpo de Niko.

—No es que en este país la ley no funcione así: en este país, la ley simplemente no funciona.

No quiso escuchar si Maia tenía alguna respuesta. X estaba cabreado. No solo El Director estaba relacionado con Dante Gallo y el conflicto de los Siracusa, sino que además se estaba quedando sin hilos de los que tirar. Forma Zero ya era una ventana opaca a través de la cual no vería más información, y la involucración de Nestor Prym no hacía más que confundirle.

No quería hacerlo, pero no había más remedio: tendría que invocar un favor que habría preferido dejar enterrado.

◗ 20:10

X observó su reflejo en el cristal negro del ascensor. De llevar tanto tiempo el camuflaje facial, ya se le hacía más raro ver su propio rostro que uno ajeno. A su lado, un hombre que le sacaba un palmo de altura le observaba como un niño que estudia una hormiga, pendiente de si hace algo fuera de lo normal.

Había retrasado esa reunión todo lo posible; era una carta que prefería no gastar, pero ya no le quedaba alternativa. En los dos años que llevaba en Atlas había conservado el favor que le debía Fumiko Watanabe, líder del clan Inarizoku. Y aunque estaba a punto de encontrarse con ella, X ya tenía planeado cómo transformar ese favor pendiente en un intercambio. Obtener la información que necesitaba a cambio de algo que solo él podía ofrecerle.

—Su nombre está en Prometheus, ¿verdad? —preguntó el escolta de Fumiko en japonés.

X lo miró de soslayo, intentando descifrar la intención tras esa frase.

—Así es. Y usted no lleva mucho tiempo trabajando directamente con la señora Watanabe, ¿no?

Al contestar en el mismo idioma, notó que le faltaba soltura. Le salió un tono más áspero de lo que pretendía, como si tuviera que ponerse a la defensiva sin saber muy bien por qué.

—Correcto, solo unos meses.

Su voz sonó plana, imperturbable, como quien no acostumbra a hablar más de lo necesario. X revisó su rostro en HermesID. Yudai Sato. Treinta años. Su ficha indicaba que llevaba una década en los Inarizoku, aunque parecía haber envejecido poco en ese tiempo. Compartía la ascendencia japonesa predominante en el clan, con pómulos altos, piel tersa y un corte de mandíbula que delataba más determinación que vanidad. No transmitía fuerza bruta. Parecía ser el tipo de hombre que solo se notaba cuando ya era tarde.

No había nada llamativo en su historial, más allá de una progresión impecable dentro de la estructura del clan. Ni una mancha, ni un desliz, ni una hazaña gloriosa que lo hiciera destacar. Solo lo obvio:

estaba al servicio directo de Fumiko. A esa edad, en ese puesto, no se llegaba por contactos ni por suerte. Tenía que haber algo en él que hubiese captado la atención de la oyabun.

X devolvió la atención al frente cuando las puertas del ascensor se abrieron con un susurro. Lo primero que notó fue el silencio, uno pulido, de esos que solo existen donde se paga para que nada moleste.

El restaurante era una joya encaramada en lo alto de Kinshima. Luz cálida, mesas espaciadas y materiales nobles en tonos neutros. Unas cristaleras de suelo a techo lo envolvían todo y proyectaban un espectáculo de vidrio líquido sobre los comensales: al otro lado, la bahía extendía sus brazos bajo un cielo sin nubes. Sentrum y Nuevo Centro parecían maquetas iluminadas flotando en la distancia, una postal de otro mundo. Hasta el aire era distinto: limpio, fragante, ajeno a la calle.

Cruzó el salón con una calma medida. En una de las mesas más cercanas al ventanal, Fumiko cenaba con una copa en la mano. El vestido oscuro que llevaba se fundía con la penumbra elegante del lugar, pero su porte y su mirada recta bastaban para que nadie la confundiera con una clienta más.

X se detuvo frente a ella.

—Siéntese, por favor —le dijo con un gesto de la mano, su mirada todavía fija en la bahía—. Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que nos vimos.

X tomó asiento frente a ella, con la ciudad entera desplegándose a sus espaldas.

—Dos años.

Fumiko lo observó con una calma calculada, luego asintió sin una palabra, girando apenas la copa entre los dedos.

—Y aun así, se le sigue dando muy bien agitar avisperos. Esta vez ha enfadado a varias personas importantes en la ciudad.

—Habla como si conociera sus nombres y apellidos —dijo X, tratando de interpretar si realmente era así.

—Una escucha cosas. Pero que su recompensa siga ascendiendo es una prueba de ello. La he comprobado antes de que subiera: 78.302 créditos. Quitando la multitud de pequeñas aportaciones de quien

sencillamente le tiene envidia, el resto han sido pagos más grandes de gente que le quiere fuera de este país. A este paso, no queda mucho para que los verdaderos jugadores de Prometheus entren en acción. Y, como ya sabrá, para entonces, un prisma de camuflaje o implantes básicos no servirán para mucho.

—Lo tengo en cuenta, señora Watanabe, esa es la razón por la que estoy aquí. Quiero resolver lo que tengo entre manos antes de que me surjan todavía más impedimentos.

La oyabun le dio un nuevo sorbo pausado a su copa. En las demás mesas, los comensales disfrutaban de comida fina y cubiertos macizos, ajenos a su conversación.

—Así que ha venido a canjear el favor que le debo. Es un alivio saber que por fin me quitaré ese peso de encima.

—No exactamente. —Fumiko miró a X de reojo, pero no lo interrumpió—. Me gustaría ofrecerle un intercambio de información.

La oyabun soltó una risa seca.

—Por mucho que su negocio se base en obtener información, me extraña que tenga algo que ofrecerme.

—Déjeme intentarlo.

Se quedó pensativa unos segundos, y en ese silencio, X entendió por qué aquella mujer era temida incluso por quienes jamás habían cruzado una palabra con ella. No había rigidez en su postura, sino una firmeza natural, como si el mundo entero se hubiera adaptado a su eje y no al revés. El peinado impecable y el rostro sin edad componían una imagen que desafiaba cualquier cálculo; podía aparentar sesenta o cuarenta. Lo importante era otra cosa: la certeza de que, desde mucho antes de que él naciera, había aprendido a ganar sin necesidad de alzar la voz. Sus ojos, oscuros y serenos, parecían leer capas de pensamiento que ni él mismo había explorado. De vez en cuando ladeaba apenas la cabeza, como quien examina una pieza de ajedrez; otras veces apretaba la copa un segundo más de lo necesario, antes de volver a soltarla con calma calculada. No buscaba convencer: esperaba, con la paciencia de quien sabe que el otro acabará cediendo, porque así había ocurrido siempre.

—Yo le daré lo que necesita. En función de lo que usted me

devuelva, quedará mi deuda zanjada o no.

X asintió.

—Necesito información sobre los legacy. Un cazador de Prometheus desapareció hace unas semanas y todo apunta a que se convirtió en legacy. Sé que usted está familiarizada con este tema, pues tuvo que sacar a Clarice de algún lado.

Al pronunciar su nombre, X evocó el cabello de fuego de aquella mujer y la frialdad con que había ordenado acabar con Kyra y con él. Aunque, para ser despiadado, primero hay que seguir con vida, Clarice no fue más que la extensión dócil de la voluntad de su dueña.

—ReCorp —dijo sin preámbulos—. Compré a Clarice en ReCorp.

—¿Comprar? Estamos hablando de una persona.

—No, estamos hablando de alguien legacy. Sin conciencia, no hay vida, y alguien muerto, a efectos legales, deja de existir.

No lo había visto así hasta ese momento, pero tenía razón. Cuando alguien se convertía en legacy, su cuerpo perdía todos los derechos que antes tenía por ser alguien en vida. Se volvía propiedad. Y eso, en Atlas, tenía valor.

—Pero el cuerpo de un fallecido pertenece a sus familiares, ¿no?

—Desconozco los pormenores legales. Quizás compran los cuerpos a la familia, o a lo mejor hacen que firmen un contrato antes de volverse legacy para obtener su cuerpo como donación. Lo importante es que, tanto si quieres comprar un soldado legacy como si quieres encontrar a un legacy, ReCorp es lo que buscas.

Mantener esa conversación en uno de los edificios más altos y con una de las personas más influyentes del país le dejaba claro a X lo lejos que estaba de la cima…

—Su turno, señor Freeman —dijo Fumiko girándose hacia X y ofreciéndole su completa atención—. ¿Qué tiene para mí?

—ARCO.

El murmullo lejano de cubiertos sobre porcelana llenó el silencio que siguió. Fuera, la ciudad parecía suspendida en la oscuridad, flotando como una maqueta luminosa. La oyabun mostró una leve sonrisa, pero dejó que su invitado desarrollara su respuesta.

—En los últimos días, he tenido la oportunidad de investigar en

mayor profundidad esta organización que parece haber salido de la nada y que contradice gran parte del funcionamiento del país. Para empezar, la dirección del mismo gobierno que lo ha creado. La presidenta Vera Voss ni siquiera intentó maquillar la operación con promesas populistas sobre una ofensiva contra los clanes. Nadie lo habría creído. Es bien sabido que tanto usted como el resto de líderes financiaron parte de su campaña. Por eso mismo ganó.

Fumiko alzó levemente la ceja y X se corrigió al instante.

—Perdón, por eso permitieron que ganara. De ahí surge la pregunta sobre el origen de ARCO. Eso nos lleva a hablar de la figura de Elías Rivas. Alguien dentro del gobierno que siempre ha sido muy claro en su objetivo de eliminar el crimen de esta ciudad-Estado y convertir el patio de juegos de los clanes en un país democrático y seguro. Nunca ha tenido miedo de ser directo, incluso contradiciendo a su propio partido. Muchos se preguntan cómo es posible que siga ahí. Yo lo tengo claro. Votos, como todo. Elías alcanza a mucha gente a la que Vera nunca podría llegar. Con esa oveja negra dentro de su organización, la presidenta es capaz de persuadir a ciudadanos posicionados en extremos opuestos del espectro político.

Un camarero dejó una copa delante de X en el momento en el que la garganta se le quedaba seca. Dio un sorbo agradecido y continuó. Fumiko giró la copa lentamente, y el reflejo de la bahía danzó sobre el cristal como un oleaje atrapado en sus manos.

—Elías al principio solo era un perro ruidoso que cumplía un propósito. Actualmente, a la presidenta ya se le ha ido de las manos. Elías Rivas jugó muy bien su juego, hasta el punto en el que la broma se volvió realidad y alguien que parecía un simple mesías del pueblo ha empezado a actuar de verdad. Esa es la persona que está detrás de ARCO, poniendo como líder del proyecto a Julius Thorne, quien tiene un palmarés que pocos pueden igualar: Cruz de Hierro Atlántica, Medalla al Valor, una década en el cuerpo policial sin una sola mancha en su hoja de servicio y más de una docena de operaciones de alto riesgo resueltas sin bajas propias. El tipo de historial que no se compra ni se falsifica… y que convierte a cualquiera que lo tenga en una amenaza para todo lo que no pueda

corromperlo.

»Su objetivo es limpiar el gobierno desde dentro, que a fin de cuentas es el que permite la prolongación del sistema de clanes. Por ahora los mayores efectos los han experimentado los Siracusa, pero solo porque son quienes más fricción tienen ahora. El resto de organizaciones no tardará en notarlo. Van con la fachada de querer limitar los daños que los clanes causan a la población, pero su verdadero fin es arrancar el árbol podrido de raíz, aunque eso deje el país lleno de cicatrices. Para él, solo así se podrá plantar algo nuevo que no vuelva a alimentarse de la podredumbre.

Fumiko se echó hacia atrás en su asiento. En la copa le quedaba un último sorbo, seguramente lo mismo que a esa conversación. Por su rostro, no parecía muy deslumbrada.

—Ha sido una exposición interesante, incluso me han sorprendido algunas de sus deducciones. Sin embargo, no me ha ofrecido nada que no supiese ya.

X contaba con ello. Esa parte solo pretendía ser una introducción.

—Unidad Lázaro.

Fumiko agudizó la mirada y se incorporó, ostensiblemente interesada.

—¿Qué es ese nombre?

X sonrió para sus adentros: al menos tenía una pieza de información que ella no conocía. El problema era que, por ahora, esa pieza no era más que un nombre, sin contexto ni pistas que lo conectaran con nada.

—Hasta ahora, ARCO solo ha estado en la defensa. Esta es su ofensiva. Es un proyecto interno dentro de ARCO, seguramente la forma con la que pretenden acabar con los clanes.

Aunque lo hubiese adornado de esa forma, realmente eran suposiciones suyas.

—¿De dónde ha sacado esa información?

—De las oficinas de ARCO —dijo, sin más detalles.

Su primera visita a Maia Duval no solo sirvió como presentación, también instaló un micrófono en su despacho. Para ser precavido, puso uno de veinticuatro horas de duración. Después de ese tiempo, se desintegró y solo quedó polvo. En su tiempo de actividad, esa fue

la única información interesante que recabó. La frase: «No la molestes. Es un activo de la Unidad Lázaro» durante una conversación en voz alta por su NED.

—¿Y no conoce más al respecto?

X negó para su pesar.

Fumiko cerró los ojos unos segundos, como si tratara de calcular de manera numérica el intercambio de valor que había ocurrido en esa mesa.

—Aprecio el esfuerzo, señor Freeman, pero un nombre sin contexto e información que ya conocía es insuficiente.

Dio un último sorbo a su copa y la desplazó al centro de la mesa.

—Ha sido un placer hablar con usted. Me temo que la deuda que tenía ya se ha saldado. Ahora…

—Espere.

La voz de X fue demasiado directa, en el rostro de la oyabun percibió que estaba al límite de su paciencia. Aun así, tenía un último as que jugar.

—Tengo algo más que podría interesarle. —Fumiko lo observó con expresión cansada, aunque le permitió continuar—. No se trata de información, sino de una propuesta de negocio.

14 DE OCTUBRE, 2064

◗ 09:34

Dormir en camas ajenas empezaba a pasarle factura. Lo irónico era que ya no se alojaba en cuchitriles como en sus primeras semanas en el país. Incluso las habitaciones más humildes en las que caía superaban a la suya propia —lo cual tampoco era difícil—, pero eso no aliviaba la sensación constante de alerta que lo devoraba por dentro.

A ese desgaste se sumaba la ausencia de Lluna, que llevaba casi una semana sin ver y cuyo vacío le pesaba más de lo que habría admitido. Dalia se había quedado con la perra… o, más bien, X no le dejó otra opción que hacerse cargo del animal que perteneció a su hija fallecida. Solo por unos días, le dijo. Pero en Atlas, las promesas de «unos días» tendían a alargarse.

Quizá por eso, cuando la noche anterior salió del restaurante donde se vio con Fumiko y encontró a varios cazadores aguardando en la puerta, sintió un ligero alivio: al menos, por unos minutos, podía canalizar esa tensión acumulada en algo tangible. Los reconoció al instante. No eran mercenarios, sino drifters, concretamente los mismos Shiz que lo asaltaron en su primer día en Atlas. Probablemente creyeron que aquel incauto de dos años atrás no valía los ochenta mil créditos que ofrecían por su cabeza en Prometheus. La realidad les golpeó mucho antes de que pudieran reaccionar: en menos de un minuto, los cuatro yacían en el suelo, con huesos fracturados y hemorragias superficiales que les recordaban el peligro de subestimar a una presa.

Aunque aquella breve redención le dejó un regusto satisfactorio, a X le irritaba que lo hubiesen localizado con tanta facilidad. La explicación no tardó en perfilarse en su cabeza: su coche. Algún

cazarrecompensas o soplón de Prometheus debía de haberle instalado un rastreador. Sin margen para llevar el vehículo a un taller y encontrar el dispositivo, optó por algo más rápido y definitivo: lo dejó aparcado frente a una comisaría de policía en Nuevo Centro y volvió a moverse por la ciudad como en sus primeros días, confiando solo en sus piernas.

Caminando llegó hasta el coche de Kyra, a unas pocas manzanas de la sede de ReCorp. Ella lo invitó a la fiesta de graduación de la secta y quería devolverle el favor. Además, no le vendría mal ir con refuerzos.

—Llegas tarde —dijo saliendo de su vehículo.

A X le sorprendió que lo reconociese tan rápido con su camuflaje, pero luego vio que sus manos lo delataban.

—Perdón, la avenida Norfolk estaba en obras y el desvío era una vuelta de diez minutos extra.

—Haberte pillado un taxi. No me vengas con excusas.

X no entendía los cambios de humor de esa mujer. Hasta la vez anterior que se vieron, estaba, para sus estándares, amigable y cercana. Ese día parecía que volvía a su yo habitual.

—Los escáneres de los taxis ven a través del camuflaje facial, y hay más de uno hackeado. Prefería no venir con invitados especiales.

Kyra puso los ojos en blanco y esperó a que echara a andar.

—¿Cómo dices que has conseguido la información de esta empresa? —preguntó con un tono más suave.

—No lo he dicho.

—Contigo todo tiene que ser más difícil de lo normal, ¿no?

—Mira quién fue a hablar.

Al pronunciar esa frase, X se dio cuenta de que sonaban como un matrimonio con tres décadas a sus espaldas, discutiendo por enésima vez de quién era la culpa de que el reciclador de orgánicos se hubiese atascado otra vez. Y esa precisamente no era la actitud con la que debían adentrarse en el lugar al que estaban a punto de entrar.

—ReCorp se especializa en recuperación de capital humano legacy —dijo X con seriedad—. Pagan una compensación simbólica a familiares, si los hay, a cambio de adquirir legalmente el cuerpo.

Luego lo revenden a clanes, corporaciones, agencias de seguridad, o los reprograman para fines específicos: escoltas, soldados, obreros pesados, dobles de riesgo. Algunas familias, desesperadas por dinero, fuerzan la transición de sus seres queridos para cobrar el contrato.

—¿Cómo que «adquirir legalmente» su cuerpo? ¿Acaso hemos vuelto a la época de la esclavitud? —dijo contagiada del mismo rigor que mostraba X.

Le explicó lo que averiguó la noche anterior sobre la legalidad de poseer legacy: que, a todos los efectos, no eran más que propiedad.

—Vamos, que un perro tiene más derechos que los seis desgraciados que el otro día vimos cómo se convertían en legacy.

—Correcto.

Kyra chasqueó la lengua, muy dolida por esa noticia.

—Lo que hace ReCorp es legal, y son ricos, mucho.

—¿Y por qué nunca he escuchado hablar de ellos?

—Porque tienen muchos créditos. El producto y servicio que ofrecen es técnicamente legal, pero se toman muy en serio mantenerse en la sombra para evitar repercusiones mediáticas. Entiendo que son ellos los que van a sus clientes, y no al revés.

Kyra bajó la mirada apesadumbrada.

Giraron la esquina y delante de ellos apareció un edificio. X supo que era ReCorp por su mapa, pues la construcción no tenía nombre. Ningún cartel, ningún logotipo. Solo un bloque de líneas limpias y fachada espejada que reflejaba el cielo perpetuamente sucio de Atlas. Para cualquiera que no supiera lo que buscaba, parecía un centro financiero más. Esa ausencia de identidad era, en realidad, su carta de presentación. ReCorp no necesitaba publicidad.

X y Kyra cruzaron la calle sin hablar. La sincronía con la que se movían ya no era casual: tras varias incursiones, se entendían con solo mirarse. Se adentraron en el edificio por una entrada lateral, una de las pocas sin personal de seguridad visible.

Kyra desplegó un pequeño dispositivo de su chaqueta y lo acopló al panel de acceso. El sistema se defendió con un destello rojo y una secuencia de tonos ásperos que resonaron en el pasillo vacío. X contuvo el impulso de mirar hacia atrás; no había nada, pero sentía

el peso invisible de un ojo sobre su nuca. Durante unos segundos, las luces del panel vibraron en patrones erráticos. Finalmente, el resplandor se apagó con un chasquido breve y la puerta metálica se deslizó lenta hacia un lado, con un gemido agudo que se prolongó más de lo necesario.

Dentro el zumbido eléctrico saturaba el aire, denso como una presencia constante e intangible. Un par de cámaras rotaban en la penumbra, pero sus movimientos eran extraños, desacompasados, como si alguien hubiera programado sus fallos a propósito. X vio que Kyra usaba el NED, era cosa suya. Permanecieron quietos hasta reconocer un patrón y cruzaron justo en el intervalo en que los ojos mecánicos desviaban su mirada.

Más adelante, la empresa parecía cualquier otra oficina de ese barrio: líneas blancas y pasillos de luz impersonal con ese inconfundible aroma sintético de superficies recién desprecintadas. Pero no había logos en las pantallas, ni carteles en los despachos. Ni siquiera nombres en las puertas.

Avanzaron por el edificio. De vez en cuando, X revisaba los terminales con disimulo, mientras Kyra vigilaba los reflejos en los cristales. Buscaban una sala de registros, alguna interfaz conectada al núcleo de archivos, algo que les permitiera acceder al listado de cuerpos legacy vendidos en las últimas semanas. X buscaba a Axel Black y la conexión que debía de haber con Forma Zero.

Tras casi diez minutos de exploración contenida, dieron con una puerta sin señalizar en un ala poco transitada. Tenía una cerradura magnética de triple validación. X se arrodilló sin decir nada y trabajó sobre el panel con un cable oculto bajo su chaqueta. La puerta se abrió con un chasquido.

La sala era opresiva. Cuatro terminales, un servidor físico en una columna blindada y dos nodos de acceso. X se lanzó a por uno y conectó su NED en modo pasivo para no dejar rastro. Empezó a filtrar la información. Miles de líneas de texto, códigos, fechas, modelos, nombres clave.

Entonces, el sonido. No una alarma, sino pasos coordinados. Kyra se tensó y desenvainó sus katanas con un movimiento seco.

—Nos han encontrado —dijo.

A X no le dio tiempo a copiar nada en su dispositivo, tenía una protección que no podía vulnerar con tanta prisa. Se desconectó y se giró hacia la puerta.

Salieron. El pasillo ahora era un corredor de muerte. Dos soldados al frente. Cuatro más doblando la esquina. X agarró a Kyra por el brazo y tiró de ella hacia la escalera de emergencia, pero otro equipo los interceptó por el pasillo lateral.

Kyra activó el CRONOS sin dudar. Su pupila se contrajo y el mundo se volvió viscoso, lento, maleable. Para ella, los soldados apenas se movían. En dos segundos, sus katanas trazaron líneas limpias entre huesos y placas de blindaje. La sangre apenas tuvo tiempo de salpicar antes de que el implante se desactivara.

Jadeando, Kyra retrocedió hasta cubrirse junto a X. El suelo estaba sembrado de cuerpos, pero quedaban más, y ahora sabían exactamente a qué se enfrentaban.

Bajaron las escaleras a toda velocidad hasta salir a más pasillos impolutos. Avanzaron por una galería estrecha hasta una compuerta sin etiquetas. X la abrió con una patada. El ruido metálico retumbó. Frente a ellos, un hangar, y en su interior, un pelotón completo. Soldados con armaduras negras, rifles cargados y visores activos. Una línea de fuego perfecta. X se detuvo en seco, Kyra también. Al darse la vuelta, otros tres soldados venían corriendo hacia ellos.

Estaban rodeados, pero Kyra podía crear una divergencia con su implante, lo que le permitiría a X usar las Garras de Cromo. Pero cuando se giró hacia ella, en vez de ver una expresión de decisión, se encontró con la lividez más absoluta. Tenía la mirada abstraída en el soldado del medio que se acercaba a ellos con paso decidido.

—¡Kyra! —dijo, tratando de que reaccionara.

Ella no lo escuchaba. X dio un paso hacia ella, pero ya era tarde.

Una descarga eléctrica lo alcanzó por la espalda y el mundo se volvió blanco. Cayó de rodillas, luego al suelo. Antes de perder el conocimiento, lo último que vio fue el rostro de Kyra, pálido.

◗ 10:42

Les habían capturado, registrado, desarmado y metido en una sala vacía con un inhibidor de NED activado que cortaba sus comunicaciones y acceso a ciberware.

X tampoco se sorprendió. En retrospectiva, habían entrado en el edificio sin ningún plan, dejando que la urgencia erosionara la frialdad con la que solía moverse. Pero, por encima de todo, estaba enfadado con Kyra. Quizá aquel enfado no era más que la forma que había encontrado para dar salida a su propia impotencia.

—¿Por qué te has quedado paralizada? —dijo cuando los dejaron solos en ese cuarto de paredes blanquecinas, interrumpidas solo por una puerta y cuatro líneas en los vértices que la iluminaban—. Si hubieses utilizado tu ciberware, podríamos haber tenido una oportunidad de escapar.

El rostro de Kyra permaneció impasible, no había cambiado desde que les rodearon, ni siquiera para responderle con sorna o asegurarse de que X no le hablara así.

X se apoyó en el muro y se dejó caer. Aún sentía sus manos latiendo con fuerza por el uso de las Garras de Cromo, aunque debido al inhibidor del NED sentía ese poder inaccesible, encerrado muy dentro de sí. Viendo que la Valquiria estaba verdaderamente afectada, suavizó la voz.

—¿Quién era ese hombre?

Por primera vez pareció reaccionar a sus palabras. Su rostro se desbloqueó y cambió de expresión. Después imitó a X y se sentó frente a él.

—Un amigo.

X frunció el ceño.

—¿Amigo? Y yo que pensaba que odiabas a todos los hombres.

Kyra no llegó a sonreír, pero su cuerpo se destensó un poco.

—Solo a los gilipollas.

—¿Esa es la verdadera razón por la que investigabas Forma Zero y los legacy?

Kyra asintió.

—La persona que me apuntaba con el arma era un antiguo amigo, aunque de aquel hombre ya no queda ni la mirada. Es como si otro se hubiera reencarnado en su cuerpo y, de paso, hubiera borrado todos los recuerdos que alguna vez tuvo de mí.

Su pecho se desinfló. Encogida en el asiento, parecía más pequeña, con la mirada perdida en un punto inexistente.

—Lo que te dije sobre investigar a ARCO no era mentira, pero mi verdadero objetivo siempre fue encontrarlo a él. Lo último que supe es que andaba detrás de algo relacionado con soldados legacy. Y luego, de un día para otro, desapareció. No solo dejó de responder llamadas y mensajes, ya ni siquiera le llegaban. Todo este tiempo temí que se hubiese convertido en legacy, pero… verlo ahí, con su mismo cuerpo, su misma cara… y nada de la humanidad ni de la persona que conocía… Eso es peor que ver su cadáver. No solo está muerto: ahora lo usan para su propio beneficio quienes, con toda probabilidad, son culpables de su muerte.

Kyra se dejó caer de golpe, las piernas rindiéndose bajo el peso de su propio dolor. El llanto le brotó sin control. Con cada sollozo arrastró la coraza de dureza que hasta entonces no había mostrado una sola fisura. El sonido era áspero, casi extraño en su voz. X se acercó despacio, dudando si, en cuanto intentara consolarla, recibiría un codazo seco en las costillas. Aun con ese riesgo, se dejó caer a su lado y le apoyó la mano en el hombro, sintiendo bajo la piel la tensión que aún no la dejaba respirar del todo.

—Él… él era una de las pocas personas que me quedaban de familia —dijo entre sollozos.

X la dejó vaciarse. Por el tiempo que pasó así, debían de ser años de dolor, impotencia y tristeza contenidos. Para cuando se recuperó y se limpió los ojos, era como si se hubiese desprendido de una máscara.

—Pensaba que las Valquirias eran tu única familia.

—Piensas demasiadas cosas de las que no tienes ni idea —respondió con una sutil sonrisa disimulada.

X no dijo nada. No respondió con un comentario irónico, como solía hacer, ni tampoco la desestimó con desdén. Sencillamente se quedó callado, dándole el espacio que Kyra necesitaba por si quería

contarle más. Al cabo de un rato, eso es lo que hizo.

—Mis padres cayeron en un fuego cruzado de Siracusas y Santinos. Un segundo estaba con ellos, al siguiente estaba sola en mitad de Atlas. Tenía catorce años, la edad en la que aún crees que el mundo es justo. Me arrancaron todo: el dinero, la inocencia, hasta las ganas de seguir. Lo único que me quedaba era pensar si, al morir, volvería a verlos. Nunca fueron religiosos, y desde luego que vivir tanta maldad siendo solo una niña no me hizo creer en un dios benevolente. Pero mi única esperanza residía en que, al dejar de vivir, pudiera ir al lugar donde ellos descansaban. Con suerte, sería menos cruel que el final de mi vida.

Kyra se detuvo unos segundos, cogiendo aire para continuar con una historia que, a juzgar por su mirada, hacía tiempo que no rememoraba.

—Fue entonces, a punto de poner fin a mi sufrimiento, cuando encontré algo de piedad en esta jungla. Un hombre, con la edad de mi padre, apareció de la nada. Con él estaba la persona que ahora no es más que un soldado legacy a la espera de recibir órdenes. Ese hombre me salvó la vida, al igual que hizo con el otro niño. Se convirtió en nuestro padre. Nos dio un hogar y nos convirtió en las personas que podrían sobrevivir en este mundo indiferente.

Sin saber por qué, X tenía la garganta seca, como si fuese él quien revivía el sufrimiento de su pasado.

—¿Qué ocurrió con ese hombre?

—Murió. Bajo la tierra muere un nombre; sobre ella, vive otro. —Hizo una pausa y permitió que aquellas palabras, que X no terminó de comprender, se posaran como polvo en el aire de la sala—. Fue entonces cuando llegué a las Valquirias. Aunque me aparté de mi amigo, nunca perdimos del todo el contacto. Hasta ahora.

Pronunció las dos últimas palabras con un pesar que sonaba a confesión, como si cargara sobre los hombros la culpa de lo ocurrido a quien había sido como un hermano para ella. X leyó en su mirada que Kyra, en el fondo, se creía responsable del estado de su amigo. Un sabor amargo le bajó por la garganta; aquella sensación le resultaba dolorosamente familiar.

—Te tienes que quitar ciberware ahora mismo —dijo Kyra de

repente, con esa tenacidad suya marcada a fuego en la mirada.

La frase fue tan repentina que X no supo cómo reaccionar, sencillamente abrió los ojos, confuso.

—¿O es que acaso quieres acabar como mi amigo? ¿Quieres que alguien te controle?

A pesar de que Kyra se había abierto completamente a él, X solo supo reaccionar a la defensiva.

—¿Desde cuándo te importa lo que yo haga?

—Desde que le importas a Trix.

Algo en su voz provocó que todos los escudos de X cayeran al suelo. Quedó completamente indefenso en una situación en la que no sabía actuar y con una mujer que lo confundía en todos los sentidos. Lo confundían sus acciones, qué pensaba, cuáles eran sus motivaciones, por qué a veces parecía personas diferentes… y también sus sentimientos. Aunque para empezar, ni siquiera X entendía los suyos propios.

—¿Solo te importo por Trix? —La pregunta le salió más áspera de lo que pretendía.

Kyra sostuvo su mirada. Apenas un par de palmos los separaban, y el aire entre ambos se tensó como un cable a punto de romperse.

—Sí, solo por Trix… —dijo ella, aunque en sus ojos había algo que desmentía las palabras.

X no supo si ese brillo era rabia, compasión o algo imposible de nombrar. Quiso interpretarlo, acercarse a la respuesta en lugar de a sus labios. El gesto quedó suspendido en la duda, en ese espacio donde nada estaba dicho y todo parecía posible.

La puerta se abrió de golpe y la tensión estalló como un vidrio al romperse.

—X Freeman, vienes con nosotros.

◗ 11:28

La habitación a la que llevaron a X no tenía esquinas. Ni olor. Ni sombra.

Todo estaba cubierto por superficies lisas, blancas, sin un solo resquicio donde refugiar la mirada. Era un cilindro pulcro y aséptico, iluminado desde el techo por una luz sin origen visible, constante, que no proyectaba más que su propia omnipresencia. En el centro, una silla reclinable de aspecto odontológico le sujetaba brazos, piernas, cuello y frente con abrazaderas cromadas. Sentía la presión metálica en la piel como un recordatorio de lo poco que le quedaba de humano.

Un pitido rítmico flotaba en el aire, intermitente, como el zumbido de un respirador artificial que nadie necesitaba. No había ventanas ni puertas visibles.

Le ardía la nuca por la tensión acumulada. Sabía que el dolor llegaría, eso le era indiferente. Lo que le aterraba era que tal vez, después de todo, no lo matarían. Tal vez ReCorp quería algo peor. Tal vez querían convertirlo en uno de ellos. Y si eso ocurría, su historia no terminaría. Solo cambiaría de narrador, convirtiéndose en un soldado sin alma como los que lo habían capturado.

Un leve siseo precedió la apertura de un compartimento invisible en la pared. De él emergió un hombre que no parecía encajar en absoluto con el entorno. Ni bata, ni máscara, ni implantes visibles. Iba vestido con una camisa de lino azul claro, los puños arremangados con informalidad calculada y unos pantalones de pinzas beige. Sonreía. No con burla ni con sadismo, sino como lo haría un comercial al entrar en una sala de juntas.

—Buenos días, X —saludó con una voz templada, como si ya se conocieran—. Me llamo Bran y seré su torturador en el día de hoy.

Caminó hasta colocarse frente a él, junto al panel opaco. Activó una consola flotante que apareció a su derecha con un gesto suave de la mano. La revisó unos segundos, asintiendo para sí, y volvió a mirar a X con aquella sonrisa serena que comenzaba a resultar insoportable.

—Antes de empezar, permítame presentarle el propósito de esta sesión. Deseamos determinar el grado de conocimiento que posee sobre nuestras operaciones en Atlas, posibles filtraciones y, por supuesto, la red de contactos con la que está colaborando. Si coopera, será rápido; si no, se alargará un poco. Nada personal.

Se apartó el cabello de la frente, como si hiciera calor.

—En cuanto a las herramientas, utilizaremos una combinación de estímulo sensorial invasivo, inhibición de memoria y algunas técnicas de reprogramación leve. Todo certificado por nuestro departamento legal y aprobado por el comité de ética de ReCorp, por supuesto.

X ni siquiera era capaz de determinar si las palabras de ese hombre eran sarcásticas o no.

Pulsó un icono en la consola y una bandeja descendió del techo, desplegándose con precisión. Sobre ella descansaban varios dispositivos que no parecían herramientas de tortura, sino utensilios médicos de última generación: un módulo craneal con ventosas, un gotero sin tubo, un implante translúcido del tamaño de un chip. Bran los señaló como si presentara opciones de catering en un evento corporativo.

—Esta es la agenda prevista: en primer lugar, lectura superficial de patrones neuronales para evaluar su umbral de resistencia. Luego, la fase de preguntas. Finalmente, una posible sesión de condicionamiento si determinamos que puede ser útil como activo. Todo grabado, por supuesto, para revisión posterior.

Dio un par de golpecitos en la bandeja, satisfecho.

—¿Alguna duda antes de comenzar?

X estaba perplejo. Había presenciado numerosas torturas —a un lado y al otro de la silla—, pero nunca nada como aquello.

—Pues nada, empecemos. Y recuerde: esto no es personal. Es solo trabajo.

Activó el primer dispositivo, que se alzó con un leve zumbido y flotó hasta situarse sobre la frente de X. La sonrisa de Bran no se alteró ni un milímetro.

X vivió los siguientes minutos como un examen médico: Bran evaluaba su umbral de dolor. Él nunca aprendió tal metodología, pero era muy inteligente. Cada persona tenía una tolerancia al dolor

diferente, ya fuese por genética, entrenamiento o causas médicas. Decir que algo dolía más que «una patada en los huevos» era inherentemente impreciso, porque ante la misma patada, Milo podría percibir mucho más dolor que X. Bran estaba creando un umbral completo de X para poder aplicarle el dolor justo y necesario para que hablase.

—Impresionante —dijo cuando vio los resultados finales—. No me cabe duda de que usted es alguien experimentado en este arte. Qué ilusión, hoy tendré que esforzarme al máximo.

Le colocó unos sensores en los laterales del cráneo y una máquina se encendió con un zumbido agudo. Un campo electromagnético azul se desplegó sobre la frente de X, como una segunda piel vibrante. Bran activó la primera secuencia. No hubo descarga eléctrica ni gritos, el dolor llegó como una idea invasiva, una certeza visceral de que algo iba mal dentro del cuerpo. La náusea le subió al instante, un sudor frío le recorrió la espalda y cada latido le golpeó en las sienes.

—Vamos a empezar con lo básico. ¿Qué sabe sobre los legacy?

X apretó los dientes. No dijo nada.

Bran asintió, comprensivo, y deslizó un dedo por el panel. La intensidad del dolor que experimentaba se multiplicó.

—¿Quién le habló de ReCorp?

Nada. Solo respiraciones lentas y controladas. El empleado de ReCorp aumentó una vez más la potencia.

—¿Qué buscaba al venir aquí?

X se mantuvo inexpresivo. Bran alzó las cejas en señal de asombro y apagó la máquina.

—Comencemos con la estimulación por braindiving.

A X no le gustó cómo sonó eso, y le gustó todavía menos cuando de debajo de la bandeja sacó un dispositivo que ya conocía muy bien. El último brainfuck que experimentó fue el que le infectó con Blackout y provocó que matara a Cleo. Sin embargo, se mantuvo sereno, lo peor que alguien podía hacer en la posición de X era mostrarle a su torturador la efectividad de sus métodos.

Bran le colocó el dispositivo de braindiving en la cabeza y, para sorpresa de X, no se sumergió en ningún BF. Lo que hizo fue evocar

experiencias propias, como si realmente las recordara, aunque con una viveza e intensidad mucho mayores.

X se vio de nuevo llegando al puerto de Atlas, dos años atrás, recorriendo por primera vez las calles del país. La angustia de aquel momento regresó intacta: la impotencia de saber que ese era el único lugar que le quedaba, el asco que le provocaba la ciudad… y el que se provocaba a sí mismo por estar allí. Permaneció en esa escena varios minutos, con un nudo formándose en su interior, apretándole por dentro hasta casi dejarlo sin aire.

—¿Qué sabe sobre los legacy?

Al escuchar esa pregunta, la reminiscencia que tenía en la cabeza desapareció por completo. Volvía a estar en esa silla de laboratorio, mirando a un tío que no dejaba de dedicarle una sonrisa de profesional comprometido.

«Así que esto es que jueguen con tu cabeza con braindiving», pensó X con el mismo desaliento con el que veía casi todo lo de ese país: una mezcla de fascinación y repugnancia.

Un recuerdo irrumpió sin aviso. Su hermana Pleya estaba sentada en la mesa, vestida con la única ropa sin agujeros que usaban para el colegio, la mirada fija en algún punto que no veía. El reloj marcaba las ocho y media. Un portazo. Pasos pesados, arrastrando tierra y alcohol. La voz de su madre, aguda, suplicando algo que no alcanzaba a entender. Un golpe seco contra la pared. Silencio. Y luego… los gritos. Tan afilados que parecían romperle el aire en los pulmones. Su propio cuerpo en el suelo, las costillas ardiendo, incapaz de moverse. Un destello de acero en su mano, una puerta que cede, un cuerpo encorvado sobre otro. Sangre cayendo en gotas lentas sobre la piel pálida de su hermana. Después, nada.

—¿Quién le habló de ReCorp?

Esta vez le sorprendió menos que el recuerdo desapareciera. Aunque una parte de él sintió pena. Por mucho dolor y arrepentimiento que le causara esa escena, la soportaría las veces que hicieran falta con tal de alargar la sensación de volver a tener a su hermana.

Sin embargo, no pasaron muchos segundos hasta que una nueva imagen se formó en la mente de X. Volvió a encontrarse en aquel

piso a medio construir, con el viento helado colándose por la ventana cubierta de plástico. Sintió de nuevo el frío en las manos… y la pegajosidad tibia de la sangre. El olor metálico lo envolvió antes de verlas, teñidas de rojo hasta las muñecas. Sobre sus rodillas, el cuchillo descansaba pesado, acusador. Giró y la vio en el suelo, con el pecho convertido en un mapa de heridas imposible de descifrar. Cuando la abrazó, la piel de Cleo estaba helada, y aquella palidez le atravesó más que cualquier cuchillada. La soltó con un espasmo, arrastrándose hacia atrás, incapaz de apartar la vista de sus manos. Eran las suyas. Y con ellas había matado a Cleo Rojas.

—¿Qué buscaba al venir aquí?

X sintió cómo el aire volvía a entrar en sus pulmones cuando aquellas imágenes insoportablemente nítidas se disiparon y lo dejaron con la sensación de que aún tenía las manos manchadas. El estómago se le encogía, como si hubiese tragado piedras, y cada latido le golpeaba las sienes. No quería darle el placer de verlo roto. Forzó una carcajada seca, tan hueca que se quebró antes de llegar a ser risa. El sabor metálico de la sangre le llenaba la boca, filtrándose de una encía abierta quién sabe cuándo. Por fuera, parecía indemne; por dentro, las imágenes seguían mordiéndole, pero supo ocultarlo lo bastante bien como para que Bran no notara la grieta.

—¿Crees que esto es tortura? —musitó entre jadeos—. Esto no es nada. No eres más que un aficionado con juguetes caros.

Bran se detuvo, interesado.

—¿Lo dice por su entrenamiento en la RES?

X le escupió sangre cerca del zapato.

—Allí, cuando torturábamos a nuestros enemigos o ellos lo hacían con nosotros, era por supervivencia. Vosotros solo queréis respuestas. Sois blandos. Mercenarios con batas. No tienes ni idea de lo que es sufrir de verdad.

Bran enarcó una ceja, sorprendido.

—Es una cosa extraña de la que fardar.

X contuvo una mueca. El dolor seguía atravesándolo, pero había algo más en esa sonrisa demasiado perfecta. El tipo nunca había salido de un laboratorio. Nunca había sentido la suciedad real de una guerra. Y esa carencia era, en sí misma, una grieta.

Aprovechó el aire que logró robar entre jadeos y dejó que su voz saliera áspera, medida, como quien suelta la primera ficha en una partida larga.

—Puedes medir mi umbral de dolor y jugar con los límites, pero eso no deja de ser un número. Estoy acostumbrado a un nivel de sufrimiento mucho mayor. No era más intenso, sino más metódico. Vosotros vais al grano; en Europa te hacían sufrir sin motivo, solo para borrarte como persona.

Bran se quedó serio unos segundos, como si de repente estuviese en un seminario de su profesión.

—Interesante perspectiva.

—Además —dijo X con un tono diferente, que provocó que Bran se detuviera antes de retomar su labor—, la tortura es para intimidar, reacondicionar, vejar… pero no para obtener información. Para eso hay métodos más efectivos.

—¿De veras? —respondió con un tono de molestia por que su paciente se hubiese convertido en una especie de profesor.

—Aunque claro, es un arte mucho más complejo de perfeccionar, al menos mucho más difícil que poner unos sensores y apretar unos botoncitos.

Bran lo observó con una mueca de molestia. Ese era su problema, carecía de vivencias más allá de un laboratorio pulcro como aquel. X nunca había sufrido una tortura tan intensa como esa, pero Bran no lo sabía, y ahí quedaba expuesta su carencia. De nada servía causar dolor y hacer preguntas si luego no sabías interpretar las respuestas. Si seguía cinco minutos más, X acabaría hablando. Pero él tenía otros planes.

—Por ejemplo, tú, como torturador, debes conocer mucha información de ReCorp, ya que tienes que poder identificar la verdad y mentira en las respuestas de tus «pacientes», como tú los llamas.

El torturador frunció el ceño, seguramente confundido por la extraña dinámica que estaba tomando esa sesión. Algo para lo que, por su apariencia, no tenía entrenamiento.

—Yo ahora te podría preguntar si la secta Forma Zero es parte de ReCorp y si sirve como proveedor de los cuerpos legacy que luego vendéis a otros clientes.

Bran se quedó helado. Los ojos se le abrieron más de la cuenta, como si alguien le hubiera arrojado agua fría al rostro. Se incorporó ligeramente, los labios entreabiertos, a medio camino entre la risa nerviosa y el asombro absoluto.

—¿Perdona? —soltó, con una carcajada tensa que se le atragantó en la garganta—. ¿Forma Zero? ¿Me estás preguntando por…?

—O te podría preguntar sobre cómo captáis clientes, dado que estáis en la sombra. Tras insistir lo suficiente, seguramente me dirías que vuestro comercial más exitoso, y al que debéis la mayoría de vuestros ingresos, es Nestor Prym, en representación de El Director. Es él quien capta mercenarios y personas frágiles para que Forma Zero los convierta en legacy. Y luego es quien busca clientes como empresas privadas o clanes para que adquieran esos soldados infalibles de ReCorp. ¿No es así?

Bran abrió la boca, pero ninguna palabra consiguió salir. Durante un segundo interminable, pareció no saber si echarse a reír o levantarse y golpear algo. Sus manos temblaban a la altura del pecho, suspendidas como si hubieran olvidado su función. Después, bajó los brazos de golpe y dio un paso atrás, tropezando con su propio talón.

—Esto… esto no estaba previsto —murmuró, con los ojos clavados en un punto fijo del suelo—. Esta conversación no está en el protocolo. No está… en la agenda del día.

Intentó recuperar su pose, sacudiéndose la camisa como si así pudiera deshacer el temblor que aún le recorría los dedos.

—¿Cómo sabes eso? —exigió de repente, alzando la voz, no con autoridad, sino con un pánico mal disimulado—. ¿Quién te lo dijo? ¿Quién te autorizó a conocer…?

Se interrumpió a sí mismo. Sus pupilas recorrían la sala como si buscara una cámara oculta que explicara la trampa en la que había caído.

X no respondió. No lo necesitaba. Bran acababa de confirmárselo todo, con su miedo, con su bloqueo, con ese sudor frío que la tecnología de ReCorp no habría identificado.

—No te sientas mal —dijo X, con el tono de quien corrige al camarero novato que se equivoca con el pedido—. Como te he

dicho, hay un arte detrás de esto que nunca perfeccionarás si no sales de este laboratorio. Pero, oye, míralo por el lado bueno: ya sabes una parte de lo que conozco. Y te puedo asegurar que, por mucho que lo intentes, no vas a conseguir sacarme nada más.

Cuando Bran volvió a hablar, lo hizo con un tono desprovisto de la cercanía anterior.

—Ya que has tirado mi agenda por la ventana, improvisemos de verdad. ¿Dices que en Europa se tortura solo por diversión? Me gustaría probarlo. Esto ya no es solo trabajo. Se ha convertido en algo personal.

La sonrisa comercial de Bran se deshacía poco a poco: un temblor en la comisura, pausas forzadas y dedos inquietos que acabaron inmóviles.

Cuando el torturador volvió a mirarlo, ya no era el mismo. Sus labios se habían tensado, mostrando los dientes en una mueca que nada tenía de profesional. Sus ojos, antes vivaces y comunicativos, se volvieron opacos, con un brillo febril que parecía prender desde el fondo. Lo que empezó como un vendedor disfrazado de profesional médico derivó en algo más crudo: alguien que, por fin, dejaba de fingir.

—Traed a la segunda paciente —dijo por su NED.

X se maldijo. Había pasado demasiado tiempo sin manipular a nadie así. Se notaba oxidado. Tendría que haberse percatado de que alguien capaz de presentar una tortura como una reunión corporativa era exactamente el tipo de persona que no debías desestabilizar. Y, por la mirada de Bran, hacía rato que la estabilidad había abandonado la sala.

La puerta de la sala se abrió y dos soldados entraron con Kyra, esposada y con las mismas vendas en los ojos que él había llevado antes. La condujeron hasta quedar detrás de X, fuera de su campo de visión. Por el sonido de las correas y el roce metálico, la sentaron en una silla idéntica a la suya.

Bran pulsó un botón en su pantalla y la silla de X comenzó a girar. Cuando el mecanismo se detuvo, quedó frente a frente con Kyra, que lo observaba del mismo modo. En su rostro no había ni rastro de miedo; lo que asomaba en sus facciones era una curiosidad

desafiante.

—Todo el dolor que vas a sufrir en la próxima hora es culpa única y directa de tu amigo —dijo Bran con cinismo.

—Vaya, qué novedad —dijo Kyra con hastío.

X realmente tenía interés por ver qué hacía esa versión psicopática de Bran, pero ya contaba con la información que necesitaba y tampoco veía necesario perder el tiempo. Se conectó a su NED, reactivó la conexión de todos sus implantes y, liberando la inercia acumulada en sus Garras de Cromo, se zafó de la silla de tortura.

◗ 12:16

Bran le miró con los ojos desorbitados.

—Deberías decirle a tu jefe que instale un inhibidor con más potencia —dijo X—. Y, desde luego, que no sea inalámbrico. Lo inhabilité hace cuarenta minutos.

X le debía esa salvación, una vez más, a los implantes de Juno.

—¿Me estás diciendo que has soportado todo ese dolor voluntariamente?

—Necesitaba sacarte información.

Bran había lanzado aquella pregunta para despistarlo, sin demasiado éxito. X le sujetó la muñeca antes de que alcanzara el botón oculto bajo la mesa, pero ya era tarde: los ojos de Bran se iluminaron con un destello anaranjado. Había saltado la alarma a través del NED.

Sin soltar su muñeca, X giró su brazo y aprovechó la inercia para arrastrarlo hacia él; las Garras de Cromo absorbieron la fuerza del tirón y la devolvieron en un golpe seco de canto contra la sien. El impacto apenas hizo ruido, pero la mirada de Bran se apagó al instante. Se desplomó sobre la mesa como una marioneta sin hilos.

Una alarma rugió por la sala, tintando las paredes de un brillo rojo molesto cada pocos segundos. X se acercó a Kyra y rompió sus fijaciones.

—Yo me encargo de minar información, tú entretén a quienes vengan —dijo Kyra corriendo hacia la unidad en la que Bran se había conectado.

El pitido agudo de sus sensores de amenaza precedió a un estallido en la puerta. La hoja metálica se hundió hacia dentro con un golpe sordo y entre el humo irrumpieron cuatro soldados legacy. Armaduras negras, visores rojos y un paso sincronizado como si fueran el mismo hombre.

El primero levantó el fusil. X apenas alcanzó a apartarlo de un manotazo; el fogonazo le abrasó la oreja y el estampido le reventó los tímpanos. Descargó la fuerza de golpe en el pecho blindado y el impacto lo lanzó contra dos compañeros. Los tres cayeron entre

placas negras y armas, con un estruendo metálico que llenó la sala.

El cuarto entró disparando ráfagas cortas. X se agachó, sintiendo cómo las balas pasaban rozándole el hombro. Avanzó en una zancada baja, atrapó el cañón del fusil enemigo y tiró con brusquedad hasta arrancárselo de las manos. Usó la propio arma como palanca para barrerle las piernas y, antes de que tocara el suelo, descargó un toque eléctrico en su hombrera que lo dejó inconsciente al instante.

Uno de los derribados recuperó el equilibrio y embistió a X con una rodilla potenciada. Él bloqueó con el antebrazo cromado, absorbió la fuerza y la liberó de inmediato en un latigazo de codo contra el casco. El visor se apagó y el cuerpo se desplomó.

—¿Cuánto más? —dijo X sin apartar la vista de la puerta.

—Treinta segundos —dijo Kyra en un tono seco.

Un nuevo trío de legacy irrumpió en la sala. X cargó hacia ellos, encadenando un bloqueo, una torsión y un empuje potenciado que dejó al primero colgando de la pared como si lo hubiera golpeado un tren. El segundo intentó flanquearlo, pero X giró, descargó una patada al muslo y le inyectó una descarga eléctrica que lo dejó convulsionando en el suelo. El tercero vaciló al ver la escena, lo justo para que X cerrara la distancia y lo derribara con un golpe ascendente de las Garras de Cromo, seco y cargado de inercia, que lo dejó inconsciente.

—Listo —dijo Kyra, desconectándose del ordenador central de la sala.

X derribó al último que aún se arrastraba por el suelo, le quitó el arma y la arrojó al otro lado de la habitación. Kyra pasó a su lado y él se colocó tras ella, cubriendo la retirada. Cruzaron la puerta justo antes de que otra oleada de pasos resonara en el pasillo. Todos los corredores palpitaban con la misma alarma de fondo mientras corrían hacia el único lugar donde no se escuchaban pisadas.

—Necesito encontrar a mi amigo.

—No tenemos tiempo, Kyra, debemos escapar…

No terminó la frase. La mirada de su acompañante dejaba muy claro que no se trataba de una petición.

Ya sin tener que preocuparse de ser sigilosos, se movieron con

libertad por el edificio. Kyra utilizaba el implante CRONOS para registrar algunos lugares prometedores mientras X trataba de neutralizar a los enemigos. En una de las salas encontraron las armas que les habían requisado —las katanas de Kyra y el fusil inteligente de X—, pero no había rastro del amigo legacy.

—Cada vez vienen más soldados —dijo X con la respiración entrecortada.

Kyra no respondió. Ambos entraron a una de las oficinas abiertas y se encontraron con la boca de un arma esperándoles. X consiguió bloquear el primer ataque con las Garras de Cromo y, en el segundo, escuchó un clic muy característico, la secuencia de tiro del enemigo se había bloqueado por algún problema del arma. Cargó su brazo antes de que la arreglara y arremetió contra el hombre, pero antes de golpearlo, se encontró con el brazo de Kyra impidiéndole que extendiera del todo su ataque. El contraataque del soldado, al ver que X venía contra él, impactó en la nuca de Kyra y la derribó de inmediato.

—¿Qué cojones haces? —dijo X sin quitar la mirada del soldado.

Durante un segundo, trató de identificar si era legacy o no, y entonces se dio cuenta de que era el mismo que les había atacado antes de que los capturaran.

—¡Han, soy yo, Kyra!

Su grito rebotó en el hombre impasible, que seguía con la mirada fija en X, como si Kyra no fuese más que un simple perro encadenado que ladraba. Con una finta se aproximó a X y lanzó un golpe a su cabeza. Este lo esquivó y le asestó un rodillazo en el abdomen, acompañado de una descarga que le sacudió todavía más.

—¡Quieto! —Kyra lo empujó con tal fuerza que X chocó contra la pared.

—¡Es un legacy! —gruñó él, esquivando un golpe de Han.

—¡Es Han! —dijo ella, aferrándose al brazo del enemigo.

X lo bloqueó de nuevo y descargó otro rodillazo.

—¡Ya no queda nada de él!

—¡Cállate! —Kyra forcejeó, tratando de sujetar al hombre por la espalda.

El legacy se revolvió con un codazo brutal. Kyra cayó de rodillas.

—Lo único que puedes hacer es averiguar quién le da las… —empezó X.

El puñetazo de Kyra le cortó la frase. X escupió sangre y la fulminó con la mirada: ya había tenido suficiente. Al ver que Han empezaba a recomponerse, sujetó a Kyra por la cintura, la echó a la espalda y salió corriendo por el pasillo.

—¡Suéltame! —dijo vapuleando su cuerpo.

X ignoró los golpes que le llovían, hasta que escuchó el sonido inconfundible de una de sus katanas deslizándose fuera de la vaina. Dejó caer a Kyra sin miramientos.

—Nos vamos ya. —Al girar la vista, vio a cinco soldados corriendo hacia ellos—. Si quieres salvar a Han, debemos encontrar una forma de revertir los efectos de la conversión a legacy. Así solo vas a conse⟦⧓⧓⍜⍦⧏⧓#⍦●#⍦⊥↯●#✧⌐
⊠⧅⍜↯⍦##□⏃⧓⟩
⍦⏃↯⍦⊥⧓⍜↯#↯⍦⍜#□⧓⟦✧↯#↯⍦⧅⍦⊕⍜⧓⧋↯⍜⍟✧⍦↯
⍦⧓✧↯⍦⧓⧓#⍜●↯⍦⏃↯●#⍜↯⏃⌐⍦⏃⏃#⟦↯⍜⍟✧⍦↯⍦⧓
✧↯□⍦#□⊕↯⏃#⍜↯□⍦##⍦□#⍜⏃⧓⊕⧓⍟⋉⍦⧓✧⍦●
⏃✧#⏃⍦#□●⍜#⊕↨⍟⋉⍦□↯●⧓⍜↯#⍟⍦⧓⍟⍜⍦⏃⍦
#⊕⍟⍦##⍦⏃↯⍦↯⏃↯⍜⊥↯⌐⍦#⏃⍦⊥#●↯⏃⍦##⍦⏃⍟
□⍦⧓#⏃#↯⧫⍟□⍦⏃⧓⧫⍜↯◆↯⍦◆↯⧉⍟⍦⊕↯#↯⍦⧓⧓□
↯#↯⋉⍦↯⊕#⏃#⍜↯✧#⍟⍦⏃↯⍜#□⧓⧓⍜↯⊕⧓⟩
✧⍦##⍦⧖⌐⍦⊠⧅⍜↯⍦□⧓◆⟨↯⍦⧓⍟⍜⍜↯✧●#⋉⍦
↯◆⍜⧓#✧#⍟⍦#⏃⍦⧓↯□⍟⍦⊕⍟✧⍦⧓✧↯⍦⊥↯✧⍟⍦#✧
⍦⏃↯⍦◆↯⍜↯✧#⧓⏃⏃↯⍦⧅⍦⏃↯⍦⍟●⍜↯⍦#✧⍦⏃↯⍦#⊥
⧓⧓⧫↯#⧓⍜↯⍦##⍦⧓✧↯⍦⊠↯●↯✧↯⌐⍦#✧●⍜#⍦⊕↯
#↯⍦●⍜↯⊥⍟⋉⍦□#⍦↯□⍟⊥↯◆↯⍦↯⧓#✧↯□⍦⏃⍟⍦⧉⧓
□●⍟⍦⧓⋉↯⍜↯⍦⊕⍟⊥⧓⍜⍟◆↯⍜⍦⧏⧓#⍦#⏃⍦⍜#⏃⏃↯✧
⍟⍦#□●↯◆↯⍦##□⋈#⧉↯#⍟⌐⍦✧⍟⍦⨦↯◆⏃↯◆↯✧▀
⍦#⏃⍦⍜⧓⧓#⍟⍦##⍦⏃↯□⍦◆⍟●↯□⍦⧅⍦⏃↯⍦□⧓⍜#✧

X dio un paso atrás, observando a la decena de soldados que le apuntaban con las armas en alto hasta cerrar un semicírculo frente a él. El brillo morado que envolvía sus puños estaba salpicado de manchas de sangre dispersas a lo largo de sus brazos.

Entonces sacudió la cabeza. ¿Qué había pasado? ¿Dónde estaba?

Miró a su alrededor. Veía el cielo, era una azotea. Al mirar a su izquierda, se encontró con Kyra.

—¿Ya has vuelto a ser tú?

Su voz tenía un tinte de terror que nunca le había escuchado.

Una notificación en su NED respondió a la pregunta.

Erosión del vector de decisión identificado.

Se ha alcanzado la tercera fase del protocolo de deterioro cognitivo.

Carga cognitiva aproximada: ≈84 %.

Ya no eran simples lagunas en las que olvidaba frases sueltas. Por un momento, había sido como cuando lo infectaron con Blackout. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cinco minutos? ¿Diez? ¿Más? Sacudió la cabeza. Solo debía resistir un poco más.

Abrió los puños y levantó las manos con pausa. No tenía ni idea de cómo habían acabado en esa situación, y desde luego que tampoco sabía cómo iban a salir. Kyra imitó su redención. Los soldados avanzaron con pasos cortos hasta quedar a pocos metros, donde se detuvieron en seco.

—Que nadie se mueva.

La voz llegó desde atrás, oculta tras la barrera de soldados. Estos se abrieron en el centro y, por el pasillo que formaron, avanzó un hombre trajeado que no tenía nada en común con quienes, hasta hacía un momento, amenazaban su vida.

—Mi nombre es Markus Calder. Presidente de ReCorp.

Su voz sonaba tan natural que casi parecía una presentación de negocios. Kyra recuperó de inmediato la agresividad en su cuerpo.

—Para tener un edificio entero en Nuevo Centro, nunca había escuchado tu nombre ni el de tu empresa —dijo X.

—De eso se trata —respondió Markus, con una sonrisa impecable —. Nuestros clientes valoran la discreción.

—Ya veo, más incluso que algunos de mis amigos drifters.

Markus le dedicó una sonrisa de anuncio de dentífrico. Debía de estar igual de entrenada que la actitud distendida que mostraba.

—La diferencia es que nosotros no hacemos nada ilegal.

X retrocedió un par de pasos, con un gesto que parecía instintivo, casi casual, pese a que la azotea no contaba con ningún muro de protección. A apenas un metro lo aguardaba una caída de decenas de plantas.

—Nunca me he tomado la ley de este país como un sello de confianza. Lo que hacéis está mal.

—¿Darle una segunda vida a cuerpos que, de no ser por nosotros, estarían enterrados o incinerados?

—*Cuando te diga, abrázame por la espalda* —le dijo X a Kyra por el NED.

Ella mantuvo el semblante tenso.

—¿A esto llamas darle una segunda vida?

Señaló a los soldados que apuntaban al suelo, seguramente por orden del hombre que tenían delante.

—No me vengas con moralinas, X Freeman. Sé quién eres. Y también sé de dónde vienes y qué hacías en el ejército de la RES. Además, viendo tu cuerpo lleno de metal, está claro que tú tampoco te dedicas a la jardinería. Es más, puede que dentro de poco seas uno de ellos.

Hizo un gesto con la cabeza, manteniendo la candidez de su expresión, lo que hizo más perturbadora esa imagen. X ya se había cansado de esa conversación.

—Si realmente me convierto en un legacy, espero que me dejes quedarme con estas.

Mostró las dos manos metálicas y las cerró con fuerza.

—¡Ahora!

En cuanto sintió el contacto de Kyra en su espalda, X activó las Garras de Cromo. Toda la inercia acumulada durante los minutos en que había perdido la conciencia se liberó de golpe y los proyectó a ambos hacia atrás con una fuerza brutal. Siguiendo la trayectoria que su NED había calculado, describieron una parábola sobre el vacío de la avenida que se abría bajo ellos. Un edificio surgió bajo sus pies y, segundos después, aterrizaron en una azotea ajardinada, rodando por el césped hasta detenerse.

—¿Estás bien? —le dijo X a Kyra cuando se incorporó.

Ella asintió con la respiración entrecortada.

X fijó la vista en el edificio de enfrente, a una veintena de metros. Markus seguía aferrado a su fachada de empresario afable, mientras los soldados que lo rodeaban alzaban las armas. Sin perder tiempo, X y Kyra se lanzaron hacia una abertura en la azotea donde habían aterrizado y lograron desaparecer justo cuando los legacy abrían fuego.

◗ 13:00

X y Kyra habían vuelto a la oficina de No-One. Con unos minutos de respiro tras escapar de ReCorp, X comprobó que la situación con los Siracusa no hacía más que escalar. Milo le puso al día: los Greco habían intentado atacar a Dante, aunque Carlo se encargó de arruinarles el plan. En un principio, que el capo de Sotomonte se alineara con Dante parecía una maniobra temporal, pero todo indicaba que su lealtad estaba realmente con él. X se maldijo al ver todo eso. Debía darse prisa, esa guerra interna ya había llegado a las armas, con varias víctimas, según le había contado Milo.

Salieron de las escaleras hacia el pasillo en el que se encontraba la oficina de X. Hacía seis días que no pasaba por ahí, el tiempo que llevaba su nombre en Prometheus. Sorprendentemente, la puerta seguía puesta en su sitio, junto a la pantalla que decía:

> *Si eres un cazador y me estás buscando, no estoy aquí. Esta es mi localización en vivo.*

Lógicamente, la ubicación que aparecía en la pantalla no era la suya real; de serlo, en ese momento marcaría su oficina. En cambio, señalaba un punto aleatorio en Puerto Bahía, donde debía de encontrarse el taxi en el que X dejó el rastreador conectado a aquella pantalla.

—¿Esto realmente te ha funcionado? —preguntó Kyra con una mezcla de diversión e incredulidad en el rostro.

—Lo puse cuando mi recompensa era doce mil. Para esa gente, sin duda. Van a esa localización, están un rato buscándome y, cuando se dan cuenta de que hay recompensas más fáciles de obtener, se rinden. Ahora que ya he sobrepasado los ochenta mil créditos, es otra historia.

X se conectó al sistema de seguridad y revisó los registros recientes. Una docena de mercenarios habían intentado entrar; algunos probaron a forzar la puerta blindada sin éxito, otros intentaron acceder por las ventanas y huyeron al ver las armas automáticas proyectadas en el interior. La mayoría de cazadores se

limitaron a vigilar desde el edificio de enfrente y desistieron al no detectar calor humano. Sin embargo, las grabaciones mostraban dos intrusiones por el mismo punto: el sistema de ventilación. No sabía cómo el primero había burlado los sensores de movimiento, aunque apenas se le veía husmear por la oficina y la sala señuelo. El segundo intento fue de Trix, que entró para llevarse algo de la planta baja. Tras confirmar con las cámaras térmicas que no había nadie oculto, X desactivó la seguridad y abrió la puerta.

Kyra recorrió la habitación con la mirada y, dado que no dijo nada, X asumió que estaba impresionada.

—Cuéntame qué información has obtenido de ReCorp —dijo X, dejándose caer en la silla de su escritorio.

Sin percatarse, la tensión de la última semana empezaba a pasarle factura. Las primeras indagaciones sobre el paradero de Axel Black, la discusión con Trix, Forma Zero, la mejora del ciberware, ARCO y los Siracusa, ReCorp… El solo hecho de sentarse le pareció un lujo.

—¿Así? ¿Tan fácil? —respondió Kyra mientras leía el acertijo que tenía enmarcado en la pared.

—Esa información la hemos obtenido entre los dos. Si no hubiese retenido a los soldados, no habrías podido conseguir nada. Y te recuerdo que hemos escapado gracias a mí.

Las últimas palabras las pronunció alzando las manos y mostrándolas como un mago que tiene una bola de fuego sobre la palma.

—Cierto… pero en ningún momento te pedí que lo hicieras. Fue decisión tuya…

X se levantó de repente, cortando a Kyra. Estaba demasiado cansado como para esos juegos. Ya conocía lo suficiente a esa mujer como para descifrar su comportamiento. Si ella no pretendía ser la primera que cediera, lo haría él.

—Ven —dijo cuando entró al baño.

Kyra se acercó con paso decidido, pero al llegar al servicio no supo qué decir. X apoyó las palmas de las manos en el espejo y el suelo de la ducha se introdujo dentro de la pared y reveló las escaleras que bajaban al piso inferior.

Si Kyra se impresionó, no lo mostró. Siguió a X hasta su verdadera

vivienda, la que hasta unos días atrás compartía con Trix. Su mirada recorrió la estancia. Por su expresión, reconoció algunas prendas y posesiones de Trix, pero siguió sin hablar.

X llegó hasta el segundo acceso bloqueado y accionó el mecanismo que desplazaba el cuadro del pueblo en las montañas y desvelaba una última estancia. Ya dentro de la sala, Kyra dio un paso atrás al verlo… No era simple sorpresa: era como si de golpe entendiera el peso de los últimos dos años de ese hombre. Cada hilo, cada rostro, cada trazo en aquel mural era un recordatorio físico de su obsesión, y también de su dolor.

Se acercó despacio, los ojos recorriendo la maraña de conexiones, y al detenerse frente al retrato de Cleo Rojas, su respiración se quebró. Alzó la mano como si fuera a acariciarlo, pero se quedó a un palmo, conteniendo el gesto con una tensión visible en sus dedos.

—Después de lo del Blackout escuché que la hija de una directiva de los Santinos, Dalia Rojas, había muerto, pero nunca supe de qué.

X hizo un ademán hacia la pared, como si eso fuera respuesta suficiente.

—Estás buscando a su asesino —dijo Kyra con ímpetu.

—No. Ya sé quién la asesinó.

Kyra frunció el ceño al ver la imagen en negro con el título «El Director». X se adelantó antes de que pudiera decir algo.

—Fui yo quien la mató. Busco a quien me infectó con Blackout y usó mi cuerpo para hacerlo… y sé que no fueron los que eliminamos aquella noche, hace dos años.

Kyra se quedó con la boca abierta. Al cabo de unos segundos, asintió con vehemencia, como si por fin lo entendiera todo. Por qué la persona que tenía delante era tan distinta de la que conoció dos años atrás, qué había pasado para que un europeo que llegó odiando ese país y todo lo que significaba se hubiese convertido en un engranaje más de Atlas.

—Dame permisos para que me conecte al proyector —dijo Kyra de repente.

X acató su petición y delante de ambos se proyectó un listado de nombres seguidos de otros datos.

—¿Qué estoy viendo?

—Esta gente son cuerpos legacy que han llegado a ReCorp. ¿Te suenan esos seis? —dijo cuando se resaltaron unas filas.

X los miró con atención. Eran nombres normales, pero los había escuchado todos juntos en algún lugar.

—¡Son los de la sesión de elevación que presenciamos en Forma Zero!

—Correcto —dijo Kyra mientras descendía por la lista—. Y aquí también está el del hombre que buscas.

—Axel Black… —musitó X al verlo.

—Forma Zero es el embudo de entrada. Captan a gente desesperada o cercana a convertirse en legacy, y les dan un último empujón.

—Y es Nestor Prym —dijo X señalando su imagen en la pared— quien encuentra a esos candidatos y los introduce a la secta.

Kyra asintió con una expresión de repugnancia.

—¿Cómo se llama tu amigo? ¿También está en esa lista?

La Valquiria negó, apesadumbrada.

—No. Supongo que también obtienen legacy de otros sitios, y este listado es solo de los que provienen de Forma Zero.

La proyección se desvaneció unos segundos y fue reemplazada por otro listado de transacciones. Era un desfile frío de números y compradores. X reconoció varios: empresas de seguridad privada, corporaciones manufactureras, el propio Departamento de Defensa… hasta el empresario que visitó diez días atrás. No compraba máquinas, sino humanos legacy.

—Estas son todas las ventas de ReCorp en el último año —dijo Kyra—. Y como ves, uno de sus clientes más fieles es el gobierno.

X negó con la cabeza. Le sorprendía que ese país siguiera decepcionándole.

—Hace unos meses, la presidenta hizo un comunicado un tanto alarmante —continuó Kyra—. Tus amigos de la RES, al parecer, están resurgiendo como una amenaza muy real. Y no solo en Europa, también en Atlas.

—Lo sé —dijo X con un suspiro cansado—. Anunció un aumento de presupuesto para el ejército y su número de efectivos… Lo que olvidó mencionar es que parte de ese dinero se destinaría a comprar

los cuerpos de personas que se habían suicidado bajo coerción.

—Supongo que se lo desaconsejó su asesor de comunicación —dijo Kyra tratando de aligerar la tensión, pero X mantenía la mirada fija, los labios sellados y la mandíbula tan tensa que parecía morderse las palabras para no soltarlas.

—Así que no era ARCO quienes conseguían soldados legacy a través de ReCorp. Lo más probable es que también quieran frenar ese proyecto… igual que todos los demás desastres que el gobierno está financiando por debajo de la mesa.

Kyra asintió y en la lista marcó una nueva fila. X no la había leído hasta entonces, pero, cuando vio cuál era el nombre del comprador, cerró los ojos con una mezcla de rabia y resignación, como si necesitara un instante para contener el impulso de arrancar la lista proyectada.

—Dante Gallo —pronunció como si cada sílaba le raspase la garganta—. Compró cien cuerpos legacy ayer. Estado de la compra: entregado.

Esa era la reunión que presenciaron entre el ejecutivo de El Director y el presidente del clan de los Siracusa. La compra de un pequeño ejército privado para enfrentar a Bruno Greco. Soldados que nunca serían capaces de traicionarles porque solo podían seguir órdenes.

X se dejó caer en la silla frente al mural. Kyra apagó el proyector y la habitación quedó en penumbra, con un silencio breve.

—Están matando a personas. Las cazan y las hacen desaparecer —dijo X, con voz áspera.

—Y luego venden sus cuerpos —añadió Kyra, cruzando los brazos, conteniendo la rabia—. Con respaldo legal, en un vacío construido a medida.

—Y en el centro, El Director. Con Nestor Prym haciendo de cara visible.

—Buscan un perfil muy específico: cazadores de Prometheus, baja integración social, mucho ciberware, pasado militar.

—Gente sin vínculos. Sin nadie que pregunte si no vuelven.

—Los captan con Forma Zero, los borran y los convierten en legacy.

—Y luego los venden.

—Producto gratis. Ganancia total —concluyó Kyra.

El silencio volvió, más denso aún. X se levantó. Ambos respiraban agitados. Lo habían desmontado todo. Ahí estaba, al fin, la verdad, suspendida entre ellos como una descarga que no terminaba de caer.

Kyra lo sostuvo con la mirada, sin retroceder. No había victoria en sus gestos. X dio un paso. Luego otro. Y cuando estuvo lo bastante cerca, ella no se apartó. Antes de darse cuenta, sus labios se encontraron sin violencia, con una mezcla de vértigo y alivio.

◗ 13:26

Se separaron del beso con una lentitud medida, como si ambos esperaran que el otro pusiera un freno que ya no iba a llegar. Kyra lo miró de cerca, con los labios aún entreabiertos, y por un instante X pensó que iba a decir algo. Pero no lo hizo. Solo deslizó una mano por el centro de su pecho, deteniéndose un segundo sobre la tela de su chaqueta, tratando de grabar en la piel la forma exacta de su cuerpo.

A su alrededor les observaban cientos de imágenes, notas y uniones de pruebas, todo lo que X había reunido sobre El Director, pero el peso de esa obsesión desapareció en cuanto Kyra dio un paso hacia atrás. Tiró de él por la pechera, sin brusquedad, y lo guio hacia la puerta contigua. Él la siguió sin pensar.

Entraron en el dormitorio casi al mismo tiempo; Kyra lo empujó suavemente contra la pared y lo besó con una intensidad que arrastraba días de tensión y silencios. X respondió sin dudar, con las manos buscándose en una torpeza contenida hasta que el calor estalló entre ellos como una chispa largamente retenida. Mientras Kyra se desabrochaba la chaqueta sin apartar los ojos de él, X la sujetó por la cintura y la guio hacia la cama. La ropa cayó por el camino, arrancada a medias entre dedos impacientes y respiraciones entrecortadas.

La cama los recibió con un crujido seco. Kyra se enredó en él con fuerza, buscando afirmarse. Las manos recorrían sin orden, sin permiso. No hubo palabras, solo jadeos y el sonido sordo de dos cuerpos que se encontraban con una urgencia antigua, casi brutal. Cada gesto fue desahogo; cada roce, una confesión muda. Se entregaron sin defensas, con hambre, ternura y esa necesidad sincera que no se finge.

Cuando todo terminó, quedaron tendidos entre los restos de su ropa, respirando juntos. El cuarto estaba en penumbra. La luz del baño por el que se accedía al piso superior se colaba por las escaleras como una presencia ajena y lejana. Kyra tenía los ojos cerrados. X la miraba en silencio.

Por primera vez en mucho tiempo, no pensaba en El Director, ni en Atlas, ni en Cleo, ni en lo que vendría después. Solo en lo que acababa de ocurrir. Y en cuánto se había permitido sentirlo.

El silencio entre ambos se extendía con una calma inusual, demasiado frágil para durar.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo Kyra rompiendo el silencio.

X observó cómo su cabeza subía y bajaba al son de la respiración de su pecho. En su voz no había rastro de su habitual determinación. Parecía más el tono de una alumna aplicada que preguntaba al profesor.

—Sería raro que ahora te dijera que no.

—Supongo —dijo mientras se recolocaba a su lado—. Siempre he tenido curiosidad por saberlo. Tienes una hermana, ¿no?

Esa pregunta le pilló tan de sopetón que X bajó de la nube en la que flotaba desde el momento en el que besó los labios de Kyra.

—¿A qué viene eso ahora?

—A nada. Pero hace dos años, la noche en que acabamos con los del Blackout, te oí decírselo a Trix. Justo después de que nos soltara las cadenas y tú la culparas por haberse arriesgado. Ella te preguntó por qué siempre la tratabas así, y tú le respondiste que te recordaba demasiado a tu hermana.

X dejó escapar una sonrisa al recordar el rostro de Trix esa noche. Pocas veces la había visto tan feliz.

—Sí, tenía una hermana… Bueno, supongo que la sigo teniendo. No lo sé, la última vez que la vi fue hace diez años, antes de escapar de casa.

—¿Te escapaste de casa? —dijo Kyra con la cantidad justa de suavidad y curiosidad.

X sabía lo que pretendía: una invitación velada a que hablara sobre sí mismo, porque en el fondo apenas se conocían. Como solía pasar con todo el mundo en ese país. Podía responderle con un «sí» escueto y dejarlo pasar, o podía abrirse como ella misma lo había hecho al hablarle de sus padres.

—¿Sabes la típica historia del padrastro malvado en los cuentos infantiles? —Kyra asintió ante la pausa de X—. Pues durante muchos años pensé que se basaba en mi vida.

»Nuestro padre murió cuando yo tenía seis años y mi hermana todavía iba en brazos. Mi madre era lingüista, pero en un pueblo de campesinos ese título no servía ni para calzar una mesa. Así que aprendió a sobrevivir leyendo el tarot, curioseando destinos ajenos por unas monedas. En la RES es habitual: cuando falta futuro, se paga por una ilusión. Volvimos al pueblo del que era originaria y, con los años, se cruzó de nuevo con un viejo compañero de la escuela. Empezaron a verse y se casaron.

»Al principio era un buen hombre. Nadie se casa con alguien que le hace mal, por lo menos no en un inicio. Vivíamos en un pueblo de campesinos y, por los cultivos que se sembraban, la mayoría de agricultores solo tenían trabajo la mitad del año. El resto del tiempo lo pasaban borrachos viviendo del dinero del gobierno. Fue en esos inviernos donde se transformaba. No hace falta que te pinte una imagen de lo que ocurría, es justo lo que te imaginas. Comenzó solo con mi madre. Durante cuatro meses llegaba borracho a diario a casa, y se repetía siempre la misma escena.

»Hasta que un año todo cambió. Yo tenía diecisiete y mi hermana doce. Estaba dejando de ser una niña; ese verano su cuerpo se había transformado y en el colegio comenzaron a burlarse de ella. Por desgracia, no fueron solo sus compañeros quienes lo notaron. Mi madre, adivinando lo que podía pasar, empezó a pedirme que saliera a dar un paseo con Pleya, siempre cinco minutos antes de la llegada puntual de su marido. Yo no entendía el motivo. Sabíamos lo que ocurría y, de algún modo, lo habíamos normalizado. Hasta que un día lo comprendí. Mi madre se entretuvo recogiendo la cena y, cuando miró el reloj, ya era tarde. Puntual, el borracho entró en la casa con la violencia habitual, pero esa vez, la primera persona que vio fue a mi hermana.

»Ella se quedó paralizada, como si su cuerpo se hubiera apagado de golpe. Mi madre trató de interponerse, suplicándole que la dejara, que ya la tenía a ella. Él, con esa voz que me helaba la sangre, le gritó que «quería probar la nueva versión» y la apartó de un empujón tan brutal que la lanzó contra la pared. El golpe seco resonó por toda la casa y mi madre se desplomó sin un quejido, inerte. Yo, con diecisiete años y toda la rabia que podía cargar un

adolescente que odiaba al mundo, me planté delante de él. Pero un hombre que pasaba ocho meses al año doblado sobre la azada tenía una fuerza que no entendía de edad ni de valor. Se me echó encima con una violencia que no supe contener. Cada golpe me dejaba sin aliento y me iba apagando por dentro, hasta que acabé en el suelo, destrozado, sobre unas tablas tan ásperas como la humillación. Él ni siquiera me miró. Tenía lo que quería. Agarró a Pleya y la arrastró hacia su cuarto. Y entonces… los gritos empezaron. Eran agudos, desesperados, tan llenos de terror que parecían desgarrar algo dentro de mí. No podía moverme, pero tampoco podía dejar de oírlos. Cada chillido era un latigazo, cada súplica un peso que me hundía más. Hasta que algo cambió. No sé de dónde salió. Las piernas, que un momento antes eran un muerto añadido a mi cuerpo, de pronto respondieron. Las manos, temblorosas y vacías, se cerraron sobre el cuchillo de cocina de mi madre. Caminé sin pensar, guiado solo por un calor denso, rabioso, que me empujaba desde dentro. Abrí la puerta y lo vi encima de ella. La hoja entró en su espalda con tanta violencia que sentí la resistencia romperse y la punta asomar por delante. Un hilo de sangre gruesa goteó sobre el pecho de Pleya, que seguía inmóvil, con los ojos muy abiertos.

X bajó la mirada y retuvo esos recuerdos que no había revisitado con tanto detalle desde aquella noche. Kyra no había dicho ni una palabra desde que empezara a hablar; lo observaba en silencio, con los labios apretados y una tensión en la mirada que delataba que cada frase la estaba calando más hondo de lo que quería mostrar.

—Esa noche, cuando mi madre recobró la consciencia y mi hermana salió del shock, cogí una mochila con lo que pude y me fui de casa. A la semana siguiente me uní al ejército de la RES. En la ciudad mucha información de los pueblos nunca llegaba, como la de que un chaval hubiese asesinado al hijo de puta de su padrastro. No he vuelto a ver nunca más a mi madre o a mi hermana, ni tampoco he sabido de ellas.

Kyra hizo lo único que alguien podía hacer en ese momento: abrazarlo. No existía una secuencia de palabras capaz de remediar algo así, ni siquiera diez años después. Permanecieron inmóviles durante un largo rato, hasta que sus respiraciones se acompasaron

en silencio.

—Trix tiene en esos ojos verdes chispeantes el mismo destello que tenía Pleya —dijo X.

Kyra sonrió, pero el gesto rápidamente se enturbió.

—Pero sabes que, por mucho que te recuerde a tu hermana, a ella no la tienes que proteger, ni tampoco intentar cambiarla. Solo debes aceptarla. Yo intenté lo contrario, y lo único que conseguí fue distanciarla de mí.

X vació sus pulmones en un asentimiento profundo. Lo sabía perfectamente. Por mucho que ella lo llamase «hermano», no lo era. Y, aunque lo fuera, eso no cambiaba que aquella vida le pertenecía a ella; él no tenía ningún derecho a imponerle su forma de ver el mundo.

El peso de la confesión aún flotaba en el aire, pero Kyra no lo dejó enquistarse.

—¿Has sabido algo más de Trix? —dijo X.

Kyra asintió con una sonrisa. A X todavía se le hacía extraño ver ese gesto dulce en su rostro.

—Me volvió a hablar la semana pasada, y gracias a ti.

—¿A mí?

—Sí, la discusión que tuvisteis le hizo reflexionar. Aunque los efectos no fuesen los que buscábamos, solo queríamos ayudarla. La noche que discutisteis me visitó de improviso y por fin pude darle la disculpa que me carcomía los últimos meses.

X comprendió al fin el cambio de comportamiento de Trix, el motivo por el que volvió a actuar como si nada hubiera pasado. Iba a responder cuando la compuerta de las escaleras se abrió y dos piernas descendieron hasta quedarse a medio camino. Allí se detuvieron, inmóviles, al encontrarse con la escena que tenían delante. X y Kyra, desnudos y aún abrazados, se incorporaron de golpe, tensos como si les apuntaran con un arma. Pero no era más que Trix, observándolos con los ojos desorbitados y la boca tan abierta que parecía sacada de una caricatura animada.

Instintivamente, Kyra se tapó con la sábana que tenía a sus pies. X se enfundó unos pantalones al revés y se puso de pie.

—Trix. No… —dijo X bloqueado por la situación, y acabó soltando la

mayor estupidez que le vino a la cabeza—. No es lo que parece.

Como si esa fuera la contraseña del bloqueo de Trix, su expresión de asombro traumatizado desapareció y alzó las cejas.

—Lo que parece es que Kyra se estaba muriendo de hipotermia y os habéis desnudado para calentarla piel con piel. ¿Eso no es lo que ha ocurrido?

X la miró con los párpados entornados. Entonces Trix dio un salto, aplaudió y soltó una carcajada que le encendió el rostro.

—¡Trix está muy feliz!

Saltó hacia X y le rodeó con los brazos.

—¡Esto es lo mejor que podía ocurrir! —gritó en el oído de X.

Kyra salió de la cama con una camiseta y observó a Trix con la misma mirada de incredulidad que X.

—Por fin os veis el uno al otro como Trix siempre os ha visto.

Ambos sonrieron ante sus palabras. Era cierto que X se había preguntado cómo era que Trix, con la mirada afilada que tenía para evaluar a la gente, tuviese tanto aprecio por Kyra. Seguramente ella hubiese pensado lo mismo de él.

Sin poder hacer nada por evitarlo, Trix cogió a los dos y los abrazó con fuerza. Cuando se separaron, los miraba preocupados.

—Un momento. Si Kyra es la hermana mayor de Trix y X el hermano mayor. Entonces, ¿esto es incesto?

Se miraron entre ellos y estallaron en una carcajada que retumbó por el apartamento. Cuando la risa cesó, Trix estaba pálida. Kyra y X se callaron, extrañados por su cambio de actitud, demasiado repentino incluso para ella.

—Hermanito, han vuelto a subir tu recompensa.

X chasqueó la lengua, molesto porque se jodiese el ambiente de esa forma. Se metió en Prometheus y buscó su nombre. Cuando lo encontró, no entendía lo que veía. Debía de ser un error. Al menos sobraba un cero.

—¡Un millón y medio de créditos! —dijo Kyra—. Hace años que nadie tiene una recompensa de más de seis cifras.

A X se le secó la boca, pero rápidamente se dibujó una sonrisa en su rostro.

—Esto quiere decir que estamos muy cerca. ReCorp y El Director

son quienes han puesto el dinero de esa recompensa. Quieren acabar conmigo antes de que descubra y publique todo. Solo queda encontrar dónde está Axel Black y cómo conseguir revertir que alguien deje de ser legacy para…

Sin saber de dónde vino, la mano de Kyra cruzó la cara de X con ímpetu.

—Despierta de una puta vez, X. Esto no es un maldito juego. ¿Me oyes?

Tenía los ojos encendidos y la respiración agitada, como si cada palabra le saliera ardiendo.

—La ciudad entera irá a por ti. Ya no tienes amigos. Con la cantidad de créditos que ofrecen, cualquiera sería capaz de matarte. Y en cuanto a traer de vuelta a un legacy, es imposible. Convertirse en legacy es morir, y nadie regresa de la muerte. Deja de engañarte. Ahora, más que nunca, estás en un limbo del que puede que nunca regreses.

Antes de que X pudiera decir nada, una granada rompió la ventana y explotó sin dejar tiempo de reacción.

Lo destrozó todo a su paso.

◗ 14:39

Cuando la granada explotó, el techo sobre sus cabezas se estremeció por completo. X había visto en su NED cómo, en apenas unos segundos, alguien hacía un orificio circular en una de las ventanas blindadas con algún tipo de láser y seguidamente introducía la pequeña bomba que había destrozado su lugar de trabajo.

Kyra miró a X, en un «te lo dije» que no vio la necesidad de poner en palabras.

—No podemos quedarnos aquí —dijo X—. Nadie conoce la existencia de este piso y no quiero arriesgarme a que eso cambie. Con la recompensa de mi cabeza, llevan motivación de sobra.

Las dos mujeres asintieron. X y Kyra se terminaron de vestir y, con las katanas soltando un furor rojo y las Garras de Cromo un brillo morado, subieron a la planta de arriba.

Cuando la puerta del baño se cerró a su espalda, X se topó con una escena que le partió el corazón. El escritorio tenía un boquete en el centro, con decenas de astillas esparcidas como metralla. El antiguo sofá se reducía a tres bloques de espuma repartidos por la sala. Los objetos de la estantería estaban hechos añicos, incrustados en la pared o, simplemente, habían desaparecido. Alzó la vista hacia la pared donde colgaba el acertijo de su tía: estaba vacía, limpia, la única superficie intacta en medio del desastre. En el suelo, el marco de cristal yacía destrozado. El papel, reducido a cenizas.

El trabajo de esos dos últimos años… X sentía que se le escapaba de entre los dedos sin que pudiera hacer nada para evitarlo.

Los tres se dirigían hacia la puerta cuando esta se desplomó con un golpe seco. Un hombre desarmado entró con las manos en alto y, en un parpadeo, la katana de Kyra ya le rozaba el cuello.

—Tienes un hardware de primera —dijo el intruso mirando a Kyra con altivez.

—¿Qué haces aquí, Erik?

El cazarrecompensas elevó las manos un poco más, como si pretendiera responder con eso.

—Ahora no es momento para tus estúpidas preguntas, X —dijo Kyra con frialdad—. Si le conoces y lo prefieres, lo puedo dejar inconsciente. Pero está claro a qué ha venido.

—A ayudarte —soltó de una.

—¿Ayudarme?

Por mucho que hubiese entrado sin armas y con calma, su profesión era la que era, y su visita llegaba puntual con la subida de la recompensa.

—La recompensa que tienes encima no es real… todavía. Cuando alguien ofrece una suma alta, tiene una hora para retirar los fondos por si se ha equivocado. Alguien puede inflar la cifra durante una hora, sembrar el pánico, y luego anularla para pagar la cantidad original.

—¿Entonces… realmente has venido a ayudarme?

—Sí, durante la próxima hora. Pero si al cumplirse el plazo la recompensa sigue en pie… —La sonrisa torcida que acompañó sus palabras no dejó lugar a dudas—. Tendré que hacer mi trabajo.

—Está bien. Kyra, suéltale.

La Valquiria atravesó a X con la mirada. Al ver que X no cedía, bajó sus katanas con un bufido.

Los cuatro salieron a toda prisa de la oficina en ruinas. En el pasillo, el eco de pasos subía por las escaleras y los ascensores ascendían hacia su posición. Quedaba claro que salir de allí no sería sencillo.

—Si conseguimos llegar a este punto, Trix se encarga del resto.

Trix acompañó su comunicación por NED con una localización a dos manzanas de donde se encontraban. X miró a Kyra y ambos asintieron.

—Tenemos que llegar al tejado —dijo X.

Kyra y Erik le miraron dubitativos, pero aceptaron la orden del que mejor conocía ese lugar.

El pasillo se estrechaba hacia la zona de ascensores. El eco de las pisadas por las escaleras de emergencia les avisaba de que los perseguidores acortaban la distancia. Trix aceleró el paso, adelantándose unos metros con el brazo derecho preparado sobre la muñeca. El leve chasquido de la válvula bastó para liberar una

neblina gris de gas somnífero que se extendió por la próxima bifurcación, justo antes de que la alcanzaran. Sabían que al otro lado, en cuestión de segundos, aparecerían los primeros enemigos.

Erik fue el primero en moverse. Un cazador corpulento salió por una puerta lateral con la escopeta a pocos centímetros de X. Erik le apartó el arma, lo giró y lo dejó inconsciente de un rodillazo. X apenas tuvo tiempo de agradecerle; dos más llegaban por detrás. Reconoció sus rostros, recuerdos vagos de trabajos anteriores; los nombres se le escapaban. Uno sonrió con un gesto cansado.

—No es nada personal, Freeman —dijo antes de lanzar un disparo directo al torso.

Las Garras de Cromo absorbieron la fuerza del impacto como si se chocara contra un muro inamovible. X liberó la energía en un empujón con la palma que lo mandó rodando contra la pared. El segundo intentó rodearlo, pero Kyra ya estaba encima. Una katana encendida al rojo trazó un arco que rozó el suelo y lo obligó a saltar atrás. No hubo segundo intento. Erik lo remató con un giro bajo que lo dejó sin aire.

Subieron un tramo de escaleras, el zapateo de las botas resonaba en las paredes estrechas. X iba el último, cubriendo la retaguardia. Un proyectil silbó junto a su oreja; giró, calculó distancias y se lanzó hacia el tirador. Tres pasos y un salto bastaron para cerrar la brecha. Un codazo en la mandíbula lo desplomó como un saco.

En la penúltima planta les aguardaba una emboscada improvisada. Dos cazadores les esperaban en el rellano, con apenas un par de muebles volcados como cobertura. Trix se dejó caer al suelo y liberó una ráfaga de gas somnífero que se filtró por debajo de la barrera. Uno de ellos consiguió retroceder fuera del alcance, pero el otro se tambaleó y cayó de rodillas. X cargó de inmediato contra el que seguía en pie, desvió su cuchillo con el antebrazo metálico y descargó un rodillazo eléctrico en su abdomen que lo dejó inmóvil.

Cuando por fin empujaron la puerta de la azotea, el aire frío les dio de lleno. Kyra fue la última en salir. La cerró con un golpe seco. Erik localizó una barra metálica suelta en un conducto y la insertó entre las bisagras y el marco para bloquear el mecanismo interno. X, sin perder tiempo, arrancó el panel de control de la cerradura y cruzó

dos cables hasta provocar un cortocircuito que soldó parcialmente el pestillo. El olor a plástico quemado llenó el hueco mientras el metal se enfriaba de nuevo. No sería una barrera definitiva, pero obligaría a los cazadores a perder minutos valiosos antes de poder forzar la entrada.

X corrió hasta una de las esquinas de la azotea y retiró la funda que cubría un poste de metal. Bajo ella, había dos tubos gruesos: uno fijo al suelo y otro, giratorio, que encajó sobre el primero hasta hacerlo sobresalir por el borde de la azotea.

—Es un sistema de descenso con contrapeso. Te aseguras con el arnés y bajas hasta el suelo de forma controlada.

—¡Qué chulo! ¡Trix lo quiere probar!

Era impresionante cómo ni en los momentos más tensos perdía la ilusión.

—Al llegar —le explicó X mientras le ponía el equipo—, presiona aquí para soltar el arnés; el cable se retraerá solo.

Trix asintió con una sonrisa en la cara. Se subió a la repisa de la azotea y observó la caída de casi cien metros que tenía a sus pies.

—Estás seguro de que funciona…

Las palabras de Kyra se interrumpieron cuando Trix, encarada hacia ellos, se dejó caer de espaldas como un saltador olímpico. Los tres se precipitaron hacia el muro y la vieron descender en rápel, sujeta con una mano al cable mientras fingía correr pared abajo.

X soltó un suspiro de incredulidad y devolvió la mirada al acceso de la azotea. Por el momento no había movimiento alguno.

—*¡Esto es chulísimo, X! ¿Trix puede repetir?* —dijo por el NED al cabo de unos segundos.

—*¿Ya has llegado? Dale al botón que te he dicho para…*

El sonido del cable retrayéndose calló a X.

—Kyra, tu turno —dijo cuando el arnés volvió a su posición.

Kyra calibró su mirada, pero no llegó a contradecirle. Sin dar el mismo espectáculo que Trix, se puso el arnés y se dejó caer de la repisa. En cuanto desapareció de su campo de visión, Erik derribó a X. Intentó activar las Garras de Cromo, pero no respondieron: el cazador sujetaba un dispositivo contra su NED.

—Es un inhibidor de corto alcance —explicó con frialdad.

X trató de zafarse, pero estaba atrapado.

—Esto no es nada personal, solo negocios —añadió Erik.

—Lo sé —murmuró X con la voz vacía—. Tampoco lo mío lo será.

Antes de que el cazador pudiese descifrar esas palabras, un disparo sonó a su espalda. Erik abrió los ojos de golpe, el cuerpo sacudido por espasmos, y se desplomó sobre X. Durante un segundo, no sintió alivio, sino un peso extraño: había confiado en él, y ahora solo quedaba un cuerpo inerte sobre su pecho, otro recuerdo de que en Atlas todo se regía por la misma moneda.

—Me podrías haber avisado con más margen, no un segundo antes de que me lanzara —dijo Kyra, ayudándole a apartar el cadáver.

—Perdona, no quería que Erik percibiera nada entre nosotros.

Kyra soltó un resoplido y se guardó la pistola en la funda de su espalda.

—¿Y a qué ha venido esto?

—Quería comprobar hasta qué punto llegaba, si quizás dudaría en algún momento.

Kyra puso los ojos en blanco y dejó escapar un suspiro cargado de fastidio.

—Tú y tus malditos experimentos que nos podrían costar la vida. Ya te lo he dicho, X, ya no te puedes fiar ni de tus amigos.

Terminó la frase con un puñetazo en el pecho de X, que aprovechó el impulso para atraparla por la muñeca cuando intentaba girarse.

—¿Y de ti sí me puedo fiar? Tú misma lo has dicho, con la cantidad de créditos que ofrecen por mi cabeza, cualquiera sería capaz de matar en este país.

Kyra le sostuvo la mirada y X sintió que esos ojos eran un mundo entero que se reconfiguraba frente a él. Una hora antes ardían con deseo, excitación y una pasión que lo atrapaban. Treinta minutos atrás se habían templado en amabilidad y certeza, como un refugio. Ahora, en cambio, estaban apagados, turbios, cargados de una desazón que le pesaba más que cualquier palabra.

—Mi objetivo nunca ha sido el dinero o el poder.

—¿Y cuál es?

La seriedad de su expresión se resquebrajó momentáneamente. Cuando parecía que iba a decírselo, escucharon unos disparos al

otro lado del acceso a la azotea.

—Vámonos —dijo Kyra, ya sin rastro de esa apertura momentánea.

Kyra saltó con el arnés y X siguió su descenso sin apartar la vista de la puerta. El mecanismo soltó un silbido mecánico y se retrajo por completo. A toda velocidad se puso el aparejo y, cuando dos mercenarios echaron la puerta abajo, saltó al vacío.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —dijo Trix cuando X alcanzó el suelo.

—Vámonos —dijo X.

—¿Y tu amigo?

—Ha tomado una elección errónea.

Trix sonrió y echó a correr hacia la ubicación planeada. Detrás de ellos empezaron a escuchar pasos que seguían su ritmo. Al girar la cabeza, X contó media docena de cazadores llenos de metal, con los ojos idos de avaricia. Parecía que se multiplicaban a cada segundo.

A veinte metros de su destino, giraron por la calle. X se dio cuenta de que ese callejón no tenía salida.

—¿Cómo nos vas a sacar de aquí?

Como respuesta, la alcantarilla del fondo se separó del suelo y apareció la cabeza de Luka.

—¡Rápido! —dijo el chaval, metiéndose de nuevo en el agujero.

Trix saltó sin pensárselo, Kyra y X bajaron con más miramientos, agarrándose a las escaleras de metal.

En cuanto los cazadores se asomaron por la calle, Luka cerró la alcantarilla y activó el sistema mecánico que la bloqueaba. Habían evitado a Prometheus por muy poco. Pero con una recompensa de millón y medio de créditos, X tendría que escapar de Atlas si quería dar fin a esa huida constante.

◗ 15:11

X llevaba diez minutos oyendo el eco de sus pasos en unos túneles más amplios y limpios de lo que habría imaginado. Cuando Trix le habló de sus amigos unos meses atrás, no supo qué pensar, menos aún cuando se los presentó en un callejón, sentados junto a una alcantarilla. Aun así, aceptó su oferta de conseguirle información cuando la necesitara. Solo hizo falta un encargo para comprobar su eficacia: localizaron en dos días a una persona que él llevaba buscando sin éxito, alguien que había cambiado de barrio y trabajaba a media jornada en un mercado de Cuatro Torres. Les pagó ochenta créditos por la información y le aseguró a Trix que volvería a contar con ellos.

En todo ese tiempo, X nunca se había preguntado cómo eran los sistemas de túneles por los que se movían. Si la superficie de Atlas ya estaba llena de suciedad y desechos de todo tipo, se imaginaba que el subsuelo sería, cuando menos, peor. Se equivocaba. Al menos los túneles que recorrían estaban limpios, sin pintadas o un riachuelo de agua estancada que llenase el camino de hedor. Desconocía por qué la ciudad los había construido, pero ciertamente Trix y sus amigos parecían ser los únicos que les daban uso.

X y Kyra preguntaron en varias ocasiones sobre esa red subterránea y a dónde se dirigían. Trix y Luka les chistaban, como unos guías de un safari cansados de las preguntas incesantes de los turistas.

Caminaron durante veinte minutos más. Al principio X memorizaba los giros y distancia que recorrían para hacerse una idea de su localización, pues aunque veía el mapa en su NED, no tenía conexión para cargar su posición. Pero ya se había cansado. En ese momento podían estar en cualquiera de los cinco distritos del país, o incluso seguir en Nuevo Centro si no habían dejado de dar vueltas.

Por eso, al ver una apertura amplia al final del túnel, se ilusionó. Esa emoción no lo preparó para lo que encontró al otro lado. Trix y Luka se giraron para observar sus rostros: debían de haber visto aquella panorámica tantas veces que las expresiones de X y Kyra les

resultaban más impactantes que la escena en sí.

El túnel desembocaba en una cámara tan vasta que le recordó a las catedrales aún dispersas por su país de origen, con la diferencia de que estaban en lo alto. A sus pies se abría una caída de treinta metros. Las paredes eran de un hormigón liso, sin siquiera un revestimiento de pintura. La amplia sala, que tendría unos doscientos metros de ancho y una longitud que se perdía en la penumbra, estaba llena de afiladas columnas. Utilizándolas de soporte, decenas de chozas se suspendían en el aire, como casas en un árbol, y se conectaban con pasarelas hechas de una mezcla heterogénea de láminas de metales, maderas y cables de acero.

—Trix lleva queriendo traeros aquí desde hace mucho tiempo —dijo después de darles un breve instante para asimilar la vista. Para X, fue insuficiente—. Su idea era esperar a que estuviese terminado, pero ya me he hecho a la idea de que ese día no va a llegar.

—Este sitio era parte de un viejo sistema contra tsunamis —explicó Luka, con el entusiasmo de quien enseña un secreto—. Lleva décadas abandonado; nadie recuerda para qué servía.

—Lo encontramos por casualidad —añadió Trix—. Está completamente aislado del sistema de alcantarillado y transporte público de Atlas, así que si no se conocen los accesos específicos, es imposible llegar aquí.

X consiguió por fin cerrar la boca, aunque el asombro era tal que había borrado de su mente incluso la tensión de la reciente subida histórica de su recompensa en Prometheus y el hecho de que habían escapado por los pelos.

—¿Esto… lo habéis hecho vosotros?

—Sí —dijo Trix, con un grito agudo.

Varios individuos que cruzaban uno de los puentes se giraron, alarmados por el eco de la voz femenina.

—No solo Trix y Luka. Lo hemos hecho entre todos. Trix encontró este lugar hace año y medio, desde entonces cada niño que se hizo nuestro amigo vino aquí a ayudar.

—Ya somos más de cien —dijo Luka—. Hay una niña de cuatro años, y también un grupo de cuatro que está cerca de los veinte; ellos son los que más ayudan a conseguir recursos de arriba.

Aunque la mayoría es de nuestra edad.

Trix tomó la iniciativa y descendió por unas amplias grapas de hierro. Parecían ser originales de la construcción. A mitad de camino, surgía una estructura con la característica amalgama de materiales de ese lugar.

Durante las siguientes horas, Trix les enseñó aquel escondite con una ilusión que se desbordaba por el brillo de sus ojos y la amplitud de su sonrisa. En ese tiempo, X se olvidó de su recompensa en Prometheus, de lo cerca que estaba de convertirse en legacy, de la localización de Axel Black o incluso de la silueta siniestra de El Director. Por un momento, aquel lugar fue también su refugio, igual que lo era para los niños que lo habitaban.

Muchos de ellos arrastraban una infancia truncada. Se habían quedado en las calles de Atlas por uno u otro motivo antes siquiera de cumplir los diez años. Sin padres, sin tutores, sin una mano que los ayudara. Otros eran hijos de inmigrantes ilegales que habían deportado, como los que Trix rescató en su primer contrato de Prometheus. X reconoció a algunos de ellos. Sus caras de terror se habían sustituido por la expresión despreocupada y jovial que siempre debería tener un niño.

Trix les explicó el funcionamiento del lugar, que parecía el sueño utópico de un niño que quiere independizarse con sus amigos. Cuando les mostró su organización interna, X y Kyra se miraron sorprendidos: era un desastre, como casi todo en ese sitio. Y, sin embargo, funcionaba. Funcionaba porque no podían permitirse fallar. Para la mayoría, aquella era la última oportunidad de sobrevivir. No estaban construyendo una cabaña improvisada para jugar en el bosque, sino el único lugar donde se sentían a salvo. Era su verdadero hogar, y todos allí —aunque muchos no llegaran ni a las dos cifras de edad— lo sabían.

En un momento del recorrido, X sonrió. Esa cooperación improvisada le recordó a la RES, o al menos a la imagen idílica que sus dirigentes solían vender: comunidades que sobrevivían no gracias a las leyes, sino porque cada persona aportaba su granito de arena. Tal vez así había sido la vida en muchos pueblos de su Europa unas décadas atrás.

Cuando a Trix ya no le quedaron sitios que mostrar, volvieron a la que era su pequeña casa, aunque ese término era un tanto amable. Compartía el cuarto con una niña de doce años con la voz cómicamente grave. Las paredes tenían agujeros en varios puntos, incluido en el techo. Al menos en ese lugar no se tenían que preocupar por las lluvias constantes de Atlas. El suelo era lo más sólido, y sobre él descansaban dos colchones que X reconoció de inmediato como los que un mes atrás habían desaparecido de su casa. Como casi todo allí, eran restos rescatados de la superficie, objetos que otros habían desechado o perdido y que ahora encontraban un segundo uso.

El NED de X le interrumpió con una llamada entrante.

—*No hemos encontrado nada* —informó Luka.

Una hora antes, X había dirigido a los niños a la dirección de entrega que aparecía en los albaranes de ReCorp destinados a los soldados de Dante Gallo.

—N*ecesito que los encontréis. Conectaos a las cámaras de la zona y rastread todos los movimientos desde hoy a las siete de la mañana, cuando lo entregaron. Usad cualquier recurso que tengáis; yo me ocuparé de pagarlo. Pero quiero la ubicación de ese cargamento cuanto antes.*

Luka asintió y colgó. X ya intuía que no sería un hallazgo sencillo. Aunque se trataba de un ejército de cien soldados legacy, no era algo fácil de esconder. Desactivó su NED y regresó a la conversación que mantenían Kyra y Trix.

—Te puedes duchar allí —dijo Trix, señalándole una construcción al otro lado del puente de la que caía agua por la gruesa columna.

Kyra miró el lugar dos veces, con cara de arrepentimiento por su petición, pero decidió quitarse el sudor y el cansancio de esa jornada, que había comenzado cuando esa mañana se colaron en las instalaciones de ReCorp.

—Trix —dijo X cuando se quedaron a solas—. Quería hablar contigo. Bueno, en realidad llevo queriendo hablar contigo los…

—¿Y qué hemos hecho las últimas dos horas?

X soltó una risa seca, pero bajó la vista para esconder su apocamiento. No se podía creer que, una vez más, en una

conversación con Trix ella aparentase ser la adulta.

—No me refiero a eso, sino a hablar tú y yo a solas sobre la conversación que tuvimos…

—Trix te perdona.

Antes de que pudiese levantar los ojos para ver su rostro, Trix ya lo había rodeado con los brazos.

—La noche del día que discutimos, fui a ver a Kyra —dijo pegando la barbilla en el pecho de X. Cuando la conoció dos años atrás, le llegaba por el abdomen—. Ella se disculpó y me dijo las mismas palabras que me ibas a decir tú ahora.

—Ah, ¿es que ahora puedes ver el futuro?

—Todavía no, pero los dos sois igual de torpes al disculparos. —X frunció el ceño, pero no la rebatió—. Ibas a decir que lo sentías, que no necesitas que cambie para quererme, y que si algún día quiero contarte lo que me pasó, estarás ahí para escucharme.

X la miró sin saber cómo reaccionar. Había puesto una teatralidad excesiva en su representación, pero básicamente le había dicho lo que pretendía contarle. Si Kyra le dijo eso, realmente sí que eran igual de malos con las disculpas.

—Trix sabe que esto no es normal. Mi comportamiento, mi forma de hablar… —dijo con un tono más grave. Se separó de X y se sentó en la cama—. Ya no soy una niña, aunque a veces lo parezca. Sé que esto no es normal. Pero… por ahora no sé cómo hacerlo de otra forma.

Sus ojos se humedecieron. X se sentó a su lado y la rodeó por los hombros.

—Trix no quiere soluciones por lo que le pasó, porque ya sabe que no las hay. Y también sabe que no puede seguir así toda la vida. Solo… —Su voz se entrecortó y X la abrazó. Las últimas palabras las pronunció contra su chaqueta—. Solo necesito más tiempo.

X la abrazó con fuerza, como si el mundo desapareciera y solo quedaran ellos dos.

—Tampoco me des todo el tiempo del mundo —dijo Trix cuando se separaron un rato después—. Si sigo así con setenta años, Trix te da permiso para que la obligues a cambiar.

X esbozó una sonrisa cargada de ternura. Una parte de él deseaba

que nunca cambiara. A su entender, ya había cambiado bastante desde aquella niña que conoció en el callejón del Misty Dreams. Ahora era una joven que, muy pronto, empezaría a darle problemas de un tipo que prefería evitar.

—Me parece bien.

Se volvieron a abrazar. Durante unos segundos, X sintió que ese instante podía durar para siempre, como si el peso del mundo quedara fuera de esas paredes.

Fue entonces cuando Kyra entró en la habitación. Llevaba puesta la misma ropa. El cabello le caía húmedo sobre los hombros y en su expresión se percibía la calma de sentirse limpia. Se detuvo al verlos, aunque no dijo nada; seguramente intuía lo que acababa de ocurrir.

Trix se apartó y abrazó también a Kyra. Ese día los abrazos parecían multiplicarse, como si fueran la única defensa frente a todo lo que les esperaba.

X se levantó y se acercó a la ventana irregular que iluminaba la habitación; uno de sus bordes tenía un filo amenazante. Evitó apoyarse en el marco. Se limitó a mirar al otro lado, hacia aquella extraña comunidad que un grupo de niños había logrado construir.

Un mensaje interrumpió su deleite. Era de Fumiko Watanabe.

Todo está listo. La reunión ocurrirá esta noche. Adjunto localización y hora.

◗ 19:38

Fumiko volvió a clavar la mirada en X. En las pocas veces que habían coincidido, jamás la había visto así. Sin esa seguridad imperturbable que siempre parecía respaldada por cuatro planes de contingencia listos para desplegarse en cualquier momento. Ahora, por primera vez, parecía no tener ninguno.

—Señor Freeman, usted se hace una idea de lo que estoy apostando con este movimiento, ¿verdad?

Estaban en un despacho con vistas a una nave industrial vacía, salvo por unos cuantos palés apilados en un lateral. El lugar se alzaba en el barrio norte del territorio Inarizoku, a escasos minutos de una reunión que prometía tanta intensidad como falta de resultados.

—Lo sé perfectamente, señora Watanabe —dijo X por fin.

—Actúo con la información que me ha dado. Quiero que entienda la confianza que eso implica.

X se levantó con una brusquedad que opuso a la tranquilidad de las palabras de la líder de los Inarizoku. Ya le cansaba esa actitud un tanto victimista, no le pegaba.

—No se quite responsabilidad de esa forma. Ambos somos mayores y sabemos perfectamente lo que hacemos. Estoy seguro de que su decisión no ha sido precipitada y, ni mucho menos, tomada con falta de información. Dudo que yo sea su único informante.

Fumiko alzó la mirada; tras su expresión pausada, asomaba una chispa de reconocimiento, como si apreciara la osadía.

—Tiene razón. Pero también es cierto que de no ser por usted, yo no estaría aquí ahora mismo, a punto de mediar un encuentro pacífico entre Bruno Greco y Dante Gallo.

—¿Y por qué tiene en tanta estima mi opinión?

—Todavía no lo tengo claro, y créame cuando le digo que no dejo de darle vueltas a esa cuestión.

Fumiko se levantó y avanzó hasta el ventanal que dominaba el espacio abierto de la nave industrial. Abajo, cuatro mesas —una más corta que las otras tres— formaban un cuadrado interrumpido por

dos huecos en un lateral. Las sillas aguardaban vacías, pero el silencio se quebró con el sonido de varios coches en el exterior.

—¿En el albarán de ReCorp ponía que eran cien soldados legacy?

X asintió.

—Ese Dante… —dijo en un murmullo cargado de inquina—. ¿Qué se cree que está haciendo? ¿No se da cuenta de que sus acciones repercuten en todos?

Hablaba más para sí misma que para X, que ya sabía que la creación de un ejército propio de soldados legacy había sido lo que inclinó a Fumiko a confiar en su plan. Tal vez no era esa la intención de Dante. Pero, sofocadas las revueltas, ¿qué le impediría usar esa fuerza militar para algo más ambicioso?

—¿Realmente piensa que le dará tiempo a evitar que Dante Gallo los llegue a usar?

—Sí —dijo X sin un ápice de duda—. Ahora mismo mi gente está rastreando la localización. Sabiendo dónde y cuándo se entregó el cargamento, es solo cuestión de tiempo que los encontremos. Cien humanos armados no es algo que pueda ocultarse en cualquier parte.

Fumiko volvió al asiento, detrás del escritorio, y se sentó con un movimiento cuidado. Nada en esa mujer parecía improvisado, incluso las dudas que mostraba durante la conversación parecían calculadas de antemano.

—Dante me llamó hace unas horas, justo como usted previó. Lo hizo unos minutos después de que yo propusiera esta reunión.

X escuchó en silencio. Que hubiese acertado con esa predicción no solo hacía que Fumiko confiase más en él, también significaba que, a pesar de que solo hubiese hablado con Dante en una reunión del clan dos años atrás, tenía una intuición bastante clara de su modus operandi.

—Me quiere tener como último recurso —continuó Fumiko—. En caso de que la situación con Bruno se descarrile y pierda su superioridad, me ha pedido que intervenga contra el capo de Greco.

—¿Y qué le ha dicho?

—Le he mentido. —Su frase retumbó en la sala como una maldición sentenciada varios milenios atrás—. Le he prometido que

es justo lo que haré.

—Perfecto. En ese caso, todo va según lo planeado.

Fumiko le fulminó con la mirada. Quizás X se estaba pasando de soberbio.

—Estoy traicionando la confianza del líder de uno de los clanes con quienes mejor relación tenemos. No es algo que pueda salir «según lo planeado».

X se puso en pie y se acercó a la puerta. En la planta inferior, ya llegaban los primeros asistentes.

—Dentro de poco, Dante se convertirá en el antiguo líder del clan, y usted tendrá todavía mejores relaciones con el nuevo Don de los Siracusa.

—¿Por qué hace todo esto?

La pregunta detuvo a X con la mano sobre el pomo de la puerta.

—Porque es lo único que soy capaz de hacer.

Tras unos segundos de silencio, X salió del despacho. Bajó las escaleras, con cada peldaño resonando en un eco metálico que lo escoltó hasta la salida. Necesitaba aire. Al cruzar el acceso lateral, estuvo a punto de chocar con Milo. Ambos se tensaron de inmediato por la sorpresa, y luego aflojaron apenas… lo suficiente para no parecer enemigos, aunque sin bajar del todo la guardia. La desconfianza quedó suspendida entre ellos, espesa, hasta que Milo rompió el silencio con una sonrisa ladeada.

—Vaya, pero si es la cabeza más cara del país.

Observaba a X de arriba abajo, como un cazador que examina a su presa antes de disparar, buscando algún defecto. Las palabras de Kyra resonaron en su cabeza: ya no podía confiar en nadie. ¿Pero eso… incluía también a Milo? Siempre creyó que el lazo forjado durante más de un mes de cautiverio en aquella cueva, cuando se conocieron en la guerra de Europa —y donde incluso llegaron a comer carne humana para seguir vivos—, era indestructible. Quizá se equivocaba. Aquel no era su mejor momento: los dos cargaban con demasiada mierda como para que las costuras no empezaran a ceder.

—Tranquilo, europeo.

La risa que siguió no borró la tensión, solo la disimuló. Milo le

señalaba con el dedo. Al mirar, vio que sus puños cerrados brillaban en morado por el implante.

—¿Realmente crees que daría tu cabeza a Prometheus?

—Quién sabe. Con el dinero que pagan ahora mismo por mí, seguro que ya podrías saldar todas tus deudas.

Milo soltó una carcajada, aunque más bien pareció un graznido mal disimulado.

—Ya no tengo ninguna deuda, X, me he quedado limpio en estos años.

X le sostuvo la mirada, incrédulo de que fuera verdad, pero en los ojos de su amigo no vio ningún atisbo de mentira, más bien desafío, como si deseara que le llamase mentiroso para soltar la rabia contenida.

—Mejor pasamos, ¿no? La reunión está a punto de empezar.

Milo asintió y los dos entraron en la nave industrial, aunque la tensión que se había construido entre ellos siguió latente.

Dentro el ambiente había virado. Una veintena de personas, en su mayoría hombres, se agolpaban en torno a las tres mesas alargadas. Dante Gallo y su círculo de confianza acababan de entrar y avanzaban hacia el centro. El Don del clan llevaba las manos cerradas en dos puños de piedra; el anillo abultado de su meñique derecho brillaba cada vez que los nudillos se tensaban. Carlo Verzino, respaldado por una decena de acompañantes, ocupaba en solitario la mesa central. Bruno Greco, en cambio, se rodeaba de un séquito que X reconoció al completo. En la cintura del capo descansaba su habitual cuchillo de caza… aunque, por algún motivo, esa vez le pareció mucho más peligroso que en todas las anteriores.

Milo se le adelantó y se fusionó con el grupo del resto de hombres. X caminó hacia la cuarta mesa, la más pequeña, no tenía intención de hablar con nadie ahí. Pretendía ser un mero espectador. Un hombre le cortó el paso.

—Agustín.

X se sorprendió de que esa fuese la primera palabra en salir de la boca de alguien, pero se relajó en cuanto vio a Thomas.

—Me debes un crédito más.

—Por el amor de Atlas, a este paso tendré que volver a hacer los

encargos más sucios del clan para evitar que me arruines.

—Ya te he dicho que podemos dejar el juego cuando quieras. ¿Qué haces aquí? ¿Desde cuándo estás involucrado en los temas importantes del clan?

La última pregunta de X se le escapó de una forma que no había planeado, pero Thomas no pareció darle importancia.

—Bruno me ha pedido que atienda esta reunión.

—¿Bruno te lo ha pedido?

—Sí, para rebajar las tensiones.

La cara de confusión de X le hizo ver a Thomas que necesitaba explicaciones.

—Dante y yo entramos juntos a los Siracusa, en Greco. Bruno cree que mi presencia puede calmar las cosas, aunque ambos sabemos que no es cierto.

La réplica se le quedó a medio camino en la garganta, y X ladeó apenas la cabeza, como si necesitara asegurarse de haber escuchado bien. Miró a Dante Gallo y seguidamente inspeccionó a Thomas. No sabía qué le sorprendía más, que ambos entraran a la vez a los Siracusa, o que fueran de la misma generación. A pesar de los rasgos envejecidos de Thomas, parecía el joven de los dos. El gran sobrepeso del Don no lo hacía envejecer, sino acumular años como capas de grasa.

Se despidió de Thomas y se acercó a la cuarta mesa, la única que seguía vacía. Todos los presentes le dedicaron una mirada. Algunos de inquina, otros de franqueza, y algunos más de confusión. En la mesa de Dante Gallo varios hombres cuchichearon entre sí, hasta que uno de ellos habló más fuerte de lo normal.

—¿Qué cojones hace aquí este tipo? ¿No se ha enterado de que tiene a la mitad del país detrás de él? Si esta reunión…

—Me he enterado muy bien —dijo X, que no dejaba de estar a unos pocos metros del drifter—. ¿Pretendes tú ejecutar mi orden en Prometheus? ¿O estamos aquí para evitar un malgasto innecesario de sangre?

El hombre de Dante le sostuvo la mirada, desafiante. Al final se acomodó en su asiento y devolvió su atención al resto de su mesa.

La respuesta de X amortiguó el murmullo de la sala. Antes de que

el bullicio pudiera retomar impulso, los pasos de Fumiko Watanabe descendiendo por la escalera metálica retumbaron contra las paredes desnudas del almacén. La seguían Shinobu Omori, su mano derecha, y Yudai Sato, a quien X reconoció del ascensor durante la reunión de la noche anterior.

La líder de los Inarizoku caminó con la cabeza alzada, mirando el espacio que tenía inmediatamente delante. Al llegar a la mesa que solo tenía tres asientos, se colocó delante del central y posó su mirada en cada uno de los asistentes. Al único al que ignoró fue a los dos integrantes de su clan y a X. Cuando tomó asiento, los demás imitaron su movimiento.

—Ante todo, deseo expresar mi agradecimiento a todos los aquí presentes por su asistencia —dijo Fumiko con un tono solemne—. Me he visto en la obligación de convocar esta reunión como medida preventiva frente a un escenario que, estoy convencida, ninguno desea que llegue a producirse. Quisiera dejar claro que no me corresponde intervenir en el funcionamiento interno de su organización, de modo que les ruego me crean cuando afirmo que no es ese el propósito que me trae hoy aquí.

Se detuvo unos segundos, en un silencio que parecía calculado. Dante Gallo, Carlo Verzino y Bruno Greco la observaban fijamente, más por evitar cruzar miradas entre ellos.

—En este asunto no soy más que una parte interesada en impedir que las tensiones internas de su organización repercutan en quienes viven fuera de su territorio. Me presento aquí como alguien neutral, con el único interés de mediar de buena fe.

La reunión se desarrolló con ese tono ceremonioso que contradecía las tensiones reales que había entre los allí sentados. Uno por uno, se expusieron los distintos puntos de vista, las motivaciones que habían propiciado algunas acciones y las concesiones que estaban dispuestos a dar.

Pura palabrería. Ambos bandos conocían los verdaderos objetivos de aquella reunión, y ninguno pasaba por firmar la paz.

El primero consistía en medir al adversario: estudiar su aspecto, la firmeza de su voz, la energía que desprendía. Era la primera vez que se sentaban cara a cara desde el inicio de la disputa, y el momento

perfecto para tomarle de nuevo la medida al enemigo. El segundo objetivo era, sencillamente, ganar tiempo.

La sesión concluyó como estaba previsto: con palabras huecas. Ninguna promesa inquebrantable, ningún compromiso real. Solo Fumiko Watanabe habló en nombre de los Inarizoku al comprometerse a mantener la neutralidad mientras el conflicto no saliera de Santa Lucia ni agravara la tensión existente entre el gobierno y los clanes.

Esa última frase la pronunció mirando a Dante Gallo. Ni siquiera X, que había tratado ese mismo asunto con Fumiko antes de la reunión, podía asegurar que no escondiera un as bajo la manga.

Cuando la reunión terminó, todos se levantaron de forma desordenada, pero manteniendo un silencio sepulcral. Poco a poco la nave industrial se vació. Primero salieron Fumiko y los dos drifters de su clan. La siguieron Carlo y sus hombres, seguido de Dante Gallo y el resto de su séquito. Bruno se quedó inmóvil allí, como si pretendiese demostrar su firmeza con ese acto.

—X, camina conmigo —dijo Bruno cuando finalmente pasó a su lado.

X aceptó la proposición. Bruno iba a la cabeza del grupo, seguido de su hijo y del resto de capodecina. El último era Thomas, quien parecía fuera de lugar.

Bruno no dijo ninguna palabra hasta que llegaron a la puerta de su coche, donde se giró hacia sus hombres.

—Dadme un par de minutos a solas con él.

Todos asintieron sin problema, salvo Milo, que miró a su amigo con una sonrisa rígida y los labios tensos, incapaz de ocultar el brillo agrio en sus ojos al verlo acaparar otra vez la atención.

—¿Me has oído, hijo?

El tono de su voz demostraba que Bruno no estaba acostumbrado a repetir las cosas. Milo aguantó la mirada de su padre unos segundos más, un pulso silencioso que X había presenciado antes. Como en otras ocasiones, fue Milo quien cedió. Apartó la vista y asintió en silencio.

Bruno abrió la puerta del coche y ambos entraron.

—¿Qué información nueva tienes sobre ARCO?

Esa pregunta pilló completamente desprevenido a X.

—No creo que eso sea algo de lo que te tengas que preocupar ahora mismo.

Bruno arqueó una ceja ante su soberbia, aunque ya estaba acostumbrado a ella. No tuvo que insistir. X le resumió sus hallazgos: lo que había averiguado sobre Julius Thorne y Elías Rivas, el acercamiento a Maia Duval y una sensación extraña que nunca había experimentado al investigar una corporación o una división del gobierno. Era como si no hubiera nada turbio que encontrar… salvo aquello que se ocultaba tras el nombre de la Unidad Lázaro, que evitó mencionar.

Cuando terminó, Bruno le dio las gracias y le pidió que se marchara. X, además de omitir que en una hora volvería a reunirse con Maia, prefirió no dar pistas claras sobre su posición en el conflicto. Tampoco mencionó a los soldados legacy que Dante Gallo tenía listos para desplegar en ese mismo instante. Decirlo solo lograría que Bruno se pusiera a la defensiva y alertara a Dante o, más probable, aun conociéndolo, que lanzara un operativo inmediato que acabaría costando muchas vidas.

No. La solución radicaba en llegar a esos legacy antes de que se cumpliera cualquiera de esos dos escenarios. Pero mientras su red de contactos recababa esa información, no pensaba quedarse de brazos cruzados. Necesitaba ver a Maia Duval una vez más.

◗ 21:43

El bullicio del bar en Sentrum no hizo más que agitarle las ideas, como si el bartender estuviera sacudiendo su cabeza en lugar de la coctelera que tenía entre las manos. Cruzó el local hasta uno de los pequeños reservados del fondo, decorado para imitar la cabina trasera de un coche de policía.

—Nuestras quedadas empiezan a ser demasiado numerosas —dijo la capitana de ARCO como bienvenida.

En cualquier otro momento, X habría respondido con un comentario tan mordaz como ingenioso, pero no ahí. Seguía sin poder quitarse de la cabeza lo que había ocurrido con Kyra, y que la mitad de la ciudad estuviese detrás de su cabeza o que de un momento a otro fuese a estallar una guerra no le ayudaba a calmarse.

—Esto no es más que puro mercantilismo.

Maia Duval frunció el ceño ante el tono seco de X.

—Yo te doy información que te ayuda. Tú respondes con lo mismo.

—Ya veo que hoy vas directo —dijo Maia—. Me parece bien. Tú empiezas.

—Dante Gallo y Bruno Greco se han sentado a hablar.

—Lo sé.

—Lo que no sabes es que ha sido Fumiko quien ha organizado esa reunión, bajo mi sugerencia.

La capitana se echó hacia atrás en su asiento. Su expresión no escondía la incredulidad que sentía.

—¿Desde cuándo Fumiko Watanabe escucharía a alguien como tú?

—Desde que notó que conmigo las casualidades siempre juegan a favor.

Maia no respondió a su comentario, así que X lo desarrolló. Le resumió lo que se había tratado en esa reunión unas horas antes, ahorrándose la parte en la que Dante «cerró» un acuerdo con Fumiko y en la que ella estaba compinchada con X.

—Ahora ese ejército de soldados legacy está en algún lugar de Altomonte, a la espera de que Dante les ordene que arrasen la

insurgencia de su clan —dijo X como colofón de la explicación.

La expresión de la capitana era insondable. Cuando X pensaba que la había descifrado, cambiaba la mueca a algo opuesto de forma abrupta, casi ensayada.

—Al principio pensaba que erais vosotros, ARCO, quienes obteníais soldados legacy de ReCorp. Es la forma más fácil de asegurarse de que ningún clan compre a vuestros funcionarios. Ya me he dado cuenta de que es al contrario, sois quienes queréis evitar que el gobierno y los clanes sigan usándolos.

Maia por fin pareció reaccionar, relajando su postura y dándole un primer trago a la bebida sin alcohol que tenía delante, después de diez minutos que llevaba ahí, calentándose.

—¿Qué sabes de ReCorp? —dijo Maia.

—Seguro que menos que tú.

—Sabemos más o menos lo mismo, pero nosotros rastreamos más lejos en el pasado. Antes de Calder, la empresa fue fundada por Victor Ardan. Desapareció hace ocho años. Desde entonces no queda ni rastro suyo.

X escuchó atento. Por más que él trató de sacar información del pasado, no encontró nada en la red. Alguien había limpiado artificialmente la historia de la empresa.

—¿Cuál es tu fuente?

—Un artículo obtenido del propio periodista que lo publicó. Ya no está accesible.

—¿Sabes quién es capaz de hacer algo así?

En el rostro de Maia, X vio que pensaba en la misma persona que él: El Director. Antes de que dijera nada, X recibió una copia del artículo en su NED. Era de una publicación de tecnología. Resumía los avances que Ardan y Calder habían hecho con los legacy, cuestionando la idea de que estaban condenados a morir tras una sobrecarga de ciberware. La conclusión quedaba en boca del propio Ardan: «El organismo continúa, pero sin piloto. Y eso, muy pronto, dejará de ser así».

—Si hay alguna forma de detener a los legacy sin matarlos —dijo Maia, interrumpiendo la lectura de X—, o incluso conseguir que vuelvan a la vida… ese hombre lo debe saber.

—¿Estás sugiriendo que le busque? Ni siquiera sabemos si está vivo, han pasado ocho años. Teniendo en cuenta la falta de escrúpulos que tiene ReCorp, seguramente su cuerpo se desintegró hace mucho tiempo. O, si ese Markus tiene un humor sádico, quizás lo convirtió en legacy y lo utiliza como su mayordomo.

—No te alteres.

A X le pilló de sorpresa esa interrupción tan tajante, pero al mirar la mesa vio que sus manos volvían a estar cerradas en un puño que resplandecía con un brillo morado. Esta situación le estaba afectando demasiado a nivel personal. En las misiones de la RES nunca permitió que sus emociones interfirieran, pero hacía mucho tiempo que dejó de ser esa persona que solo debía acatar las órdenes de sus superiores.

—Esto es lo único que te puedo ofrecer.

X se apoyó en el reposacabezas del coche de policía de atrezo y dejó que el líquido helado del vaso refrescara su garganta. Por desgracia, ese frescor no alcanzó a despejarle la cabeza.

—Gracias. Te mantendré informada sobre los Siracusa.

Maia mantuvo su mirada.

—¿Por qué haces todo esto?

X soltó un resoplido.

—Ya eres la segunda mujer que me pregunta eso esta tarde.

—Pues espero que a mí sí que me des una respuesta, no como habrás hecho con la otra persona.

X soltó una risa corta, apenas un destello de diversión antes de recuperar la seriedad.

—Porque desde que empecé este camino, dejar de avanzar se volvió más imposible que seguir.

Por primera vez desde que la conocía, Maia le obsequió con una sonrisa amplia, de esas que muestran los dientes. Le resultó extraña, casi fuera de lugar en ese rostro que solía mirarlo con firmeza, como si le evaluara incluso cuando no hablaban.

X se levantó y salió del bar sin pagar. A esa copa lo invitaba el Gobierno, que para algo pagaba impuestos. Aunque de haberlo sabido, habría pedido algo más caro que una condenada agua con gas.

A veces pensaba que, en el fondo, estaba mucho más de acuerdo con la forma de actuar de ARCO que con el egoísmo brutal de Bruno Greco o la violencia impulsiva de Dalia Rojas. Al menos esa organización intentaba construir algo. Quizás era hora de replantearse con quién se rodeaba. Sacudió la cabeza al instante.

Al salir a la calle, X comprobó la notificación que le había llegado a mitad de la conversación. Era de Luka.

Tenemos la localización.

Aquello bastó para disipar de golpe todas sus preocupaciones. Si llegaba a esos legacy antes de que Dante los activara, podría frenar la guerra antes de que alcanzara un punto de no retorno.

Con el camuflaje activado, caminó hacia la avenida. Al pasar junto a un callejón, detectó una pisada en un charco y un destello de movimiento entre las sombras. Entonces una voz surgió de allí, cargada de odio, como un disparo contenido demasiado tiempo.

—Ya sabía yo que nunca debería haberme fiado de un europeo.

◗ 22:09

X no necesitó que el rostro saliera de las sombras para saber su identidad. La voz era muy característica, la tenía grabada desde la primera vez que la escuchó, cuando gritó una frase ininteligible en el campo de batalla en el que se conocieron, en la frontera de su antiguo país.

—¿A qué viene esta confrontación, Milo? ¿Ahora te dedicas a espiar a tus amigos desde callejones oscuros como si esto fuera la Guerra Fría?

X sabía que hablar tanto era un síntoma de su nerviosismo, pero no pudo evitarlo. Antes de que Milo respondiera, X escuchó un disparo a su espalda, seguido de un impacto en su cuello. El choque le habría sacado una mueca automática de dolor, pero su cuerpo dejó de reaccionar. Ni siquiera fue capaz de girar la cabeza para ver quién empuñaba un arma por la espalda de esa forma tan rastrera. Le habían inmovilizado con una carga paralizante.

—Teniendo en cuenta el ciberware que llevas encima, supongo que te recuperarás de la parálisis cinco veces más rápido de lo habitual, pero con unos minutos tengo más que de sobra.

Milo dio un paso y dejó que la luz mortecina de la calle revelara un rostro endurecido hasta volverse irreconocible: su mirada afilada, sin calor; la mandíbula tensa, marcada por la rabia; y una sombra de odio que borraba cualquier rastro del amigo con el que X había compartido tantas comidas en el restaurante de Carlo. Ya no era el mismo: lo que vio frente a él parecía la máscara de un desconocido, a un suspiro de cruzar un límite del que no se vuelve.

—Mi padre siempre ha tenido un olfato preciso, pero no infalible. Una de cada diez veces se equivoca; está claro cuál es esta. La primera vez que sospeché de que había algo raro fue cuando supiste que ARCO atacaría el puerto la noche en la que estábamos descargando el armamento. Tú mismo me dijiste que te encargarías de entretenerlos. Supongo que vuestro plan era dejarme en libertad.

X maldijo a ese estúpido. ¿Qué clase de discusión era esa en la que ni siquiera le dejaba hablar? Por más que lo intentara, no podía

mover la boca y Milo no respondía sus llamadas del NED.

—Todas las veces que he estado contigo, casualmente esos perros de ARCO estaban ahí. El primer encontronazo que tuvimos, a las puertas del restaurante de Carlo, tú lo presenciaste como un espectador más. En el evento benéfico de Sotomonte también estaba esa puta capitana. X, vi cómo la mirabas.

Milo se acercó hasta quedarse a un palmo de su cara. Le agarró el mentón con los dedos y trató de tirar hacia abajo, para que sus miradas se encontrasen, pero no pudo. Los efectos de la carga paralizante seguían vigentes. Todos sus músculos estaban bloqueados.

—Conociéndote, además de trabajar para ellos, seguro que te estás follando a la capitana.

X ni siquiera pudo fulminarle con la mirada. Milo rio.

—Qué pena que no pueda ver tu rostro ahora mismo. Eh, no te culpo, tienes gustos un tanto extraños, pero tanto esa Santino como esta del gobierno son elecciones muy buenas.

Milo le rodeó y siguió hablando desde su espalda.

—Todo este tiempo no he dejado de preguntarme qué sacabas tú con todo esto. ¿Por qué tenías interés por acercarte tanto a mi padre?

«¿Por qué a todo el puto mundo le importan tanto mis motivos?», gritó X en su cabeza, intentando soltar la rabia contenida con muy poco éxito.

—No tienes ninguna razón para estar con nosotros. Tú eres Míster Principios. Un europeo de valores férreos, capaz de llevar su integridad y disciplina a límites insospechados con tal de encontrar al asesino de su amada. Pero ARCO… hay gran fundamento en que estés con ellos. Casualmente, tu forma de pensar se alía a la perfección con la de esa organización que parece creada por el fanatismo de tu país comunista.

Volvió a plantarse delante de él.

—Siempre estuviste demasiado cerca de los dos bandos. Y tarde o temprano ibas a jodernos. Aún tengo algo de fe en ti; me gustaría pensar que no solo querías fastidiarnos a nosotros, sino también a Dante. Pero está claro que eso ya nunca lo sabremos.

Había dado pasos hacia atrás con cada frase, hasta que la última palabra se perdió en la oscuridad insondable del callejón. X activó el implante de visión, pero ya no quedaba rastro de calor humano. Solo silencio, un vacío que pesaba más que la propia parálisis.

Al poco, una punzada recorrió su pierna, seguida de un hormigueo en los dedos de los pies. Luego vinieron las manos, entumecidas como si despertaran de un sueño forzado. El mundo volvía poco a poco a su control, aunque todavía atrapado en un cuerpo que no le respondía del todo. Fue entonces cuando una notificación de Prometheus parpadeó en su NED.

> *La localización de uno de los objetivos que rastrea se ha actualizado.*

El mapa mostraba su ubicación actual. El puto Milo había filtrado dónde estaba. El brazo derecho recobró la vida, como si por fin volviese a tener sangre bombeando esa parte del cuerpo. Segundos después pudo mover el cuello y la pierna izquierda.

El ritmo acelerado de su corazón no se reflejaba en su rostro, aún inmóvil. Los músculos de los ojos se desentumecieron y se tornaron en una mueca de ira a la que le acompañaron los labios y la frente a los pocos segundos.

Cuando finalmente pudo mover su cuerpo entero, a su derecha vio a la primera figura correr hacia él, dispuesta a cobrar el millón y medio de créditos que valía su cabeza.

◗ 22:15

El callejón era una garganta de ladrillo y metal, apenas iluminada por neones rotos. Docenas de sombras armadas se acercaban, todos con la misma mirada de hambre. X no retrocedió; curvó los dedos dentro de la carcasa cromada y sintió el zumbido bajo su piel, las Garras de Cromo despertaban.

El primero saltó, cuchillo vibrante en mano. X alzó el antebrazo y lo bloqueó; el impacto fue seco, pero la inercia desapareció como si el arma hubiera chocado contra algún tipo de magia oscura. Sin dar tiempo a que su enemigo entendiera qué pasaba, devolvió la energía acumulada en un golpe de palma al pecho. El cazarrecompensas salió disparado contra un contenedor hasta hundirse con un estruendo metálico.

Tres más se abalanzaron por el flanco. X giró sobre sí mismo, robando la inercia de un machete que buscaba su costado y encadenándola con un barrido horizontal con la otra mano. La onda cinética atravesó a los tres como un muro invisible y los lanzó al suelo sin aliento.

Disparos desde lo alto. El sensor de amenazas parpadeó en su visión y X agachó la cabeza al instante. El rifle en su espalda cobró vida con un impulso mental: tres disparos curvos viraron antes de tocar el suelo y ascendieron en espiral hasta golpear a los tiradores en los tejados. Los cuerpos cayeron inertes sobre marquesinas y levantaron un polvo que los neones teñían de luz.

Un cuarto hombre, más corpulento, intentó atraparlo por la espalda. X interceptó su antebrazo, notó cómo las Garras de Cromo absorbían la fuerza del agarre y la devolvían concentrada al pómulo del atacante. El crujido de hueso fue la única señal antes de que el hombre se desplomara.

Pero el enjambre no menguaba. Una granada rodó por el suelo y X apenas tuvo tiempo de absorber el impacto de la onda expansiva con las garras, disipándola contra un muro para evitar que lo partiera en dos. El calor le lamió el rostro. Un destello en su visión periférica, demasiado tarde. Algo frío y afilado le atravesó por la

espalda. Sintió el metal emergiendo por su abdomen, destellando bajo la luz mortecina del callejón. El aire le abandonó de golpe y un sabor a hierro llenó su boca.

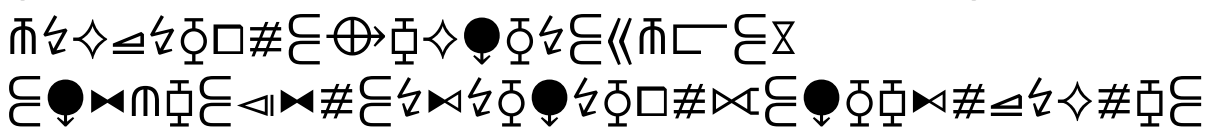
Se giró con violencia y aprovechó la inercia de la lanza que lo había atravesado para devolverla en un estallido brutal contra el atacante. Este salió despedido varios metros antes de estrellarse contra una pared. El kit médico de nanobots se activó de inmediato: cerró capilares y selló parte del desgarro, pero el dolor seguía latiéndole en el vientre como un tambor. Era una herida demasiado grande.

Otro cazador saltó desde un balcón, y X, tambaleante, absorbió la fuerza de su caída en las garras y la liberó de inmediato en un puñetazo ascendente. El hombre quedó suspendido en el aire una fracción de segundo antes de caer inconsciente a sus pies.

X respiraba a bocanadas, el aire quemándole los pulmones, la vista salpicada de destellos rojos que parpadeaban como alarmas rotas. La sangre le empapaba la ropa hasta pegarla a la piel, y cada movimiento arrastraba un latigazo de dolor que le recorría del abdomen a la espalda. Pero seguía en pie. Y esa simple obstinación, reflejada en la sombra alargada de sus Garras de Cromo, bastó para que varios de los cazadores dudaran un segundo de su siguiente paso.

La duda no duró. Una ráfaga de disparos rebotó en las paredes y X tuvo que cubrirse tras un contenedor. Un proyectil le rozó el costado; eso le arrancó un gruñido y un chorro más de sangre caliente. Asomó medio segundo, capturó la inercia de una bala que le iba directa al ojo y la devolvió en un golpe seco contra el muro. La trayectoria resultante desvió a dos enemigos que avanzaban hacia él.

Un cazador le embistió desde un lateral; X lo detuvo con las garras, absorbió la fuerza del impacto… al soltarla, el brazo no respondió con la misma precisión. El golpe solo derribó a medias al enemigo, que se levantó con una sonrisa rota y volvió a



⊕↠⧉✧⋷⧓✧↯⋷⊕↠↯⧉⋷⊥#⬢⟫
⏃⧓⊕↠↯⋷◅⧓#⋷□#⋷⏃⧉⏃⊕⟩
⋷⊕↠⧉✧⋷#□⬢⧉⟪⧓⧓⬢⧉⊏
⧉⬢⧉⧉⋷⊥⟫□⋷↯⧓↯⧉#⊕↠⧓⟩⋷⧓⧉⧉⋷⋷##⬢⧉⟫
□⊏⁀⋷□⧓✧⬢⧓⟩
⋷#⏃⋷⟪⧓⏃⧉⊕↠⧉⧉⬢↯⧉⋷⋷⏃↯⋷⧓⧓#⏃⋷##⏃⋷⇞⧉⊥⯁
⧉⧉⋉⋷⧓⧉⟪⧓✧#⧉⋉⋷↯✧⬢#□⋷##⋷◅⧓#⋷⧓⧓#⧓
#⧉↯⋷⧉#↯⊕↠⊕↠⧓⧉✧↯⧉⊏⁀⋷#⏃⋷⊠⧓⬢⋷⊥⟪#⧓⊕↠⧉⋷
⊕↠#⧉⧉⟩
⋷⏃↯⋷⇞#⊥⧉⧉⧉↯⟦⧓↯⋷□⧓⧓#⧉⟪⧓⊕↠⧓↯⏃⋉⋷⧓#⧉⧉
⋷#⏃⋷#⧉⏃⧉⧉⋷□#⋷⏃⏃#⋷↯✧⊕↠⏃⟩
⋷#✧⋷⏃↯⋷⊕↠⏃↯⏃⟨⊕↠⧓⏃↯⊏⁀
⏃↯⋷⊕↠↯⏃⏃#⋷□#⋷#□⬢⧉#⊕↠⇞↯⯁↯⋉⋷⏃↯□⋷□↯⏃
⧓#↯□⋷##□↯⧓↯⧉#⊕↠⟨↯✧⊏⁀⋷⧖⋷⧉#⬢⧉⧉⊕↠##⧓⟩
⋷↯⋷⬢⧉⧉⊥⧓⧓⊕↠⧉✧#□⋉⋷□⧓⧓⋷#□⧓⧓⧉↯⊕↠⧓⟩
✧⋷⧅↯⋷⧓⧉⧉#⟦⧓⏃↯⧉⋉⋷⇞↯□⬢↯⋷◅⧓#⋷#✧⊕↠⧉✧⬢
⧉⟩
⋷⧓✧⋷⇞⧓#⊕↠⧉⋷↯✧⟦⧉□⬢⧉⋷#✧⬢⧉⋷#⧉□⋷⊕↠⧉✧
⬢#✧##⧉⧉⋷#□⋷⧉⧖⧓#↯#⧉□⊏⁀⋷□⋷#⋷##□⏃⧓⊿⟩
⋷##✧⬢⧉⧉⋉⋷⧓⏃⧓⊥⋷#⬢↯⏃⋷⪡⧉⟨⧉⧉⋷⧓#⟦⟫
✧#⧉□#⋷↯⋷⏃↯⋷⧓#□⧓↯⏃⧓⋉⋷⧓✧⬢#✧⬢↯✧#⧉⋷⟦↯
✧↯⧉⋷⧓✧⧉□⋷□#⟦⧓✧#⧉□⋷⧓↯⧉⧉⧉⋷#⊕↠⧉⊥⧓⧉✧#⧉
□#⊏
✧⧉⋷⏃⧉□⋷⬢⧓⏃⧉⊏⁀⋷□⧉⊥⯁⧉↯□⋷□#⋷⊥⧉⏃⟨↯✧⋷⧓
✧⋷⏃↯⋷⧓#✧⬢⧉↯#↯⧓⋉⋷⯁⧉⏃⏃⧓◅⧓#↯✧#⧉⋷⏃↯⋷⧓⧓⊕↠↯
⋷⏃⧓⊿⋷◅⧓#⋷◅⧓##↯⯁↯□⁀⋷⊥⟫
□⋷⧓↯□⧉□⋷##⬢⧉⟫□⊏⁀⋷#⏃⋷⊕↠↯⏃⏃#⧉⟩

✧⋶#✧⬮#⚲⛢⋶⧓↯⚲#⨁⟨↯⋶⨁#⚲⚲↯⚲□#⋶□⛢⯁⚲#⋶
⟪⏃⌐⋶#□✧⋶⧓✧⬮⛢⋶##⋶#↯⚲⏃#⋶⊥⧓#⚲⬮#⌐

X recogió el brazo después de soltar toda la energía del implante de la mano. Miró a su alrededor, sin llegar a entender qué ocurría. Se encontraba en otra calle y, delante de él, tirados en el suelo, inconscientes, descansaban varios mercenarios.

Se miró las manos. Tenía las palmas con varios arañazos y algo de sangre. En los brazos también tenía cortes y, al toser, esputó más sangre. Entonces percibió un dolor agudo en el abdomen. Al bajar la mirada, observó el orificio del que no paraba de salir ese líquido rojo que tanto necesitaba.

Le había vuelto a pasar, otro blancazo en el que perdía la conciencia, pero su cuerpo seguía funcionando en piloto automático. Un aviso en el NED se lo confirmó.

Erosión del vector de decisión identificado.

Se ha alcanzado la tercera fase del protocolo de deterioro cognitivo.

Carga cognitiva aproximada: ≈91 %.

Le quedaba un nueve por ciento —lo que quisiera que significara aquello— para convertirse en legacy. Con los últimos incrementos, dudaba que durara más de un día. Aun así, por un rato más, seguía respirando.

Al fondo de la calle, unos pasos rompieron el silencio: tres cazadores corrían hacia él. El primero disparó; X desvió el proyectil con las Garras de Cromo y se cubrió detrás de un contenedor. Asomó por el otro lado. Dos mercenarios más se acercaban a toda velocidad.

Estaba acorralado. Si usaba las Garras de Cromo para ganar altura, quedaría expuesto sin el amparo del implante, y alguno no dudaría en abrir fuego. Y plantar cara a cinco mercenarios de ese calibre, atacando desde dos frentes, no era una maniobra arriesgada: era un suicidio anunciado.

Se dejó caer al suelo, protegido por dos contenedores que dejarían

de defenderle en muy poco tiempo. «¿Realmente voy a morir así?», se preguntó con más impotencia que tristeza. Para ese final tan desolador, habría preferido que fuese Dalia Rojas su ejecutora. Incluso el propio Milo, al menos así se habría llevado él el dinero, para que se pudiese montar su puto restaurante y dejase de contagiarle sus problemas al resto.

X se maldijo por mostrar tanta amargura en los últimos segundos de su vida. Había imaginado otra cosa. Creía que, llegado el momento, el cuerpo aceptaría el final con la serenidad templada de un estoico; una exhalación lenta, una última mirada clara hacia el mundo. Pero no. Solo tenía remordimientos. Demasiados.

Los pasos resonaban a unos escasos metros de su posición. Cada vez les escuchaba correr con más rabia, seguramente competían por ver quién daba el golpe final. Era posible que después de hacerlo soltasen esa molesta coletilla suya: «No es nada personal». Claro que lo era, estaban a punto de quitarle la vida, no había nada más personal que aquello.

No se asomó para ver el rostro de su ejecutor, por eso le sorprendió que una figura apareciese delante de él en el instante en el que iba a cerrar los ojos.

—¡X Freeman está protegido por las Valquirias!

Cuando Kyra escupió la última palabra, el tiempo pareció detenerse. Su salvadora tenía los ojos inyectados de una ira que provocó que hasta el cuerpo de X se estremeciera. Empuñaba una katana en cada mano, ambas hojas de un rojo incandescente que se reflejaban en sus pupilas. Por un momento, X creyó que veía a una verdadera valquiria, esas entidades de la mitología nórdica, guerreras al servicio de Odín que elegían quién moría en batalla y llevaban a los caídos dignos al Valhalla. Al parecer, X no caería en esa batalla.

—Si alguien nos toca, las trece Valquirias lo aniquilaremos. El cazador será cazado, junto a toda su familia.

Kyra no enseñó los colmillos, pero su gesto hizo pensar que estaba a punto de hacerlo. Sin dar tiempo a palabras ni excusas, agarró a X por el brazo y lo puso en pie. Avanzó entre dos de los mercenarios; estos se apartaron, con esa vacilación en los ojos que delataba la

duda de si valía la pena intentar detenerla.

Ninguno hizo la apuesta. X y Kyra salieron del callejón vivos.

X no necesitó cruzar miradas con ella para saber que su amenaza era puro humo. No tenía la menor conexión con su clan, y menos aún con una organización que se tambaleaba por la falta de liderazgo. Si alguno de esos cazadores lo hubiera matado y de paso herido a Kyra, la única consecuencia habría sido un millón y medio de créditos extra en sus cuentas.

◗ 23:03

El deportivo de Kyra devoraba las calles de Atlas a tal velocidad que parecía a punto de fundirse con el negro de la noche. Atrás quedaban los pocos cazadores que se atrevieron a seguirles. Su amenaza había sido tan contundente que ninguno quiso comprobar si era real; ni el más temerario deseaba ganarse de golpe la enemistad de todas las Valquirias.

—Tenemos que ir a un médico —dijo Kyra, sin rastro de la tenacidad que había mostrado contra los mercenarios.

—No.

—Al menos tienes que visitar a un techsmith. Estás herido.

X se llevó la mano al abdomen. Esa era su herida más preocupante. El orificio seguía sangrando, pero el diámetro se había reducido considerablemente. El sistema de recuperación interna era uno de los mejores implantes que tenía.

—No hay tiempo. Debemos ir a esta localización —dijo enviándole por el NED la ubicación que Luka había conseguido—. Es donde está el ejército de soldados legacy de Dante. Tenemos que llegar antes de que sea demasiado tarde.

Kyra desvió la mirada de la carretera por primera vez. A X ya le costaba recordar cómo era antes de que bajara aquel escudo que solía interponer entre ella y el mundo. Era como si estuviera viendo a otra persona, alguien que hasta entonces no había existido.

—Tienes que quitarte ciberware inmediatamente.

Su voz mostró que no era una petición. Incluso había dejado su sarcasmo de lado. Daba la impresión de que fuese a empezar a llorar de un momento a otro.

X fue a responderle con una negativa, cuando Kyra retomó la palabra.

—No quiero que mueras, no quiero que te quedes como mi amigo Han. Entiendo tus razones, X, son las mismas que las mías. No soy ingenua, sé cómo me comporto siempre. Esas defensas las tengo para evitar que me vuelvan a herir, aunque al parecer contigo no han funcionado. Y tú… tú te has convertido en esto para evitar que

vuelvan a herir a la gente que te importa. Pero hay ciertos límites que no hay que cruzar, y tú ya los sobrepasaste hace bastante tiempo.

X permaneció en silencio, atrapado en un vacío de respuestas. El aire le pesaba en los pulmones y notaba cómo los músculos de su mandíbula se tensaban, conteniendo una réplica que sabía inútil. Si ella le hubiera alzado la voz, atacado, o siquiera deslizado una pizca de condescendencia, él habría erguido sus murallas y contraatacado sin pensarlo. Pero no lo hizo. Cada palabra había salido limpia, tan sincera como la emoción que dejaba ver en su rostro. Y eso era lo que más le dolía: que, en lo más hondo, X sabía que llevaba razón.

«Solo necesito un poco más», pensó como única contestación. Solo debía llegar hasta los legacy de Dante Gallo, encontrar a Axel Black y evitar que atacasen a los Greco. Una vez hecho, todo acabaría. Con la información de Maia, lo que ya sabía e investigando un poco más sobre Victor Ardan, tendría suficiente para lanzar una bomba de información al público que destrozase a ReCorp. Eso sería suficiente para que también desapareciera su recompensa en Prometheus y pudiera recuperar su vida normal, centrada en acabar con El Director.

«Solo necesito un poco más», se repitió.

—Por favor, ve a la ubicación que te he mandado. Te prometo que, en cuanto detengamos a esos legacy, me quitaré el ciberware que llevo encima.

Con un resoplido de resignación, Kyra acabó cediendo.

La sucesión de luces, edificios y personas que caminaban bajo la lluvia fueron cambiando conforme atravesaron los barrios hasta llegar al sur de Altomonte, a un edificio que daba al río Atlas.

La fachada, anodina y sin rótulos, parecía un almacén abandonado. Solo la cerradura blindada del portón y el silencio artificial del callejón rompían la ilusión. X activó el escaneo de amenazas; el pulso de datos le devolvió un mapa fantasma del interior. Dos cámaras fijas, sin movimiento térmico humano, aunque había una gran fuente de calor en una de las naves, casi uniforme.

Kyra lo miró sin palabras, como si preguntara si iban a hacerlo a su manera o a la de ella. X hizo un ademán hacia la puerta lateral. Ella

desapareció un instante y volvió con una barra de acero doblada entre las manos. La encajó en el marco, apoyó su peso y la cerradura emitió un quejido breve antes de rendirse.

Dentro el aire olía a metal viejo y aceite estancado. La penumbra se tragaba cualquier forma a más de tres metros. X bajó el ritmo, sus sensores de amenaza extendían su alcance como un eco invisible. Nada. Avanzaron por un pasillo de cajas apiladas como muros. Cada paso resonaba hueco, amplificado por la acústica cavernosa del lugar. Kyra, con las katanas cruzadas a la espalda, giraba la cabeza de lado a lado con una precisión casi animal.

El último tramo los llevó a una compuerta doble de acero al final de unas escaleras, cerrada con un mecanismo hidráulico. Kyra se conectó con su NED y tras unos instantes el sistema se abrió con un suspiro metálico.

Cruzaron.

A pesar de que ya iban preparados para aquella visión, a X le costó asimilar lo que tenía delante. Un centenar de hombres y mujeres permanecían inmóviles, alineados como si alguien hubiera detenido el tiempo justo antes de dar la orden de ataque. No eran simples cuerpos: parecían esculturas hiperrealistas, moldeadas con tal precisión que bastaba un parpadeo para esperar verlas moverse. El silencio que los envolvía tenía el peso de una sala funeraria, pero bajo esa quietud latía la amenaza de un ejército listo para desatarse.

Todos portaban un arsenal variado, armas elegidas según el estilo de combate que debieron de tener en vida: fusiles de asalto desgastados, cuchillos con filo de obsidiana sintética, lanzadores compactos, escopetas de cañón corto.

La uniformidad venía por otro lado. Vestían el mismo camuflaje urbano, un tejido inteligente diseñado para la jungla de metal y vidrio que era Atlas. Sus tonos iban del gris mate al negro carbón, atravesados por vetas irregulares de azul eléctrico y ocre oxidado, imitando el reflejo sucio de los neones sobre el hormigón húmedo.

X activó la visión nocturna y, uno a uno, enfocó sus rostros. Bocas entreabiertas, como si hubieran olvidado que el aire entra y sale; piel estirada sobre moldes de metal. No había gesto ni parpadeo, solo la quietud mecánica de máquinas en reposo. Sin embargo, en

cada cara adivinaba la sombra de una vida a medias: familias que ahora esperaban en vano, historias que se habían detenido el día en que alguien les susurró que el único camino para dejar de sufrir era quitarse la vida.

El detector facial emitió una alerta: «coincidencia confirmada». Retrocedió hasta fijar el rostro y se topó con una cara inquietantemente parecida a la de su hermano, Noé Black. Diez días atrás, él mismo le había pedido que encontrara a la persona que, en ese momento, se alzaba ante sus ojos. Había completado el trabajo. Había encontrado a Axel Black. Pero ese resultado era peor que hallar un cadáver.

—*¿Cómo podemos evitar que Dante los active?* —dijo X por el NED.

—*Eso es lo que intento averiguar* —dijo Kyra, sin apartar la atención—*. Solo hay una red abierta, con ciento una conexiones: el centenar de soldados legacy y yo. Pero su interfaz…* —frunció el ceño— *es distinta a cualquier cosa que haya visto. Jamás me he enlazado a un legacy. Este protocolo… es completamente nuevo para mí.*

X se maldijo por no haber obtenido más respuestas de Fumiko, o por no haberlas buscado él mismo en ReCorp.

—*Tiene que haber alguna forma. Instalar un inhibidor o…*

—*Lo estoy intentando. Y que me interrumpas no ayuda.*

X guardó silencio y dio un paso atrás, cediéndole más espacio, como si eso pudiera ayudar. Incapaz de hacer nada más, permaneció allí, observando a aquellas figuras vacías de alma. El silencio pesado de la nave se quebró con un destello en una de las puertas. La luz parpadeó una vez. Enseguida el portón empezó a elevarse y reveló una rendija del exterior que crecía segundo a segundo, hasta mostrar tres camiones con las compuertas traseras abiertas.

Kyra presenció la escena con una mueca de alarma. Cuando el brillo del NED regresó a sus ojos, chasqueó la lengua con una rabia contenida.

—*Ha entrado una comunicación en la red, no he podido hacer nada para interceptarla.*

—*¿Eso qué…?*

Los cien soldados legacy cobraron vida al unísono y, en una cola

ordenada, fueron entrando a los tres camiones. Solo había un sitio a donde se podían dirigir. El Duomo, base de los Greco, donde pensaban aniquilar a cualquier drifter.

◗ 23:40

X contempló, impotente, cómo los tres camiones se alejaban, con la sensación de que el viento acababa de deshojar de un golpe la flor que sostenía. Un empujón de Kyra lo arrancó de su ensimismamiento.

—*Aún nos da tiempo a detenerlos.*

Contagiado por una esperanza que creía extinguida, X asintió y ambos se encaminaron hacia la puerta. Antes de que pudiera asir el pomo, esta se abrió de golpe: un arma los encañonó. No hubo disparo. Kyra seccionó el arma con un corte preciso. El tirador reaccionó de inmediato, golpeándola con ese mismo brazo; ella bloqueó el impacto y retrocedió. Entonces, un hombre y una mujer más surgieron de las sombras y les cerraron el paso. Los dejaron atrapados en la estrecha plataforma desde la que, instantes antes, habían visto marchar al ejército legacy.

X activó los implantes de sus manos, cuando Kyra le habló por el NED.

—*Coge mi coche y ve tras los camiones. Yo les entretendré.*

La mirada que acompañó a su orden no dejó espacio para réplicas. X subió a la barandilla y saltó a la planta inferior, amortiguando el impacto con las Garras de Cromo. Atravesó el gran portón abierto y rodeó el edificio hasta llegar al lugar donde seguía aparcado el deportivo de la Valquiria. Al acercar la mano por puro reflejo, la puerta se desbloqueó con un clic suave.

Se sentó en el asiento del piloto y ajustó la altura. Ese vehículo era una réplica de los antiguos, y X no tenía ni idea de cómo funcionaba. Le llevó unos minutos encenderlo y, cuando por fin tomó la carretera hacia el Duomo, lo hizo con torpeza. El motor rugía cada vez que cambiaba mal de marcha. El coche llegó a apagarse un par de veces y, para colmo, terminó atrapado en un atasco provocado por una fiesta callejera que bloqueaba la calzada.

Al llegar al Duomo, dejó el coche encima de la acera de esa calle estrecha de Greco. No había rastro de los legacy ni de los tres enormes camiones que los habrían descargado. Corrió hasta la

entrada y se encontró con que la puerta, que siempre había visto protegida, estaba vacía. Tomó el rifle de su espalda y entró con el cañón en alto.

Nada más cruzar el umbral, el aire se volvió denso. Olía a sangre, mezclada con tejidos —humanos e inorgánicos— reducidos a ceniza. En el suelo, junto a la entrada, yacía el primer cuerpo: un drifter que X recordaba por su presencia constante vigilando la puerta. Estaba desplomado, la espalda contra la pared, bajo un manchón irregular de sangre dejado al deslizarse sin vida. La expresión petrificada en su rostro no era de miedo, sino de pura incredulidad, como si ni siquiera en el último instante hubiera comprendido lo que ocurría.

Al alzar la vista, el pasillo se abría como una herida mal cerrada. Varios cuerpos formaban un rastro de muerte que parecía guiarlo hacia el patio interior. A cada paso que daba, el silencio pesaba más. Era como si la misma estructura del edificio se hubiese quedado muda por respeto. O por terror. X reconoció rostros entre los caídos. Algunos eran simples conocidos, compañeros de charla ocasional o de roces fugaces en pasillos estrechos. Otros le dolieron más: caras familiares, amigos de Milo desde la infancia, drifters a los que había oído reír en multitud de ocasiones. Ahora, todos yacían abiertos. Algunos con disparos certeros al pecho, otros con la garganta desgarrada con furia inhumana. Uno de ellos, casi irreconocible, tenía el torso abierto en canal, como si hubiesen buscado en su interior algo que no encontraron.

Entre los muertos también había algunos de los asaltantes. X los identificó por su uniforme: ese camuflaje urbano adaptado a la geometría sucia de Atlas. Uno de ellos tenía el rostro oculto por un casco destrozado y el pecho hundido por el impacto de una granada. El otro, con la mandíbula colgando, aún sujetaba una pistola fusionada a su brazo.

De pronto, una tos se alzó como una herejía en aquel santuario profanado. X giró de inmediato, su rifle ya levantado, siguiendo el eco hasta una de las columnas medio derruidas. Allí, una figura trataba de incorporarse a duras penas, una silueta tambaleante que parecía surgir de entre los escombros como un espectro. X lo reconoció al instante.

—¡Thomas! ¿Qué ha ocurrido? —dijo tirándose de rodillas para quedar a su altura.

El veterano del clan tosió de nuevo, arrastrando consigo esputos de sangre.

—Fíjate que estaba aquí… y todavía no tengo ni puta idea —dijo, tratando de dibujar una sonrisa.

No necesitaba que se lo confirmaran; ya lo sabía. Cien humanos sin alma, convertidos en máquinas de matar al servicio de Dante Gallo. Bajo sus órdenes, habían arrasado el lugar donde vivían personas de su propio clan, de su propia sangre. Tal y como Thomas le había contado a X unas horas antes, en aquella reunión inútil, el propio Dante comenzó su carrera en los Siracusa justo en el mismo sitio que acababa de reducir a escombros.

—Lo siento… —dijo X entre sollozos.

No sabía cuándo habían surgido las primeras lágrimas.

—¿De qué… hablas?

—No he llegado a tiempo. No he podido evitar esto.

Thomas soltó una carcajada que rápidamente se convirtió en más toses acompañadas de sangre.

—Tanto ciberware se te ha subido a la cabeza. No hay nadie más puntual que la muerte. Podías haberte dado toda la prisa del mundo; después de tantas décadas como drifter, mi cita con ella estaba fijada desde hace años. Ya lo sabes: de un clan solo se sale con los pies por delante.

X se miró las manos llenas de sangre; por mucho que presionase en la herida del pecho de Thomas, ese líquido caliente no dejaba de brotar.

—Anda…, X —dijo con el mismo tono burlón de siempre—. Déjame un último intento. Y esta vez, no me lo cobres…

Sin saber cómo, X fue capaz de sonreír. Asintió con vehemencia, no quería que se muriese antes de ese último intento.

—Tu nombre… Tu verdadero nombre es… Evan Freeman.

X se quedó congelado, la cara todavía más pálida que la de Thomas.

—¿Cómo… cómo lo has sabido?

Thomas no llegó a responder. El apellido de X fue su último aliento,

sus labios aún curvados en una mueca de alivio que no llegó a convertirse del todo en sonrisa. Murió con los ojos entreabiertos, como si aún viera a su amigo delante, como si hubiera podido descansar únicamente al constatar que no estaba solo.

X se quedó inmóvil, arrodillado a su lado, con la respiración suspendida. No supo si fue el peso de la muerte o el de la mentira lo que más le aplastó en ese instante. Porque había mentido. Ese no era su nombre. Jamás lo había sido. Su nombre era X Freeman, aunque todavía le costara reconocerse en él. Lo curioso, lo que le revolvía el estómago, era que Evan Freeman sí que era el nombre de su padre. Fuera como fuese, había muerto pronunciando un nombre que llevaba sangre de su sangre. Y eso, por alguna razón, lo hizo aún más insoportable.

El silencio volvió a tragarse la escena. Solo entonces X se obligó a moverse. Apoyó una mano en la pared para levantarse, dejando una huella rojiza al hacerlo. Luego agarró de nuevo el rifle, el peso del metal le sirvió de ancla para no perderse del todo.

Un sonido apagado, en el piso superior, rompió el letargo como un zarpazo. Un crujido seco, tal vez una pisada. Además de la tos de Thomas, era el primer ruido que oía desde su llegada. Los legacy ya debían de haberse retirado, pero si quedaba alguien con vida, necesitaba encontrarlo. Pensó en Milo y echó a andar con el corazón encogido y el rostro endurecido. Aunque ese estúpido le hubiese apuñalado por la espalda, seguía siendo su amigo.

X ascendió por las plantas con precaución. No solo por los mercenarios sin conciencia que pudiera toparse aún entre sombras, sino por si alguno de los Greco que hubiese sobrevivido lo confundía con un enemigo. Pero no tuvo que aclarar su identidad a nadie. Cada cuerpo con el que se cruzaba estaba tibio, inerte, convertido en testimonio mudo de una masacre absurda.

Al llegar al último tramo de escaleras, se detuvo unos segundos. Sabía qué planta era. El despacho de Bruno Greco estaba al final del pasillo. Tragó saliva con una sequedad que le raspó la garganta y se obligó a girar la esquina.

La puerta del estudio permanecía entreabierta, sujeta solo por el cuerpo que la bloqueaba desde el suelo. Recostado de lado, como si

aún intentara contener el avance del enemigo con su exhalación final. X apretó el paso. Ya lo intuía, aunque no quería creerlo. Ahí estaba. De Angelis. Su corpachón sólido, su rostro endurecido en una expresión de furia, como si la muerte hubiese llegado en medio de un rugido. Era extraño verlo sin vida. Contó once orificios negros en el pecho, disparos de alto calibre. También cuatro tajos limpios en los brazos y hombros, y un último corte brutal en la garganta, con la hoja aún encajada entre la carne, como si ni siquiera muerto hubiese soltado el filo.

De Angelis había sido muchas cosas: el brazo ejecutor de Bruno Greco, un rostro impenetrable al servicio del clan y, en los últimos tiempos, también un amigo inesperado. X no habría apostado por ello al principio. Lo conoció como un muro con piernas, seco y pragmático, alguien que parecía hecho para intimidar, no para compartir bromas. Pero bastaron unas cuantas partidas de bolos y varios silencios bien llevados para descubrir al tipo que había detrás: alguien con más sentido del humor del que dejaba entrever, con una ética personal que no respondía a ningún código externo. Y sobre todo, con una lealtad que no pedía reconocimiento. No tenía que estar allí. Nadie le exigía morir defendiendo a Bruno. Pero lo hizo. Y eso era lo peor. Que su muerte no había sido un precio inevitable, sino el resultado de la ambición ciega de otro. Un juego de poder mal calculado. Y esa pérdida absurda, le ardía a X más que las heridas que aún le palpitaban bajo la piel. Por un instante, X deseó encontrar al capo de los Greco muerto. No como venganza, sino como una forma de justicia. Que al menos la muerte tuviese la decencia de cobrarse lo que era suyo.

Respiró hondo, se puso en pie y entró de golpe en el despacho. El recibimiento fue un disparo directo a la cabeza. Por instinto, levantó el brazo y las Garras de Cromo interceptaron la bala. Estuvo a punto de liberar toda la energía del ciberware… hasta que reconoció al tirador.

—¿Estás bien? —dijo estudiando su cuerpo.

Milo asintió. Tenía la mano izquierda sobre una herida de bala en el hombro contrario. El brazo derecho lo mantenía en alto, apuntando todavía a la entrada.

Toda la presión que X sentía hasta ese momento salió de su cuerpo. Las pocas lágrimas que había derramado con Thomas escaparon sin control. Cerró la mano en un puño y lo estrelló contra la pared, dejando un boquete grueso al lado de la cabeza de su amigo.

—¡¿Por qué?! ¿Por qué, Milo?

Esa mezcla de ira, impotencia y dolor se le atragantaba y apenas le dejaba pasar algo más que un fino hilo de aire.

—¿Por qué te has dejado llevar por tu puta envidia? —dijo X, hundiendo el rostro en sus manos, que seguían tintadas de la sangre de Thomas—. Si no me hubieses vendido a Prometheus… me habría dado tiempo a detener a ese maldito ejército de Dante antes de que fuese demasiado tarde.

Aquellas palabras de odio iban dirigidas a Milo, pero podría habérselas escupido a sí mismo frente a un espejo con la misma furia. No lo culpaba más de lo que se culpaba a él. Otra vez, tenía las manos llenas de sangre sin haber hecho nada para impedirlo. Todo el ciberware, la red de contactos, el peso ganado en Atlas, los créditos acumulados… nada había servido. En todos esos años, lo único que había cambiado era la poca humanidad que aún le quedaba, escurriéndose como agua entre los dedos.

—¿Qué dices…? —alcanzó a murmurar Milo. Su respiración era un silbido roto, cada palabra le costaba. Levantó apenas la mano, como si intentara apartar una sombra de su rostro—. ¿Qué dices que ha hecho mi hijo?

X lo miró, perplejo. Aquello no tenía sentido. «Está delirando», pensó, cuando advirtió que el rostro de Milo comenzó a ondularse. No su cabeza, ni los músculos de sus facciones: solo la máscara de piel que lo cubría.

El camuflaje se disolvió como humo, revelando a Bruno Greco. X dio un paso atrás, el puño apretado contra el rifle, mientras sus ojos caían sobre el cuchillo que el capo llevaba junto a la cintura.

—¿Dónde…? ¿Dónde está Milo? —dijo X, todavía confuso.

—Se hizo pasar por mí.

Expulsó el poco aire que le quedaba en el pecho con aquella frase, como si lo que X acababa de decir le hubiera arrancado las últimas

fuerzas.

—¿Dónde está Milo? —repitió.

—Se lo han llevado.

La sentencia de Bruno cayó sobre X como el último mazazo que terminó de derribarlo. Se sentó en el suelo, apoyando la espalda sobre una de las patas del gran escritorio del estudio, astillada por los disparos.

Desde las plantas inferiores comenzó a subir un eco de pasos. Al principio creyó que serían unos pocos, pero pronto contó más de una veintena. X no hizo el menor gesto por incorporarse, ni siquiera alzó el rifle que sostenía. Simplemente aguardó, dejando que aquel ruido, cada vez más ensordecedor, ascendiera hasta alcanzarlo.

Cuando lo hizo, le sorprendió ver a Julius Thorne apuntándole a la cabeza, pero le sorprendió más atestiguar una ola de fuego que recorrió todo su interior. Como si le hubiesen suministrado alguna droga potente, se puso en pie con energía. Una energía basada en la furia que sentía. Una furia contra él mismo y toda la gente de su alrededor.

—Buen momento para hacer vuestra aparición —dijo X con una inquina en los ojos a la que solo le faltó acompañar con un escupitajo—. ¡Qué conveniente! Es como si hubieseis esperado a que se mataran entre ellos.

Julius terminó de recorrer la habitación con la mirada y bajó el arma. Cuando sus ojos se cruzaron con los de X, no había en el líder de ARCO ni una sombra de culpabilidad. Al salir, se topó con Maia, que no compartía la misma frialdad que su comandante. Como el resto de agentes, tenía el rostro desencajado por la masacre que acababan de presenciar y, en parte, permitir. Porque Maia ya estaba advertida de que algo así podía ocurrir.

—El momento de actuar era hace veinte minutos —le dijo X a Maia, deteniéndose a apenas unos pasos—. Ahora solo os queda contar los cadáveres y anotar de cuántos drifters menos tendréis que preocuparos.

No esperó respuesta. X siguió caminando, no era capaz de permanecer un minuto más en ese edificio. Y solo tenía un lugar al que acudir.

15 DE OCTUBRE, 2064

◗ 02:36

X avanzaba por las calles del distrito de Jindao igual que dos años atrás. Esta vez no llevaba la sangre de Cleo en las manos, sino la de Thomas y la suya mezcladas. La herida del abdomen había dejado de sangrar horas antes, pero su cuerpo seguía arrastrando una debilidad obstinada.

No sabía muy bien por qué continuaba deambulando por la ciudad. Aunque la noche y el camuflaje jugaban a su favor, seguía siendo la recompensa más alta del país, muy por encima de cualquier otra. Quizá era precisamente eso: una parte de él anhelaba que algún grupo de mercenarios lo localizara y acabara el trabajo, del mismo modo que, en su momento, quiso que Dalia le ahorrara el peso de seguir respirando.

Esta vez no era el dolor lo que lo movía, sino una presión sorda que le ocupaba toda la cabeza, como si cada pensamiento tuviera que abrirse paso por un laberinto sin salida. Había cumplido con el encargo: encontrar a Axel Black. Pero verlo así, quebrado y sometido a las órdenes de Dante Gallo, le dejaba un regusto metálico en la boca, una culpa que se le pegaba a los dientes. Y mientras tanto, la ciudad lo cazaba. Le bloqueaba cada calle y le arruinaba cada plan antes siquiera de nacer.

La puñalada de Milo seguía ahí, más profunda que la del vientre, recordándole a cada paso que ni siquiera quienes decían estar de su lado eran un terreno seguro. El ataque de los cazadores apenas importaba. Lo que no podía apartar de su mente era la masacre del Duomo. Medio centenar de personas asesinadas por humanos con la mirada vacía.

Thomas. De Angelis. Y, como golpe final, la captura de Milo.

No estaba muerto, lo sabía. Dante lo querría con vida, aunque no necesitara una moneda de cambio. Tenía la superioridad en todos los frentes. La facción de los Greco había caído. Los planes con Fumiko, también. Todo se había echado a perder.

Lo peor: el golpe de gracia aún estaba por llegar. Solo lo separaba un pequeño paso de convertirse en legacy. Ya en la tercera fase del protocolo de deterioro cognitivo, probablemente le quedaban días, quizá horas, si no hacía algo para frenarlo. No podía quitarse ciberware todavía. No era un impulso suicida —aunque aquel paseo pudiera insinuarlo—, sino todo lo contrario. Ya no estaba dispuesto a rendirse bajo ningún concepto. Se lo debía a Cleo. Y eso, precisamente, estaba cerca de sellar su final.

Sus pasos, tras tanto merodeo, lo devolvieron al lugar al que quería llegar desde que salió de la base de los Greco. The J-Fix. A esa hora, el local ya estaba cerrado. X alzó la vista hacia la fachada y se centró en la primera planta. Como ocurría con la mayoría de negocios en Chinatown, Juno vivía justo encima. Activó las Garras de Cromo y sintió algo de energía todavía almacenada. Puso las palmas hacia abajo y la soltó: el impulso lo elevó cuatro metros, la altura suficiente para agarrarse a los barrotes de una de las ventanas. No tuvo que hacer mucha fuerza con los tensores de sus brazos para doblarlos lo suficiente para pasar.

Abrió la ventana y se deslizó dentro de lo que parecía ser el salón. No activó la visión nocturna: la luz tenue de la ciudad bastaba para revelarlo todo. El ambiente no tenía nada que ver con la pulcritud lujosa de la planta inferior. Ahí, la atmósfera era cálida, casi ritual. Alfombras de tonos profundos cubrían el suelo como capas protectoras; sobre las paredes colgaban tapices con símbolos arcanos, mandalas y constelaciones bordadas en hilos dorados. Las estanterías rebosaban de libros antiguos, piedras pulidas y objetos cuyo propósito parecía más espiritual que decorativo. Había incienso consumido en los ceniceros y pequeñas lámparas de sal y cuarzo proyectaban un resplandor ámbar, como si el aire estuviese cargado de algo más que oxígeno. Parecía el hogar de una persona opuesta a la Juno que conocía.

Estaba a punto de avanzar hacia una de las puertas cerradas

cuando algo lo derribó por la espalda. Cayó al suelo con alguien sobre su cuerpo y una hoja afilada presionándole el cuello. Sin alarmarse, X levantó las manos.

—Soy yo —dijo en voz baja, para evitar un corte en el cuello.

Juno soltó un bufido en su nuca y se levantó.

—¿Por qué los europeos no entienden el concepto de allanamiento de morada?

X le tendió la mano para que le ayudara a levantarse, pero la techsmith la ignoró y se sentó en uno de los sillones.

—Perdona, no habría venido si no fuese urgente.

—Estás herido —dijo como una mera observación.

—Me he dado cuenta.

Se levantó soltando un suspiro que reflejaba su cansancio y se dejó caer en otra de las butacas. Los dos se quedaron callados, observándose el uno al otro. Juno sabía que X solo estaba ahí por una de dos razones. Por su expresión, trataba de identificar cuál. Cuando X habló, no le sorprendió, más bien le decepcionó.

—Necesito que me instales otro implante.

—Ni hablar. Con el precio que tiene tu cabeza en Prometheus, doy por hecho que has abusado de las garras. ¿En qué porcentaje estás? ¿Noventa? ¿Noventa y cinco?

—Noventa y uno.

Juno se masajeó las cejas con los dedos. Todavía tenía su cuchillo en la mano. Era una hoja curva alargada con un mango elaborado. Parecía un objeto más apropiado para estar dentro de una vitrina que empuñado como un arma.

—¿Sabes la mala publicidad que me daría convertirte en legacy? Tu recompensa desaparecería y los cazadores me odiarían.

X conocía lo suficiente a Juno como para saber que esa no era más que una divergencia. Si se negaba a añadirle más hardware, no era por razones comerciales, sino humanitarias.

—Estaba pensando en el blindaje Hélix —dijo sin torcer el rostro ni un ápice.

Juno levantó el labio superior y miró a X de lado, como si le hubiera contado un chiste malo. Se levantó y se dirigió a una de las puertas.

—Vete a la mierda, X. Si quieres acabar con tu vida, allá tú. Pero yo no pienso asistirte en tu suicidio, no soy Forma Zero.

X se lanzó hacia Juno y la agarró de la muñeca, la que aún empuñaba el cuchillo. De pronto un estruendo ensordecedor estalló dentro de su cabeza y lo arrojó al suelo. Todo su cuerpo se sacudió bajo una fuerza que parecía nacer desde dentro, como si cada implante que llevaba instalado descargara dolor justo en la carne que ocupaba.

Cuando Juno se giró hacia X, el tormento cesó.

—He tenido a clientes mucho más peligrosos que tú. No me obligues a volver a usar el disruptor somático una vez más.

Todavía en el suelo, X se incorporó con la mirada clavada en Juno. Inmediatamente sufrió otra descarga de dolor que recorrió cada célula de su cuerpo. Lo que sea que tuviese la techsmith instalado en su casa provocaba que sus implantes se desvinculasen a la vez. Su sistema pasaba a verlos como una amenaza externa, similar a la metralla de una granada, y el dolor que sentía era su respuesta.

Juno se puso en cuclillas al lado de X y desactivó la tortura. En su mirada solo había tristeza y un tanto de compasión. X no debía de ser el primero que veía así, consumido por la necesidad de tener más.

—No se trata de cuánto metal tienes encima. Es cuánto de ti queda debajo.

X no dijo nada, ya no le quedaban fuerzas ni para responder.

—Eres capaz de dejarte caer por la ventana por ti solo. Si cuando salga del baño sigues en mi casa, yo misma te entregaré a Prometheus y me iré de vacaciones a alguna isla tropical con los créditos.

Se encerró en el cuarto antes de que X pudiera replicar. Él permaneció en el suelo un par de minutos, con la mirada fija en el techo del salón de Juno, intentando reunir fuerzas. El aire le ardía en los pulmones y cada músculo parecía negarse a obedecer. Con un esfuerzo lento, casi ritual, se incorporó hasta quedar de rodillas y avanzó hacia la ventana. Apoyó la frente un instante contra el marco frío, cerrando los ojos como si dudara. Luego se escurrió entre los barrotes hasta sacar medio cuerpo al otro lado. La ciudad lo

esperaba abajo, inmensa y despiadada. Se dejó caer, tal como Juno le había ordenado, una vez más vencido por aquella metrópolis implacable.

◗ 03:16

Esas calles ya habían sido testigo de sus peores momentos. Y aunque habían pasado dos años desde su llegada a Atlas, X sentía que había vuelto al mismo punto. Esta vez aguardaba a que amaneciera… o a que alguien de Prometheus viniera a por él, lo que ocurriera primero. Pero la advertencia de Kyra parecía haber ahuyentado a los cazadores, o al menos disuadido a alguno de atacar esa noche.

Aun así, X no vagaba por la ciudad movido por impulsos suicidas; lo hacía por descarte. No tenía nada más que hacer. El mundo a su alrededor se desmoronaba y él se había quedado sin planes, estrategias o informaciones ocultas.

Bruno Greco atacaría a Dante Gallo a la desesperada, probablemente esa misma mañana. Acabaría consiguiendo que lo mataran a él y a su hijo. Tal vez la mano ejecutora fuera Axel Black, el mismo que había metido a X en todo aquello y que ya no era más que una extensión de la voluntad de Dante. ReCorp seguiría como si nada, sin consecuencias, igual que El Director. Ese parecía ser el modus operandi en Atlas: las acciones de uno tenían repercusiones… pero solo si eras lo bastante estúpido como para no saber evitarlas. Y X, al parecer, lo era, porque las consecuencias de sus actos estaban a punto de alcanzarlo. Con más del noventa por ciento de la carga cognitiva superada, se convertiría en legacy en cuestión de poco tiempo.

El broche final era un único nombre: Victor Ardan. La única esperanza que tenía de poder solucionar todo eso. El nombre de quien hizo eso posible y que seguramente llevaba ya casi una década muerto.

—X Freeman.

X se detuvo en seco. Por un instante pensó que lo había imaginado, pero juró haberlo oído fuera de su cabeza. Tal vez un cazador, dispuesto a acabar con todo. Se giró y se topó con la misma calle vacía que tenía delante. Dio una vuelta sobre sí mismo, escudriñando también balcones y azoteas.

—Estoy aquí, imbécil.

Entonces miró delante de él, al cristal de un negocio cerrado con un cartel de alquiler. Dentro no había nadie, quien le miraba era su reflejo. Pero no le devolvía su expresión de confusión, era una mirada llena de inquina, propia de quien tiene delante al causante de cada una de las miserias de su vida.

—Aunque ni siquiera ese es tu verdadero nombre.

El reflejo tomó vida propia, él no había dicho nada.

—¿Qué pensarían tu hermana y tu madre si te vieran así? —El reflejo inspeccionó el cuerpo de X con detenimiento. Entonces se dio cuenta de que tampoco tenía la misma apariencia que él—. Te has convertido en lo que juraste destruir.

—¿Me vas a hablar tú a mí de integridad? Mírate, con tu uniforme de la RES. ¿Qué piensas que estás defendiendo? ¿Los principios por los que se fundó el país o los intereses de unos pocos privilegiados? Allí o aquí, da igual, es la misma mierda con diferente envoltorio —dijo X al fin, saliendo de su perplejidad.

Llevaba demasiado tiempo bajo presión. Incluso si era una alucinación, no iba a permitir que le hablara de esa manera.

—Sí que te han lavado bien el cerebro. Ya ni siquiera eres capaz de ver en lo que te has convertido. Acércate, no tengas miedo.

Dudó unos segundos, con el pulso marcándole un ritmo ajeno, y al final se acercó hasta quedar a medio metro del cristal. Allí, entre el brillo tenue del escaparate y la oscuridad de la calle, surgió con todo detalle su reflejo… o más bien, una versión congelada en otro tiempo.

Las solapas del uniforme se mantenían rectas y las insignias pulidas, como si aún importara que relucieran. La tela caía sobre un cuerpo erguido, de hombros cuadrados, barbilla alta, y esos ojos… los mismos que él recordaba de su juventud, duros y limpios, como si nunca hubieran tenido que esquivar las mentiras del mundo. Bajo esa mirada no había ojeras, ni sangre seca en las comisuras de los labios, ni cicatrices mal cerradas. Solo una convicción inquebrantable que ahora se le antojaba casi insultante.

Era él, pero sin el peso de todo lo que había hecho y perdido. El soldado que creía en algo. El que todavía no sabía lo que costaba

vivir fuera de las consignas. Y verlo así, intacto, era como mirarse en un espejo que devolvía no solo una imagen, sino el recordatorio cruel de todo lo que ya no era.

—Si al menos hubiese servido de algo…

El reflejo que había visto antes ya no era solo un destello en el cristal: ahora estaba vivo, adelantado unos pasos, observándolo desde dentro del vidrio como si perteneciera a otro plano. Cuando X volvió la vista al frente, su auténtico reflejo había desaparecido por completo, como si lo hubieran sustituido.

—¿Qué te creías que ibas a hacer en Atlas? ¿Realmente pensabas que podrías construir una nueva vida?

—Lo he conseguido —dijo con rabia. Necesitaba convencerse más a sí mismo que a esa extraña entidad—. Aunque dentro de nada todo vaya a desaparecer.

—Cuando desaparezca y sigas con vida, ¿harás lo mismo?

—¿De qué hablas?

—De matar.

X miró confuso el cristal. La rabia en los ojos que le observaban le desconcertaba todavía más.

—La primera vez que tu vida se fue a la mierda, mataste a tu padrastro y luego desapareciste. Dejaste todo atrás con la idea de empezar de nuevo. Hace dos años, volviste a hacerlo. Cuando tu capitán te traicionó, mataste una vez más.

Cansado de esa voz que no dejaba de hurgar en su mente, descargó su furia en el cristal hasta hacerlo añicos.

—Sabes a quién mataste.

X miró alrededor, en busca de la voz.

—¿Verdad, X Freeman?

—¡No maté a nadie!

—¡Me mataste a mí!

Al mirar el charco del suelo, vio su reflejo gritar con el rostro distorsionado, las venas del cuello tensas y la garganta abierta en un alarido que no podía oír, pero que sentía retumbarle en el pecho. Entonces, aquella máscara de dolor absoluto se quebró. Los ojos del reflejo se encendieron con una chispa retorcida y la boca se abrió en una sonrisa tan amplia que parecía querer desgarrarle la cara,

mostrando cada diente como si fueran cuchillas listas para hundirse en su carne.

—Lo que no calculaste es que yo soy tú. —Esa voz retumbó dentro de su cabeza con una furia que nunca antes había escuchado—. Tú eres yo. Yo soy nosotros. Somos uno, dividido en dos. Debes matarte a ti para matarme a mí.

X cayó de golpe sobre el charco y lo aplastó bajo sus botas. Lo pisoteó y pateó hasta dispersar la mitad del agua en decenas de pequeños fragmentos líquidos. Luego se giró, furioso, hacia el cristal que quedaba en pie del escaparate, esperando encontrar de nuevo aquella figura. Pero lo único que vio fue su propio reflejo: la imagen de un hombre en el punto más bajo de su existencia. Los ojos que le devolvían la mirada, cargados de ira, eran los suyos.

El silencio de la calle lo envolvió, solo interrumpido por el goteo del agua entre los restos del cristal. La realidad regresó de golpe, más áspera que la alucinación.

Un mensaje apareció en su NED.

Ruptura del eje de identidad detectado.

Se ha alcanzado la cuarta fase del protocolo de deterioro cognitivo.

Carga cognitiva aproximada: ≈96 %.

Peligro inminente de conversión a legacy.

—¡No me jodas! No me había dado cuenta —gritó X a un espejo que ya solo reflejaba su expresión, una mezcla crispada de sudor frío y ojos desorbitados—. Al parecer, me convertiré en legacy antes de que alguien de Prometheus me mate. Vaya mierda, ni siquiera podré sacarle a Markus Calder el millón y pico de créditos que habrá metido por mi cabeza.

—Trix piensa que hablar con uno mismo de esa forma es de locos.

X alzó la cabeza, sobresaltado y en guardia. Trix lo observaba desde arriba. No tenía idea de cuándo había terminado en el suelo.

—A Trix le ha extrañado que dieses un paseo por la ciudad a estas horas, en especial siendo tu cabeza la más cara de Atlas ahora

mismo. Así que he…

Un llanto interrumpió sus palabras. La rabia que había acumulado en esa estrambótica conversación se transformó en la desesperación más absoluta. X cargaba problemas propios y ajenos: unos, impuestos por las circunstancias; otros, adoptados por decisión propia. Y ya, después de días de aguantar, esa presión lo hundió en lo más profundo.

—No puedo…, Trix —dijo, con las palabras deshaciéndose en la boca—. No… no soy capaz. Necesito ayuda.

Trix bajó la vista. A sus pies, X se aferraba a sus piernas. Se dejó caer en el suelo mojado y lo rodeó con fuerza. Trató de darle el cobijo que necesitaba. No dijo nada, solo permitió que X se quedará así, indefenso, el tiempo que necesitara.

Las lágrimas cesaron rápido, pero la respiración entrecortada permaneció bastante más. En su cabeza se seguían repitiendo las imágenes de los últimos días: la masacre a los Greco, Kyra tratando de hablar con un amigo ya sin conciencia, X convertido en la personificación de un país que siempre rechazó. Y por encima de todo, el mismo recuerdo de siempre. El de Cleo sin vida a sus pies.

—No me ha servido de nada —dijo al fin, observando sus manos como si fueran algo ajeno que le repugnaba tocar—. Todo lo que he hecho… dejar de lado mis principios, convertirme en lo que sea que soy ahora, no ha servido para nada. Hoy morirán los Greco, ReCorp seguirá beneficiándose de matar a personas para usar sus cuerpos, El Director no pagará por sus delitos y yo moriré a manos del sistema despiadado de Atlas.

—¿Así educan a las personas en tu país?

X, que seguía sumido en su cabeza, volvió al callejón mojado en el que estaba, apoyado sobre los hombros de Trix.

—¿Qué? ¿De qué hablas?

—Aquí nos enseñan que los de la RES pensáis que todo es de todos. ¿Eso también afecta a las emociones y a los problemas?

Seguía sin entender a qué se refería Trix, y su expresión lo demostraba.

—Te apropias de los problemas del mundo como si fueras tú quien debe resolverlos. Pretendes cargar ese peso en tus hombros para

evitar que lastren a otros. Dices que has dejado de lado tus principios, Trix piensa que es justo lo contrario. Te aferraste a ellos tanto que estás a punto de romperte. Porque has querido proteger a la gente que te importa, y porque has buscado justicia para quien ya no está. Aquí Trix se pregunta: ¿De qué sirve proteger lo que amas si en el proceso te destruyes a ti mismo?

Cuando X alzó el mentón, por primera vez vio delante de sí algo distinto a una oscuridad cerrada. Era una luz diminuta, pero suficiente para avanzar.

—Pero entonces, ¿cómo resuelvo todo esto? ¿Cómo consigo evitar la muerte de los Greco, acabar con ReCorp y evitar que me maten los de Prometheus?

Trix soltó una carcajada seca que retumbó contra la pared próxima.

—Yo qué sé. Trix solo tiene catorce años. ¿En serio esperas que te dé todas las respuestas? —dijo poniéndose de morros—. Sí que estás jodido si Trix es tu consultora oficial. Lo que sí que tengo claro es cómo no lo conseguirás: llorando por tus problemas en un callejón mojado mientras la mitad de la ciudad te busca. O siguiendo con esas cosas en tus manos que te convertirán en una máquina antes de que amanezca.

X esbozó una sonrisa, agradeciendo una vez más la suerte de haberse cruzado con aquella niña dos años atrás. Ella, sin embargo, no le correspondió; mantenía el rostro serio.

—¿Sabes por qué a Trix le gustaste desde el inicio?

—¿Por qué?

—Porque no eras como el resto. Todo el mundo en Atlas tiene uno de dos sueños: o salir del país, o hacerse lo suficientemente fuerte como para poder quedarse. Pero al jugar ese juego, todos acaban convertidos en lo mismo, dejando de lado quienes realmente son. Tú no. Tú no querías ganar el juego; querías negarte a jugarlo. Y ahora estás a un paso de convertirte en aquello que siempre rechazaste —dijo señalando sus manos y el metal que asomaba en su cuerpo—. Pero todavía puedes evitarlo.

Una nueva lágrima amenazó con deslizarse por la mejilla de X, pero terminó cayendo directamente al suelo, sacudida por un enérgico asentimiento. Trix, por fin, sonrió y abrazó a quien se había

convertido en su hermano mayor.

◗ 06:39

Aunque no había pasado ni una semana entera con aquel implante en las manos, volver a ver su piel desnuda le resultó extraño, como si contemplara las extremidades de otra persona.

—Esta operación no te la voy a cobrar —dijo Juno, enderezando la silla giroscópica en la que estaba X—. Pero ten claro que no te pienso devolver los créditos de las Garras de Cromo y el resto de mods que te he quitado.

X asintió con una mueca sumisa. Le bastaba con que no le hubiese arrancado la cabeza al visitarla de nuevo, apenas unas horas después de haberlo echado. Solo Trix había logrado disuadirla.

Además de desprenderse de las Garras de Cromo, se había quitado las terminaciones eléctricas de las piernas —capaces de lanzar descargas— porque, según Juno, consumían demasiada carga cognitiva. También había eliminado los recubrimientos de cromo en codos, rodillas y nudillos, así como el blindaje metálico del antebrazo que usaba como escudo. Todo para aligerar peso y deshacerse de la imagen de cazarrecompensas que arrastraba los últimos meses. Ahora se sentía más liviano, con la mente más despejada… pero también más débil. Como un atleta que sabe que sus mejores marcas quedaron atrás, consciente de que esa fuerza no regresará jamás.

Los pasos de una bota resonaron por el pasillo de acceso al techsmith. Juno levantó la cabeza alerta, pero al ver que Trix abrazaba a la desconocida, sencillamente mostró una expresión de hastío. Seguramente esa noche no tenía pensado pasarla así.

—Y yo que creía que además de metal tenías músculo, pero ya veo que eras todo hardware.

X sonrió ante el sarcasmo de Kyra; lo había echado de menos. Por lo visto, lo reservaba para momentos ligeros, y últimamente todos habían sido cualquier cosa menos eso.

X se puso en pie, todavía con los músculos entumecidos por la sedación. Kyra se acercó y se fundieron en un abrazo. Al separarse, el ambiente parecía turbado. Trix y Juno los miraban con fijación,

pero a ninguno de los dos les importó.

—Gracias por cubrirme mientras iba a por los legacy, aunque no sirviera de nada. No llegué a tiempo.

—Lo sé… Pero no es culpa tuya, X.

Cerró los ojos, su mente seguía tiñendo la oscuridad con las imágenes de la masacre del Duomo.

—Oye, por Trix no os cortéis. Os podéis morrear.

De inmediato la tensión de la sala se rompió en una carcajada sonora. Y, para sorpresa de X, Kyra acató la sugerencia de Trix y lo besó.

—Aún no está todo perdido —dijo X cuando se separaron.

Kyra le devolvió el mismo gesto serio y lo escuchó.

—He hablado con Maia Duval.

—¿La capitana de ARCO? —preguntó Juno, que de repente se interesó en la conversación.

X hizo un leve ademán con la cabeza y volvió a sentarse en la silla giroscópica; debía reservar las fuerzas que le quedaban, el descanso no iba a llegar pronto.

—Markus Calder es el presidente actual de ReCorp, pero la empresa la fundó otro. Seguramente Markus le tendió una trampa para quedarse con todo el beneficio. No sabemos si está muerto… o simplemente desapareció.

—¿Cómo se llama? —dijo Kyra.

—Victor Ardan.

Kyra abrió los ojos sutilmente, como si el nombre le sugiriera algo.

—¿Cuándo dices que desapareció?

—Hace ocho años. Pero no sé si desapareció, si Markus lo mató… o si incluso lo convirtió en legacy.

—Justo hace ocho años se esfumó de Atlas uno de los brainmasters más importantes de la historia —dijo Kyra.

—VA.

Las dos letras retumbaron en la sala. Había hablado Juno. Kyra se giró hacia ella con los ojos iluminados.

—Cualquier brainmaster con ambición sabe quién es —dijo Juno—. Sus BF son inimitables.

—Yo analicé algunos —añadió Kyra—. Obras de arte absolutas. Su

desaparición solo hizo crecer la leyenda.

—¿Qué más sabes de él? —preguntó Trix.

—Poco. Todo en torno a su figura era un misterio, y eso nos fascinaba a los braindivers. Nunca pensé que estuviera detrás del origen de ReCorp.

—Se dice que su casa era un lugar de culto —dijo Juno—. Pero yo no conozco a nadie que sepa su localización, quizás es solo una…

—Está en Robles Altos. —La voz de Kyra salió aguda, cargada de emoción—. Quien me enseñó todo sobre el braindiving me llevó allí una vez, pero cuando llegamos a la puerta, decidimos no entrar. Nos pareció una falta de respeto.

—¿En qué parte de Robles Altos? —dijo X, contagiado de su entusiasmo.

—El norte, en el lado de la montaña que da al río Dankworth.

—Antes de desaparecer, VA hizo un último comunicado —dijo Juno, como si no le importara la ubicación de esa casa.

—Solo quienes piensan libre encontrarán el camino.

La voz de Kyra y Juno al unísono le dio una profundidad mayor a esa frase.

—Si ese hombre dijo eso antes de desaparecer, era porque quizás no murió, sencillamente se esfumó por las circunstancias —dijo Trix.

—O sabía que iba a morir y quiso añadirle algo más de teatro a su figura —respondió Kyra.

—No importa, está claro que tenemos que ir allí.

Kyra asintió a la contestación de X y los dos se dirigieron hacia la salida con decisión.

—¡Trix quiere ir con vosotros! —dijo dando pequeños saltos detrás de ellos.

X puso los ojos en blanco antes de girarse hacia ella. Convencerla de que se quedase allí era una tarea imposible.

—Es mejor que vayamos los dos solos.

—No me cuentes tu vida, ni me vengas con que va a ser peligroso o tonterías así.

X suspiró desesperado, hasta que le surgió una idea. Se agachó, como si fuera a contarle un secreto, e hizo un ademán hacia Kyra. Trix dibujó una sonrisa de inmediato.

—Está bien… —dijo en voz baja, con cierta molestia—. Trix dejará que tengáis una cita…

X le devolvió la sonrisa y le revolvió el pelo hasta que le sacó una mueca de hastío que le divirtió todavía más.

Al salir a la calle, Kyra ya le esperaba con el motor del coche encendido.

—¿Cómo la has convencido para que no venga? —dijo suspicaz.

—Con mi don de la palabra.

Kyra chasqueó la lengua y aceleró.

Saber que no corría riesgo de convertirse en legacy en las próximas dos horas devolvió a X una calma que hasta entonces no había sabido apreciar. Pero resolver ese problema solo complicaba el resto. Durante el trayecto a Robles Altos, llamó a Bruno Greco.

—Estoy ocupado, Freeman.

No habló con desdén, pero desde luego que tampoco con cercanía.

—No vayáis todavía a por Milo.

Bruno ni siquiera le preguntó cómo lo sabía. Era obvio. Sencillamente contestó contrariado:

—Preferiría que no me subestimaras. Dante no es el único que se reserva sus cartas.

A X le habría gustado indagar más sobre ese as oculto, pero no tenía tiempo.

—Atacar a Dante ahora sería un suicidio. Es justo lo que está esperando. Por eso su objetivo eras tú, aunque al final haya sido Milo. Quiere exterminar a todos los que estáis en su contra, y por eso no se conformaba con matarlo. Si asaltas su mansión ahora, estarás cayendo justo en su trampa.

—Se te ha subido a la cabeza que paguen un millón y medio por ti. No puedo permitir que ese cabrón tenga a mi hijo. Si quieres unirte a salvar a tu amigo, eres más que bienvenido. Pero no me vuelvas a llamar para hacerme perder el tiempo.

Bruno colgó antes de que X respondiera. Este apoyó la nuca en el cabezal y cerró los ojos. Sentía cómo la fuerza regresaba poco a poco a su cuerpo tras la operación, pero cerrar los puños y encontrar solo carne le dejaba una sensación de vacío extraño, imposible de ignorar. Un vacío que, en las próximas horas, podía significar su

muerte a manos de un cazador de Prometheus o de un legacy de Dante.

Miró a su lado y se encontró con la expresión concentrada de Kyra. Le habría gustado asomarse a su cabeza para saber en qué pensaba. Quizá en ellos, aunque no estaba seguro de que existiera un «ellos» como tal. Solo se habían acostado una vez, más arrastrados por la tensión del momento y la fricción constante entre ambos que por otra cosa. Pero también era cierto que ella le había besado… y con público delante.

X agitó la cabeza, tratando de quitarse esos pensamientos. Era en lo último en lo que debía preocuparse en esos momentos. Entonces, un recuerdo intromisivo apareció.

—Kyra, ayer preguntaste sobre mi hermana.

—Sí —dijo alargando la sílaba.

—Yo también he tenido una duda estos años.

Kyra separó la vista momentáneamente de la carretera y miró a X con suspicacia.

—Cuando me colé en el Misty Dreams y me metí en vuestro sistema, vi que mi usuario tenía un comentario, pero no me dio tiempo a leerlo. ¿Qué era?

Kyra soltó una risa vacía, como si volver a recuerdos tan lejanos la calmase.

—No tengo ni idea. Yo no escribí nada, eso lo suelen dejar los empleados. Apuntan cualquier detalle que sirva para mejorar la relación con el cliente, desde gustos de BF, hasta su bebida favorita. Aunque ahora que lo dices, me has dejado con la curiosidad de saber qué era.

X chasqueó la lengua, molesto de no poder quitarse esa molesta astilla. Para él, cualquier incógnita era una pequeña piedra que llevaba sobre la espalda, y últimamente no dejaba de cargar más y más peso.

El resto del camino fue en silencio, ambos sumergidos en sus propias preocupaciones. No tardaron en llegar a la avenida que discurría al sur del río Dankworth, hasta que giraron a la izquierda y empezaron a subir por una carretera serpenteante hacia el Pico Atlas, donde acabó la primera cita que X tuvo con Cleo. Poco antes

de llegar a la cima, Kyra se desvió por una pista secundaria sin asfaltar. A los cien metros se detuvo delante de una puerta metálica comida por la maleza.

El motor se apagó con un gemido. Durante unos segundos, los dos se quedaron inmóviles, mirando a través del parabrisas. La carretera terminaba en un claro estrecho, y más allá el valle caía hacia el río, una cinta oscura que partía la montaña en dos. El aire era denso, húmedo, cargado de tierra mojada y vegetación podrida. La casa de Victor Ardan surgía entre las ramas como una ruina devorada por la espesura.

Bajaron. El pavimento cedió levemente bajo sus botas. La fachada estaba cubierta de moho; los restos de pintura colgaban como piel muerta. X empujó la puerta y el marco respondió con un gemido metálico. Dentro, la luz entraba a ráfagas por las ventanas rotas. Motas de polvo flotaban como un enjambre detenido. Los muebles, cubiertos con sábanas amarillentas, parecían espectros en penumbra. Hojas secas se amontonaban en las esquinas, arrastradas por años de corrientes de aire.

La planta baja repetía la misma imagen una y otra vez: paredes desconchadas, cristales quebrados, barro seco en las superficies. La naturaleza había reclamado su espacio. Raíces finas se colaban por las grietas, y de un viejo aparador brotaba un helecho solitario.

—Nada —murmuró Kyra, después de asomarse a lo que quedaba de la cocina.

X no contestó. Tenía la mirada clavada en el suelo, como si esperara que este le devolviera algo. Pasaron un rato más explorando y subieron al piso superior. Las habitaciones estaban igual de vacías, aunque menos invadidas por la vegetación. Encontraron documentos, ropa descompuesta, un par de fotografías manchadas por el moho. Nada que dijera qué le ocurrió a Ardan, cómo detener a un ejército de soldados legacy o cómo acabar con ReCorp.

Cuando ya parecían listos para abandonar, X volvió al salón y se quedó quieto en medio. El silencio de la casa era tan espeso que se oía su propia respiración. Durante unos segundos no hizo nada, solo dejó que la tensión se acumulara en el aire. Entonces golpeó con la

bota en la tarima. Un sonido hueco quebró la quietud.

—Aquí —dijo.

Kyra se acercó. Juntos apartaron una alfombra que se deshizo al tocarla y reveló una trampilla metálica con una cerradura mecánica oxidada.

—No parece que haya sido abierta en años —comentó ella.

X metió los dedos en la ranura y tiró. La cerradura cedió tras un chasquido seco y la trampilla se levantó con un gemido. Un aire frío y limpio, imposible en una casa así, subió desde la oscuridad.

Descendieron por una escalera estrecha de metal, con los peldaños cubiertos de polvo fino, pero firmes bajo el peso. La luz cambió: un zumbido eléctrico se encendió al llegar al fondo y reveló un pasillo angosto de paredes lisas, impecables. Al final, una puerta blindada se abrió automáticamente y descubrió una sala cuadrada, iluminada con una luz blanca sin un origen específico. Todo estaba limpio, sin rastro de humedad ni deterioro. En el centro, les esperaba un sillón reclinado similar a los que había en el Misty Dreams para disfrutar de un BF.

—Una sala de braindiving… —susurró Kyra, como si el lugar exigiera silencio.

X recorrió el perímetro. Todo en aquella habitación estaba diseñado para durar, con materiales sellados y un aislamiento absoluto del mundo exterior. Ocho años después, funcionaba como si Ardan acabara de salir a dar un paseo.

Se detuvo junto al sillón, pasando la mano por el reposabrazos metálico. Estaba frío.

—Creo que esto es una especie de prueba —dijo X.

—¿A qué te refieres?

—La silla en el medio de una habitación vacía, lo único protegido de toda la casa, el hecho de que siga teniendo energía… Creo que aquí es donde Victor Ardan pretendía probar si la persona que ha llegado hasta aquí piensa libre, como él mismo dijo en su último mensaje público.

X volvió a estudiar esa silla. No había vuelto a hacer braindiving ni una sola vez en los últimos dos años a excepción de su tortura en ReCorp. Las secuelas que le dejó el Blackout se lo impedían. Pero

esa situación era diferente, no iba a permitir que el terror lo controlase de esa forma.

—Lo intentaré yo —dijo Kyra, quitándole las palabras de la boca—. Tengo mucha más experiencia que tú, soy brainmaster. Además, VA siempre fue un ídolo mío.

A pesar de su tono serio, X intuyó ilusión en el brillo de sus ojos. No tenía ningún argumento que contrarrestara los suyos; se encogió de hombros y dio unos pasos atrás. Kyra se sentó en la silla, se acomodó y, tras guiñarle un ojo, se conectó al BF.

X no previó lo mortificante que sería la espera. El cuerpo de Kyra se estremecía a sacudidas, con músculos que se tensaban de golpe. Recordó la vez en que casi la infectaron con Blackout; de no haberse instalado un antivirus minutos antes, ninguno de los dos estaría vivo.

Tras más de media hora de desasosiego, Kyra abrió los ojos y la boca en un movimiento violento, como si volviese a la superficie después de casi ahogarse. Tenía la respiración entrecortada y varias gotas de sudor recorrían su frente.

Antes de que pudiera decir nada, las luces blancas se tiñeron de un rojo agresivo durante unos segundos, para luego volver a su estado anterior.

—No he sido capaz… —dijo Kyra soltando el aire de una.

X la ayudó a incorporarse. Se la notaba abatida.

—¿Qué es el BF?

—Son unas pruebas.

—Cuéntamelo todo. Si voy preparado, quizás yo sea capaz de superarlas.

—No servirá de nada.

En su voz no había cinismo, solo un convencimiento absoluto.

—No sé cómo lo hizo, pero el BF apaga tu capacidad de razonar o mentir. Solo reaccionas por instinto. Te muestra lo que eres de verdad.

—¿Eso se puede hacer con un BF? —preguntó X, fascinado.

—Sí. No sé cuántas pruebas son. Yo me he quedado en la tercera, pero es posible que a ti no te salgan las mismas o que el orden cambie. Las pruebas se nutren de tus propios recuerdos y temores.

A X esa idea le aterró. Comprobó que faltaba poco para las ocho de

la mañana. No sabía si Bruno ya había iniciado su ataque suicida contra Dante, pero si existía una forma de neutralizar al ejército legacy, era superando aquella mezquina prueba ideada por alguien que, probablemente, ya estaba muerto… con la estúpida esperanza de que todo aquello sirviera para algo.

Kyra se levantó y le cedió el lugar a X. Él miró la silla como quien mide el temple de un enemigo al que está a punto de retar. Si fallaba, Dante aniquilaría a todos los Greco. ReCorp seguiría intocable. Y, peor aún, el recuerdo de Cleo muerta a sus pies quedaría sellado como el único legado de su vida.

Con esa motivación en mente, X se sentó y se sumergió en el BF.

◗ 07:47

X se encontró en un espacio completamente blanco. No había pared ni techo, ni siquiera veía el suelo, aunque lo sentía bajo sus pies, liso y frío. El aire permanecía inmóvil, sin temperatura ni dirección, y cada respiración resonaba en un eco apagado que no parecía venir de ningún lugar. Dio un paso; el sonido se desvaneció, como absorbido por la nada. Abrió la boca para hablar, pero el silencio lo devoró antes de que pudiera oírse. Frente a él apareció una palabra, como si su NED la proyectara en el vacío.

Tentación.

Todavía sin entender nada, giró sobre sí mismo en busca de alguna respuesta. Sintió una fuerte atracción que lo arrastró hasta un poyete, también blanco, donde descansaban dos pulsadores: uno verde y otro rojo. Se inclinó ligeramente hacia ellos, observando sus superficies lisas, intactas, como si jamás hubiesen sido usados. Acercó un dedo y rozó el borde del verde, sin llegar a presionarlo. ¿Qué pasaría si lo hacía? No tuvo tiempo de decidirlo. De la nada, una pantalla flotante surgió frente a él y, tras un parpadeo de luz, mostró un vídeo. Era la grabación en primera persona de alguien en una azotea. La imagen se amplió con un efecto estroboscópico y, antes de que pudiese procesar lo que ocurría, vio que era él mismo quien estaba allí arriba. Al igual que en el primer BF que experimentó, no controlaba sus movimientos: sencillamente actuaba. No opuso resistencia, no servía de nada.

Dejó un maletín en el suelo y sacó un rifle de largo alcance. Era similar al que usó en su entrenamiento en el ejército de la RES, pero más tecnológico. Montó el arma con cuidado, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Abrió las dos patas de sujeción sobre el bordillo, se acomodó la culata en el hombro y conectó la visión de su NED con el fusil. Hizo un barrido por el edificio opuesto, pasando por cada una de las ventanas que mostraban un atisbo de la vida de desconocidos. Hasta que se detuvo en una de ellas. No supo por qué, sencillamente lo hizo. Una mujer estaba sentada delante de un

pequeño escritorio con espejo, maquillándose. X tomó una bocanada grande de aire y, cuando vació sus pulmones, apretó el gatillo. La bala estalló fuera del cañón como un latigazo. Acortó el espacio que separaba ambos edificios, atravesó la ventana de cristal y penetró el lateral del cráneo de la mujer hasta salir por el lado opuesto.

Sin el menor asomo de remordimiento, X levantó el arma del soporte y comenzó a desmontarla con los mismos gestos precisos con los que la había ensamblado minutos antes. A mitad del proceso, una notificación apareció en su NED: acababa de recibir una transferencia de un millón de créditos.

No tuvo tiempo de pensar a dónde iba a parar eso. El mismo efecto estroboscópico de antes lo envolvió, pero esta vez fue más intenso: destellos blancos y negros le golpearon la vista como relámpagos cercanos, un mareo súbito lo desestabilizó y sintió una presión creciente en el pecho, como si el aire se comprimiera a su alrededor. Perdió por un instante el equilibrio, sin llegar a caer, y cuando la sensación se disipó, estaba de nuevo en la sala blanca, frente a los dos botones. No necesitó ni un solo instante de reflexión: su mano presionó inmediatamente el rojo. No habría podido dudar, aunque lo hubiese querido. Era como si su indecisión se hubiese esfumado, dejando atrás una claridad absoluta.

Con la misma transición de la primera vez, X se encontró encima de un barco. No era mercantil, como en el que llegó a Atlas dos años atrás, pero tampoco era comercial. Parecía de pesca, con grandes máquinas asomando por la borda, a la espera de que alguien las activara. Al darse la vuelta, vio una costa al fondo. Era difícil no hacerlo, el país entero de Atlas ardía con una furia divina. Parecía la representación del mismísimo infierno.

Dejó de lado esa visión y entró en la embarcación. Llegó hasta un camarote, donde se tumbó y cerró los ojos con una calma contradictoria. Por algún motivo, X supo a dónde se dirigía. De vuelta a la RES. Pero no solo eso, volvía a su antigua vida, a la que tenía antes de que su capitán le traicionase y se tuviera que exiliar de su nación para evitar la muerte.

Al abrir los ojos, volvió a esa sala de un blanco tan nuclear que le dolía la vista. Su mano presionó el botón rojo sin vacilar, como si la

decisión ya estuviera tomada antes de regresar allí. Solo después, mientras sentía el impulso arrastrarlo a la siguiente escena, se preguntó si aquella elección tendría consecuencias más allá de ese lugar, si realmente estaba decidiendo algo que importaba fuera de la simulación.

En la tercera situación, se encontró de pie, en una sala de luz mortecina y un suelo de madera que crujía a cada paso. Delante de él estaba Trix, maniatada en una silla. Sobre su sien, un hombre enmascarado le apuntaba con un arma. En vez de correr a salvarla o tratar de disuadir al atacante, X giró levemente la cabeza. Al lado, en otra silla maniatado, había un hombre encapuchado. Nada lo indicaba, pero X supo que se trataba de El Director.

X volvió a mirar a Trix, pero cuando caminó, lo hizo hacia el encapuchado. El hombre armado disparó. Las últimas lágrimas de Trix aún resbalaban por su rostro cuando su cabeza estalló hacia un lado. X sintió un crujido interno, como si algo se desgajara dentro de él, pero no llegó a gritar. El enmascarado guardó el arma y se acercó a El Director. Sin ningún miramiento, agarró la capucha y tiró de ella. Antes de que X pudiese ver el rostro que se escondía debajo, volvió a la sala inicial.

Por tercera vez, presionó el botón rojo de inmediato. En esta ocasión, la fuerza de atracción del principio regresó y lo alejó del poyete con botones. Cuando se detuvo con un golpe violento, estaba encerrado en una cápsula de cristal. El sonido hueco de su propia respiración reverberaba en el interior, amplificado por las paredes lisas y frías que le devolvían cada exhalación. Su NED proyectó una nueva palabra:

Protección.

X supuso que había superado la primera prueba. Apoyó ambas manos en el cristal hasta sentir el frío atravesarle las palmas. Empujó con fuerza, golpeó con el hombro, incluso pateó la superficie. Nada. Ni una grieta, ni una vibración: era un prisma perfecto, sin juntas ni puntos débiles. Probó a buscar algún mecanismo oculto en el suelo o el techo, pero todo estaba sellado, sin rendijas.

Al mirar al frente, se dio cuenta de que no estaba solo. Otro prisma idéntico se alzaba a pocos metros. Dentro de él había dos mujeres. Tenían el mismo aspecto que la última noche en que las vio, una década atrás, el día en que mató a su padrastro. En los ojos de su madre no había resentimiento, solo una dicha absoluta por verle. Su hermana fingía desinterés, pero el brillo de sus ojos la traicionaba.

Sintió cómo la visión se le empañaba, y solo entonces notó el rastro húmedo resbalando por sus mejillas. Cuando bajó la mirada para recomponerse, notó que, a sus pies, habían aparecido piedras y láminas de madera que antes no estaban. Se encontraba sobre unos raíles. Su madre y su hermana también, en vías paralelas a las suyas. Un pitido agudo y distante resonó en la lejanía. El volumen aumentó con rapidez, hasta llenar el aire de tensión. Las vías de ellas se tiñeron de rojo; las de X, de un negro profundo. Giró la cabeza en busca de una pista y la vio: una gran palanca en el interior de su cápsula.

Frente a los tres, una máquina de hierro cargaba contra ellos a una velocidad endemoniada. X tiró de la palanca y el color de las vías se invirtió. El tren se desvió hacia él y, unos segundos después, lo arrolló por completo.

X sacudió la cabeza con fuerza, intentando despejarse. La respiración entrecortada buscaba oxigenar un cuerpo todavía agitado. Al reconocer el lugar, comprendió que el tren, las cápsulas, la sala blanca y su familia habían desaparecido. Ahora estaba en mitad de la calle. Un nuevo mensaje apareció ante él:

Compasión.

Movido otra vez por los impulsos de ese BF, caminó por la acera como quien tiene un propósito fijo. Frente a una pequeña tienda, un mendigo lo observaba con ojos sumisos. El tiempo se detuvo. Frente a él flotaban dos opciones, como flechas suspendidas en el aire: seguir de largo o acercarse al hombre. X eligió sin pensar. Cuando todo volvió a moverse, salió del local con pan y embutidos, que depositó en las manos temblorosas del vagabundo.

Siguió caminando. En el paso de cebra, una anciana forcejeaba con varias bolsas pesadas. El tiempo volvió a quebrarse, como un cristal

suspendido en el aire. Esta vez tampoco dudó: recogió la carga y la acompañó hasta la puerta de su casa, sintiendo el leve alivio en su sonrisa.

No hubo pausa. La pelota de un niño rodó a la calzada y el pequeño la siguió sin mirar el coche que se abalanzaba sobre él. El mundo se detuvo por tercera vez, y X ya estaba corriendo cuando volvió el sonido. Saltó, lo atrapó en brazos y rodó con él sobre el asfalto, a apenas unos centímetros del impacto.

Se levantó y se sacudió el polvo. Luego, tras recordarle al niño que tuviera cuidado, retomó su paseo. No había avanzado mucho cuando una explosión sacudió las plantas superiores del edificio junto al que pasaba. El tiempo se detuvo y X eligió arriesgar su vida y entrar en la finca. Del interior sacó a varias personas y volvió a adentrarse una vez más. Subió hasta la última planta, el foco de la explosión. Al llegar al final del pasillo, el tiempo se congeló por última vez.

A su derecha, una habitación intacta con una puerta al fondo que lo devolvería a la sala blanquecina del inicio. A la izquierda, un dormitorio en llamas, el techo cediendo sobre una niña que abrazaba un peluche con los ojos cerrados, como si sus plegarias pudieran detener el desastre. Sin vacilar, X se lanzó hacia ella, la levantó en brazos y giró hacia la salida. No alcanzó a dar dos pasos: el techo se desplomó sobre ambos, sepultándolos bajo una llamarada abrasadora.

Cuando X abrió los ojos, no tenía el pulso acelerado ni la respiración entrecortada. Tampoco sentía a la niña entre sus brazos. Al bajar la vista, vio las palmas ensangrentadas. Una notificación le interrumpió con el nombre de la cuarta prueba:

Redención.

Resopló, harto de que volvieran a exprimir ese maldito recuerdo como si fuera un arma de tortura barata. Aun así, el escenario volvió a formarse a su alrededor: el suelo manchado, el cuchillo a un lado y Cleo tendida boca arriba con el pecho destrozado. Él la sostuvo, notando cómo el frío de su piel le atravesaba los huesos.

Una fuerza lo sacó del dolor y lo soltó en la sala de ese blanco infinito. Delante de él había un estrado propio de un juicio. En la silla

central, una mujer lo observaba con ojos altivos. Era la misma persona que acababa de sostener entre sus brazos.

—¿Por qué me mataste? —dijo Cleo Rojas.

Por primera vez desde que había entrado en ese BF, X no respondió de inmediato. Sintió, incluso, que su mente volvía a funcionar con normalidad. En lugar de la claridad automática de antes, podía reflexionar, darle vueltas a la pregunta, elaborar una respuesta precisa. A una parte de él le disgustó regresar a esa neblina mental tan propia del ser humano.

—Porque El Director me infectó con Blackout y controló mi cuerpo durante tres horas.

El blanco cegador de ese espacio se tiñó de un rojo amenazante al tiempo que un pitido atronador cortaba el silencio. A X se le heló la sangre. ¿Había fallado? ¿Era ese el final de las pruebas? ¿Significaba que ya sería imposible detener a los legacy? Pero seguía dentro del BF. Cleo lo observaba con desdén antes de repetir la pregunta.

—¿Por qué me mataste?

—Porque no conseguí resolver los ataques de Blackout antes de que fuera demasiado tarde.

Durante unos segundos, solo se escuchó el zumbido constante de su mente. Entonces, igual que antes, la pregunta volvió, idéntica, con ese tono quebrado que parecía ignorar por completo su respuesta.

—¿Por qué me mataste?

X cerró los ojos y aclaró sus pensamientos. Sabía cuál era la respuesta, por mucho que le doliese.

—Crecí en un país comunista, donde me acostumbré a creer que merecía las cosas por derecho, sin tener que buscarlas por mi cuenta ni tomar iniciativa. Todas mis acciones en la RES fueron reactivas. En mi primer mes en Atlas actué igual, hasta que tuve las manos manchadas con tu sangre. Te maté porque no hice todo lo que estaba en mi mano para evitarlo, porque no entendía que, para merecer algo, hay que ofrecer algo a cambio.

Esta vez la sala tomó un brillo verde, sin ningún sonido molesto que los interrumpiera.

—¿Habrías matado para evitar mi muerte? —dijo Cleo, sin dejar ni

un instante para respirar.

—Sí.

La respuesta de X fue inmediata, al igual que la luz roja que la siguió. No tenía del todo claro cuáles eran las reglas de esa prueba, pero más le valía dejar de mentir o de contestar con verdades a medias.

—Habría intentado buscar una forma alternativa a matar, porque siempre la hay. Pero si no hubiese sido posible… —X se detuvo unos segundos, sincerándose consigo mismo—. Seguramente no habría sido capaz de hacerlo.

La luz verde le dio un descanso momentáneo del blanco cegador.

—¿Te has perdonado por lo que pasó?

—No.

El verde volvió a aparecer.

—¿Qué harías ahora si me tuvieras delante?

X se detuvo unos segundos, recordando que no tenía por qué responder de inmediato. Trató de imaginarse la escena. Esa persona que tenía ahí, pero viva, a unos pasos de él, alcanzable, tangible…

—Te abrazaría y lloraría.

El blanco se volvió verde y Cleo, por primera vez, pausó unos segundos, echándose hacia delante en su asiento, como si estuviese a punto de dar el veredicto final de ese juicio.

—¿Ahora mismo matarías por recuperarme?

X bajó la mirada, incapaz de moverse. Observó sus propias manos, las mismas que horas atrás rebosaban de ciberware, ahora desnudas y extrañas, como si no fueran suyas. Miró el resto de su cuerpo, donde seguía habiendo rastros de algunos implantes. Luego alzó la mirada y respondió sin un ápice de duda en la voz.

—Sí.

El aire volvió a sus pulmones y, cuando abrió los ojos, se encontró a Kyra observándolo con desazón. Al verlo regresar del BF, se acercó con rapidez, aunque instintivamente retrocedió un paso para darle espacio. X solo había experimentado tres BF en su vida, y cada uno había sido más surrealista que el anterior. Pero ese, sin duda, se llevaba la palma.

—¿Y bien? —dijo Kyra, ya sin aguantar la angustia.

Como respuesta, las luces de la sala tomaron el mismo verde que había llegado a repudiar del BF. Kyra dio un salto de alegría que le recordó a la vitalidad y despreocupación de Trix.

—Esta es la demostración objetiva de que soy mejor persona que tú —dijo X, levantándose con dificultad del asiento.

Kyra, que iba a ayudarle, se detuvo y rechistó poniendo los ojos en blanco.

—No sé yo si los parámetros determinados por Victor Ardan son la definición de buena persona.

X soltó una risa suave y se apoyó en la pared, todavía recuperando la fuerza.

—¿Y ahora qué?

La Valquiria se encogió de hombros. X se fijó en que tenía una notificación en su NED. Se tensó cuando leyó que era un mensaje de Fumiko.

¿A esto le llamas una resolución exitosa? Bruno está a punto de lanzarse a un suicidio global contra el ejército legacy de Dante.

Acompañado del texto, una imagen tomada desde la lejanía mostraba un convoy de coches armados aproximándose a la casa del Don del clan de los Siracusa.

Estaba a mitad de responderle cuando un sonido metálico lo devolvió a la casa de Victor Ardan. Los paneles de una de las esquinas se deslizaron hasta revelar un hueco en la pared. Segundos después, emergió un hombre armado que apuntó a ambos a la cabeza.

◗ 08:22

X reconoció a la persona que los apuntaba cuando salió de la penumbra. Solo había visto una foto suya, en el artículo que le compartió Maia Duval, pero era suficiente. A fin de cuentas, Victor Ardan estaba exactamente igual que en esa foto tomada ocho años atrás.

—¿Estás vivo?

Era, cuando menos, una forma extraña de iniciar una conversación, pero fue la que X eligió.

—No. Soy un legacy.

La respuesta llegó después de que el hombre estudiara con calma a las dos personas que tenía delante. X, por algún motivo, había imaginado que su voz sería metálica, distorsionada por algún implante. Sin embargo, sonaba tan humana como la de cualquiera.

—¿Quién te controla? —dijo Kyra.

—Yo mismo.

X y Kyra se miraron sin entender del todo.

—Explícate, por favor.

Era extraño decirle «por favor» a alguien armado y sin conciencia, pero, ignorando el rifle, no transmitía agresividad.

—Me controla mi yo del pasado. Antes de morir me instalé un protocolo que se activaría una vez que me convirtiese en legacy. Es una capa de inteligencia bastante básica, solo soy capaz de actuar bajo unos parámetros determinados, como esta sala.

A X eso le pareció de todo menos básico, pero no se lo iba a discutir.

—¿Tienes intención de matarnos?

—De las pocas personas que han hecho la prueba de acceso, eres la primera que la supera. Sería una forma estúpida de joderlo, ¿no crees?

«Al parecer, la capa básica de inteligencia incluía ciertas pinceladas de sarcasmo», pensó X.

—Entiendo entonces que el arma es una medida preventiva. ¿Piensas que somos una amenaza?

—Considero que representáis una posible amenaza y que requerís una investigación más exhaustiva. Sobre todo teniendo en cuenta la cantidad de ciberware que lleváis. Aunque, a juzgar por tu aspecto —añadió, clavando la mirada en X—, diría que has reducido el hardware hace poco.

No le sorprendió su ojo certero, pero no estaba para conversaciones: a pocos kilómetros, se libraba una batalla que aún podía detener.

—¿Cuál es vuestro objetivo? —dijo Victor Ardan, relajando levemente los hombros.

No sabía qué motivaba a Victor ni por qué se programó a sí mismo para encontrar a una especie de elegido. Pero lo que sí tenía claro era que no iba a descubrirlo a base de mentiras. Así que X respondió como si aún siguiera inmerso en el BF.

—Detener a un ejército de soldados legacy que combate ahora mismo y destapar el entramado de trata de blancas, coerción y corrupción que lleva a cabo ReCorp.

Victor sopesó su mirada. Quizás no necesitaba que se encontraran en el BF para poder determinar si X decía la verdad. Parecía que eso fue justo lo que concluyó, ya que bajó el arma y dio unos pasos atrás, relajando su cuerpo entero.

—La capa de inteligencia que poseo, como ya he dicho, solo funciona bajo condiciones muy concretas. No puedo llevar a cabo la tarea que deseo. Para eso sirve todo esto: para encontrar a alguien como tú. Alguien con más inteligencia y autonomía de la que yo disfruto ahora, capaz de corregir mis errores del pasado. X Freeman, ¿estarías dispuesto a ser esa persona?

No le sonó raro su nombre en los labios de ese hombre, que ya tenía poco de humano. Tampoco dudó al responderle con un sí rotundo.

—Si lo que buscas es ayuda para destruir ReCorp, ¿por qué fuiste tú quien inició el camino que acabó convirtiendo a los legacy en soldados? —dijo Kyra.

A Victor se le ensombreció el rostro. Parecía contar con las mismas funcionalidades que un legacy estándar o, dicho de otra forma, de un humano.

—Yo nunca quise hacer esto. Solo quería aprender a salvar a un legacy, no explotarlos por el propio beneficio económico.

—¿Salvar a un legacy? —dijo Kyra con una esperanza en su voz que X no había escuchado hasta entonces. Las palabras de Víctor le dieron un instante de ilusión, la idea fugaz de que quizá podría devolver a la vida a su amigo de la infancia. Pero la sombra que se dibujó enseguida en su rostro borró aquella esperanza tan rápido como había llegado.

—Hace unos años llegué a un punto en el que el braindiving me cansó. Sentía que ya no quedaba nada por aprender, que no existían retos capaces de intrigarme. Era una postura arrogante, lo sé, pero cierta. Decidí buscar desafíos fuera de mi zona de conocimiento, y así fue como di con los legacy. Quería que el castigo que sufría quien cedía demasiado control a la máquina desapareciera… o, al menos, que se suavizara.

»Tras una primera investigación, no comprendía por qué no era posible revertir el proceso. La mente seguía ahí, igual que la funcionalidad y la vida de los órganos. No tenía sentido que, al convertirse en legacy, una persona muriese de verdad. Si se retiraban los implantes que habían sobrecargado su carga cognitiva, debería volver a su estado anterior. Pero no ocurría.

»A mitad de la investigación me quedé sin fondos. No es del todo cierto: tenía dinero, como esta casa demuestra, pero mi ambición iba mucho más allá. Ahí cometí mi primer error: asociarme con Markus Calder. Juntos fundamos la empresa que hoy conocéis como ReCorp. Él se encargaría del negocio, de conseguir la financiación y manejar el papeleo. Yo, de la investigación y el desarrollo. Me llevó un año confirmar que convertirse en legacy es, ciertamente, irreversible, por lo menos yo no he encontrado un mínimo indicio que demuestre lo contrario.

Los hombros de Kyra se desplomaron y su postura perdió firmeza, como si una corriente invisible le hubiera robado la energía. No dijo nada, pero X reconoció en aquel leve derrumbe la confirmación de que, aunque siempre lo había sabido, escucharlo en voz alta lo volvía real.

Víctor Ardan siguió desgranando sus arrepentimientos, ajeno al

golpe que sus palabras provocaban en los otros dos.

—Si de verdad existe un Dios, quizá esta sea su manera de mostrarnos cuándo nos hemos alejado demasiado de su creación perfecta. Y si no existe, entonces es simplemente la naturaleza recordándonos que en todo hay un equilibrio inquebrantable.

»Hasta entonces, cuando alguien se convertía en legacy, quedaba reducido a un cuerpo vacío. El organismo seguía funcionando: respiraba, sudaba, incluso sangraba, pero era incapaz de responder. Era una especie de estado de coma en el que percibía cada estímulo del exterior, sin mostrar jamás reacción alguna. Algunos familiares y amigos optaban por incinerarlos, como quien desconecta la máquina que mantiene con vida a quien ya ha sufrido demasiado y no tiene salvación. Otros los dejaban en el hospital, aguardando el improbable regreso de un alma que parecía haberse ido. Pero mis investigaciones demostraron que, aunque el cerebro permaneciera dormido, el resto del cuerpo seguía plenamente funcional. Era una máquina a la espera de un piloto, y ese piloto era el NED, que había asumido el control para soportar la carga cognitiva del ciberware responsable de la transición. Mi objetivo era dar un propósito a esos cuerpos vacíos, ofrecerles una segunda vida a quienes, en la práctica, ya estaban muertos. De ese modo, quizá la persona podría seguir trabajando y cuidando de su familia tras convertirse en legacy. O, dado que en términos humanísticos la pérdida de un legacy se considera menos grave que la de alguien vivo, podrían destinarse a tareas de alto riesgo. Sería algo revolucionario, sí, pero también susceptible de abuso si no se gestionaba con extrema cautela… y yo no la tuve. Ese fue mi segundo error.

»Tras varios meses de trabajo, logré desarrollar una versión funcional. Cuando alguien se convierte en legacy, no queda simplemente a la espera de recibir instrucciones: queda vacío. Es necesario programarlo para que pueda recibir, interpretar y ejecutar órdenes, como si fuera un sistema operativo. También resulta imprescindible establecer una jerarquía clara de autoridad, definir de quién prevalecen las órdenes en caso de recibir más de una, y muchas otras variables que era preciso determinar. Ese fue mi producto final: un programa capaz de instalarse en un legacy para

darle una nueva vida, aunque no fuera la que había perdido.

»Cuando le mostré el prototipo final a Markus, sus ojos brillaron con una intensidad cegadora. Pero no era el mismo brillo que había en los míos, fruto de la satisfacción por lo que había logrado; era el destello de una oportunidad de negocio. Lo único que no le agradó de todo lo que le expliqué fue el uso que yo pretendía dar a esos legacy. Nunca serían nuestros, por mucho que legalmente estuvieran muertos; si pertenecían a alguien, era a sus familias, junto con cualquier beneficio que pudieran generar en ese estado. Markus consideraba aquello un desperdicio imperdonable.

»Mi tercer y último error fue subestimar la ambición y la crueldad que mi socio era capaz de desplegar. Con sus artimañas de empresario, logró apartarme de la empresa que yo mismo había fundado. Hasta entonces me creía una persona muy inteligente, un genio incluso. Fue en ese momento cuando comprendí el verdadero peso de lo que significa un ámbito de especialidad. Aquel hombre tenía mucha más experiencia que yo en ese terreno y, además, era él quien pagaba a los abogados. No tuve la menor oportunidad. Y enseguida entendí que su osadía no se detendría ahí. Yo sabía demasiado y, como él mismo había dicho, aquella era una oportunidad de negocio sin igual.

»Conociendo su lado sádico, seguramente me convertiría en legacy. Era más poético que sencillamente matarme. Las pruebas para comprobar quién consigue llegar hasta mí, la historia completa que os estoy contando y la petición que te haré, X, fue lo único que pude preparar antes de que acabara conmigo. Fue mi intento de enmendar esos tres errores fruto de mi soberbia.

Cuando terminó de hablar, un silencio los envolvió. Tanto X como Kyra se habían quedado prendidos por la historia. Con la imagen completa, X sintió un alivio sereno. Al menos una incógnita había dejado de pesarle. Aun así, todavía tenían una batalla por delante.

—El programa ese que creaste —dijo X—, esa especie de sistema operativo, ¿es lo que los de Forma Zero llaman el algoritmo?

Victor asintió, mostrando, una vez más, pesar en su mirada.

—Entonces… ¿Tú también creaste Forma Zero? —preguntó Kyra.

—No. Esa es otra muestra de la perversión de Markus. Lo fundó

después de convertirme en esto, el método perfecto para asegurarse un suministro constante de nuevos productos. Su broche de oro, y esto hay que reconocerlo, fue inventar la historia que construyó alrededor, colocándome a mí como fundador de esa secta. En parte, hasta le veo la gracia: esa figura tiene el mismo misterio que yo cultivé en vida, cuando la gente me conocía como VA.

X asintió con una mezcla de fascinación y rechazo por cada pieza del puzle que finalmente encajaba.

—¿Qué tenemos que hacer para acabar con esto? —dijo con resolución.

—Te he enviado un archivo que contiene la historia completa que te acabo de contar, documentada y desarrollada. En vida tenía la costumbre de registrar cada cosa que hacía, nunca pensé que fuese a resultarme tan práctico.

Kyra y X se miraron, junto a la información que extrajeron de ReCorp, ya tenían más que suficiente para provocar una bomba mediática que volase por los aires esa empresa y su cometido.

—Por otro lado —prosiguió Víctor—, en el programa que ejecutó cada legacy que pasó por Forma Zero o ReCorp instalé un acceso oculto. Este concede autoridad absoluta a quien lo utilice y, una vez activado, pone a cada legacy en modo pasivo. Es decir, los vuelve incapaces de realizar cualquier actividad violenta. Anula así la principal utilidad comercial que tienen.

»Esto no será más que una medida temporal. Con la información que te he dado, el revuelo será tal que legislar sobre ello se volverá imperativo. La regulación que surja establecerá en qué condiciones se podrá emplear a un legacy y quién obtendrá beneficio de esa actividad. Exactamente lo que yo pretendía hacer en su momento, antes de que Markus me apuñalara de frente y sin miramientos.

X recibió dos mensajes en su NED. El primero traía tal avalancha de documentos que no podía revisar en ese instante, pero estaba seguro de que serían más que suficientes para destruir a ReCorp y, de paso, acabar con uno de los negocios más lucrativos de El Director. El segundo incluía las instrucciones para utilizar el acceso oculto.

—Ya solo me queda creer en que he hecho lo correcto confiando en

ti —dijo Victor, clavando sus ojos sin vida en X.

—Este no será un cuarto error que tengas que enmendar.

Sonó más acusador de lo que esperaba, pero Victor contestó con una media sonrisa.

—Desafortunadamente, no podré comprobarlo —dijo, retrocediendo hacia la apertura en la pared—. Ya llevo muerto ocho años y, cuando actives ese acceso oculto, mi protocolo llegará a su fin y el implante que llevo en el pecho me provocará una parada cardiaca.

Los paneles se cerraron con un chasquido limpio, devolviendo la simetría a la sala. Durante un instante, X permaneció inmóvil, con la sensación de haber visto desvanecerse a un fantasma. Kyra apretó la mandíbula, como si se negara a dejarse afectar por lo que acababan de presenciar.

No podían permitirse perder más tiempo. Con el pulso todavía acelerado, echaron a correr hacia Altomonte, con la esperanza de que aún no fuera demasiado tarde para detener la matanza.

▹ 09:16

El rugido del motor del coche de Kyra cesó unas manzanas antes de llegar a la cima del monte en el que se erigía la mansión de Dante Gallo.

—Esto es lo máximo que me puedo acercar. Ya suficiente involucré anoche a las Valquirias al protegerte en su nombre.

—Gracias por todo, Kyra.

Se miraron durante unos segundos. X no se acercó a sus labios, por muchas ganas que tuviese, ya habría tiempo cuando todo terminara. Le dedicó un leve ademán de cabeza y abrió la puerta para salir. Kyra le agarró de la muñeca cuando se estaba levantando. A X se le hizo extraño volver a tener sensibilidad ahí.

—Ten mucho cuidado, por favor. Recuerda que ya no llevas las Garras de Cromo.

—Pero X lleva algo mejor.

La sonrisa y su tono de voz, al más puro estilo de Trix, le arrancó una carcajada a Kyra. Cerró la puerta y ascendió por la calle inclinada. Cuando el ruido del motor del vehículo desapareció colina abajo, X comenzó a escuchar el fragor de la batalla que se libraba en la cima.

El aire olía a pólvora, metal fundido y sangre reciente. Cada paso lo acercaba a un caos que no necesitaba ver para entender: los Greco estaban perdiendo. Lo supo al doblar la esquina que daba al acceso principal del complejo. La verja de acero había sido arrancada y, más allá, el jardín frontal —una extensión de césped y losas decorativas— era ya un cementerio de escombros y cuerpos. Los muros externos del edificio estaban agujereados por impactos de artillería. Varias plantas ardían a retazos.

Los disparos eran constantes, pero desorganizados. Desde el lado de los Greco salían en ráfagas sueltas, nerviosas, muchas de ellas sin objetivo. Desde el interior del complejo, las descargas eran rítmicas, controladas, como una máquina que aún no mostraba signos de fatiga.

X bajó el cuerpo y se deslizó entre los restos de un coche blindado

volcado. Por debajo, distinguió dos cadáveres calcinados. A lo lejos, una explosión reventó parte del segundo piso y el humo ennegreció el cielo. El sonido era ensordecedor, pero lo que más lo inquietó fue el silencio entre los disparos.

Avanzó por el flanco izquierdo del complejo, donde las tropas de Greco parecían concentradas en un último intento desesperado de mantener la posición. No eran más de una veintena. Las barricadas improvisadas de hormigón y chatarra vibraban con cada impacto, y los gritos que salían de allí eran una mezcla de órdenes cruzadas, rabia y miedo. Puro miedo.

Entre ellos, reconoció a Carlo Verzino. El hombre estaba cubierto de sangre, propia y ajena, y disparaba un rifle inteligente similar al que X usaba. Lo sorprendente no fue encontrarlo allí, sino descubrir de qué lado luchaba: junto a los hombres de Greco, en contra de los soldados de Dante. Ese debía de ser uno de los ases que Bruno guardaba. A su lado, otros rostros conocidos del clan luchaban sin coordinación, agotados, algunos ya heridos. Se cubrían entre sí a trompicones, arrastrando a los caídos sin convicción, más por reflejo que por esperanza. Carlo vio a X durante un segundo, pero no hizo ningún gesto, no había tiempo para eso.

X no se detuvo. Se deslizó entre los restos de una pérgola arrancada y cruzó el acceso lateral hacia una cocina exterior. Una explosión cercana sacudió el aire y una columna de piedra se desplomó a escasos metros, obligándolo a cubrirse el rostro con el antebrazo. El calor lo azotó con la violencia de un horno abierto. Al erguirse, la escena era una visión infernal: la piscina, antes un espejo de diseño, se había convertido en un estanque turbio donde flotaban cuerpos y metralla, las tumbonas ardían como antorchas abandonadas y las barbacoas de acero escupían humo mezclado con sangre y grasa humana.

Un grito desgarrador rompió el murmullo de los disparos. X giró la cabeza y lo vio: Lupo. Estaba tirado junto a una losa agrietada, con el brazo derecho reducido a jirones. Le faltaba media extremidad, arrancada por una carga de energía de gran potencia. Su grito era el de alguien que no se resigna a morir. Se agitaba entre espasmos, las piernas golpeando el suelo, la cara desfigurada por el dolor… y sin

embargo, había algo más en sus ojos. Algo que no era solo terror. Incluso en medio del sufrimiento, su expresión conservaba una determinación brutal. Sabía que podía morir, pero no pensaba hacerlo antes de salvar a Milo.

A su lado, un compañero trataba de sujetarlo para improvisar un torniquete, pero Lupo no dejaba de moverse. Llegó otro hombre, mayor, con el porte cansado de un mando intermedio que ya ha visto morir a demasiados. Sin mediar palabra, le inyectó algo en el cuello. Lupo se desplomó de inmediato, con el rostro aún tensado en una mueca de lucha. El hombre miró al otro combatiente y dejó escapar, con una calma vacía, las palabras:

—Cauterízale el brazo y vuelve a disparar. Total, no queda mucho para que estemos todos muertos.

X no se detuvo. Siguió avanzando, el pulso comprimido y la mandíbula apretada, esquivando cuerpos desfigurados y fragmentos de acero retorcido. Entonces lo vio. Al fondo del caos, parapetado tras un mostrador metálico volcado, estaba Bruno Greco. De rodillas, con el rostro cubierto de hollín, una brecha abierta en la frente y los ojos clavados en el jardín como si aún pudiera encontrar un plan de escape entre las ruinas. Cuatro hombres más lo protegían, maltrechos pero aún en pie. Uno trataba de recargar con dedos torpes. Otro solo gemía, apoyado en un muro calcinado. Bruno, sin embargo, mantenía los ojos abiertos, fijos en el jardín destrozado.

—¿Por qué Carlo lucha en tu bando?

Bruno se volvió y le apuntó con el rifle, respirando con fuerza y con los ojos muy abiertos, rastreando su rostro en busca de una amenaza. Al reconocerlo, la sorpresa apenas tuvo tiempo de aflorar antes de que volviera a bajar la mirada hacia el cañón apuntando al suelo.

—Su traición estaba planteada para ganarse la confianza de Dante. Eso nos ha dado una ventaja extra para esta batalla.

X recorrió con la mirada el campo en ruinas, buscando esa supuesta ventaja entre cadáveres humeantes y paredes acribilladas. Los disparos seguían sacudiendo el aire, sordos y constantes. Eran el latido enfermo de una ciudad que se desmoronaba. Pero ni siquiera ese estruendo lograba disimular el temblor en la voz de Bruno, que

era hueca, corroída por la derrota. Ya no hablaba con las manos ni apretaba los dientes; se movía como si arrastrara siglos de ruina. En su mirada estaba la certeza de que todo había sido en vano: el clan moriría allí con él, borrado de la historia.

—Pero no ha servido de nada. Ese maldito ejército que se ha comprado… y el hecho de habernos obligado a atacarlo en su propio terreno. Estamos acabados. No solo nosotros, también el clan que fundó mi abuelo. Dudo que sobreviva otra década después de esto.

—¿Dónde está Milo?

El tono enérgico y directo de X contrastó con el del capo de los Greco. Este le miró con la ceja alzada, posiblemente cuestionando cuál era el origen de su fortaleza.

—Supongo que en el búnker, el mismo lugar en el que se esconde esa rata de Dante Gallo, que ni siquiera es capaz de…

—Muchas gracias —dijo, poniéndose en pie.

X no tenía tiempo para escuchar las lamentaciones de alguien que se veía a un paso del infierno. Cada segundo que permanecía ahí era un segundo en el que posponía acabar con aquello.

Caminó tras la cocina exterior que Bruno y los suyos usaban como parapeto. En cuanto pisó el campo abierto, escuchó voces a su espalda gritándole que buscara cobertura, que estaba loco. No respondió.

Ante él se desplegaba una escena de contrastes brutales: la opulencia de la mansión enfrentada a la devastación de cuerpos tendidos en el césped, pechos y espaldas perforados, dos cadáveres flotando en la piscina teñida de rojo. Al otro lado, una veintena de soldados lo encañonaban desde las sombras de columnas, mesas volcadas y troncos. Cuando parecía que iban a descargar el fuego a bocajarro sobre aquel nuevo enemigo, se quedaron inmóviles.

X, segundos antes, se conectó a la red local en la que esos legacy y Dante se comunicaban. Haciendo uso del acceso oculto de Victor Ardan, revocó la autoridad de Dante y cualquier orden que tuviesen programada.

Entonces, los soldados que hasta entonces tenían a los Greco contra la pared, salieron de sus protecciones y se pusieron en dos líneas delante de X, formando un pasillo que dirigía hacia la entrada

del edificio principal de la mansión.

—¿Qué… qué has hecho?

Bruno miraba a X como quien intenta distinguir un faro entre la niebla, aferrándose a la posibilidad de que esa luz no fuera solo un espejismo.

—Te advertí que no atacaras todavía. Se podrían haber evitado todas estas muertes.

Los soldados ya no aparentaban ser una amenaza, más bien un instrumento de intimidación para el bando contrario. En el interior de la mansión se escucharon algunos disparos y gritos, que rápidamente cesaron. A los pocos segundos, uniéndose a las filas ya creadas, salieron más legacy, estos cargaban con drifters del bando de Dante. Cada uno desarmado y con la confusión tatuada en sus rostros.

Cuando los últimos irrumpieron en aquel inmenso jardín, lo que quedó fue una estampa de dominio absoluto. Los drifters de los Greco, hasta entonces ocultos en los márgenes de aquella mole descomunal, surgieron de entre las sombras y se unieron en un alarido común, un grito alimentado por el furor que solo nace de seguir respirando tras rozar la muerte.

X avanzó unos pasos hacia el interior de la mansión cuando, tras los vítores del triunfo, se filtró el retumbar de pasos sincronizados. Se giró de golpe y vio aparecer de la nada a medio centenar de hombres vestidos de negro, armas en alto, apuntando a todo lo que tenían delante. Los legacy encararon la amenaza, pero ninguno llegó a disparar.

La escena quedó suspendida. A la confusión provocada por el cambio de bando de los legacy se sumaba ahora la aparición de aquellos encapuchados. Unos pasos firmes quebraron el silencio. Fumiko Watanabe avanzó desde la calle por el camino principal hasta situarse a pocos metros de X. Observó el caos con calma meticulosa, como sopesando qué hacer según lo que veía. De pronto, alzó el brazo con fuerza y cerró el puño en el aire. Al instante, el ejército de encapuchados bajó sus armas y dio dos pasos atrás.

—Ya no queda ningún enemigo que suponga una amenaza —dijo

Fumiko con una voz grave que se proyectó por el jardín atestado de drifters—. Veo que has salido victorioso, Bruno Greco.

Antes de esperar una respuesta, hizo un nuevo gesto con el brazo y, tan rápido como habían aparecido, los integrantes del clan Inarizoku se desvanecieron, sin dejar rastro alguno salvo el recuerdo extraño que quedaría en la mente de los presentes. Pero quienes debían captar el mensaje lo entendieron de inmediato. X lo supo, y por la mirada de Bruno, él también. Entonces, Bruno dio unos pasos hacia X; la satisfacción dibujada en su rostro se desmoronó de golpe, reemplazada por un pavor helado.

—Si Dante ya sabe que está completamente derrotado, será capaz de cualquier cosa. Ese hombre no tiene honor. Milo…

No terminó la frase. Un silencio denso se extendió por el jardín, apenas roto por el crujido de las brasas y los gemidos de los heridos. Los legacy mantenían sus rifles apuntando al suelo, pero el ambiente seguía cargado de amenaza. Entre dos soldados legacy apareció el anfitrión de aquel infierno. Dante Gallo caminaba con los brazos sujetos a la espalda, el rostro tiznado de hollín y los ojos aún encendidos de orgullo. Irónicamente, uno de los que lo escoltaban era Axel Black.

Detrás, tambaleándose, Milo. Herido, pero vivo.

X había alterado el desenlace de aquel conflicto con unas simples órdenes transmitidas por su NED. En ese instante, la vida de todos los presentes pendía de su voluntad. Bastaba una instrucción para que la cincuentena de legacy que aún quedaba en pie alzara sus armas y barriera a los drifters. Probablemente a Julius Thorne aquello no le habría importado. Pero X lo tenía claro: ese era un poder que nadie debía ostentar. Era jugar a ser Dios en un mundo habitado solo por mortales.

Los dos legacy escoltaron a Dante hasta Bruno y X. El Don del clan Siracusa lanzó una mirada fulminante a su capo y escupió a sus pies. Sin embargo, las palabras más cargadas de veneno se las dirigió a X.

—Debería haber puesto más créditos por tu cabeza. Al menos igualar el millón cuatrocientos que Markus aportó.

Aunque los dos legacy inmovilizaban a Dante con los brazos sujetos a su espalda, él seguía irradiando un aura de autoridad feroz. Sin

embargo, X, con el poder que empuñaba en ese momento, se sentía como un dios que ve a un emperador librar sus batallitas en la Tierra.

—No se preocupe, señor Gallo. La recompensa de Prometheus ya no se ejecutará. Puede estar tranquilo: no perderá los créditos que puso. Aunque, a cambio, lo ha perdido todo.

◗ 13:41

Atlas ardía de extremo a extremo. Desde las calles más pobres hasta los despachos más blindados, todo el país parecía envuelto en llamas, como si alguien hubiera echado gasolina sobre un mapa.

X lo sabía. Bastaban unas horas y dos noticias para prender la chispa. La primera: la derrota de Dante Gallo a manos de uno de sus propios subordinados. La segunda: la revelación pública de ReCorp y de su entramado siniestro. Reclutaban a desesperados, los borraban en Forma Zero y luego vendían esos cuerpos vacíos al mejor postor: Gobierno, empresas privadas, clanes.

Markus Calder ya había sido detenido. En ese mismo momento, cientos de agentes registraban cada rincón del edificio de ReCorp. Sobre El Director quedaba la incógnita de ver si respondería. Lo único cierto era que uno de sus negocios más lucrativos había desaparecido.

Durante los siguientes meses, quizá años, se sucederían juicios y debates legislativos sobre cómo abordar un asunto tan delicado, así como la sanción que debía imponerse a la empresa fundada por Victor Ardan por haberse lucrado de forma tan descarada. Lo único claro era que los legacy no volverían a usarse como mercenarios.

X se crujió el cuello. Necesitaba un descanso con urgencia y, seguramente, la visita a un médico de verdad —sin ánimo de ofender a Juno—. Alzó la vista hacia la entrada de la mansión de Dante Gallo. Dentro, un ejército de sanitarios privados luchaba por salvar a los que aún estaban en peligro y asistía al resto de heridos, que no eran pocos. Minutos antes también había entrado La Agencia de Limpieza, a quienes esperaba una larga jornada: fregar sangre en toda clase de superficies, vaciar la piscina teñida y recoger cientos de casquillos, entre otras tareas.

El rugido de los camiones, unas manzanas más abajo de la colina, le confirmó a X que había llegado el momento. Se puso en pie y medio centenar de figuras imitaron el gesto con una sincronía mecánica. Pues eran eso: máquinas. Legacy.

Llevaba horas ejerciendo control sobre ellos, y aun así, la escena

no dejaba de incomodarle. Parecía atrapado en una simulación demasiado realista, como si la línea entre lo virtual y lo tangible se hubiera difuminado sin aviso.

Descendió hasta los tres camiones, cuyas compuertas traseras ya se habían abierto. Sin esperar la orden de nadie, X transmitió a través de su NED la instrucción de que subieran a bordo. Julius Thorne emergió entonces entre varios agentes de ARCO, con Maia pisándole los talones. Se cruzaron una mirada fugaz, X supo al instante que ella no diría ni una palabra. Por muy resuelta que fuera, cumplía la cadena de mando al pie de la letra.

—Gracias por ahorrarnos el subir hasta la mansión de Dante Gallo.

X asintió sin mucho interés. Todavía tenía dudas de lo que hacía. Debido a la involucración del Gobierno con ReCorp, ellos adoptarían el papel de investigadores de asuntos internos durante los siguientes meses.

—Pero sobre todo —continuó el comandante de ARCO—, gracias por todo lo que ha hecho, señor Freeman.

Era la primera vez que X escuchaba que un funcionario del Gobierno le llamaba por su apellido sin un deje de condescendencia en la voz.

—Agradecemos su trabajo, tanto con los Siracusa como con la información que ha destapado de ReCorp y el entramado de soldados legacy.

Julius se detuvo unos segundos. En su semblante invariable, X leyó un atisbo de duda. Se debatía en la manera de continuar esas disculpas disfrazadas de agradecimiento, y X no pretendía alisarle el camino lo más mínimo.

—No le voy a engañar, le juzgué mal. —Se acarició la barba cobriza. Sus gestos solían ser breves y dispersos, pero en ese momento parecía concentrarlos todos a la vez—. Y, aunque esto sea extremadamente irregular, hay una propuesta que me gustaría hacerle.

La desidia que esa disculpa atropellada le causaba a X se desvaneció al escuchar esas últimas palabras.

—Estaría dispuesto a hacerle un hueco en ARCO, quiero saber si aceptaría. Estoy convencido de que podríamos lograr grandes cosas

juntos, y también sé que nuestros intereses están mucho más alineados de lo que pensé al principio.

X no pudo evitar una reacción más expresiva en unos segundos que en todo el tiempo que Julius llevaba hablando. Incluso miró de reojo a Maia para asegurarse de que iba en serio. Ella soltó una media sonrisa, probablemente por la mueca de perplejidad que se le había escapado.

«Trabajar para ARCO. Para el Gobierno de Atlas. Eso sí que sería el colmo de un europeo», pensó con ironía. Pero la idea, para su sorpresa, no le resultaba tan absurda como habría imaginado años atrás. Le atraía. Más de lo que estaba dispuesto a admitir. No solo por el acceso a información privilegiada —ya tentador de por sí—, sino por algo más difícil de nombrar: la posibilidad de, por una vez, estar en un lugar donde las cosas no se hacían solo por poder o dinero.

La idea de formar parte de algo que no oliera a clan ni a oportunismo le producía una inquietud inesperada. Era como si, por primera vez, pudiera construir en lugar de destruir.

Pero el mismo obstáculo de siempre volvió a interponerse: sus principios. Sobrevivir en Atlas era una cosa; trabajar para el Gobierno, otra muy distinta. Aceptar significaba contratos, vigilancia, límites. Renunciar a su autonomía. No. Por muy atractiva que sonara la oferta, su libertad seguía valiendo más.

—Agradezco su invitación, comandante Thorne —dijo X por fin—, pero tengo otros planes para mi futuro en Atlas.

Julius respondió con un leve asentimiento. Más que decepcionado por la negativa, parecía aliviado de que esa discusión hubiera terminado.

X se conectó a su NED y observó el acceso oculto que Victor Ardan le había legado. Dudó de nuevo si hacía lo correcto. Aunque ya no se pudiese controlar a ningún legacy con fines violentos, seguía siendo un poder inmenso. Un poder que estaba a punto de dar a alguien a quien no tenía demasiado aprecio.

Resignado, le envió la llave digital a Julius. Con ello, le entregaba la autoridad total sobre los legacy.

—Muchas gracias por su trabajo —dijo una vez más, con esa

cadencia marcial que reservaba para sus oficiales.

—Que no se le olvide lo que hemos acordado con uno de los legacy —dijo X, caminando de vuelta a la mansión.

—Delo por hecho, señor Freeman.

X se giró por última vez y, al cruzar la mirada con Maia, le guiñó un ojo. Ella frunció el ceño. Eso bastó para que X sonriera, satisfecho con la confusión provocada.

Antes de alcanzar la enorme valla que cercaba los —antiguos— dominios de Dante Gallo, la líder de los Inarizoku salió de la propiedad, seguida de sus dos sombras: su mano derecha, Shinobu, y Yudai al otro lado.

—Oh, señor Freeman, me alegra encontrarme con usted antes de irme.

X todavía no se acostumbraba a que de repente gente tan influyente en el país le tratase casi de tú a tú. Dos años atrás era un sucio europeo al que muchos solo querrían escupir. Ahora lo respetaban como a uno de ellos, y eso le molestaba. Él no era de esa casta de poder.

—Señora Watanabe, supongo que ya habrá aclarado lo ocurrido con Bruno Greco.

Fumiko inclinó levemente la cabeza. Tal como X le había prometido, quien en breve sería el nuevo Don de los Siracusa contaba ahora con vínculos estrechos con ella. En muchas batallas, tan decisiva era la intervención de los aliados como su ausencia. Si Fumiko hubiera lanzado a sus hombres en el instante en que le envió a X la imagen de Bruno y los suyos irrumpiendo en la mansión de Dante, para cuando X hubiera llegado con el acceso oculto, ya no habría quedado nadie a quien salvar.

Había sido una apuesta importante por parte de la líder de los Inarizoku. Una apuesta ganadora.

—Una vez más, ha sido un placer hacer negocios con usted. Al parecer, sigo estando en deuda.

X le dedicó una leve sonrisa, más amable que interesada.

—Intentaré que esa deuda no perdure mucho en el tiempo.

Se dispuso a entrar en la casa, cuando Fumiko abrió la boca para hacer un último aporte.

—Ya sé por qué decidí confiar en usted, aunque fuese algo inconsciente.

X se quedó anclado al asfalto de la calle. Giró apenas el cuello para escuchar el final de la frase, aun sabiendo que era una descortesía no encararla de frente. A Fumiko no pareció incomodarla, pero Shinobu lo observó con cierta inquina.

Fumiko inclinó apenas la cabeza, con una media sonrisa que no alcanzaba a los ojos. Su voz bajó de tono, como si compartiera una confidencia que prefería no repetir en voz alta.

—Me recuerda a alguien, señor Freeman. Nunca llegué a conocerlo, pero sé bien qué clase de persona era.

Para disgusto de X, Fumiko no hizo ninguna aportación más. Se subió en el coche negro que la esperaba con la puerta abierta y desapareció de su vista. Él se quedó pensativo unos minutos. Por más vueltas que le dio, no se le ocurrió ni una sola persona a la que podía hacer referencia. Y, teniendo en cuenta su naturaleza, esa incógnita le incordió y fascinó a partes iguales.

Rumiando todavía esa intriga, se encaminó a la sala de reuniones de la mansión, donde iba a tener lugar la ceremonia del nombramiento del nuevo Don del clan de los Siracusa. Y, posiblemente por primera vez en la historia de la organización, alguien ajeno iba a presenciarla.

◗ 13:58

La sala esperaba a X. Una mesa en forma de medialuna frente a otra, solitaria y vacía. En la curva se sentaban Carlo Verzino, acompañado de sus capodecina, y los capodecina de Bruno que seguían con vida, entre ellos Milo. Al cruzarse sus miradas, Milo apartó la vista de inmediato, encendido de vergüenza. Aún no habían intercambiado palabra.

X caminó hacia una esquina y se quedó quieto con la intención de actuar como lo que era, un mero espectador. La ceremonia a la que estaba a punto de asistir estaría cargada de gran simbolismo, del que él no entendería la mitad. Solo sabía que lo que allí ocurriría no estaba recogido por escrito en ningún sitio, se transmitía de generación en generación entre los rangos más altos de la organización.

A los pocos minutos, Bruno apareció sin escolta, como si el tiempo le perteneciera. Nadie dijo nada ni hizo un mínimo movimiento. En la habitación entera se respiraba un aire de expectación. Se sentó en la única silla vacía y recorrió con la mirada a los presentes, X incluido. A su parecer, la ceremonia había comenzado.

Sin ningún tipo de presentación, el consigliere de Dante Gallo entró. Iba escoltado, pero no esposado. Horas atrás habían sido enemigos. Ahora, el consigliere entraba como testigo. X nunca llegaría a comprender ese extraño sentido del honor y la decencia. Sabía que era algo que solo podías experimentar al pertenecer a una organización así.

Alessandro Carusu, el consigliere, caminó hasta plantarse delante de Bruno, que seguía sentado. Del bolsillo interior de su chaqueta sacó una rosa negra. X intuyó que simbolizaba a Dante, aunque no lo tenía del todo claro. Uno de los drifters que le escoltaban le dio una caja y Alessandro se la entregó a Bruno. La protegió con sus dos manos y, clavando la mirada en los ojos de quien se iba a convertir en Don, dijo:

—Solo uno puede llevar el peso. Que el peso lo doblegue, o lo defina.

Seguidamente, se apartó unos pasos hacia el lateral de la mesa. X no identificó en su rostro rabia o tristeza por su derrota. Parecía llevar el semblante de quien, al ver una tormenta, no la maldice, sencillamente encoge sus hombros ante un destino contra el que ya no puede hacer nada.

Bruno se levantó y, en silencio, introdujo la mano en la caja. Cuando la retiró, sostenía un anillo. X lo reconoció de inmediato: lo había visto en repetidas ocasiones en poder de Dante. Bruno tomó la joya y la deslizó en su meñique derecho. Al instante, Carlo Verzino y los capodecina presentes se pusieron en pie y, al unísono, inclinaron la cabeza ante el nuevo Don.

Alessandro volvió a acercarse a la mesa. Del lado opuesto de su chaqueta sacó un papel. No había mucho texto escrito, X solo logró identificar el apellido de Gallo. Bruno cogió el mechero de la mesa y, encendiendo una llama de plasma, quemó ese trozo de papel. Cuando el humo se ennegreció por la tinta, lo dejó caer en la bandeja metálica de la mesa y observó cómo se reducía a cenizas. Era la representación perfecta de cómo el fuego consumía el pasado.

Sin sentarse todavía, Bruno se encaró a los presentes, observando a cada uno de ellos con una pausa medida. Se aclaró la garganta y habló. Por el contenido, debía de ser el juramento del clan:

—No soy el primero. No seré el último. No sirvo a los muertos, pero cargo con sus pecados. A los míos les debo todo. A los demás, nada.

Todos asintieron con vehemencia. El consigliere, como director de orquesta de esa ceremonia, fijó su mirada en Milo Greco. Él se quedó quieto unos segundos, hasta que alzó las cejas y se acercó un tanto nervioso. Su padre lo recibió con un gesto de cabeza y le entregó el cuchillo de su cinturón. Milo cogió el mechero de plasma y lo pasó durante varios segundos por su filo. Cuando lo apagó, Bruno le mostró su mano izquierda, en la que no llevaba el anillo.

X supo qué iba a ocurrir antes de que Milo hiciera un corte sobre la palma de la mano de su padre. Dante Gallo tenía una cicatriz idéntica en su mano. Tras realizar el corte, Bruno formó un puño y dejó que varias gotas de su sangre cayeran sobre una estampa que descansaba en la mesa. X no logró identificar de qué se trataba. Al igual que habían hecho con el papel, la quemaron.

Todos los ejecutivos del clan se pusieron en pie y se acercaron uno a uno hacia el nuevo Don de la organización. Al encontrarse cara a cara con Bruno, lo abrazaron y susurraron unas palabras en su oído. Cuando Milo, el último de todos, regresó a su asiento, el consigliere caminó por delante de cada uno y llenó las copas que tenían con un líquido rojo. Vino rosso. X tuvo un presentimiento de que ese era el final de la ceremonia.

Una vez servidos, y estando todos en pie, elevaron las copas al unísono y Bruno Greco lanzó el brindis final.

—Por los que sangraron. Por los que quedaron. Que ningún Siracusa vuelva a morir solo. Salud.

Unísonos, alzaron las copas con un «salud» y bebieron hasta el fondo.

La solemnidad que había dominado la sala hasta entonces se disipó. No hubo gritos de júbilo ni aplausos, pero los rostros de los presentes se relajaron, y hasta Bruno se permitió la sonrisa de satisfacción que había contenido durante la ceremonia.

El ambiente había cambiado: del peso ritual quedaba solo un eco en las copas aún húmedas, sustituido poco a poco por una calma expectante. Todos aguardaban el primer gesto de autoridad del nuevo Don, conscientes de que la ceremonia terminaba y empezaba la política.

—En calidad de nuevo Don de los Siracusa —dijo Bruno, una vez que los asistentes retomaron sus asientos—, deseo anunciar los dos primeros cambios que marcarán el rumbo de nuestra organización.

Nadie se inmutó lo más mínimo por sus palabras, ni siquiera el consigliere del antiguo Don, que permanecía de pie, ya más alejado de la mesa de Bruno.

—El primero será devolver la base central del clan a su lugar de origen, allí de donde jamás debió apartarse: el Duomo.

Todos los presentes aprobaron la decisión con un asentimiento breve.

—Lo segundo es una reorganización de los capos y capodecina del clan. Algo imprescindible debido a las bajas resultantes de este conflicto que ha manchado nuestra historia y el exilio de la gente de mayor confianza del antiguo Don. —Bruno miró de reojo a

Alessandro, indicándole que eso era lo que le esperaba—. En el momento actual en el que nos encontramos debemos demostrar unidad y fuerza, no podemos permitir que otros clanes aprovechen nuestra aparente debilidad. Esta será la principal prioridad durante los próximos meses, pero me gustaría hacer un primer reajuste aquí.

La sala quedó suspendida en un silencio que apenas duró unos segundos, aunque para los presentes se hizo interminable. Nadie sabía a quién alcanzaría aquel «reajuste» ni qué consecuencias acarrearía; era imposible adivinarlo en el semblante impenetrable del Don.

—Milo Greco, por favor, acércate.

Milo miró a su padre con gesto confuso, aunque X alcanzó a distinguir en su rostro un destello de emoción contenida. Parecía que, al fin, tantos años de fingir desembocarían en la condecoración que jamás había llegado a desear. X dudaba que le nombrase capo de Altomonte, por mucho que ese territorio se hubiese quedado sin liderazgo. Milo no tenía ninguna experiencia ahí. Pero era posible que le convirtiese en su mano derecha.

Milo se detuvo frente al nuevo Don, sin bajar la mirada, y este le observó con una dureza que sorprendió a X. Sus siguientes palabras las sentenció con la frialdad más absoluta.

—Milo Greco, eres una vergüenza para esta organización. El asedio al Duomo, donde cayeron decenas de nuestros hermanos, recae en parte sobre tus hombros. Traicionaste a X Freeman, en quien yo ya había depositado mi confianza, movido por sentimientos mezquinos como la envidia y la ineptitud. De no haberlo hecho, quizá habría sido capaz de frenar al ejército de legacy antes de que redujera nuestra base a cenizas.

»Después permitiste que te capturaran con vida y me obligaste a lanzar el asalto contra el complejo fortificado de Dante Gallo. No te engañes por el desenlace: esta ofensiva, la única opción que me quedó para salvarte a ti y al honor de mi familia, equivalía a firmar el final de la estirpe Greco. Las incontables muertes que han sacudido al clan Siracusa en las últimas veinticuatro horas pesan, en gran parte, sobre ti. Por ello, no solo te destituyo de tu cargo de capodecina: también te expulso de esta organización, como justa

penitencia por tus actos.

A pesar de que todos sabían de la frialdad y la crueldad que podían gobernar en Bruno Greco, la sala quedó helada. Si habían capturado a Milo, fue porque protegió a su padre con su propia vida; y jamás Bruno contrató a X para investigar a los legacy ni a Dante Gallo: que llegase hasta allí fue pura casualidad. Culpar a Milo de tantas muertes, apenas unas horas después de la batalla, era un exceso evidente. Las expresiones de los presentes lo dejaron claro: un desacuerdo generalizado. Pero el nuevo Don no apartaba la mirada de los ojos de su hijo. Y este, quizá por primera vez en su vida, no inclinó la cabeza. Asintió, firme, con el rostro endurecido en un gesto que solo podía definirse como el rechazo más visceral.

—Veo que por fin has sido capaz de autoconvencerte de lo que siempre has pensado. ¿Cómo era eso que decías? Ah, sí —dijo, y chasqueó los dedos como si lo acabase de recordar—. «Los humanos primero decidimos que queremos algo, y luego nos inventamos los porqués». Parece que por fin has encontrado tus razones para odiarme, seleccionando solo los hechos que sirven para reforzar la idea que siempre has querido tener sobre mí: que no soy suficiente, que soy una vergüenza como hijo, como drifter y como hombre.

»No te engañes, padre. Soy sangre de tu sangre, y aquello que siempre has despreciado en mí no es más que el reflejo de tu propia debilidad. La misma debilidad que te arrebató a tu primogénito cuando apenas tenía catorce años, y la misma que permitió que madre muriera en tu propia cama, sin que pudieras hacer nada para impedirlo en ninguno de los dos casos.

La respiración de Milo era corta y áspera, como si cada palabra que escuchaba le incendiara por dentro. Los músculos del cuello se tensaban y marcaban líneas rígidas bajo la piel, y las manos se cerraban en puños que blanqueaban los nudillos. No obstante, Bruno se mantenía imperturbable; su mirada fija y opaca recordaba al visor sin alma de un dron militar, inmune a cualquier provocación. Continuó hablando con la precisión fría de un mensaje ya programado, dejando que las frases se deslizaran sobre las protestas como agua sobre metal.

—Este nunca ha sido tu sitio, hijo. Nunca has tenido lo necesario para ser un drifter, de lo que tu madre estaría muy agradecida. Así que no me deshonres más y abandona este clan. Vete de Atlas, quédate en Santa Lucia o móntate un restaurante. Haz lo que te plazca, pero deja de actuar en nombre de los Siracusa.

Fue apenas un instante, pero la fachada de seriedad de Bruno se resquebrajó. X lo advirtió, y por la expresión de Milo, él también. Algo había hecho clic: aquellas palabras implacables de Bruno se revelaban como una farsa, un velo tras el que se ocultaba otra verdad. Milo apretó la mandíbula con fuerza; ya no lograba contener la rabia ni las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. Y entonces, movido quizá por puro instinto, se lanzó a abrazar a su padre, rompiendo en llanto sobre su hombro. Bruno, con la vista perdida en ninguna parte, rodeó la espalda de su hijo. Su gesto permaneció impasible, pero, al menos, no lo rechazó.

Por primera vez desde que entró en aquella sala, X dejó escapar una risa seca. Nadie lo advirtió; toda la atención estaba volcada en lo que ocurría en la mesa central. Bruno Greco lo había conseguido: había arrancado a Milo de la vida de drifter, aunque para lograrlo hubiese tenido que desgarrarlo de ese modo.

Cuando se separaron, Bruno le dirigió un gesto mínimo y un asentimiento que decía más que cualquier palabra. En su idioma, eso debía de ser la forma de decirle que estaba orgulloso de él, seguramente la máxima muestra de cariño que ese hombre ofrecería nunca a su hijo.

Por la expresión de Milo, fue suficiente para él.

17 DE OCTUBRE, 2064

◗ 11:02

Sin la capa de polvo y astillas que dejó la explosión, la oficina había recuperado parte de su anterior lustre, aunque seguía lejos de la elegancia austera que mostraba antes. X se sentó en la silla del comedor que había cogido de la planta baja; de su butaca no quedaba más que un fragmento, del escritorio solo un tablero mutilado y del sofá, tres pedazos de espuma arrinconados. Las estanterías lucían vacías, con la pared del acertijo de su tía como único punto limpio, aún sin reponer el marco. La semana siguiente, los operarios terminarían de reparar el resto e instalar el nuevo mobiliario. Hasta entonces no tenía intención de aceptar ningún cliente nuevo.

Quería aprovechar que su recompensa había desaparecido para tomarse unos días de descanso. Markus —el principal responsable de ponerlo en la lista de Prometheus— ya tenía suficientes frentes abiertos como para perder, de golpe, un millón y pico de créditos por eliminar a un hombre que ya había causado todo el daño que podía hacer.

El juicio de aquel asunto podía alargarse meses. Quizá incluso años. De momento, Markus Calder estaba detenido y las operaciones de ReCorp, suspendidas. Todos los legacy entregados pasaron a ser pruebas del caso. Fueron recopilados y almacenados en un lugar no revelado. La mayoría se habían vendido con fines militares, así que ya no servían para su propósito inicial.

El único legacy que no estaba en el poder de ARCO era el que X tenía ahí: Axel Black. En algún momento las familias recuperarían a sus seres queridos, o más bien, lo que quedaba de ellos, pero X no quería hacer esperar a su cliente.

En ese momento, Noé Black llamó a la puerta. X le dio unos últimos achuchones a Lluna, que no dejaba de lamer sus muñecas, y la metió en la habitación trasera de la oficina. Echó un último vistazo al despacho, soltando un resoplido contenido, y dejó pasar a su cliente. El hombre se detuvo en la entrada.

—Disculpa el caos. Esta semana he tenido algunos problemas.

—Algo he escuchado —dijo encogiendo los hombros y acercándose a la silla del comedor colocada delante del escritorio improvisado.

X guardó silencio, observando el rostro de su cliente. Él empezó todo aquello dos semanas atrás. Lo que en un principio parecía un simple caso de desaparición acabó transformándose en algo mucho más complejo, algo que por poco le había costado la vida en más de una ocasión.

—Entiendo que me has llamado porque has encontrado a mi hermano —dijo, cuando la asfixia del silencio pareció que se le hacía insoportable.

—Así es. Antes que nada, quiero disculparme por el retraso. —Noé frunció el ceño—. Al final me ha llevado casi el doble del tiempo que te prometí.

Noé restó importancia con un gesto de la mano.

—Y sobre tu hermano… debo advertirte: la persona que fue tu hermano ya no existe.

Noé arqueó las cejas; parecía más desconcertado por las palabras elegidas que por su significado.

—¿Está muerto?

—No del todo.

En lugar de darle explicaciones, X ordenó al legacy que aguardaba en la habitación contigua que entrara en el despacho. Por la puerta apareció Axel Black, con la apariencia de un hombre corriente, hasta que se reparaba en sus ojos: una mirada perdida que bastaba para hacer pensar que su mente vagaba en un lugar muy distinto.

—No… no entiendo.

Noé ni siquiera se levantó. Miraba a su hermano con perplejidad, más desconcertado que feliz de volver a verlo tras tanto tiempo.

—Es un legacy.

Esas tres palabras lo explicaron todo. En otro momento habría

hecho falta desarrollar más la respuesta, pero con lo sucedido los últimos días en las noticias, cualquier ciudadano de Atlas comprendía su significado.

—Entiendo…

—Te voy a ceder su control. La ley aún no sabe qué hacer con casos así, pero de momento eres el único responsable de tu hermano.

Noé seguía con la mirada perdida en el cuerpo de Axel. Sus músculos, el recubrimiento de cromo en los codos, la respiración constante en su pecho… Nada de ese hombre daba a entender que estuviese muerto. Y, sin embargo, lo estaba.

—¿Cuánto te debo por tus servicios?

—Cincuenta mil créditos.

El hombre se quedó dubitativo unos segundos. Viendo cómo había actuado, X le veía capaz de negociar por los restos de su hermano, pero al final pareció pensárselo mejor.

—Lo de estos últimos días… ¿Has sido tú? Lo de ReCorp y la secta esa.

—Así es. Fue Forma Zero quienes captaron a tu hermano y le convencieron para convertirse en legacy.

Prefirió no darle más detalles. Dudaba de que le sirviese de algo saber que su hermano participó en la guerra interna de uno de los cinco clanes del país.

—Entonces tenías razón. El precio no me parece para nada caro.

Por primera vez, dejó escapar un gesto distendido que quebró la deshumanización que ese hombre había mostrado hasta entonces. Cerraron el encargo con la transferencia seguida de un apretón de manos, y Noé Black desapareció de la oficina detrás del cuerpo de su hermano.

X se recostó en el duro respaldo de la silla, dejando escapar un suspiro. Había cerrado un círculo amargo: devolver un hermano que ya no era un hermano. Durante unos segundos, permaneció quieto, escuchando el eco de sus propios pensamientos.

Solo le quedaba hacer una cosa para zanjar lo ocurrido, y era lo que más le acercaría a El Director. Se incorporó con una energía que le arrancó una sonrisa imposible de contener. Estaba a punto de salir

de la oficina, cuando la puerta se abrió.

—Ah, perdona que entre sin llamar. ¿Te ibas ya?

La voz de Milo carecía de su habitual firmeza o guasa; era más la de un repartidor atrapado en un control de aduanas con el paquete equivocado. X respondió con un leve cabeceo. Milo se llevó la mano a la nuca, ostensiblemente nervioso.

—Solo venía a… a pedirte perdón.

Se balanceó sobre los talones, sin encontrar dónde dejar las manos. Primero las metió en los bolsillos, luego las cruzó sobre el pecho. Al final soltó un suspiro que sonó más a rendición que a alivio.

—No sé cómo decirlo bien, ya sabes que no soy de… de estas cosas. Pero la cagué mucho. Muchísimo. No pensé, y… bueno, creí que lo hacía por protegerme, por proteger a mi clan, y al final fue justo lo contrario.

X lo observó sin parpadear. Milo tragó saliva, buscando en su cara alguna grieta por la que colarse.

—Sé que no tengo derecho a pedirte nada… aunque si no lo digo, no voy a poder dormir. Llevo dándole vueltas varios días, sin descansar, y cada vez que lo repaso, suena peor.

X seguía inmóvil.

—Mira, ya sé que soy un desastre para esto, pero de verdad que no quería joderte así. Actúe sin pensar, como me ocurre en demasiadas ocasiones. No sé cómo…

—Acepto tus disculpas —dijo X, y le puso fin al sufrimiento.

Milo levantó la mirada con timidez y, al ver la expresión de X, asintió con fuerza, como si quisiera aferrarse a esas tres palabras antes de que se desvanecieran. Rio nervioso, rascándose la ceja.

—Vale… bien. Entonces, ¿volvemos a ser amigos?

X sopesó el significado de esa palabra durante unos segundos, como si realmente valorara una respuesta.

—No.

Milo quedó paralizado, con la incredulidad marcada en el rostro. El tono de X no dejaba el menor resquicio a la broma.

—¿Por qué no somos socios? —añadió X.

—¿Qué? ¿De qué… de qué hablas?

—Hablo de que te has quedado sin trabajo y, ahora más que nunca, tienes la oportunidad de cumplir tu sueño. Tengo cincuenta mil créditos sin destino. Como mi vicio por el ciberware se ha acabado, estaba pensando en una nueva inversión.

El antiguo Siracusa seguía mirándole sin llegar a comprender del todo.

—¿Por qué no nos asociamos para quedarnos con el restaurante de Carlo cuando se jubile?

Sacudiéndose de su inmovilidad, Milo se lanzó sobre X y lo abrazó con fuerza. Pese a la diferencia de altura, llegó a levantarlo un palmo del suelo. Cuando se separaron, el antiguo Siracusa tenía los ojos enrojecidos. X no dijo nada; conocía demasiado bien el orgullo que cargaba.

—Espero no arrepentirme de esta inversión.

—No lo harás, te lo prometo.

Por el tono de su voz, X comprendió que Milo jamás había hablado con tanta certeza.

—Por cierto —dijo sacando la cabeza por la puerta de la oficina—. Hay alguien a quien quiero presentarte.

Una mujer joven, de cabello castaño claro que caía suelto sobre sus hombros, cruzó la puerta. Llevaba un abrigo negro abierto sobre un jersey claro y pantalones oscuros, en contraste con la falta de estilo de su pareja. Resultaba curioso verlos juntos: ella igualaba la altura de X y superaba por media cabeza a Milo.

—X, esta es Martina. Martina, X Freeman.

—Es un placer conocerte, Milo me ha hablado muy bien de ti —dijo X.

—Si te ha dicho de mí lo que él me ha dicho de ti, no sé si es bueno que te haya hablado de mí.

Milo la fulminó con los ojos, pero ella mantenía la mirada en X, leyendo su reacción. X estalló en una carcajada. Esa mujer tenía carácter y no se cortaba un pelo: con suerte sería capaz de enderezar a Milo.

—Si quieres, puedes venir a comer con nosotros. Así le damos unas vueltas a nuestra nueva empresa —dijo Milo, aún sonrojado por la audacia de su pareja.

—Tengo planes. ¿Esta noche os vale?

—Perfecto —respondió Martina tomando la palabra.

—Si por casualidad tienes otra pareja Santino, te la puedes traer sin problema. Ahora que oficialmente ya no soy un Siracusa, creo que podré soportarlo.

X nunca dejaba de asombrarse de lo bocazas que era ese hombre, pero respondió con una sonrisa. En la mente tenía el rostro de Kyra. No estaba seguro de que esa invitación también afectara a las Valquirias.

—Hoy iré solo. Y ahora, me tengo que ir, voy con prisa.

Ambos se despidieron y dejaron que X cerrara el despacho y activara el sistema de seguridad, algo un tanto absurdo teniendo en cuenta el enorme boquete en la fachada.

Con la mente centrada en su siguiente tarea, X se dirigió con prisa hacia ARCO. Tenía una entrevista con Nestor Prym.

◗ 12:48

X pagó la cuenta y salió del único restaurante de Nuevo Centro que servía comida decente sin atracarte después. Ese era el maldito problema del distrito: al caer la noche apenas quedaba un tercio de la gente que lo transitaba de día, y sin una cultura propia que lo sostuviera, lo poco que sobrevivía eran franquicias insípidas o locales que inflaban el precio al nivel del bolsillo de sus vecinos.

Caminó los cinco minutos que le separaban de ARCO. Aún no se acostumbraba a poder andar con esa tranquilidad. Ya sin camuflaje en el rostro ni mirando por encima del hombro cada pocos segundos.

Cuando llegó a ese edificio gubernamental que parecía extraído del centro de la capital de la RES, Dalia Rojas lo esperaba en la entrada. Su gesto dejaba claro que no era una mujer habituada a perder el tiempo aguardando a nadie. A medida que X se acercaba, la Santino escrutó cada centímetro de su cuerpo, su expresión y hasta la cadencia de su paso. Lo observaba con tal intensidad que, por primera vez en años, X olvidó cómo se caminaba. Esa absurda sensación en la que el cerebro deja en blanco una coreografía que lleva décadas repitiendo.

—Perdón por hacerte esperar.

—Últimamente no dejas de pedirme disculpas.

Dalia hablaba de su semana como niñera de Lluna.

La perra, herida por el desdén, lo había dejado claro con cojines destrozados, lámparas reducidas a cascotes y ladridos intempestivos que habían resonado por el Templo, una de las sedes de los Santinos. Cuando X fue a recogerla el día anterior —Dalia no estaba —, le mandó una disculpa por el NED al saber lo ocurrido.

—Estás distinto —añadió la ejecutiva de los Santinos agudizando la mirada.

—Sí, te hice caso y me quité algunos implantes —dijo X molesto por que le siguiera observando con tanta fijación. Esa mujer era su talón de Aquiles.

—No es eso, aunque se agradece ver que sigues teniendo carne en

el cuerpo.

Se quedó pensativa unos segundos más, hasta que alzó las cejas y asintió con vehemencia.

—Ya veo. Es normal que ya haya desaparecido esa cara de besugo que has tenido los últimos años.

X la miró con perplejidad. No tenía claro a qué se refería y, si era lo que sospechaba, le sorprendía aún más que lo hubiese notado. ¿Acaso lo vigilaba y había descubierto que esa noche había dormido en el Misty Dreams? ¿O su intuición era tan afilada como para deducirlo por sí sola?

—Cleo se alegraría de que estés rehaciendo tu vida —dijo Dalia con una calidez inesperada, casi maternal—. Pero más te vale que no te olvides de ella hasta que encuentres al culpable de su muerte.

Con aquellas alusiones tan poco sutiles, X se puso más rojo que la bandera de la RES. Definitivamente esa mujer podía atravesarle con una simple mirada. No se quería hacer una idea de cómo habría sido tenerla como suegra.

—Estamos más cerca que nunca —dijo X bajando el mentón y entrando a la sede de ARCO.

El taconeo de Dalia siguió sus pasos. Durante los dos controles de seguridad, la Santino estudió con rechazo a cualquier agente que se le acercara. A ellos les habría gustado devolverle el gesto, pero estaban demasiado intimidados por su presencia. X desconocía si ARCO ya había tenido los mismos roces con los Santinos que con los Siracusa, pero estaba claro que Dalia no apreciaba encontrarse allí.

Tras un tercer control en el que retuvieron el fusil inteligente de X y le instalaron un inhibidor físico en el NED, entraron en las oficinas de ARCO. Un agente les llevó a la misma sala en la que X esperó la primera vez, pero en esta ocasión Maia ya les aguardaba ahí.

La agente examinó a Dalia sin ninguna delicadeza, un gesto recíproco por la otra parte. Viéndolas de cerca, y dejando de lado las obvias diferencias, esas dos mujeres se parecían mucho más de lo que uno podría pensar. Un escalofrío recorrió la espalda de X al imaginarse cómo se podría tornar esa reunión si las dos se aliaban contra él.

—¿Por qué has traído a la ministra de Comercio del clan de los

Santinos? —dijo Maia sin despegar la atención de ella.

—Dalia tiene el mismo interés que yo en escuchar lo que Nestor Prym tiene que decir.

—Pues luego le haces un resumen de…

—¿Por qué se está encargando ARCO del caso ReCorp? —dijo Dalia —. ARCO es la Agencia para la Regulación de Clanes Organizados, y ReCorp no es uno de nosotros.

Maia chasqueó la lengua, como si tuviera que repetirlo por décima vez en ese día.

—Dada la involucración del propio Gobierno con ReCorp, la investigación no podría hacerse con el procedimiento habitual por un conflicto de interés. Tanto nuestra dirección como nuestra financiación no viene de la presidencia, así que somos la mejor opción.

A X le brillaron los ojos momentáneamente al escuchar que la financiación de ARCO no venía del Gobierno. En ese caso, ¿de dónde?

—Bueno, con suerte estáis unos cuantos meses entretenidos con esto.

Maia fulminó a Dalia ante su osadía.

—No juegue conmigo, señora Rojas. Yo no soy la habitual funcionaria a la que está acostumbrada a untar con sus créditos manchados de sangre.

—Ah, no se equivoque, mis créditos nunca llevan sangre. En el clan tenemos a dos personas dedicadas exclusivamente a limpiarla después de cada actividad ilegal.

La tensión en la sala de espera, que al principio había intimidado a X, empezaba ahora a resultarle casi cómica. No había caído en que, siendo dos polos iguales, lo inevitable era la repulsión. Maia sostuvo la mirada de su adversaria; en la rigidez de su mandíbula se adivinaba el esfuerzo titánico que hacía por no entrar en su juego.

—X, te recomiendo que solo hables tú a partir de ahora. A no ser que quieras perder tu oportunidad de interrogar a Nestor Prym.

X soltó una risa seca. Otra diferencia más entre las dos es que las amenazas de Dalia siempre estaban fundamentadas.

—Maia, tengo claro que si estoy aquí es porque Nestor Prym ha

declarado que solo hablará conmigo. Así que ahorrémonos los juegos y dejemos de perder el tiempo.

La ira acumulada contra Dalia Rojas se desvió hacia X, pero Maia se tuvo que morder la lengua.

—La conversación será grabada y monitorizada por mi equipo desde otra sala —dijo saliendo por el pasillo con brío—. Ni se os ocurra acercaros al sujeto. Él, al igual que vosotros, tiene el NED desconectado. En cualquier momento tengo la potestad de dar por terminada la vista, así que cuida tus acciones, X.

Se paró en seco delante de una puerta. Echó un último vistazo a esa extravagante pareja y los dejó entrar.

Al otro lado los esperaba una sala mínima, cuadrada, donde el brutalismo del edificio persistía en las cuatro paredes de hormigón desnudo. En el centro, un hombre esposado a una mesa metálica los observaba con calma calculada. X ocupó la única silla disponible, mientras Dalia se retiraba a un rincón. La puerta se cerró detrás de ellos, dejando a los tres atrapados en aquel cubículo.

—Tengo unas preguntas que hacerte, Nestor.

—Y parece que no te voy a poder enviar a Niko para que las responda él.

X asintió con entusiasmo. Le costaba disimular la adrenalina que recorría su cuerpo. Por fin, después de dos años detrás de ese hombre, tenía una vía de acceso real hacia El Director.

—Quiero que me cuentes todo.

—¿Y por qué debería hacerlo?

Por su expresión, Nestor sabía perfectamente las razones, quería comprobar si X también.

—Tu jefe te ha usado como chivo expiatorio. Vas a acabar en la cárcel acusado de ser la mente detrás de toda la trama de trata de blancas vinculada a Forma Zero, ReCorp y los legacy. Eso, si antes no acaba contigo. Esta es tu oportunidad de devolvérsela a quien te ha traicionado.

Nestor soltó una carcajada seca que retumbó en las paredes desnudas de la sala.

—En unas semanas es posible que esté muerto. Y si no es el caso, pasaré el resto de mi vida en una celda menos inspiradora que esta

puta habitación. ¿Crees que hablaré contigo solo por un sentimiento de venganza?

—Sí.

La respuesta de X fue tan inmediata y categórica que pilló a Nestor desprevenido.

—¿No se te ocurre que yo no sea ningún chivo expiatorio, sino que este fuese el plan desde el inicio? Que yo me sacrificaría si todo acababa tan mal como lo ha hecho.

X no contestó de inmediato. Lo había pensado, y mucho. Pero concluyó que era imposible.

—Sé que no es así. Conozco lo suficiente a El Director para saber que con sus empleados solo existe un vínculo: el dinero. Nada de camaradería, ningún lazo auténtico. Solo transacciones. Puede que intuyeras que con él las cosas podían acabar así, pero estoy seguro de que en tu interior no queda ni una brizna de lealtad hacia ese hombre.

Desapareció su fachada de altanería. En Nestor quedó la expresión de lo que era, alguien a la espera de que su verdugo pusiera fin a su existencia.

—Ya empiezo a ver por qué tiene tanta fijación en ti. Dime, ¿qué quieres saber?

—Todo.

Nestor acató la petición a pies juntillas y comenzó a hablar. Explicó los perfiles que buscaba como potenciales legacy. Debían ser personas con escasos vínculos sociales, desapego por la vida y se agradecía un alto nivel de ciberware, aunque no era esencial. Resumió el trabajo que hacía Forma Zero para lavarles el cerebro, parte de lo que X había presenciado. Una vez convertidos en legacy, se enviaban a ReCorp, donde se almacenaban y se terminaban de preparar para la función que cumplirían. Aquí es donde Nestor volvía a entrar, consiguiendo interesados en hacerse con ese activo tan útil. Empresarios grandes y medianos, ejecutivos y líderes de clanes e incluso funcionarios del ejército de Atlas. No se cortó en eludir ningún nombre; a fin de cuentas, ARCO ya tenía un registro completo de las transacciones de ReCorp. El único nombre que evitó durante todo el relato fue el de El Director. Y cuanto más avanzaba

la historia sin que apareciera, más crecía la inquietud en X. Tal vez, después de todo, sí le guardaba cierta lealtad a ese hombre.

Cuando terminó de hablar, X confirmó sus miedos. Maia ya tenía todo lo que podía necesitar, pero X seguía con las manos vacías.

—Por muy útil que le será a ARCO lo que me has contado, no me has dicho nada sobre lo que he venido a buscar.

Miró de reojo a Dalia. No había pronunciado ni una sola palabra, ni siquiera su respiración era perceptible.

—¿Quieres que te hable de él?

X no respondió, no hacía falta.

—Tengo sed después de tanta conversación, traedme un vaso de agua. Y si quieres que te hable de El Director, lo haré solo a ti —dijo señalando a X con un dedo falto de carne—. Quiero que la Santino se vaya y apaguen las cámaras de la sala. Hasta que no se cumplan las condiciones, no volveré a abrir la boca.

A X le parecía bien, era con Maia con quien debía negociar. Se puso en pie y salió al pasillo, seguido por Dalia. El aire fuera de la sala era más frío, pero X sentía la sangre ardiéndole todavía en las sienes. El pulso acelerado le recordaba que llevaba dos años detrás de ese hombre, y que no pensaba perder la oportunidad ahora. A los pocos segundos apareció la capitana de ARCO.

—No. Ya te he dicho que no pienso dejar que hables a solas con Nestor en…

—¡No me jodas, capitana Duval!

Dalia y Maia se quedaron perplejas ante aquella faceta de X, tan distinta de la versión contenida que conocían. Los dos agentes que cerraban la formación reaccionaron de inmediato, con las manos en las armas pero sin desenvainarlas.

—Te he dado el caso entero. Con la grabación de esa conversación te puedes tomar los próximos seis meses de vacaciones.

Dio unos pasos hacia ella. Los agentes sacaron las armas y las apuntaron contra X. Maia alzó la mano en señal de contención.

—Nunca dejabas de preguntarme por qué hacía lo que hacía. Ya tienes tu respuesta. Por esto. Dame cinco minutos con Nestor Prym con las cámaras apagadas y un vaso de agua.

Aunque la diferencia de altura entre ambos no era grande —Maia

era alta para ser mujer—, la capitana de ARCO se encogió como nunca antes. Finalmente asintió y, sacudiéndose aquel instante de sumisión, ordenó a uno de los agentes que trajera agua y al otro que apagase la vigilancia de la sala. Pese a la duda reflejada en sus rostros, ninguno se atrevió a cuestionar a su superior.

Treinta segundos después, X volvía a entrar en la sala, esta vez solo y con el vaso de agua.

—Aquí tienes —dijo dejándolo en la mesa y sentándose frente a él.

Nestor alzó la mirada hacia las dos cámaras de la sala. Ambas ahora miraban hacia abajo y carecían de las luces que antes indicaban su actividad.

—Si pretendes que te diga quién es El Director, es algo que no puedo hacer.

—Ya te he dejado clara tu situación. —Nestor pareció percatarse de que X hablaba con una fuerza de la que antes carecía. Parte de la adrenalina de gritarle a Maia seguía en su sistema—. No tiene ningún…

—No es que no quiera, es que no puedo. No sé quién es El Director.

—¿Cómo que no lo sabes? Tú mismo has dicho que llevas años trabajando con él, y está claro que no eres ningún soldado raso.

—Y en todo este tiempo, solo he tratado con su mano derecha.

X analizó el rostro de Nestor. Años como interrogador y torturador en el ejército de la RES le convertían a uno en un detector de mentiras humano. Había ciertas microexpresiones y gestos automáticos que eran imposibles de esconder cuando uno mentía. No encontró ninguno de ellos en su interlocutor.

—Su nombre es Dorian Lasker, y te puedo hacer una descripción de su rostro.

Ese nombre se grabó a fuego en el cerebro de X. Dorian Lasker.

Nestor seguía dándole vueltas al vaso. Todavía no le había dado ni un solo sorbo.

—Pero tengo algo más que te interesará —dijo llevándose el vaso a los labios y bebiendo—. Es solo una suposición mía, pero tengo muy buena intuición para estas cosas. Y es que pienso que El Director es…

El final de la frase fue un pitido agudo seguido de un estallido seco, como un trueno atrapado entre paredes. X no entendió qué había pasado hasta que abrió los ojos. Un calor espeso le cubría la cara, el pecho y los brazos. La ropa se le adhería a la piel. Las paredes habían perdido su frialdad metálica: ahora estaban pintadas por chorros irregulares de sangre, trozos de carne y mechones de pelo que se deslizaban lentamente hacia el suelo. En el centro de aquel mural grotesco, el cuerpo seguía sentado, rígido, como si no se hubiera enterado de que ya estaba muerto. Encima de sus hombros, una ausencia absoluta mostraba que la cabeza había dejado de existir, convertida en fragmentos dispersos por la sala. Difuminada como la esperanza de X de encontrar a El Director.

◗ 22:53

No había tenido ni dos días de descanso y ya volvía a tener la mente saturada. Pensaba que la cena con Milo le distraería, pero había sido incapaz de quitarse de encima la imagen de Nestor Prym decapitado, con los restos de su cabeza diseminados por esa habitación.

Solo disfrutó de unos minutos de tregua cuando Martina se fue al baño. Milo aprovechó el instante para confesarle que estaba pensando en pedirle matrimonio. X lo felicitó con una alegría sincera; le resultaba asombroso el cambio de actitud de su amigo en apenas unos días lejos del clan. Sin el peso de la máscara que había llevado toda su vida, Milo por fin podía ser él mismo.

Después la conversación derivó hacia el restaurante. Milo ya había hablado con Carlo, que casi sufrió un infarto de alegría al enterarse de que alguien de su confianza estaba dispuesto a prolongar la vida de su negocio. No podía creer que su querido restaurante seguiría abierto. El lunes siguiente, Milo empezaría a trabajar con él. Lo acompañaría durante sus últimos meses antes de la jubilación para aprender directamente del maestro.

Cuando se despidieron y Milo y Martina desaparecieron por la avenida con la moto, el ruido de la calle lo envolvió. Entonces, como un golpe seco, la imagen de Nestor regresó. Y ya no lo había abandonado en los veinte minutos que llevaba caminando.

Una llamada consiguió distraerle momentáneamente.

—*¿Ya se sabe la causa?* —dijo enérgico al ver que era Maia.

—*Sí… Afortunadamente, no ha sido un trabajo de dentro. Nadie de ARCO está comprometido.*

—*¿Qué? ¿Entonces se ha suicidado Nestor con algún explosivo?*

—*Creemos que no. La científica necesita unos días para confirmar su hipótesis. Piensan que la causa es un pequeño explosivo instalado en la parte interna de su NED.*

—*Pero ¿cómo se ha activado? Él también tenía un inhibidor, ¿no?*

—*El agua.*

X se detuvo en seco al escuchar eso.

—*¿Cómo que el agua?*

—El Director, sabiendo que no podría activar el explosivo a través del NED, parecía tener un plan de contingencia. Tú mismo lo dijiste, la cabeza explotó segundos después de que bebiera agua. La han analizado y han encontrado una concentración de enzimas sintéticas. Son completamente inocuas, pero al entrar en contacto con un receptor que Nestor debía de llevar instalado, el ciberware se activó.

X se llevó las manos a las sienes. La misma incógnita de siempre le rondaba: ¿quién cojones era ese hombre? ¿Quién era capaz de hacer algo así?

—Lo que no sabemos es si Nestor Prym era consciente de que tenía ese explosivo. Suponemos que no. Aunque existe la posibilidad de que lo supiera y bebiera agua en ese momento deliberadamente a modo de suicidio.

Una vez más, había subestimado a ese hombre. X rehízo la marcha con más brío.

—Muchas gracias por contarme esto, Maia, entiendo lo irregular que es en el protocolo.

—X, ten mucho cuidado —dijo ignorando su comentario—*. Ya has visto de lo que es capaz ese hijo de puta. Pero se ha equivocado al involucrarnos a nosotros. Nadie puede matar a uno de mis detenidos sin pagar las consecuencias. Si en algún momento necesitas nuestra ayuda, solo tienes que llamarme.*

Habló con un tono de preocupación que rápidamente se tornó en rabia. A X le extrañó esa última frase, como si escondiera algún significado más, pero no le dio más vueltas. Agradeció sus palabras y finalizó la llamada cuando entraba en su edificio, donde una mujer menuda se chocó contra él. Ni siquiera se molestó en darse la vuelta para esperar una disculpa; en Atlas, eso no pasaba.

Al llegar a la oficina, supo que Trix estaba en el piso inferior. El aire olía al refresco de frutas energéticas que siempre consumía.

—¡Bienvenido a casa! —le dijo fundiéndose en un abrazo al llegar a la planta baja.

—Kyra te manda recuerdos.

—¿Kyra me manda recuerdos? —dijo X divertido. La había visto esa misma mañana.

—Ay, perdón, tu novia te manda recuerdos.

Sacó la lengua como acompañamiento. X rio. No sabía cómo definir lo que había entre ellos, pero por primera vez en años, no sentía la urgencia de entenderlo. Con que siguiera ahí, bastaba.

—¿De qué habéis hablado?

Con su habitual esplendor, Trix le narró su tarde. Cómo iban las cosas en Agartha y que necesitaría su ayuda para algo. También le dijo que pausaría su trabajo en Prometheus por un tiempo, lo que a X le tranquilizó. Ya eran demasiados en su pequeña comuna y tenían que empezar a organizar eso bien si querían evitar que se desmadrara de un día para otro.

Charlaron durante más de una hora, lo que le vino muy bien a X. Era el descanso que necesitaba. Cuando Trix anunció que debía irse a dormir porque al día siguiente madrugaba, X la estrechó en un abrazo fuerte. Sintiéndola entre sus brazos, después de todo lo ocurrido en las últimas semanas, se sintió muy agradecido de tenerla. No le importaba cómo hablara, sus cambios de humor un tanto radicales o su personalidad excéntrica. En ese momento tuvo claro que la quería, que realmente se había convertido en su hermana pequeña.

Con las energías renovadas gracias a Trix, X entró a su sala de investigación y admiró el mural. No pensaba dejar que la muerte de Nestor le disuadiera de continuar. Era cierto que había estado muy cerca de ponerle un rostro a la incógnita que reinaba en esa pared, pero de igual forma había ganado información valiosa.

Se acercó y movió la imagen negra con las palabras de El Director un palmo hacia arriba. En el nuevo hueco que quedó debajo, puso una nueva hoja negra donde escribió el nombre de Dorian Lasker. Esa pieza conectaba a Nestor y el resto de ejecutivos de El Director con el cabecilla de ese entramado que había tejido su red sobre todo Atlas.

Estaba muy cerca, lo sentía en sus manos.

Entonces, una llamada en su NED lo interrumpió. X se extrañó al ver quién llamaba. No era un contacto suyo ni tenía identificador.

—*Buenas noches, X.*

En cuanto escuchó esa voz grave y mecánica, modificada por un modulador, supo quién estaba al otro lado.

—Ha pasado bastante tiempo desde la última vez que hablamos tú y yo a solas, sin intermediarios.

—Me sorprende que sigas con vida —dijo X tajante. Pudo escuchar la confusión al otro lado de la llamada—. *Hace dos años alguien te contrató para matarme por hacer demasiadas preguntas. Y aquí sigo, con vida. Tu idea de que Dalia Rojas acabaría conmigo no funcionó.*

El Director se rio. Con la modulación de la voz, pareció más el graznido de un buitre a la espera de que su presa muriera.

—No te falta razón, pero la situación cambió. En cualquier caso, esa es una de las pocas manchas en mi expediente.

La conversación se detuvo unos segundos. X trataba de calibrar a El Director, intentando obtener un mínimo de información de esa llamada. Pero no había nada a lo que agarrarse.

—Sé que has tenido una charla con Nestor antes de que dejase este mundo con ese desafortunado accidente.

—Dorian Lasker —dijo X sin poder aguantarse las ganas.

No era sabio compartir lo que conocía, pero tenía claro que, si El Director no lo sabía ya, no tardaría mucho en descubrirlo. Por el chasquido molesto con el que respondió su interlocutor, X sintió que había merecido la pena. Estaba llegando a lugares a los que El Director no quería que se acercase.

—Esa es una información que no divulgarás a nadie.

—¿Quién te dice que todavía no lo he hecho?

—Lo sé.

X apretó los dientes. Tenía razón. Le había dicho a Dalia y a Maia que Nestor no había llegado a hablar. Antes de revelar nada, quería sopesar las consecuencias de difundirlo.

—¿Y por qué no compartiré esta información? —dijo X con cierta sorna en su voz.

—No solo no difundirás ese nombre ni el resto de lo que sabes de mí. Dejarás de investigarme. Pasarás página y disfrutarás de tu nueva vida. Tienes una empresa de éxito, te estás haciendo un nombre en Atlas y hasta tienes gente que te importa como Kyra, Trix o Milo. No quieres poner todo eso en riesgo.

X se dejó caer en el sillón que enfrentaba la pared. Tenía una

enorme sonrisa dibujada en la cara. Esas amenazas no servían para amedrentarle, lo único que le indicaban era lo cerca que estaba de llegar a él. Llevado por esa altivez, siguió su juego.

—Y dime, ¿qué pasará si ignoro tu petición?

La respuesta que le dio El Director arrasó con su expresión de satisfacción.

—Me encargaré de que la misma gente con la que has tejido tantas relaciones desee acabar personalmente contigo.

—¿De qué estás hablando?

Su voz ya no mostró la seguridad de antes.

—Bruno Greco, Dalia Rojas, Fumiko Watanabe, incluso la Valquiria Kyra. Me encargaré de que todos quieran acabar contigo.

X soltó una risa breve e incrédula. Aquello debía de ser un desvarío. Y sin embargo, en lo más hondo de su pecho, algo permanecía inquieto. Ese hombre no era de los que hablaban sin medir sus palabras.

—¿Y cómo piensas hacer eso?

—Les diré a todos quién eres.

Esta vez sí, X se quedó petrificado. No era posible. Quizás se trataba de un simple farol. Trató de modular su voz para hablar con normalidad.

—Todo el mundo sabe que soy europeo y antes estaba en el ejército de la RES. Con eso no…

—Ambos sabemos que eso no es del todo cierto, ¿verdad, X Freeman?

Pronunció su nombre con una rabia apenas contenida, como si el juego que hasta entonces le había divertido se hubiese convertido, de pronto, en una simple molestia.

—Sé cuál es tu verdadera identidad.

X llevó la mano al colgante de su pecho, el único recuerdo que le quedaba de su padre. No dijo nada, pero supo que El Director disfrutó de ese silencio.

—Sé que naciste el 13 de enero de 2037. Curiosamente, ese mismo día nació en Atlas un niño apellidado Freeman, aunque su nombre no era la letra que ahora reclamas como tuya. Pese a haberte criado en la RES, X, tus primeros años los viviste en Atlas. Pero eso es lo de

menos. A lo sumo, ese detalle apenas sacaría una sonrisa a quienes tanto te esfuerzas por ganarte.

El Director calló unos segundos, y hasta el zumbido habitual del NED pareció desvanecerse. X se encogió sobre la silla, clavando las uñas en la tela del asiento, como si así pudiera resistir la presión invisible que lo envolvía. El sudor le bajaba por la nuca en un hilo helado, y tenía la sensación de que aquella voz, lejana y sin rostro, lo atravesaba como una hoja afilada. No necesitaba verlo para sentirlo encima: estaba seguro de que podía hurgar en su mente, arrancarle cada recuerdo, cada mentira, cada sombra que él creía segura como si fuese un dios omnipotente.

—Lo importante es lo que hicieron tus padres y lo que eso implica para ti. Porque, si tu verdadera identidad saliera a la luz, no habría un solo rincón en Atlas donde pudieras esconderte: todos querrían verte muerto.

ANTES DE QUE TE VAYAS

¿Te atrapó *Garras de Cromo*? ¿Te rompió? ¿Te dejó pensando?

Entonces **tu opinión importa**.

Ayúdame a crecer como escritor. Envía una señal de humo para otros lectores perdidos entre algoritmos.

Te tomará menos de un minuto. Solo tienes que escanear el código QR o hacer clic aquí: kiannoren.com/review-garras-cromo

ATLAS ESTÁ CAYENDO

Y arrastra al abismo a quienes la hicieron indestructible.

Una ola de asesinatos sacude los cimientos de Atlas. Cada víctima —altos cargos, figuras intocables— cae con una carta del tarot en el pecho… y una filtración que expone años de corrupción. El sistema se tambalea. El pueblo ruge. Y el gobierno necesita un culpable.

Culpan a la RES. Y, en un intento desesperado por contener el caos, la presidenta hace lo impensable: unir a los clanes y pedirles que cooperen.

X queda atrapado en el centro de la cacería. Algunos lo acusan. Otros quieren manipularlo. Y la presidenta le exige aliarse con El Director, el mismo hombre a quien juró destruir.

Con su matrimonio con Kyra al borde del colapso y Trix desaparecida sin explicación, X cree que nada puede ir a peor. Pero está a punto de descubrir que la verdad duele más que cualquier mentira. Porque aceptar quién está detrás de todo… podría destruirlo desde dentro.

Vuelve a Atlas en Lamentos de Xenón y sé testigo de cómo la ciudad más poderosa del mundo empieza a desmoronarse… desde dentro.

Escanea el código QR o ve al enlace: kiannoren.com/lamentos-xenon

